

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA LUCHA DE CLASES

Introducción al segundo tomo de las O.C. de Munis	4
---	---

LUCHA DE CLASES: TEORÍA Y PRÁCTICA

1.- PRO SEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA ..	7
Prefacio, 7.- Decadencia del capitalismo 9.- Stalinismo contra socialismo, 10.- Imperialismo e independencia nacional, 13.- Revolución o guerra imperialista, 15.- Las perspectivas marxistas, 16.- La organización revolucionaria 18.- Tareas de nuestra época, 20: a). Menos trabajo y más paga 20.- b). Derecho de palabra, de organización y de huelga, al proletariado, 20.- c). Abajo el capital y el trabajo asalariado, 21.	
2. LLAMAMIENTO Y EXHORTO A LA NUEVA GENERACIÓN	23
Empezando, 23.- Llamamiento y exhorto a la nueva generación, 26. Características generales de los núcleos de Fomento Obrero Revolucionario, 29.-Consignas económicas inmediatas, 29.- Consignas políticas inmediatas, 29.- Consignas económicas y políticas generales, 29.- Postfacio, 30.	
3. LÉXICO DE LA TRUHANERÍA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA, COMPARADO CON EL LÉXICO REVOLUCIONARIO	32
Países socialistas, 32.- Dictadura del proletariado, 32.- Internacionalismo, 32.- Revisionismo, 33.- Dogmatismo, 33.- Transición pacífica al socialismo, 33.- Planificación, 34.- Democracia popular, 34.- Marxismo-Leninismo, 35.- Autocrítica, 36.- Desestalinización, 37.- Autogestión, 38.- Antiimperialismo, 39.- Guerra de guerrillas, 41.- Socialismo de faz humana, 44.	

DECADENCIA CAPITALISTA Y CRÍTICA DEL ECONOMICISMO

4.. IMPOSIBILIDAD DE DESARROLLO CAPITALISTA	45
5. PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN ITALIANA DE <i>PRO SEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA</i>	48
6. EL FIN DE LA ETERNIDAD	50
7. ESA NO ES NUESTRA LUNA	61
8. SOBERBIA Y POQUEDAD DE LA CONTIENDA DE MAYO EN FRANCIA	63
9. EL ORO REY, Y LA CRISIS DE LA SOCIEDAD MUNDIAL	73
10. DECENIO 70. RESURGENCIA DE LA REVOLUCIÓN O PUTRIDEZ SOCIAL	75
11. EL ðZQUIERDISMOö FRANCÉS DESPUÉS DE MAYO DE 1968	77

12. ¿DE LA CRISIS MONETARIA A LA CRISIS DE SOBREPDUCCIÓN?	79
13. TRAYECTORIA QUEBRADA DE <i>RÉVOLUTION INTERNATIONALE</i>	80
14. BOTE Y REBOTE A <i>RÉVOLUTION INTERANTIONALE</i>	85
15. ¿DESESTABILIZACIÓN Ó QUÉ?	87
Modernización, 87.- Renovación tecnológica, 87.- Creación de empleos y absorción del paro, 87.	
16. CEPO Y CEBO DE LA COMPETITIVIDAD	88
17. DOS VERIFICACIONES NEGATIVAS	91
18. NI AUSTERIDAD, NI EXPANSIÓN	93
19. EDITORIAL	94

INTRODUCCIÓN AL SEGUNDO TOMO DE LAS OBRAS COMPLETAS DE MUNIS

Este segundo tomo de las Obras Completas de G.Munis, al igual que el tercer tomo por publicar, gira en torno al texto titulado «Pro Segundo Manifiesto Comunista», firmado por Fomento Obrero Revolucionario, que aunque fue redactado por Munis, con notables aportaciones de Benjamin Péret, era expresión colectiva del combate revolucionario de una corriente comunista que, en 1961, efectuaba el balance de un periodo histórico que había concluido con una inmensa derrota proletaria, cuyas consecuencias sufrimos aún hoy. Derrota que no se había producido porque las condiciones materiales y objetivas fueran insuficientes o adversas para el triunfo mundial de la sociedad sin clases; sino a causa de la fuerza material, «ideológica» y represiva de la contrarrevolución stalinista, falazmente presentada como «comunista» (véase el primer tomo de estas Obras Completas).

En las páginas de este segundo tomo aparece claramente, lejos del intelectualismo capitalista, la praxis comunista enfrentada a las bases fundamentales del sistema de explotación contemporáneo, que son el trabajo asalariado y la ley del valor, auténticos cimientos de la sociedad y del Estado capitalista. Por su propia naturaleza la praxis comunista denuncia todas las representaciones ideológicas del capital, ya se presenten abiertamente como capitalistas o bien se enmascaren tras una fraseología «comunista», trotskista, izquierdista, anarquista, socialdemócrata...

Aquí no hay medias tintas; al contrario, la totalidad de la tinta impresa apunta al enemigo bajo todas sus formas camaleónicas, y le lanza los dardos necesarios para aniquilarlo, no con frases falsamente radicales, sino con la fuerza de la pasión comunista, fundamentada en la crítica teórica y práctica del materialismo dialéctico, método histórico de análisis.

Ahora bien, la praxis revolucionaria no es un dogma, no es una inamovible mole de granito, sino que tiene en cuenta y se basa en la realidad social transformada continuamente por el capital y la lucha de clases. Por ello, cuando se estudian los procesos revolucionarios, cuando se analizan las concepciones teóricas de las vanguardias del pasado, con la «tranquilidad» que da la actual «paz social», y con la asepsia que concede la distancia frente a los acontecimientos analizados, podemos descubrir tanto las «genialidades» como las «debilidades» de las fuerzas revolucionarias de las épocas pretéritas. Pero al fin y al cabo, lo que interesa a quienes se han propuesto cambiar el mundo radicalmente, es la afirmación misma del movimiento comunista, movimiento contradictorio, claro está, pero que merece tal calificativo precisamente porque en ningún momento olvida o abandona su meta, clara y precisa, ésta sí inamovible e inmutable: la abolición de la esclavitud asalariada, la supresión de la plusvalía, de la explotación, de las clases sociales y del Estado, la definitiva desaparición de las fronteras.

El lector se encuentra frente a unos textos que son expresión del combate teórico y político de una tendencia revolucionaria marxista, que supo romper decidida y rigurosamente con las ideas muertas de los que le precedieron en ese combate. Romper con las ideas muertas de Lenin, o romper con las ideas muertas de Trotsky o de Marx *para proseguir su combate, para no traicionarlos*. Los stalinistas momificaron a Lenin y santificaron su pensamiento, los trotskistas canonizaron a Trotsky y sus escrituras sagradas; pero unos y otros enterraron el combate del proletariado revolucionario, único afán y objetivo que dio sentido a las vidas de Lenin y Trotsky.

El primer capítulo del presente tomo, que trata la decadencia del capitalismo y la crítica del economicismo, también podía ser el último y hallarse en el tercer tomo. Estos escritos no son una novela que el lector puede devorar más o menos apasionadamente para conocer el desenlace, tanto más en cuanto el libro en su totalidad se encuentra condensado en el texto titulado «Pro Segundo Manifiesto Comunista», que encabeza y cohesiona como una bisagra todos los textos del segundo tomo y del tercero por publicar. Es más, el desenlace no es tal, sino que es a la vez principio y fin, alfa y omega de un nuevo pantocrátor prometeico, no creador, sino liberador de la especie humana.

Según Munis el capitalismo está en decadencia, porque *ya ha cumplido de sobras su cometido histórico*: la mundialización de sus relaciones de producción. Ha creado un proletariado mundial, la clase de los esclavos asalariados modernos, que dispone de las condiciones objetivas materiales necesarias para destruir las relaciones capitalistas de producción, para destruirse a sí misma como clase explotada, suprimiendo la existencia misma de la sociedad dividida en clases. El único punto a tratar por el proletariado en el orden del día es el de la revolución comunista. El resto de cuestiones y objetivos, aunque en el pasado fuesen tareas vigentes y necesarias del movimiento obrero, han dejado de serlo, para constituir sólo un pesado fardo reaccionario, un obstáculo a derribar: luchas de liberación nacional, sindicalismo, autogestión obrera, parlamentarismo, nacionalizaciones, planificación estatal...

La decadencia se manifiesta a través de la contradicción entre lo que existe y lo que materialmente podría existir mediante la subversión total *posible* del viejo mundo. La prueba *definitiva* de la decadencia del sistema de civilización capitalista la dan tanto la clase capitalista como la clase proletaria. La primera porque desencadenó dos guerras a escala mundial y desde entonces un sinfín de conflictos bélicos; la segunda porque mostró su fuerza comunista en la ola revolucionaria de 1917-1937.

Munis arremete también sin piedad contra todos aquellos mecanicistas que llegan empíricamente a semejantes conclusiones, repitiendo como loros lo que los antepasados del movimiento marxista afirmaron erróneamente en un momento en que podía parecer cierto. Para estos «teóricos marxistas» la prueba de la decadencia del sistema capitalista radica en su incapacidad para

incrementar las fuerzas productivas, en su incapacidad de seguir acumulando capital, condición *õsine qua nonõ* de su supervivencia como sistema económico, político y social. Cualquier defensor hábil del mundo de la mercancía generalizada (incluida la humana) puede reírse de semejante estupidez. Hace un siglo sobrado que lo están haciendo. No obstante, para Munis, lo peor de estas elucubraciones es que de aceptarse que el capitalismo continúa potenciando el crecimiento de las fuerzas productivas ya no quedaría para estos *õsabiendos marxistasõ* ningún motivo para defender la lucha por la inmediata instauración de una sociedad sin clases, y por lo tanto, deberían defender una praxis obsoleta del movimiento comunista que instaba a la clase obrera a aliarse con las fracciones más avanzadas de la burguesía, a alistarse en los sindicatos, a defender la soberanía nacional frente a los grandes imperialismos, etc... Deberían por fin, ¿y por qué no?, transformarse en demócratas *õcomunistasõ* deseosos de hacer oír su voz en cualquier parlamento capitalista. Tampoco soporta Munis la espera boba de estos *õreyes del materialismo y la dialécticaõ* de un *õ¡Sésamo ábrete!õ* del devenir histórico: la famosa crisis económica de sobreproducción o descenso definitivo de la tasa media de ganancias. ¡Como si no existieran ya, sin necesidad de la tan manida crisis, suficientes motivos para rebelarse y aniquilar la putrefacta sociedad en la que vivimos!

La crítica de Munis es rotunda, inapelable. Ha llegado ya de sobras el momento de suprimir, no sólo porque se puede, sino además porque es urgente, la totalidad del orden social existente en el planeta Tierra. Para Munis, la decadencia del sistema capitalista se manifiesta mucho antes de que la esfera de la economía capitalista ya no sea viable para los que sacaban provecho de ella dirigiéndola; mucho antes de que la economía capitalista asfixie a los propios capitalistas. Su decadencia es histórica desde el punto de vista social, al igual que la posibilidad práctica de su superación revolucionaria. Por lo tanto no es la crisis económica, sino la persistencia del industrialismo capitalista y del crecimiento de las fuerzas productivas las que inducen a la supresión del sistema, ya que los instrumentos de producción han adquirido de sobras más que la capacidad de liberarnos de su mezquindad mercantil. Es el capital, con su crecimiento económico el que aplasta al género humano más bestialmente aún que durante cualquier crisis cíclica que se producía en el pasado hasta su pleno apogeo. Munis introduce un elemento importantísimo en su pensamiento para desligarse definitivamente de la concepción economicista que él mismo defendía siendo trosquista. La diferencia fundamental entre *crecimiento* y *desarrollo* capitalista (véase el texto *õImposibilidad de desarrollo capitalistaõ* en el presente tomo).

Los temas de los demás capítulos, resumidos brevemente en la introducción al pensamiento político de G. Munis, en el primer tomo de las Obras Completas, convergen, emanan, e incluso se confirman, en la teoría original de la decadencia resumida en los anteriores párrafos.

Para terminar insistiremos que para esta corriente revolucionaria siempre fue una preocupación intentar responder a todos y cada uno de los problemas planteados por el sistema capitalista. Por ello *õPro Segundo Manifiestoõ* finaliza con el capítulo *õlas tareas de nuestra épocaõ* casi siempre confundido con el programa de transición trotsquista o incluso con un programa reformista cualquiera. Sin embargo nada tienen que ver. Una de las piedras angulares del programa de transición, que pretendía fundir en uno el programa mínimo y el programa máximo, es la nacionalización. *õLas tareas de nuestra épocaõ* la rechaza por completo, tanto más que cualquiera de sus consignas pretende atacar la acumulación del capital y por lo tanto la realización de la plusvalía en beneficio del capitalismo. En sí, sólo contempla la realización del *programa máximo* de la revolución social comunista, y además en el punto C de las *õTareas de nuestra épocaõ*, define a grandes rasgos su verdadero contenido. Para Munis la escuela de guerra del comunismo sigue siendo la lucha de clases cotidiana. Por consiguiente los comunistas, que han de participar en ella, tienen la obligación, si no quieren convertirse en ideólogos, de formular consignas claras de lucha para favorecer el incremento de la fuerza proletaria y el debilitamiento de la capitalista. Las consignas de *õPro Segundo Manifiesto Comunistaõ* parten de las necesidades inmediatas e históricas de la clase proletaria; no parten de lo que el capitalismo pueda o no conceder a la clase explotada, sino de las posibilidades de la sociedad desembarazada del capital. Es más, cualquiera de estas consignas de lucha contra el capital prefiguran al mismo tiempo las tareas fundamentales de lo que será la dictadura social del proletariado. Para Munis, la revolución ya es una realidad antes de que se produzca la destrucción de las relaciones de producción basadas en el trabajo asalariado y la ley del valor. La clase de los explotados se afirma como clase antagónica antes de poder decidir totalmente por sí misma lo que le conviene: la supresión del Estado, de las clases, del dinero y del intercambio mercantil. Las consignas por él redactadas se inscriben en este proceso (relación dialéctica entre lucha inmediata y lucha histórica) a sabiendas que podrían ser utilizadas por el capital y su principal fuerza en el medio proletario, el sindicalismo, en un momento de radicalización de las masas explotadas. Pero ello no impide que sean necesarias, pues en lo relativo a las posibles concesiones por parte del capitalismo, basta con haber vivido o, conocer relativamente bien un movimiento insurreccional, para saber que el capitalismo puede ir muy lejos en cuanto a concesiones. Nada más elemental en la lucha de clases. Por ello, dice Munis, subsistirán siempre riesgos de retrocesos y de manipulación mientras la producción de mercancías no haya sido reemplazada por la producción de bienes de consumo para la satisfacción de las necesidades humanas, sin compra ni venta ni intercambio.

De acuerdo o en desacuerdo con las páginas que siguen, éstas son expresión de una corriente comunista prácticamente desconocida, que supo mantenerse fiel al programa comunista del proletariado en las peores adversidades. Recordemos que los *õviejos militantesõ* participaron en el gran movimiento revolucionario español de 1936. Recordemos que fueron perseguidos, encarcelados, torturados e incluso algunos asesinados por el partido stalinista. Recordemos que nunca se sometieron a la

ideología dominante y a su práctica desoladora para la especie humana. Recordemos que, incluso en los peores momentos, siempre mantuvieron en alto el espíritu de la transformación radical de la sociedad y siempre defendieron, a contra corriente, la posibilidad real y material de su realización.

El Comité de edición de las OC de Munis

Barcelona, agosto de 2001

PRO SEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA

Erik Losfeld, París, 1965.

PREFACIO

En pugna con la perversión reaccionaria de la Internacional Comunista, la Oposición de Izquierda que originó la IV Internacional expresaba la continuidad ideológica y orgánica de la revolución, cual los grupos internacionalistas de 1914 frente a la corrosión patriótica de la socialdemocracia. En el movimiento trotskista recaía, además, un cometido nuevo, erizado de obstáculos: asegurar la lucha internacionalista contra la paz de los bloques militares prosiguiendo la oposición revolucionaria a la guerra. El derrotismo revolucionario tan admirablemente reivindicado en 1914-1918, por Karl Liebknecht ante un tribunal militar germano, por Lenin en *Contra la corriente*, exigía ser llevado hasta el triunfo del hombre sobre capitalismo y guerra, su postrer alcance. Precisábase pues dar forma de reclamaciones inmediatas a las medidas políticas y económicas susceptibles de desembarazar el mundo de armamentos y ejércitos, del laberinto de naciones, del sistema industrial y político basado en la mercancía-hombre. Pero los rúbulas que se apoderaron de la IV Internacional tras el asesinato de Trozky no supieron siquiera aferrarse al antiguo derrotismo marxista, conminación de programa, y mancharon su bandera en las resistencias nacionales.

Por otra parte, se hacía indispensable reconsiderar la táctica tradicional, que data de la Comuna de París y de la Revolución rusa, así como determinados aspectos de la estrategia, a fin de adecuarlos a los importantes cambios sobrevenidos desde 1917. En efecto, el retroceso termidoriano de la Revolución rusa iniciado hacia 1921 (N.E.P.= Nueva Política Económica), se completó después en contrarrevolución capitalista de Estado. Y gracias principalmente a ese hecho, el capitalismo en general ha conseguido perdurar y acrecer su potencial explotador en forma cada vez más centralizada y perjudicial a los hombres.

Ese mismo proceso acarrió una modificación radical de los que fueran partidos comunistas haciendo de ellos, no organizaciones oportunistas o lacayos obreros de la burguesía, sino representantes directos de una forma particular de capitalismo, la intrínseca a la ley de concentración de capitales aneja al automatismo de la sociedad actual y en Rusia deliberadamente acelerada. A su vez los sindicatos, fueren dominados por el stalinismo o independientes de él, han ido amoldándose sin cesar al sistema de explotación, del cual parecen ya punto menos que inseparables.

El proletariado mundial padecía mientras tanto una serie de derrotas que nada ha venido a interrumpir hasta ahora. Cuanto falsos amigos le presentan como victorias suyas, China o Cuba, Argelia o Ghana, sólo sirve para desmoralizarlo y ponerlo, inerte, a discreción de sus enemigos. Esas victorias, que son en realidad las de determinados círculos capitalistas frente a otros, representan otras tantas derrotas del proletariado; las ha hecho posibles el peso material de la contrarrevolución rusa en el mundo, sí, pero no sin que le dejase vía libre una vanguardia revolucionaria prisionera de sus propias ideas avejentadas. Más que nunca, «la crisis de la humanidad es una crisis de dirección revolucionaria», cual decía León Trozky, pero las organizaciones que se dicen trotskistas se han quedado varadas, por trágico sarcasmo, en las aguas cenagosas del stalinismo.

De la lucha contra la degeneración de la IV Internacional han nacido la mayoría de las ideas y proposiciones contenidas en el manifiesto presente. El origen de algunas de las modificaciones ideológicas enunciadas asciende al período más candente de la revolución española, 1936-37, cuando por primera vez fuera de Rusia, el stalinismo revela toda su naturaleza contrarrevolucionaria, por relación a la cual cualesquier Kerensky o Noske parecen apenas dañinos. Por tal razón entre otras, resulta indispensable conocer a fondo las peripecias de la revolución española, tan falsificadas o desnaturalizadas incluso en libros como el de P. Broué y E. Témine¹. Ella cierra una etapa combativa e ideológica del proletariado mundial y abre otra. Sus enseñanzas servirán de luminaria a un futuro rebrote de agresividad de los oprimidos.

Aun no habían encontrado tiempo de considerar la rica experiencia de la revolución española, cuando los organismos dirigentes de la IV Internacional dieron frente a la guerra mundial pruebas de una carencia de internacionalismo, cuyas consecuencias últimas serían la esterilidad ideológica y el acercamiento al stalinismo. No sólo la revolución española, sino también los importantísimos acontecimientos de la guerra y la post-guerra desfilaron ante ellos sin más consecuencia que acentuar su ineptitud.

Desde los primeros síntomas de degeneración ideológica, el Grupo español en México de la IV Internacional se alzó vigorosamente contra ella, al mismo tiempo que acometía un amplio trabajo de interpretación de los acontecimientos mundiales y de la revolución española en particular². Sordos y estultos, los organismos dirigentes impidieron que información, críticas y

¹ P. Broué y E. Témine, *La Révolution et la guerre d'Espagne*.

² Citemos entre otros trabajos: *El Socialist Workers Party y la guerra imperialista*, por el mencionado Grupo; *Los revolucionarios ante Rusia y el stalinismo mundial*, por G. Munis; *El Manifiesto de los exégetas*, por Benjamín Péret; *Jalones de derrota: promesa de victoria* (España 1930-1939), por G. Munis; *Carta abierta al Partido Comunista Internacionalista, la sección francesa de la IV Internacional*, por Natalia Sedova-Trotsky, Benjamín Péret y G. Munis; *Razones y acciones del Secretariado Internacional*, por G. Munis; *Explicación y llamamiento a todos los militantes, grupos y secciones de la IV Internacional*, documento de ruptura ideológica y orgánica.

proposiciones llegasen a la base de todos los partidos, excluyendo deliberadamente la posibilidad misma de discusión. En el primer congreso de la post-guerra, 1948, la sección española rompió con la IV Internacional acusándola de abandono del internacionalismo y de curso pro-stalinista. Poco tiempo después, y sobre las mismas bases, rompía también con ella Natalia Sedova Trotsky, que desde 1941 estuvo a nuestro lado³.

La situación del proletariado mundial ha ido empeorando sin cesar desde el aniquilamiento de la revolución española. Continuamente empujado a apoyar causas reaccionarias tildadas de libertadoras, ideológicamente estafado día a día y en todos los países, ese proletariado se encuentra amordazado y encuadrado por organizaciones esclavizantes. La humanidad entera, por el sólo hecho de hallarse pasivamente sometida al terror termonuclear de allende y aquende el telón de hierro, vive una situación degradante, sin desembarazarse de la cual todo devenir la envilecerá. Así la sociedad capitalista, consustancial a la guerra de clases y a la guerra internaciones, alcanza el grado de desarrollo en que su simple continuidad destruye al hombre, a menos que el hombre dé cuenta de ella. Cifra de la rebelión de la humanidad, la del proletariado frente a capital y trabajo asalariado es sólo susceptible de trastocar tan bajuna condición y encender la alborada del ensueño revolucionario, factor histórico y materialista entre todos primordial.

Están, sin embargo, lejos de bastar para tal embate las ideas concretas de la revolución rusa, que el *Programa de Transición* recoge. Escrito por León Trotsky en 1937-38, cuando todavía no se perfilaba bien la significación del período que abre la derrota de la revolución española, ese programa revélase hoy, más que insuficiente, susceptible de proporcionar oportunismos frente a la contrarrevolución y sus hijuelas. Ha caducado de igual manera que, en 1917, el programa anterior de Lenin. Sin superarlo con arreglo a la experiencia, a las condiciones objetivas surgentes del rotar capitalista y a las posibilidades subjetivas del proletariado en pleno ardor revolucionario, éste no conseguirá triunfar en parte alguna y cualquier movimiento insurreccional será aplastado por los falsarios.

A obviar tal carencia ideológica se emplea el presente *Manifiesto*, que inspira nuestra actividad en España e internacionalmente. Nos dirigimos a todos los grupos y organizaciones del mundo que ven la misma necesidad de revolución socialista en el bloque oriental y en el occidental. Les invitamos a meditar las ideas aquí expuestas. El renacimiento de una organización obrera en escala planetaria exige la ruptura con numerosos atavismos y un pensamiento en permanente inventiva. Estamos dispuestos a discutir públicamente cuanto exponemos, con cualquier grupo cuya actividad práctica y teórica muestre su apego a la revolución. Pero desdeñaremos aquellos en que el diletantismo domina, mal que pretendan acogerse totalmente o en parte a nuestras ideas. El intelecto revolucionario «no es una pasión cerebral, sino el cerebro de la pasión» (Karl Marx), y como tal reclama algo muy diferente de escarceos literantes o protestas sólo mentales. Todo diletantismo es una reverberación del mundo contra el cual nos batimos.

Nos queda por notificar que algunas partes de nuestro *Manifiesto* fueron publicadas en 1949 con el título *El Proletariado frente a los dos bloques*, bajo la responsabilidad de una agrupación de vida efímera llamada Unión Obrera Internacional. Pero tanto aquella versión sucinta como la actual son elaboración ideológica y redacción de Benjamín Péret y G. Munis como militantes de Fomento Obrero Revolucionario, cuyo origen es la sección española de la IV Internacional. En plena revolución de 1936, en México aún bajo la amenaza de los asesinos de Stalin, en España otra vez desafiando la represión franquista, Benjamín Péret no cejó un sólo instante el combate a nuestro lado. Es éste lugar apropiado para recordar al amigo, revolucionario, poeta cuya pluma transluce aquí y allí en este *Manifiesto*.

³ Tenemos a disposición de quienes lo soliciten la carta de ruptura y la respuesta injuriosa de la IV Internacional, así como la última declaración escrita de Natalia-Trotsky.

PRO SEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA

DECADENCIA DEL CAPITALISMO

«¡Tiemblen las clases dirigentes a la idea de una revolución comunista! Los proletarios no tienen qué perder sino sus cadenas, y todo un mundo que ganar.»

Transcurridos más de cien años, esas palabras del *Manifiesto Comunista* restallan todavía como un bofetón en la faz de los opresores. El fantasma del comunismo no ha sido exorcizado hasta ahora por la validez social del capitalismo, sino por la aparición de nuevas fuerzas reaccionarias actuantes en el propio seno del proletariado, encabezando las cuales está el capitalismo de Estado erigido en Rusia por la contrarrevolución stalinista. Por ello innumerables rebeliones en el mundo se han saldado por derrotas, la sobrevivencia de una sociedad decadente, la desmoralización del proletariado. Mas por ello mismo, el proletariado sigue siendo, con mayor evidencia que ayer, la única fuerza capaz de terminar con la esclavitud alimentada durante siglos por sociedades de explotación y tiranía; empero, una revalorización ideológica se hace indispensable a la reanudación del pensamiento y de la acción revolucionaria.

La sociedad capitalista ha recorrido ya su camino. Es la más acabada de todas las sociedades basadas en la explotación del hombre por el hombre que haya conocido el mundo. Ha desarrollado más que cualquier otra los instrumentos de producción, la ciencia, la cultura, el consumo general, e incluso la libertad dentro de los límites convenientes a la minoría explotadora. Ha escudriñado el mundo en pos de materias primas y mercados y lo ha unificado introduciendo en todas partes sus relaciones económicas. Ha acrecido numéricamente el proletariado y centralizado la propiedad en una cantidad de personas cada vez más reducida, o bien toda ella en el Estado, ensanchando así, más que las sociedades precedentes, la separación entre la capacidad de trabajo natural al hombre y los instrumentos de trabajo indispensables al ejercicio de la misma. Con todo, su propio mecanismo la ha impelido a crear las condiciones materiales y humanas requeridas para aniquilar en ella toda sociedad de explotación. Antiguamente, los esclavos de Espartaco, los siervos de la gleba o los «Sans-culottes» del siglo XVIII no tenían latitud de sublevarse sin ser aplastados o bien sin dar la victoria a una nueva clase de opresores. Hoy, el proletariado tiene a mano la posibilidad de triunfar en cada nación y en la Tierra entera y dar cima a la emancipación de la humanidad. Para ello ha de tomar posesión de los instrumentos de trabajo de que ha estado despojado siempre, restaurar la unidad entre el hombre y la naturaleza, arra de toda libertad, y aniquilar el Estado. Más que nunca, la sublevación del proletariado será la sublevación de la humanidad. Si fallare el cometido, el porvenir del hombre será muy probablemente el exterminio por las armas atómicas, y en todo caso una nueva servidumbre durante tiempo indefinido.

El capitalismo disimula su caducidad propalando en las clases medias y en el proletariado mismo la ilusión de un nuevo auge mediante su propia planificación. Artería que no consigue ocultar la verdad: la degeneración que ya la ha adentrado camino a la barbarie lleva la sociedad capitalista al totalitarismo, expresión de la concentración creciente del capital en grandes trusts y en el Estado. Tal proceso está completándose, cuando no cumplido, en los principales países de Occidente y Oriente, así como en los atrasados del pretense Tercer Mundo. Va acompañado de una disminución relativa del nivel de vida de las masas trabajadoras, de un descenso vertical de su consumo comparado al producto de su propia labor, de una aceleración agotadora del ritmo de trabajo, y de la imposición del salario a destajo que fuerza los obreros a solicitar horas extraordinarias; en lo político se aparea a la dictadura, militar, clérigo-policíaca, fascista, o de un partido único neo-reaccionario que se pretende encarnación del espíritu santo de las masas. En todos los casos es la supresión más o menos completa de libertades y la degredación de la cultura.

Semejante totalitarismo se basa en una acumulación del capital o industrialización tanto más reaccionaria cuanto que planifica *la nosatisfacción* de las necesidades, la represión, más los «lavativos cerebrales» sistemáticos. Puede originarse en los viejos partidos burgueses, en cuyo caso el pseudo-liberalismo cede el puesto a un autoritarismo sin disfraz que priva a la clase obrera de sus más elementales derechos. Puede también resultar del acoplamiento de los antiguos partidos con nuevas fuerzas reaccionarias, en un partido único fundido con el Estado y que coloca los intereses del capitalismo como sistema por encima del de los burgueses considerados individualmente. En esa categoría están el fascismo y numerosos regímenes de los países nuevos. Pero la forma totalitaria más completa es incontestablemente el stalinismo. En él, el Estado, propietario único de los instrumentos de producción, está directamente constituido por la burocracia ex-obrera convertida en capitalista colectivo, que ejerce arbitrariamente todos los poderes y dicta lo que cadaquién ha de pensar.

Bajo cualquier forma que fuere, la sociedad capitalista no puede ya ofrecer a la humanidad más que un porvenir de miseria, de coerción económica y policíaca, de regresión social y cultural, y la guerra atómica por añadidura. Aunque las fuerzas productivas hayan alcanzado una altura sin igual, su desarrollo lo frena en permanencia la forma de capital (privado, de trusts internacionales o de Estado) que en todas partes tienen. El sistema está irremediabilmente corroído por la contradicción existente entre la capacidad real y potencial de las fuerzas de producción, y las posibilidades de absorción del mercado, cada vez más menguadas por el salariado. Mal que pese a quienes hablan de nueva revolución industrial, economía de abundancia (affluent society), integración a ella de la clase obrera y otros opios del tecnicismo, el crecimiento capitalista de los últimos decenios es escuálido y debido

principalmente a la economía de guerra. Ha aumentado éste en proporciones aterradoras el número de hombres dedicados a ocupaciones parasitarias y derrocha en gastos armamentales cantidades astronómicas, de forma que la parte del producto social que los trabajadores reciben disminuye sin cesar. Es imperativo del sistema extremado por la producción de guerra. El resultado es un malthusianismo económico generalizado y una paulatina desagregación social, técnica incluso. Así, con la automatización al servicio del capitalismo cunde el paro, lo mismo en Estados Unidos que en Rusia, mientras la extenuación física hace estragos entre los trabajadores en ella ocupados⁴. La propia astronómica, prez y charanga publicitaria de los dos grandes imperialismos, es auspiciada por designios homicidas, y por cada Gagarín y cada Glenn millones de hombres insudan durante interminables horas de trabajo, la mayoría sin satisfacer sus necesidades elementales siquiera a medias.

Apodérense los trabajadores del aparato de producción, pónganlo en marcha en provecho del conjunto de la humanidad aboliendo arreo capital y trabajo asalariado, y entonces se hará posible, hasta en las zonas más atrasadas, una floración cultural y técnica hoy insospechada. En el aspecto económico como en el cultural, las necesidades de cada persona y del conjunto de la sociedad son ilimitadas. Dejarles libre curso es el cometido que desde el instante mismo de su victoria debe asignarse a la revolución socialista, inseparable, además, de la desaparición de las clases y del Estado. Hacia él deberá enderezarse desde el primer día la sociedad de transición que nacerá de su triunfo, sin perder de vista ni un momento la estrecha dependencia existente entre producción y consumo. En la sociedad actual, el lucro intercalado entre ambas desde el primer acto de la producción hasta el último del consumo, reduce ya la una, ya el otro. Cuando el consumo mengua, beneficios capitalistas y producción bajan, causando las crisis mal llamadas de superproducción; al contrario, aquellos aumentan cuando la demanda de mercancías supera la oferta. Pero el consumo de las masas se ve continuamente mermado por el despilfarro de los armamentos, los ejércitos y las policías, las burocracias y toda suerte de ocupaciones parasitarias, a más de estrictamente limitado por la ley del valor que pone un precio al trabajo y a los productos de éste, comprendiendo los conocimientos científicos y la cultura en general. Y la tasa del precio del trabajo por el Estado empeora la situación del trabajador, dejándole indefenso ante el capital.

En la sociedad de transición, el lucro tiene que estar proscrito, incluso bajo la forma de grandes sueldos que es susceptible de adoptar. Siendo la mira de una economía de verdad planificada acordar a las necesidades de consumo la producción, sólo la plena satisfacción de aquellas, no el lucro o el privilegio, ni la «defensa nacional» o las exigencias de una industrialización ajena a los menesteres cotidianos de las masas, ha de ser tenida como pauta de la producción. El primer requisito de tal empeño no puede ser pues otro que la desaparición del trabajo asalariado, cimiento el más profundo de la ley del valor universal en toda sociedad capitalista, por más que muchas de ellas se reputen hoy de socialistas o comunistas.

Cualquier economía sedicente planificada que no tenga en cuenta las necesidades vitales de las masas está por ese sólo hecho orientada a la satisfacción de las necesidades de una minoría explotadora y dominante, que impone a la sociedad las normas capitalistas más draconianas y encarna una forma policíaca de Estado. Se trata en tal caso de un capitalismo dirigido y cualesquiera sean sus éxitos industriales sólo contribuirá a hundir la humanidad en la reacción y la decadencia. Los papanatas admiradores de chimeneas fabriles y de índices de producción están imbuidos del principio básico de la acumulación ampliada del capital. El socialismo científico cual lo concebían Marx y Engels y la humanidad lo requiere, no conoce otro índice que el individuo a partir del trabajador, su satisfacción concreta, su libertad, la plena elación de sus facultades. Hay que abominar como de la peste de quienes «colocan la sociedad por encima del individuo» (Marx).

STALINISMO CONTRA SOCIALISMO

La función histórica del proletariado no consiste en la transformación de la propiedad individual en propiedad del Estado. La simple desaparición de la burguesía como clase propietaria de los instrumentos de producción tampoco convalida la orientación de la economía hacia el socialismo y la desalienación del hombre, pues «abolición de la propiedad privada y comunismo no son idénticos en modo alguno», cual afirmaba Marx. En efecto, la socialización de la economía y la abolición del salarato a que ha de dar cumplimiento la revolución proletaria, no son dos tareas diferentes o sucesivas, sino dos aspectos de una sola transformación, que por consecuencia han de ir apareados. Lo que tiene que desaparecer antes de poder hablar de socialismo es la propiedad como medio de someter el hombre al trabajo asalariado. Eso ha de empezar mediante la organización de la producción por y para los productores. O bien los instrumentos de trabajo recaen en el conjunto de la sociedad, o bien el Estado propietario, lejos de languidecer y extinguirse, ensanchará, por el contrario, el abismo existente entre la forma capitalista de la economía y la necesidad de comunismo, desarrollando monstruosamente, al mismo paso, sus características dictatoriales.

A tal respecto, la Revolución rusa constituye una advertencia, y la contrarrevolución stalinista que la ha suplantado un escarmiento decisivo para el proletariado mundial. La degeneración de aquella se vio facilitada por la estatización, en 1917, de los medios de producción que una revolución obrera ha de socializar. Únicamente la extinción del Estado, como el marxismo la

⁴ Los obreros americanos afectados a las máquinas automatizadas las llaman òmen killersö, asesinas de hombres.

concebía, habría permitido transformar en socialización, la expropiación de la burguesía. La estatización vino a ser estribo de la contrarrevolución.

Ese yerro de los bolcheviques se explica sobre todo por las características de la propia revolución de Octubre. No fue ésta, contrariamente a lo que pretenden opiniones deformadas, una revolución socialista, sino permanente, según las concepciones expuestas por Trotzky en los libros *1905* y *La Revolución permanente*, y por Lenin en las *Tesis de Abril*. O sea, toma del poder político, por el proletariado, desbarate de la sociedad zarista semifeudal, tribal incluso, puesta en práctica por ese proletariado de las medidas de la revolución burguesa inefectuada, y ensamble sin solución de continuidad con las medidas socialistas. Además, era indispensable el triunfo de la revolución socialista en países europeos de mayor desarrollo económico y cultural para consentir a la revolución permanente rusa abordar con éxito la etapa de transición al comunismo. Los bolcheviques intentaron, en realidad, sobrepasar su propio proyecto inicial introduciendo en la distribución de los productos, y por obligada consecuencia en la producción, relaciones no capitalistas. Eso fue el «comunismo de guerra», así llamado por alusión a la exigüidad de los productos a distribuir más bien que a la guerra civil. Trotzky mismo dice en *De Octubre rojo a mi destierro* que el comunismo de guerra obedecía a designios económicos más vastos que los de las exigencias militares frente a los reaccionarios. El fracaso de esa tentativa, debido a la caída vertical de la producción (bajó al 3% de la de 1913), provocó el retorno al sistema mercantil que recibió el nombre de N.E.P.: Nueva Política Económica.

El estado de espíritu de los campesinos convertidos en propietarios por la revolución fue, en parte, causa del hundimiento de la producción, a la que contribuyó también la guerra civil. Pero la responsabilidad principal hay que buscarla en la mentalidad burguesa de las capas sociales medias, cuyas funciones eran indispensables a la actividad económica: pequeña burguesía, técnicos, burócratas instalados en los sindicatos, organismos administrativos de todo género, en los soviets y en el partido bolchevique mismo. Dando suelta legal al comercio capitalista, la N.E.P. soldó definitivamente la alianza de los estratos sociales burgueses que habían saboteado la revolución, con los burócratas y los ex-revolucionarios que se la representaban como una cucaña. De su fusión en el Estado saldría la casta dominadora que se llama lindamente a sí misma «la intelligenzia».

Lenin, que no podía tener más que noción fragmentaria de la amenaza burocrática, definía sin embargo el Estado, todavía soviético, como «un Estado burgués sin burguesía». En su concepción, la N.E.P. y el capitalismo de Estado que ella establecería no eran sino un pergeño momentáneo, un paso atrás precautorio, en espera de la reanudación del proceso de revolución mundial. La única garantía que quedaba de una futura socialización de la economía era la permanencia del poder *efectivo* de los soviets⁵. Ese proyecto de capitalismo de Estado políticamente dominado por el proletariado era, en realidad, impracticable, aun sin tener en cuenta más que la correlación de fuerzas en la sociedad post-revolucionaria. «La tendencia de la pequeña burguesía a transformar los delegados a los soviets en parlamentarios o en burócratas» denunciada por Lenin desde 1918⁶, estaba más que cumplida en el momento de la N.E.P. En todos los organismos administrativos y políticos, las antiguas capas sociales intermediarias y la nueva burocracia desbordaban a los revolucionarios y al proletariado. El Estado definido por Lenin iba a encontrar pronto «su burguesía». Estaba gestándose una potente casta burocrática que organizaría en provecho suyo el capitalismo de Estado y la contrarrevolución.

Así pues, la N.E.P. significó el tope de la revolución permanente, que no obstante la tentativa del comunismo de guerra nunca sobrepasó el estadio del ejercicio del poder político por el proletariado y el *control* obrero de la producción, medida ésta democrático-burguesa, que según la concepción bolchevique debía preludiar a la *gestión* obrera de producción y consumo, característica de la revolución social. En lugar de la progresión revolucionaria sin solución de continuidad, se inició una marcha atrás termidoriana que suprimió una a una las conquistas obreras, la apariencia misma de soviets y culminó en la contrarrevolución.

Conducto de compadreo y alianza entre las capas burguesas de la población y la nueva burocracia arrellanada en los otrora organismos revolucionarios, fue la libertad de comercio capitalista. Ensamble de individuos tanto como de intereses. Ese amasijo, dueño del poder y de las riquezas, se proponía usar y abusar de uno y otras a capricho. Tal fue el origen del stalinismo, calle abierta en la grave penuria de víveres que dificultaba la actividad política del proletariado y los revolucionarios. Asíó también como pretexto de su marcha atrás la derrota de varios intentos insurreccionales en Europa, derrota que en realidad le convenía. Pero lo que dio pábulo y estructura a su tremenda obra contrarrevolucionaria en Rusia y en el mundo -inacabada todavía- fue conjuntamente la propiedad estatizada y el partido único, sin fracciones internas, monolítico según la nueva terminología reaccionaria. De la libertad mercantil pasó el stalinismo a la centralización del comercio y de las inversiones del capital, que siguen constituyendo la base de sus planes económicos.

La concepción revolucionaria de la planificación económica tiene por punto de partida la desaparición del trabajo asalariado, a la vez condición y prueba de la supresión del capital. Los proyectos de producción y de industrialización no deben tener otra mira

⁵ Véase Lenin: *El capitalismo de Estado y el impuesto en especies*.

⁶ En su discurso ante el Congreso pan-ruso de los Consejos de economía, reunido en Moscú en mayo de 1918.

que satisfacer las necesidades sociales de consumo, elevando el nivel de vida de las clases explotadas bajo el capitalismo, los estratos más pobres en primer lugar. En tal caso únicamente, el sobretrabajo obrero impagado que constituye la plusvalía, revertirá a la sociedad entera, desaparecerá la explotación, se alcanzará el comunismo y la desalienación del hombre.

La clase trabajadora misma ha de determinar, mediante comités democráticamente designados *a tal fin*, la cantidad de trabajo social que haya de afectarse a nuevos instrumentos de producción (lo que hoy es capital constante), y cual otra a la ampliación inmediata del consumo (hoy capital variable, racionamiento salarial). La planificación socialista es un trastrueque completo del funcionamiento económico. Los hombres, que en el bloque ruso, tanto como en el americano están sujetos a la producción de capital constante o maquinaria, han de someter ésta a su completo servicio y no producir nada ajeno a él. Tanto, que si por acaso comités obreros legítimamente elegidos pusiesen la industrialización por encima de las exigencias cotidianas de consumo de su propia clase, no harían más que administrar el capitalismo y perpetuar la explotación.

Los planes rusos de producción y los de todos sus imitadores, son antitéticos de la concepción revolucionaria. Los inspira una acumulación del capital muy estudiada, cuyo modelo son los análisis de la sociedad capitalista hechos por Karl Marx, y los determina en detalle el índice de rendimiento más alto posible por cada categoría obrera, con el mínimo de jornal susceptible de hacerla trabajar. La superexplotación que esos planes comportan resultaría impracticable sin la centralización total de los capitales en el Estado, patrono exclusivo, legislador del precio de la fuerza de trabajo, la mercancía-hombre que no dispone siquiera de la libertad de regatear su venta al capital. He ahí cómo y por qué la expropiación de la burguesía en 1917, en lugar de abrir camino al socialismo dio paso a la forma más brutal de la explotación del hombre por el hombre: el capitalismo de Estado.

Para organizar su capitalismo en torno al Estado, la contrarrevolución stalinista explotó la miseria material y mental de la vieja Rusia, agravada por ocho años de operaciones militares. Políticamente, a pesar de todo, hubo de exterminar, de la manera más vil imaginable, a toda una generación de revolucionarios antes de afirmar sólidamente su dominación. Los grandes procesos de Moscú en 1936-38, el degüello o la deportación a Siberia de cuantos permanecían fieles al Octubre rojo, no tienen equivalente en los anales de las contrarrevoluciones, ni siquiera en la hitleriana o la franquista. Revelan una conciencia reaccionaria y una ferocidad que constituyen uno de los peligros más temibles para el proletariado internacional. Desde entonces si no antes, la política exterior del poder ruso, aparte su competencia imperialista con los países occidentales y complementaria con ella, ha tenido por objetivo evitar cualquier revolución social en el mundo, o bien aplastarla por intermedio de sus partidos nacionales imponiendo el capitalismo de Estado con nombre de socialismo. Las pruebas de ello sobreabundan, desde la revolución española hasta el triunfo de Mao Tsé-tung y la entrada de los tanques rusos en Budapest sublevado, sin olvidar la rápida cristalización reaccionaria del poder castrista.

En suma, la contrarrevolución stalinista constituye el acontecimiento negativo más importante de nuestro siglo. Gracias a ella y a la acción de sus partidos vasallos, el proletariado ha sufrido derrota tras derrota y vive hoy en el marasmo, a merced de cualquier fuerza que se le eche encima. Quienes la apoyan, cualquier razón que invoquen, representan al enemigo de clase, quienes la consideren sólo como distorsión política de los objetivos revolucionarios desempeñan, respecto de ella, el papel del antiguo reformismo frente al capitalismo en expansión. Por consecuencia, y con vistas a la creación de la organización obrera de la revolución mundial, hay que exigir de todos los grupos y hombres una ruptura previa con el stalinismo sobre las siguientes bases:

a) Hechura de la contrarrevolución stalinista, la economía rusa es un capitalismo de Estado imperialista igual que su rival americano;

b) No puede ser orientado en sentido proletario por ninguna medida, ni siquiera por una revolución exclusivamente política, sino abolido por la revolución social, previa destrucción de todas las instituciones actuales, comprendiendo el partido dictador y el sistema de propiedad estatal;

c) En ninguna parte puede ser considerado el stalinismo como movimiento obrero oportunista o reformista, sino contrarrevolucionario, portador del capitalismo de Estado y destructor de las libertades obreras indispensables a la organización del socialismo;

d) Su política de «unión nacional» desvela su verdadera naturaleza. Socialmente idéntica a la practicada de antiguo por la burguesía, más páfida en lo político, postula para sí la suprema dirección económica y política del capital en cada país. La declaración de Moscú dicha «de los 81 partidos», apenas lo oculta.

Por ende, los revolucionarios deben ver en el stalinismo un enemigo de clase y considerar cualquier colusión o alianza con él como un abandono de la causa proletaria, cuando no una traición.

La «destalinización» de Khrutchev, compinche de Stalin en el asesinato de los bolcheviques de 1917 aspira, en el mejor de los casos, a consolidar el stalinismo perfeccionándolo como sistema. La legalidad «soviética» de que el continuador de Stalin habla es la de su burocracia capitalista. El proletariado no tiene qué hacer con ella, sino desbaratarla y acometer la creación de su propia legalidad. Incluso las libertades de palabra, organización, imprenta, etc. y la rehabilitación de Trotzky y demás revolucionarios

calumniados y ejecutados, que la burocracia podría verse en la necesidad de conceder, no alterarían el capitalismo de Estado, obra esencial de la contrarrevolución stalinista.

En fin, entre el capitalismo occidental y la contrarrevolución stalinista, un entendimiento político ora tácito, ora expreso, existe desde los primeros barruntos de ésta. Los servicios mutuos que se han prestado son innumerables. El capitalismo occidental debe vida y prosperidad a la contrarrevolución stalinista y ésta a aquel su consolidación y extensión⁷. Desde los acuerdos de Postdam, Washington y Moscú se reconocen mutuamente como jefes del orden mundial, rivalidades de dominio aparte. La vuelta del proletariado al poder en Rusia espanta al capitalismo americano. Pero no menos espanta a la casta dictatorial rusa la perspectiva, por desgracia más improbable en lo inmediato, de la revolución proletaria en los Estados Unidos.

IMPERIALISMO E INDEPENDENCIA NACIONAL

La relación imperialismo-colonias constituye la trama cada vez más cerrada del mercantilismo mundial y es para éste tan insuperable como la relación fundamental capital-explotación del trabajo asalariado-capital acrecentado. Desde hace tiempo, una y otra no se modifican sino por su propia exacerbación, haciendo cada vez más desgarradora la disociación entre el conjunto del sistema mundial y las necesidades humanas.

Desde el final de la última guerra, numerosas colonias se han visto conceder la independencia; para obtenerla en otras han sido organizadas guerras locales; por todas partes se habla de «descolonización», «industrialización de los países subdesarrollados», «revolución nacional» y demás cantinelas. Al mismo tiempo, Rusia ha echado mano a nueve países en Europa⁸, a la mitad de Corea y de Indochina en Asia, y la dilatada China ve su soberanía nacional más restringida que en tiempos de las Concesiones extranjeras; en la mayoría restante del mundo la tutela de Estados Unidos apesga incluso sobre las naciones más antiguas y fuertes. En todos los casos se trata de un sólo e idéntico proceso de reajuste del Planeta a las fuerzas imperialistas, tal cual las ha remodelado la guerra de 1939-45.

Consentida por la potencia colonizadora o adquirida mediante las armas, la independencia nacional no lleva en manera alguna implícita la ruptura con el imperialismo, sino que, por el contrario, lo pone de relieve sacándolo a luz bajo su complexión más pura, de detentación económica. Se ha llegado, en efecto, a un punto en que el trabajo y los conocimientos de numerosas generaciones después de múltiples expoliaciones militares y mercantiles, se halla centralizado en gigantescos instrumentos de producción principalmente dominados por Estados Unidos y Rusia. Teniendo esos instrumentos un carácter capitalista en ambos países, la rotación de la economía en el mundo entero se efectúa por fuerza en torno a sus centros respectivos. Invirtiéndolo, el argumento tiene el valor de una demostración: basta que la rotación económica de un país tenga por eje otro país para probar la naturaleza capitalista del eje y del satélite. Es que las naciones, tanto como los individuos, no pueden sustraerse a los imperativos de la acumulación del capital sin suprimir el capital.

Mientras más importantes y rentables son los descubrimientos técnicos (automación, cibernética, química industrial y agrícola, energía nuclear, etc.), más abrumador se hace el peso de Estados Unidos y Rusia sobre el resto del mundo, amigos o adversarios, pero ante todo sobre los países «amigos». El antagonismo militar de los dos bloques, se yuxtapone a los factores económicos y técnicos, consolidando el señorío imperialista y extendiéndolo hasta territorios que parecerían olvidados sin esa intensiva preparación bélica. En suma, por su enorme volumen tanto como por la extremada especialización científica de sus instalaciones industriales, el capital americano o el ruso no pueden ayudar seriamente una economía nacional sin avasallarla. La ocupación

⁷ Algunos ejemplos salientes entre mil:

En la primer conferencia internacional de Ginebra a que asistía una delegación de Moscú, ya trepando el Termidor stalinista, el representante inglés, Chamberlain, el futuro hombre de Munich, espetaba: «La Gran Bretaña no tratará con la Unión Soviética mientras Trotsky no haya sido fusilado».

La expulsión de Trotsky del Comité Central del Partido ruso y su posterior deportación a Alma-Ataa fueron aplaudidas por la prensa burguesa y las cancillerías occidentales como signo cierto de la victoria de la fracción reaccionaria sobre la revolucionaria.

El abogado de Su Majesta británica, Pit, dio públicamente su aval jurídico a las falsificaciones procesales de Moscú en 1936-1938, y poco después se felicitaba de ellas y del exterminio de los hombres de 1917 el multimillonario y entonces presidente de la Cámara de Comercio americana Eric A. Johnston. Por la misma época, Laval obtenía de Stalin la plena subordinación patriótica de los partidos stalinistas occidentales. Consigna del Partido francés: «La policía con nosotros».

En 1937-38, las capitales imperialistas vieron con alivio y azuzaron la represión de la revolución española por el gobierno Negrín, directamente dominado e inspirado por los hombres de Stalin.

En 1944, el proletariado griego, insurrecto y casi victorioso, fué brutalmente reprimido por una coalición de stalinistas, clericales y tropas inglesas. Churchill, después de haber conferenciado personalmente sobre la represión con el Partido comunista griego, se felicitaba ante la Cámara de los Comunes de haber aplastado «la verdadera revolución comunista, aquella que espanta en Moscú también».

En fin, los tanques rusos no hubiesen podido ametrallar al proletariado de Budapest, en 1956, sin la pasiva complicidad de los imperialismos occidentales. Para estos como para Rusia, la afirmación del poderío rival es siempre preferible al triunfo de la revolución, que pondría en movimientos a las masas del mundo entero.

Sólo una lista completa de hechos semejantes, silenciados o falsificados por las propagandas de ambos bloques, llenaría un grueso volumen.

⁸ Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y la mitad de Alemania, sin contar Albania ni Yugoslavia.

militar y administrativa propia del régimen colonial se revela signo de flaqueza económica por parte de una metrópoli. De igual modo que en escala nacional el capitalismo basa su dominación en el monopolio de los instrumentos de trabajo, que pone a merced suya las clases laboriosas y transforma los pequeño-burgueses en comisionistas, en escala internacional su plena función imperialista la alcanza sólo mediante el drenaje de la plusvalía hacia los capitales más fuertes. Pero precísase comprender *capitales* en el amplio sentido de capacidad industrial y técnica más bien que en la acepción puramente financiera. La sujeción de las economías débiles a las fuertes prodúcese así por vía «natural», siendo la coerción principal la inseparable del sistema, el acrecentamiento del capital invertido en cada ciclo de producción.

El vasallaje de los países subdesarrollados será siempre proporcional a la ayuda que les aporten las grandes potencias, lo que ensancha aun la distancia económica entre unos y otras. Y la independencia nacional acelera el movimiento mediante la asociación voluntaria de los explotadores locales, que sacando partido de las sucias engañifas patrióticas tradicionales se convierten en furrieles del gran capital imperialista. La prepotencia de éste en la hora actual no tiene gran cosa que temer siquiera de la nacionalización de sus propiedades por los países «soberanos». La socorrida «expropiación de los imperialistas» sigue tributando lo debido a los imperialistas, mediante el juego del comercio y de las inversiones en todas las ramas de producción mundial, sin que deje de apretarse el encadenamiento de los débiles a los fuertes. No es imposible que un país pase de una férula imperialista a otra, pero la ley de hierro de la economía capitalista no puede ser anulada sino por la supresión de la mercancía, empezando por su origen, el trabajo asalariado, que hace del hombre mundial un ser encogido, un botín continuo de demagogos nacionales e internacionales.

Los acontecimientos han validado la tesis de Rosa Luxemburg, que al contrario de Lenin negaba la posibilidad, bajo el capitalismo, de un «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos». Y los argumentos que Lukacs opone a la primera⁹ están impregnados de dirigismo reformista. Los de Lenin eran sobre todo de carácter táctico, muy superado hoy. Por cuanto ese derecho ha adquirido fuerza de ley, ha significado, *exclusivamente*, el derecho de los explotadores autóctonos a elegir su propio imperialismo para mejor triturar los trabajadores a su guisa.

Evidentemente, la hora actual ya no es sazón para desarrollar el capitalismo en parte alguna, sino para abatirlo en todas. La arborescencia mundial del aparato imperialista moderno fuerza por sí sola el proletariado a acometer su acción en escala planetaria y de igual manera en los países atrasados o colonias que en las metrópolis, en el terreno de la revolución social y no en el de nación capitalista. La acción revolucionaria debe basarse en todas partes en el derecho de los explotados a disponer de sí mismos, a derrocar el capitalismo y la nación y a emprender una economía socialista internacional.

La «revolución nacional», la «industrialización de los países subdesarrollados», el papel «progresivo del Tercer mundo», etc. son otros tantos señuelos o fullerías reaccionarias. Sólo pueden ser útiles a cada campo imperialista contra su adversario. Sin la revolución social no es posible ir más que de la órbita de Washington a la de Moscú, y a la inversa, como lo demuestran de manera inconcusa los casos de Cuba bajo Castro y de Yugoslavia. Incluso una guerra como la de Argelia, con cuya ocasión toda la izquierda francesa, incapaz de tomar el partido de la revolución social en Argelia y Francia ha pirueteado a la voz de Moscú, cuando no a la del Cairo, es obra de la guerra fría. Sin ella, los matasietes del F.L.N. no habrían abandonado su condición de pupilos del imperialismo francés para endosar el papel de héroes nacionalistas. Instalados en el poder, no podrán comportarse en ningún caso de otra manera que como societarios en comandita del capital occidental u oriental. Substituirán a los «pieds-noirs»¹⁰.

Todos los plazos han llegado a su término, todos los desarrollos económicos y políticos del mundo actual a su punto de reflujo. Así, industrialización y descubrimientos técnicos no conseguirán hallar, bajo la forma capitalista, en colonias y metrópolis por igual, mas que una aplicación muy restringida y *reaccionaria*; así la cultura y la libertad reculan ante propagandas embrutecedoras y exigencias policíacas de un sistema podrido; así, organizaciones que siguen diciéndose comunistas por odiosa impostura son en realidad ultra-capitalistas y están animadas de la más aviesa conciencia contarrevolucionaria; así, las masas de los países atrasados se ven embaucadas para la preparación de la guerra, cuando podrían constituir factor de capital importancia en el derrocamiento del imperialismo americano-ruso.

Proclamémoslo: toda lucha nacional es reaccionaria; colonias o metrópolis, Rusia o Estados Unidos, los explotados deben tener por objetivo inmediato universal el combate por la toma del poder, la expropiación del capital privado o estatal, la socialización internacional de producción y *consumo*.

⁹ En el penúltimo capítulo de su *Historia y conciencia de clases*.

¹⁰ Este capítulo fué escrito antes de la independencia de Argelia a principios de 1961.

REVOLUCIÓN O GUERRA IMPERIALISTA

Desde 1914 las fuerzas de producción, el potencial humano y la cultura habían alcanzado el nivel indispensable a la realización de la revolución socialista. Una alternativa se presentaba a la humanidad, y en particular al proletariado: revolución o guerras continuas, supresión del capitalismo, o decadencia y recaída en la barbarie. Dos guerras han exterminado decenas de millones de hombres, sin otro objeto que imponer al mundo la dominación de uno de los bloques esclavistas. Dos veces en menos de 30 años, los gobiernos de los países beligerantes han llamado sus respectivas poblaciones a la matanza de las de los países «enemigos», en nombre de la libertad, de la civilización, del derecho y del bienestar futuro, prometiendo para mañana, al modo de las religiones, lo que se niegan a dar hoy. Para establecer un nuevo equilibrio mundial, los aliados de ayer están nuevamente dispuestos a desencadenar la carnicería, que esta vez podría terminar en el aniquilamiento de la especie humana.

Para las masas trabajadoras la guerra representa la más tremenda de las calamidades. Distraídas de sus objetivos de clase, son llevadas al combate por la defensa de los privilegiados de cada país beligerante. Porque contrariamente a lo que trata de hacer creer la propaganda burguesa y social-demócrata, así como la reacción fascista o stalinista, *nunca* existe un interés nacional colectivo, sino intereses de clases sólo, y los del proletariado son los únicos que se confunden con los de la humanidad.

La guerra, o su simple amago a veces, acentuando la miseria de los obreros y la supremacía militar, provoca una regresión social generalizada propicia a cualquier empresa reaccionaria. Pero la guerra no puede ser evitada por los gobiernos de oriente y occidente que la llevan en sí como mecánica de su sistema, ni tampoco por movimientos puramente pacifistas, siempre impotentes. Hay que desarraigar sus causas de la sociedad mundial, o sea el capitalismo. Recordemos que si el proletariado de los dos campos beligerantes de 1914 hubiese atacado sus respectivos gobiernos, en lugar de matarse entre sí, la humanidad se habría ahorrado 50 años de padecimientos y conflictos arreo. Pero los dirigentes obreros, sumándose a los explotadores, indujeron a la guerra en ambos bandos, imponiendo así a la clase trabajadora el dilema reaccionario de destrucción de un grupo de países en provecho de otro. El proletariado sufrió por tal modo un grave descalabro y un inmenso retroceso ideológico. La acción internacionalista de Lenin, Trotzky y una parte de los bolcheviques, consintiendo la victoria de la Revolución rusa, replanteaba en sus verdaderos términos el dilema de la humanidad, llamando los pueblos a apoderarse de economía y poder político.

Ciertamente, la traición de los líderes de la Internacional socialista no habría tenido más que un alcance limitado si la Revolución rusa misma no hubiese sido traicionada pocos años después de su triunfo. En realidad, mucho antes de 1939 el gobierno del Kremlin y su III Internacional habían rechazado también el dilema a que aboca la evolución histórica, apropiándose el de la reacción. Aun no había aparecido oficialmente el Frente Popular, cuando ya la política de aquellos, intencionalmente dirigida a la guerra, no tenía objetivo más estudiado que paralizar la acción revolucionaria del proletariado. Y gracias a los partidos «comunistas» ligados a Moscú, una orientación chovinista y reaccionaria fue de nuevo impuesta a las masas. Junto a las potencias del Eje contra «la plutocracia americana» (Pacto germano-ruso y suspensión de la prensa stalinista de lengua alemana) o junto a ésta «contra el fascismo» (participación en la guerra junto a «las democracias» y resistencias nacionales), el Kremlin y sus partidos no cambiaban sino de campo imperialista. La catástrofe infligida así a las masas de todo el mundo no admite parangón con ninguna otra. Ella es la causa principal de la desmoralización actual del proletariado, que lo convierte en presa fácil de los aparatos orgánicos stalinistas, clericales o militares.

Esa política ha consentido a la contrarrevolución rusa transformarse en la segunda potencia imperialista del Globo, aunque no sin ayuda material y moral de la primera. A la humanidad le ha valido la división del Planeta en dos zonas de influencia, la falaz propaganda de «coexistencia pacífica» que se traduce prácticamente en la «guerra fría» y el equilibrio del terror permanentes. Las dos primeras son, en realidad, el anverso y el reverso de una sola estrategia dúctil, susceptible de aventurarse en hostilidades locales, de contentarse por cierto tiempo con una delimitación de zonas de dominio indisputado, o de lanzarse a la decisión militar suprema, según los imperativos de expansión, las urgencias políticas internas, más la confidencias de los servicios de espionaje. De cualquier manera que fuere, y pese la contención que a los dos colosos imponen las armas termo-nucleares, al equilibrio del terror sucederá la desintegración de la mitad de la humanidad o más, si las masas no actúan a tiempo.

Ápice de la explotación del hombre por el hombre, guerra de clases permanente y legal, el capitalismo revela militarmente, de la manera más inconcusa y terrorífica, su total caducidad como sistema, su incompatibilidad con las necesidades inmediatas y las aspiraciones humanas. En los instrumentos bélicos, cuya capacidad mortífera alcanza, allende la totalidad de hombres y primates, hasta la vida orgánica rudimentaria, se hipostasía la forma capitalista de los instrumentos de producción, que impregnando las relaciones sociales en general ahoga paulatinamente la humanidad, aun suponiendo que la paz dure indefinidamente. El dilema es mundial y premioso: acabar con el sistema actual o degenerar.

En tal situación, los congresos y movimientos «pro-paz» agenciados por los representantes o amigos de cualquiera de los bloques, son en realidad mercancía de guerra y regimentación paramilitar de la clase obrera. El internacionalismo revolucionario reclama atacar indistintamente al bloque americano y al ruso, no en pro de una paz entre ellos, *statu quo* reaccionario, sino contra sus estructuras capitalistas respectivas, inseparables de la rivalidad por la explotación hegemónica del mundo. Y ese cometido internacionalista resulta impracticable sin poner en la picota, en las asambleas y la prensa revolucionaria de todos los países, en las

fábricas mismas, a los valedores de Moscú y de Washington, cabos de vara de los respectivos ejércitos imperialistas. El derrotismo revolucionario no ha caducado cual pretenden, convencidos de progresar, algunos cangrejos innovadores; muy al contrario, su necesidad está presente en plena paz y rebasa hasta el dominio económico. El principal enemigo sigue estando en el propio país, pero se ha de herir también, en cada uno, a los oficiantes del bloque adverso.

Frente al equilibrio del terror es imprescindible postular el derecho de los trabajadores de *todos* los países - derecho elemental de conservación del hombre a falta del cual todo otro se convierte en mofa- a reclamar y *poner por obra* el desmantelamiento de todas las armas e industrias de guerra, atómicas y clásicas, a disolver ejércitos y borrar fronteras.

A crear un movimiento mundial en tal sentido, abriendo brecha en el totalitarismo que aherroja la acción posible de los trabajadores rusos, chinos, etc., podría contribuir decisivamente el proletario americano. Pero es preciso que su parte más consciente empiece por condenar sin equívoco a su propio imperialismo y que acometa con vigor el empeño. Así estarían los revolucionarios de cualquier parte en mejores condiciones para organizar la fraternización con el proletariado del otro bloque, forzando si necesario - y lo será- el cordón policíaco.

LAS PERSPECTIVAS MARXISTAS

En los países capitalistas antiguos, el Estado, la policía, las leyes, los tribunales, condensan y representan los intereses de los capitalistas individuales y de los diversos trusts. En la Rusia actual el Estado es el único explotador. En él se hallan centralizada la propiedad y la plusvalía capitalistas, así como la policía, el ejército y los tribunales complementarios. La aparición de un régimen totalitario tan completo no entraba en las perspectivas de Marx y Engels, cuyo punto de partida era el desarrollo del capitalismo, su aniquilamiento y superación por necesidades revolucionarias internas. Sus análisis y perspectivas, correspondiendo a la época en que el capitalismo iba a alcanzar su apogeo, no les consentían discernir los rasgos específicos del declinamiento. Además, el desarrollo considerable del movimiento obrero durante los últimos años de su existencia, les permitía esperar que el partido revolucionario del proletariado destruiría la sociedad capitalista en el momento en que ésta dejase de tener un valor positivo para el conjunto de la humanidad.

Si bien Marx y Engels han considerado a menudo la revolución socialista como inevitable, nunca se la representaron como un proceso automático. Sin embargo, las afirmaciones tocantes a la ineluctabilidad del socialismo han dado a muchos « marxistas» ocasión a concepciones mecanistas ajenas al espíritu revolucionario. El nudo de ellas consiste en afirmar que la centralización económica continúa siendo signo positivo de evolución del capitalismo, cuando no el socialismo incipiente. Ahora bien, la experiencia enseña que la concentración del capital, otrora factor progresivo en el desenvolvimiento social, adquiere características reaccionarias allende cierto límite. Pero no hay manera de fijar éste mediante cifras, pues él mismo está codeterminado por otros factores, tales el nivel cultural y político, el grado de libertad ideológica y económica consentido a las masas, y la madurez general de la sociedad, lo que podría llamarse la edad del sistema. Una vez alcanzado ese tope de progresividad, ya dejado atrás indudablemente, la sociedad no puede continuar progresando más que adentrándose en la revolución, y ello *independientemente del grado de desarrollo o de concentración de cada economía nacional*. La intervención consciente del hombre ha de romper el automatismo de la centralización ya regresivo.

Continuar viendo en la dicha centralización un algo positivo conduce a la concepción ya criticada, según la cual la desaparición de la burguesía en cuanto clase poseyente y la estatización de la economía, constituyen la base material de la sociedad de transición, de donde surgirá por sí sólo el comunismo, con tal de que no reaparezcan los burgueses. Los «marxistas» que defienden tal teoría terminan pronto o tarde, ya se ha visto, admitiendo que el stalinismo realiza, mediante la nacionalización, la tarea esencial de la revolución proletaria. Y eso es desertar a la barricada de enfrente.

Las perspectivas de Marx tocantes al desenvolvimiento del capitalismo se han visto confirmadas en sus principales líneas, pero han aparecido ciertos aspectos nuevos característicos de la época de decadencia de la sociedad capitalista. Hoy se puede, sí, atribuir una significación histórica al capitalismo de Estado, última de las transformaciones provocadas por la centralización de capitales que ha ido operando sobre la propiedad individual, como ley inherente al sistema. Proceda del stalinismo, del nazismo, de las democracias occidentales o del panarabismo, en el cual se perciben aun resonancias de los Filisteos bíblicos, la estatización concretiza, prolongándola, la tendencia general de la economía capitalista entrevista por Marx.

En el primer estadio del capitalismo moderno, el de la economía liberal, la propiedad, estrictamente individual, correspondía sólo al capital invertido en cada empresa. La competencia ponía a los capitalistas individuales en lucha por un mercado restringido, que raramente excedía la escala nacional. La necesidad de invertir sumas cada vez más considerables, engendrada por el proceso mismo de acumulación del capital y por los imperativos del maquinismo, dio origen a la asociación de capitalistas individuales, y después a la aparición de las sociedades anónimas, en las cuales están invertidos capitales inmensos provenientes de una multitud de poseyentes individuales, sin que éstos participen de hecho en la gestión.

En el estadio siguiente, el del imperialismo, las sociedades anónimas se agrupan en trusts y carteles que reglamentan los precios en amplia escala, entregándose al mismo tiempo a una lucha encarnizada por la conquista de los mercados y las materias primas. Y el Estado, que en la etapa precedente aseguraba el equilibrio relativo entre capitalistas, se convierte con el imperialismo en instrumento ejecutor de trusts y carteles, los más poderosos de los cuales procuran acaparar su control. Ese es el primer signo de la decadencia de la sociedad capitalista, ya caracterizada por una extensión tremenda de la industria de guerra.

El tercer estadio o capitalismo de Estado, es consecuencia mecánica del proceso anterior, acelerado por las guerras y las contrarrevoluciones. Cualquier país atrasado puede acceder a él, pero sólo empujado por intereses retrógados, de la misma manera que las exigencias revolucionarias mundiales le consienten, tanto como a los países industrializados, acceder a la revolución proletaria. La Revolución rusa es inexplicable sin la madurez mundial de ideas y economía para acometer el socialismo. Así también, pero en sentido reaccionario, el stalinismo enlazó directamente con la etapa máxima posible de centralización capitalista mundial.

En el capitalismo estatal, los instrumentos de producción, no pudiendo conservar su estructura mediante la sola acción de los propietarios individuales, son puestos bajo la protección del Estado, el representante supremo de la explotación, el «capitalista colectivo ideal» (Engels), en el cual termina centralizándose por entero la propiedad. Se transforma ésta en propiedad indivisa de los componentes de la capa social o casta que detenta el poder político, a tal punto que pierde - por ejemplo en Rusia- toda relación con la inversión directa de capital por los poseyentes individuales. En el antiguo capitalismo, ya desaparecido casi en todas partes, el ejercicio del poder político era consecuencia de la riqueza; en el capitalismo de Estado la riqueza va apareada al disfrute de una parcela cualquiera del poder político. El círculo de los dominadores tiende a cerrarse y se hace más despótico que nunca. El Estado, propietario y colector de la plusvalía, distribuye ésta entre sus servidores, lo que da pábulo a la rastrería respecto del grupo dominante supremo, siempre restringido. Por su parte, los trabajadores viven más doblegados que nunca a la esclavitud de un salario impuesto a su albedrío por el Estado, patrono exclusivo. La distancia económica entre explotadores y explotados, la arbitrariedad de aquellos, el encadenamiento de éstos, se agravan en proporciones jamás vistas. «Cada vez más -decía Marx- el capital aparece como una potencia social cuyo funcionario es el capitalista». He ahí el capitalismo de Estado, nivel ya degenerativo de la sociedad actual, que los falsarios presentan al proletariado como socialismo.

La burguesía era la clase del desarrollo y el apogeo del capitalismo, que ha cumplido una función histórica importante. Se trataba y sigue tratándose de acabar con el capitalismo, su Estado, sus clases. A falta de ello, la decadencia del sistema, ya iniciada, no será obra de una clase bien distinta, sino de castas o burocracias que dominando el Estado y sus aterradores medios de represión descomponen la sociedad y la llevan a la barbarie. Se trata de una de las lecciones más sobrecogedoras de la historia reciente.

Desde el período intercalado entre guerra y guerra, la involución o movimiento retrógrado de la sociedad capitalista se ha manifestado de diversas maneras. Una de las primeras manifestaciones en el tiempo fue la aparición de inmensos ejércitos de parados en toda Europa y en Estados Unidos. En Rusia, la multiplicación de los campos de trabajo forzado era equivalente del paro, doblado de envilecimiento de la mano de obra. Hoy mismo, a despecho de los millones de hombres movilizados en ambos bloques, el paro no ha desaparecido. Empero, el signo más brutal de degeneración es incuestionablemente la guerra de 1939-1945, cuyas reaccionarias consecuencias aparecen cada día más abrumadoras: reparto del mundo y rivalidad entre Estados Unidos y Rusia como jefes de fila, ocupación de varias naciones, desaparición o descuartizamiento de otras, economías de guerra endémica, amenaza termo-nuclear que no alejará ningún acuerdo entre los dos Imperios, una degradación de la conciencia de las masas trabajadoras y en general de la sociedad, cultivada por cada bloque a su manera. La paz, o más exactamente dicho, el armisticio que vivimos, ha visto implantarse métodos de explotación tan feroces, que el salario fijo y la jornada de ocho horas han desaparecido casi universalmente. La paga al destajo, que el movimiento obrero había conseguido suprimir, ha reasomado de múltiples maneras: primas, bonificaciones, pluses, trabajo a la pieza, que racionalización del trabajo, cadenas y cronometraciones, o bien las máquinas mismas, se encargan de perfeccionar. Los trabajadores se ven en la necesidad de rendir cada vez más y hacer horas extraordinarias voluntariamente, cuando no impuestas por los contratos sindicales. Resultados de tales procedimientos *científicos* de desarrollo del capital, cuya iniciativa viene en no pocos casos de la contrarrevolución rusa¹¹ son la extenuación de los trabajadores y una modorra intelectual muy útil a sus enemigos, a más de la degradación profesional generalizada, inseparable de la técnica moderna al servicio de la explotación. La mayoría de los obreros son *peones adjuntos* a la máquina, y los especializados lo son tanto que carecen también de oficio.

El rendimiento ascendente de trabajadores y máquinas ha acarreado una centralización monstruosa de los instrumentos de producción o capital, que confiere a éste una tiranía económica y disciplinarias sobre la mano de obra, jamás alcanzada, y en alto grado perniciosas. Y mientras los poseyentes se conglomeran en mercado europeo con vistas al mercado intercontinental, en el otro

¹¹ Programa del XXII Congreso de los tecnócratas rusos (julio de 1961): ð...asegurar en todas partes un rendimiento máximo de la producción por cada rublo invertido... perfeccionar constantemente los sistemas de salarios y de primas, controlar mediante el rublo la cantidad y la calidad del trabajo, rechazar la nivelación de la retribución...ð

bloque en COMECON¹², los trabajadores permanecen separados no sólo por bloques y por naciones dentro de estos, sino también de rama a rama de la producción, de empresa a empresa, de categoría a categoría, y en cada establecimiento sufren fisgas y reglamentos cuartelarios que 30 años atrás habrían sido recusados por atentatorios a su dignidad. Tal contraste entre la holgura del capitalismo y el aprieto del proletario es derecha consecuencia de la derrota de la revolución mundial entre 1917 y 1937, extremada por las resultas negativas de la guerra. Toda hinchazón del capitalismo está rigurosamente condicionada, decenios ha, y lo mismo en tierra oriental que occidental, por la inacción revolucionaria del proletariado. De ahí la naturaleza doblemente reaccionaria de la actual superconcentración del capital. Era superflua para el trastrueque comunista de la sociedad y ha colocado a los explotados todos en la necesidad de reconstruir su organización revolucionaria piedra a piedra, asediados por un complejo de enemigos que va desde el gran capital privado o estatal hasta los partidos y sindicatos que completan la estructura legal de la acumulación ampliada.

En medio de tan poco placentera situación, el cometido histórico que el marxismo asigna al proletariado, la transformación de la sociedad de explotación en comunismo, adquiere la mayor premura social en escala planetaria. Sin ella la humanidad, en el mejor de los casos, se acartonará en un bizantinismo peor que el que prolongó la pérdida de la civilización greco-romana. Pero la recuperación combativa, el surgimiento de una situación revolucionaria no cabe esperarlo, cual piensan determinados marxistas que ladean al automatismo económico, de una futura crisis cíclica, es decir, una de las mal llamadas crisis de sobreproducción. Eran éstas sacudidas que reequilibraban el desarrollo caótico del sistema, no efecto de su agotamiento. El capitalismo dirigido sabe atenuarlas o soslayarlas de diversa manera, y por otra parte, aun produciéndose una de ellas en ningún caso engendrará por sí sólo un movimiento revolucionario. Sin que intervenga *algo diferente* podría, al revés, servir los aviesos designios de los nuevos reaccionarios que aguardan su hora, planes quinquenales en cartera y normas de producción por látigo.

La crisis general del capitalismo es su agotamiento como sistema de asociación. Reside, sumariamente dicho, en que los instrumentos de producción como capital y la distribución de los productos limitada por el salario, son ya incompatibles con las necesidades humanas, e incluso con las posibilidades máximas ofrecidas por la técnica al desarrollo económico. Esa crisis es insuperable para el capitalismo. Lo mismo el occidental que el ruso la agravan día a día.

De ahí que la recuperación del proletariado haya de venir, forzosamente, de un extenso sacudimiento contra las condiciones económicas y políticas que le ha ido imponiendo desde antes de la guerra la acumulación ampliada y dirigida de capital. Y eso es inalcanzable sin previa ruptura con los esquemas tradicionales de reivindicaciones inmediatas y «progresión revolucionaria». Lo inmediato a conseguir hoy es la desaparición de las primas, pluses, horas extra y demás destajos, y también, sin que disminuya en ningún caso la paga media, una importante reducción de las horas de trabajo. El lema general ha de ser. *¡Menos trabajo, más paga!* En segundo lugar hay que atacar de frente la desenfadada y reaccionaria acumulación del capital, reclamando. *¡Todo aumento de la producción, a la clase trabajadora que lo realiza!* en perspectiva de lo cual no está el capitalismo de Estado, sino la organización del socialismo. Políticamente, la clase obrera debe empezar por afirmar su derecho a rechazar todo reglamento de fábrica y contrato de trabajo dictados por el capital o por éste y los sindicatos conjuntamente, su soberanía para decidir de todos su problemas y huelgas directamente, mediante delegados electivos y asambleas en las escalas necesarias. Tampoco hay que olvidar el derecho individual y colectivo del proletariado a la intervención política junto a los trabajadores de cualquier país. Es el camino de la unidad revolucionaria europea y mundial, contrapuesta a la unificación retrógada del capital en torno a Washington y a Moscú. Los asalariados de los países que conservan ciertas libertades democrático-burguesas, no sólo andarán así camino a la democracia proletaria, sino que contribuirán a romper el totalitarismo en países como España, Rusia, China, Egipto, etc., etc.

Basta lo anterior para comprender cuán dependiente de un renuevo ideológico está la vuelta del proletariado al combate por la revolución mundial. Un período de insurgencia de las masas no puede ser nunca resultado unilateral, no ya de una crisis cíclica, sino tampoco de la crisis general del capitalismo. Sin conjugarse con ésta última la presencia de partidos revolucionarios sanos y aptos para arrebatar el entusiasmo de los mejores y simbolizar las esperanzas de los oprimidos, toda revuelta local fracasará sin originar movimiento revolucionario internacional.

LA ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA

Junto a las causas materiales que han puesto el proletariado a merced de sus enemigos es menester señalar, como factor político adicional, la quiebra de aquellas organizaciones que, habiéndose opuesto desde el primer día a la corrosión reaccionaria stalinista, estaban en mejores condiciones para reagrupar nuevos partidos revolucionarios. La obra de Trotzky y del primitivo movimiento de la IV Internacional ha constituido un aporte importantísimo a la comprensión del Termidor. Pero esta organización, que sigue pretendiéndose trotskista, en lugar de completar los análisis de Trotzky y su propio programa teniendo en

¹² Comité de Asistencia Económica Mútua.

cuenta la evolución política y social, no hace más que rezar definiciones vacías sobre la naturaleza de la economía rusa. Negándose a admitir el carácter capitalista y contrarrevolucionario del stalinismo, acogió como libertadora la entrada de las tropas rusas en Europa oriental, cuando esas tropas quitaban a los trabajadores las armas y las fábricas de que se habían apoderado en no pocos casos. Su vergonzosa colusión posterior con diversos nacionalismos burgueses, el argelino en particular, la había preparado su defeción del lema marxista. «Contra la guerra imperialista, guerra civil», en aras de la defensa nacional, que el substantivo «resistencia» ni siquiera pretendía encubrir.

En fin, considerando que el capitalismo de Estado a la rusa es la base económica del socialismo, reniega ostensiblemente de la tarea revolucionaria propia que dio origen a su fundación. El verdadero reformismo moderno es en realidad la IV Internacional y sus similares. Desempeñan, respecto del capitalismo centralizado en el Estado, papel parecido al de la antigua social-democracia respecto del capital privado y monopolista. Sin romper con ella es imposible pisar terreno revolucionario.

Los grupos que han abandonado la IV Internacional después del congreso de 1948 o que pretenden continuarla por su cuenta, cual poco ha los de América Latina, están confinados a una ortodoxia trotskista tan negativa como cualquier otra, y además mentirosa. Han incurrido en iguales oportunismos que aquella y ven en cualquier pendón nacionalista el comienzo de una «revolución permanente», cuando en realidad se atraviesa en el camino del proletariado. Interpretan de manera derechista el *Programa de Transición*, cuando más la experiencia y las necesidades de las masas mandan superarlo.

A su vez, la tendencia «Socialismo o Barbarie», procedente también de la IV Internacional amansada, ha ido a remolque de la delicuescente «izquierda» francesa en todos los problemas y momentos importantes: guerra de Argelia y problema colonial, 13 de mayo de 1958 y poder gaullista, sindicatos y luchas obreras actuales, actitud ante el stalinismo y el dirigismo en general, etc. Por tal modo, y aunque tenga por capitalismo de Estado la economía rusa, sólo ha contribuido a enturbiar algo más las mentes. Renunciando a luchar contra la corriente, prefiriendo no decir a la clase obrera «nada que ésta no esté en condiciones de comprender», se entregaba de grado al fracaso. Desprovista de nervio, ha caído en una versatilidad rayana en la mojiganga existencialista. Viene a propósito para esa tendencia y otras existentes en Estados Unidos, el dicho de Lenin: «Sólo algunos intelectuales murriosos imaginan que, a los obreros, basta hablarles de la vida en la fábrica machacándoles lo que saben desde hace mucho tiempo».

Tocante a los grupos y partidos que en la querrela ruso-china toman bandería de Pekín siquiera con reservas, sitúanse muy a la derecha de lo que, con mucha tolerancia puede considerarse vanguardia revolucionaria¹³. Pekín no ha hecho sino imitar el capitalismo de Estado ruso, la contrarrevolución stalinista. Que su protector de ayer dé a China y no consienta darle otro trato que de semi-colonia, es gaje del oficio. Pero eso no le confiere el menor derecho a hablar del proletariado y la revolución. En 1926-27 Mao Tsé-tung y Chou En-lai destruyeron los soviets chinos a mayor gloria del termidor ruso. Ahora cosechan lo que sembraron. Convertida en gran potencia imperialista, Rusia exige dividendos sobre la plusvalía de 500 o 600 millones de chinos, a más de la subordinación debida en cuestiones de influencia asiática. De ahí que «la querrela ideológica» no contenga más que eufemismos y variedades de burocracia capitalista en graves ahogos.

Siguiendo a Pekín se contribuye a pisotear la ideología del proletariado tanto como siguiendo a Moscú. La indigencia mental y psíquica, hez de 30 años de stalinismo, consiente todavía a los mandarines de Pekín hablar de una revolución que debe ser hecha también en China y contra ellos. Los secuaces que consigan recoger les servirán para establecer un compromiso con Moscú - primer intento- y si falla éste con Washington.

Los grupos más radicales de la periferia stalinista entienden por «vuelta a la política revolucionaria» el retorno al Frente Popular, que fue la táctica de guerra imperialista puesta en juego, so color de reformismo, cuando la contrarrevolución marchaba en Rusia a redoble de tambor, segando las cabezas de cuantos seguían siendo siquiera parcialmente revolucionarios. La realidad es que siendo todos esos grupos subproducto de la crisis que ha iniciado el desbarate de la contrarrevolución stalinista, nada positivo tienen que proponer. Los obreros y hombres jóvenes que por mil circunstancias fortuitas se encuentren en su seno, se perderán para todo trabajo revolucionario, a menos de recapitular con el máximo rigor crítico toda la obra del stalinismo como contrarrevolución capitalista en Rusia y en el mundo. Prolegómeno indispensable para estar en condiciones de contribuir teórica y prácticamente al renacimiento de un partido del proletariado mundial.

Jamás se ha hablado tanto como hoy de «revoluciones victoriosas»; jamás se había visto, tampoco, época tan reaccionaria, de Oriente a Occidente. Diríase que el capital está a punto de reafirmar por mil años su dominio embutiendo en el cerebro de su víctimas, tal una religión, que la explotación planificada es socialismo y la dictadura policíaca de un partido *el gobierno* del proletariado. Apariencias engañosas. De parte y otra de la línea divisoria entre los bloques, formidables energías revolucionarias han ido acumulándose. Pueden ponerse en movimiento en cualquier momento, en cualquier parte. Pero su cristalización en victoria proletaria se hará imposible sin una nueva organización revolucionaria. La creación de ésta, por el contrario, precipitará

¹³ Sin pretender apreciar en particular ninguna de esas organizaciones, pueden considerarse de vanguardia revolucionaria los diversos grupos de la «Izquierda Italiana»; en Francia «Programme Communiste»; en el Japón la «Liga Comunista revolucionaria», más, aquí o allí, algunos grupos de origen trotskista o anarquista de vida independiente.

un alud irresistible de las masas, tensará todas sus energías hacia el objetivo supremo, una civilización verdadera podrá surgir por primera vez de entre los hombres.

La Primera Internacional agrupó a los trabajadores por encima de fronteras, y antes de su disolución había realizado un inmenso trabajo de educación ideológica, que todavía hoy es una de las principales fuentes de inspiración revolucionaria. La Segunda Internacional disputó al capitalismo derechos y nivel de vida obreros, pero negándose a derrocarlo, terminó incorporándose a su legalidad, que es tiniebla para los explotados. La Tercera Internacional encabezó durante varios años la lucha por la revolución mundial y prosiguió la obra educativa de la Primera, hasta el momento en que el Termidor empezó a utilizarla como instrumento exterior de su política conservadora. Totalmente envilecida por la contrarrevolución stalinista, secundó todos los crímenes de ésta en Rusia y contribuyó decisivamente a la derrota del proletariado mundial. Por su parte, la Cuarta Internacional, que tenía inmensas posibilidades dentro de su exigüidad orgánica, ha ido disipando de exégesis en exégesis su herencia teórica, hasta anular finalmente su independencia como movimiento.

Una nueva organización revolucionaria es indispensable al proletariado mundial. Pero su constitución resultará imposible o será muy defectuosa si no incorpora a su pensamiento las rudas experiencias ideológicas y organizativas padecidas desde 1914 hasta el presente. Las derrotas pasadas han de jalonar el camino de la victoria. Semejante organización deberá sobrepasar el tradicional conglomerado de partidos nacionales y al mismo tiempo rechazar todo centralismo orgánico que faculte a un puñado de dirigentes colocar ña base ñ ante decisiones disciplinarias consumadas. Ha de prefigurar el futuro mundo sin fronteras ni clases. Con tal finalidad adoptamos este *Manifiesto* y lo proponemos a todos los grupos y hombres revolucionarios del mundo. Es preciso romper tajantemente con tácticas e ideas muertas, decir a la clase obrera sin reticencias toda la verdad, rectificar sin duelo cuanto obstaculice el renacer de la revolución, proceda de Lenin, Trotsky o Marx mismo, adoptar un programa de reivindicaciones en consonancia con las máximas posibilidades de la técnica y la cultura moderna puestas al servicio de la humanidad.

TAREAS DE NUESTRA ÉPOCA

Organización de la acción obrera directa e independiente de todo sindicato, bajo el lema general, a continuación pormenorizado.

A. MENOS TRABAJO Y MÁS PAGA

1º Supresión del trabajo a destajo y del salario base que lo estimula, sustituyéndolos por un trabajo y un salario al día, la semana, etc.

2º Reducción de la semana de trabajo a 30 horas (primer paso), sin disminución alguna del salario, al cual han de incorporarse las primas, indemnizaciones, horas extra, etc., cuanto constituye, encubre o espolea el trabajo a destajo.

3º Supresión de las cronometraciones y controles que intensifican la explotación, atosigan al obrero y rebajan su dignidad personal. Los interesados en cada empresa o rama de la producción son los únicos capacitados para determinar el ritmo de trabajo.

4º Todo aumento de la producción (su valor actualmente), sea debido a mayor rendimiento del trabajador o perfeccionamientos técnicos, debe ser vertido colectivamente a los obreros que lo realizan, en espera de que la clase entera decida de su reparto. Es la manera de poner coto a la acumulación del capital cada día más aplastante, y de elevar de veras el nivel de vida de los explotados.

5º Trabajo para todos, parados y obreros jóvenes, con disminución de las horas laborables proporcionalmente al número de obreros y a los perfeccionamientos instrumentales. Se trata de una solidaridad de clase que comporta excelentes consecuencias, y de un derecho al trabajo que lleva aparejado el supremo derecho a la pereza, hoy inexistente pese las vacaciones, mera distensión fisiológica semejante a la de las horas de sueño.

6º Denuncia de los contratos colectivos no establecidos directamente con la empresa por los trabajadores, y por estos últimos aprobados.

7º Distribución gratuita a los estratos sociales más pobres, de los víveres y artículos de consumo almacenados como ñexcedente de producción, distribución a efectuar ya en el mismo país, ya en cualquier otro sin distinción de bloques.

La acción independiente en defensa de las libertades elementales ha de presidirla el lema:

B. DERECHO DE PALABRA, DE ORGANIZACION Y DE HUELGA, AL PROLETARIADO

Esos derechos están confiscados por partidos y organizaciones sindicales a los mismos sometidas, ya inseparables del capitalismo decadente. En las fábricas, los acuerdos sindicalo-patronales han suprimido lo mismo la libertad individual que la colectiva de los trabajadores, los revolucionarios en particular, a tal punto, que en numerosos lugares pueden ser despedidos legalmente por hablar de política, distribuir propaganda o concertarse entre sí para cualquier objeto. Se hace pues indispensable reivindicar:

1º Libertad política, de palabra y de distribución de prensa, volantes, etc., en los lugares de trabajo, así como de reunión en los mismos cuando lo requiera la autodefensa de los obreros.

2º Recusación de todo reglamento interior de empresa dictado por el patrono (burgués o Estado), o por éste y los sindicatos conjuntamente. En cada empresa u oficio, los trabajadores mismos, por medio de los delegados al efecto elegidos, han de tener la potestad, exclusiva de toda otra, de establecer reglas interiores. La aprobación en asamblea general es requisito precautorio.

3º Soberanía irrestricta de los trabajadores, al margen de avales gubernativos o sindicales, para emprender la huelga económica o política.

4º Derecho de voz y voto a todos los interesados, sin necesidad de filiación sindical o política, para decidir de las reivindicaciones de cada huelga, el momento de su declaración y de su cese, así como de cuantos problemas les conciernen.

5º Derecho a elegir directamente, sin ningún requisito sindical o judicial, delegados permanentes de taller, fábrica, oficio, etc., que representen a los trabajadores frente a la dirección.

6º Derecho a concertar para todo evento y en cualquier instante, por medio de tales delegados directos, con los trabajadores de otras industrias o actividades, en el país entero e *internacionalmente*.

Por tal conducto recuperará y ampliará el proletariado su libertad de palabra y acción hoy suprimida en la mayoría de los países o transformada, en los menos dictatoriales, en un monopolio de partidos y sindicatos que constituyen en realidad la estructura legal de la explotación del trabajo por el capital. En países como Rusia, China e imitadores, hay que empezar batiéndose contra la ignominia de las multas, los castigos policíacos y judiciales por retrasos de entrada al trabajo o inasistencia a él, contra las infamantes cartillas de trabajo, por el derecho de palabra y organización de las masas contra el partido dictador.

Sin una lucha denodada por las reivindicaciones mencionadas, el proletariado continuará cediendo terreno al capital y acrecentando el potencial opresivo de éste, ya fantástico.

Las reivindicaciones inmediatas o mínimas enumeradas, pueden desempeñar papel muy importante en la reanudación de la actividad proletaria en todo el mundo, países avanzados y atrasados por igual. Mas como en ningún caso puede tratarse de mejorar o desarrollar la economía de capital y salario, sino de acabar con ella, es indispensable enlazarlas sin solución de continuidad con las medidas supremas de la revolución proletaria mundial, por las cuales podrá quizás empezarse en algunos casos:

C. ABAJO EL CAPITAL Y EL TRABAJO ASALARIADO

1º Poder político de los trabajadores, mediante comités democráticamente designados y en cada instante revocables.

2º Expropiación del capital industrial, financiero y agrícola, no por el Estado, los sindicatos u otra corporación cualquiera, lo que daría origen, como en Rusia, a un capitalismo aun más brutal, sino por el conjunto de la clase trabajadora.

3º Gestión obrera de la producción y *de la distribución* de los productos, que es inseparable de una planificación *exclusivamente* dictada por la necesidad de desaparición de las clases.

4º Destrucción de todos los instrumentos de guerra, atómicos y clásicos, disolución de ejércitos y policías, reconversión de las industrias de guerra a la producción de consumo.

5º Armamento individual de los explotados bajo el capitalismo, organizados territorialmente, según los comités democráticos de gestión y distribución. Es una de las mejores garantías que pueda tener la transformación social.

6º Incorporación a las actividades útiles de todas las capas de la población que hoy realizan trabajos parasitarios o netamente perjudiciales. Ello permitirá, sirviéndose al máximo de la técnica y la ciencia y al mínimo del esfuerzo humano, incrementar ininterrumpidamente la producción y reducir el tiempo de trabajo dedicado a ella. Es también la manera de superar la división, hoy impuesta por la explotación, entre trabajo manual e intelectual.

7º Supresión del trabajo asalariado, empezando por elevar el nivel de vida de las capas sociales más pobres, hasta alcanzar la libre distribución de los productos según las necesidades de cadaquién. No hay ni puede haber otra prueba de la transformación del capitalismo en socialismo y de la desaparición de las clases.

8º Supresión de fronteras y constitución de gobierno y economía únicos a medida de la victoria del proletariado en los diversos países.

Finalmente, se ha hecho imperativo establecer que la transición del capitalismo al comunismo, la dictadura del proletariado, es un concepto sociológico marxista, inseparable de la más completa democracia en el seno de las masas trabajadoras, ellas mismas en proceso de desaparición como clase. La emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos. Le vuelven la espalda cuantos la identifican con la dictadura de un partido o siquiera de varios, cual la dictadura capitalista llamada democracia parlamentaria. Sólo la desaparición de la ley mercantil del valor, basada toda ella en el trabajo asalariado, acarreará la extinción del Estado. Sin adentrarse en ésta *desde el principio mismo de revolución*, el Estado se transforma rápidamente en el organizador de la contrarrevolución.

Las condiciones objetivas de la realización del comunismo que la historia debía crear están presentes y sobrado maduras en escala mundial, pero únicamente en alas de la subjetividad revolucionaria conseguirá el hombre salvar la distancia del reino de la necesidad al de la libertad.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS, SUPRIMID EJÉRCITOS, POLICÍAS, PRODUCCIÓN DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO!

Milán, 1961
Fomento Obrero Revolucionario.
Núcleo M.

LLAMAMIENTO Y EXHORTO A LA NUEVA GENERACION

(FOR, París, noviembre 1966)

EMPEZANDO...

Ideológicamente no empezamos, sino que reanudamos, porque nunca interrumpimos. Venimos de muy lejos, desde el primer tiempo en que hubo hombres sublevados; vamos de camino, mucho más lejos todavía. Entroncamos con los revolucionarios más cabales de antaño y suscitamos ya los de mañana. De idea en idea, de hombre en hombre, somos el instante impercedero de la energía reivindicativa del individuo a través de la historia, el continuo afirmativo de las exigencias humanas frente a las contingencias del reaccionario acaecer político. Ser hombre, en nuestra época más perentoriamente que nunca, es comportarse revolucionariamente. Nosotros ejercemos nuestro oficio de hombres sin trapacerías, tembliques ni adulteraciones. Así pues, no empezamos, continuamos; lo que empieza es nuestra publicación, *Alarma*, y una jornada nueva en el persistente duelo contra la tétrica reacción española.

Somos hombre de la guerra civil y hombres de después, unidos por un ideario que sobrepasa las fronteras, que las suprime ya virtualmente, requisito indispensable a la acción socialista hoy. Buena parte de nosotros, los veteranos y los nuevos, hemos conocido las prisiones de la España sagrada; algunos también las de la policía rusa. Ninguno somos òarrepentidosö, ni del franquismo ni del stalinismo. La tiranía, la explotación, no nos engañaron nunca, aun embozadas de comunismo o de democracia. Nuestro abolengo político viene desde Marx y Engels, la Primera Internacional, los años revolucionarios de la Segunda y la Tercera, Liebknecht, Luxemburgo, Lenin, Daniel de León, Trotsky, la oposición a la contrarrevolución stalinista en Rusia. Por los acontecimientos entroncamos con la Comuna de París, la revolución rusa del 17, la alemana del 18-23, los centenares de miles de hombres asesinados por el actual sistema ruso, en su destrucción de las tendencias revolucionarias; con la insurrección española del 19 de julio de 1936 frente a la reacción clérigo-militar y la insurrección de mayo de 1937 contra stalinismo y Frente Popular; con las centenas de millares de hombres asesinados por el franquismo. Reivindicamos igualmente la acción insurgente del proletariado alemán, polaco, húngaro, etc., contra los régulos de Moscú.

Por sí solo, lo dicho comporta un programa revolucionario sin mitigaciones, programa cuya amplitud, facetas y modalidades tácticas se deduce de este hecho, consecuencia de la historia reciente: Washington y Moscú, Moscú y Washington son factores simétricos y complementarios de la contrarrevolución mundial. Necesitamos decirlo de la manera más inequívoca posible, porque nosotros no jugamos al demócrata anti-franquista. Aspiramos a agrupar hombres revolucionarios, no figurantes de tablado. Nuestro anti-franquismo perfora hasta las raíces del sistema, y nuestra exigencia de libertad, inconforme con ficciones jurídicas, reclama la igualdad económica. No tenemos nada que ver, ni aceptaremos tenerlo jamás, con los anti-franquistas de inspiración rusa, que nos deparan otra tiranía, ni con los demócratas aroma Washington, que para competir con Rusia nos proponen unas libertades secreteadas en los confesionarios y apuntaladas en las bases americanas. Si hace 26 años la victoria de Franco se debió a la colusión de Stalin, Roosevelt y Hitler contra la revolución obrera, hoy que el siniestro bufón pierde pie, cuando el proletariado reanuda su actividad y el capitalismo español zozobra de nuevo, nosotros consideramos obligación primera alertar contra toda política que incline a Washington o a Moscú.

El triunfo de Franco no ha invalidado ninguno de los factores sociales que produjeron la gran conmoción revolucionaria del decenio 30, antes al contrario, los ha ensanchado y exacerbado. Las clases de la población cuyos sórdidos intereses azuzaron la acción del ejército (o sea el clero y la burguesía), creyeron que el terror, más la doctrina cristiana a la fuerza imbuida a la población, formarían una juventud bovina y exangüe, exorcizando por siempre la acción del Malo, de la Revolución. Implacable ha sido el terror, en efecto, y se han puesto en juego desde las brujerías prehistóricas hasta la técnica moderna para conseguir el embrutecimiento perfecto del país. No muy lejos han andado de ello, pues en verdad, lo que de hecho, aunque a contrasentido, cabría llamar hoy cultura española, es aun más oscurantista y desde luego mucho más venal que la de los tiempos de Godoy. La mayoría de los intelectuales siguen o han seguido el principio denunciado por el proverbio persa: besar la mano que se debería morder.

Pese a todo, jamás el régimen consiguió adoctrinar a la juventud obrera, y hoy se le insurgen ésta y la propia juventud estudiantil, avergonzada del sistema en que vive. La historia es terca y recurrente. Por vericuetos múltiples, insospechados a veces, insinuándose por celadas sendas cuando el garrote media, arroja reiteradamente a la escena política sus necesidades -las del hombre- hasta cumplimiento entero o desbarate de las condiciones que las engendran. Así, ventitantos años de totalitarismo entre avemarías está reventando a ojos vistas. Tras una larga dominación incontestada, a despecho de tantísimas sevicias, Franco y su jarca abocan a hacer todavía más indispensable que ayer la revolución vencida. Creían, obtusos, que la revolución es un partido, fusilado el cual el capitalismo viviría siglos yertos, sin que una idea o la virilidad de una protesta les perturbase a ellos la digestión. Cierto, el clero español, estulto, antropofágico en el sentido más vecino posible de los degustadores de corazón e hígado, no desdenaría la vuelta a aquella edad de oro eclesiástica que fueron los siglos negros de Europa, cuando nadie ponía en duda la incapacidad del hombre para regir sus propios destinos, de donde la idea de Dios saca su fuerza. Pero en España más que

en ningún otro sitio, él mismo es hoy un gran trust capitalista cuyas funciones engendran las condiciones de su aniquilamiento, y en los explotados la necesidad de la revolución.

Huelgas obreras, motines estudiantiles, división y rivalidad de los vencedores, asco profundo y general de la población frente al régimen, problemas económicos, e incluso el acertijo de la sucesión, son otras tantas cuarteaduras que irán ensanchándose hasta el derrumbe, y por donde ya traslumbra la misma gran contienda que originó las luchas del decenio 30. Es imposible predecir si la caída del régimen se precipitará o se alargará. Estamos convencidos de que habría dado de bruces hace años, de haberse hecho lo necesario en la clandestinidad y en la emigración. Mas el comportamiento de las grandes organizaciones del exilio es consecuencia del que tuvieron durante la guerra civil. No cabe criticarlo en este momento, sino constatarlo y señalar la necesidad, *al margen de ellas*, de un nexo ideológico y orgánico nuevo, que una a los hombres más conscientes y decididos, tanto entre la juventud obrera como en la estudiantil. Es la mejor manera de acortar los plazos, aprovechar al máximo las energías contra el régimen, y sobre todo de precaver que mañana se nos birle otra vez la victoria.

Lo que los acontecimientos nos traen de nuevo, es la *contraposición irreductible entre la revolución socialista, necesidad inmediata, y la conservación del capitalismo en cualquiera de sus formas*, en el fondo la misma gran contienda que el decenio 30, pero mucho más premiosa. Nos importa dejarlo sentado desde ahora y con tanta mayor nitidez cuanto que la revolución encuentra otra vez atravesados en su camino los mismos partidos que durante la guerra civil la hicieron recular en beneficio de Franco. Pero ahora todo es más descarado: esos partidos quieren, buscan, *tienen adquirida en parte* la alianza directa de elementos franquistas, militares, clericales, falangistas. Frente a ellos, cuya conducta y objetivos están preñados de asechanzas, nos delimitamos aquí en forma sumaria, pero sin medias lenguas, a reserva de volver pausadamente sobre los diversos puntos en publicaciones posteriores.

Reconciliación de los españoles o unidad nacional. Ninguna, ni hoy ni mañana, porque ésa es una fórmula jesuítica para perpetuar las relaciones de producción y de distribución existentes, lo actual con ligeros cambios de superestructura. No puede haber reconciliación entre la necesidad humana de revolución social, sin cuya satisfacción lo que llamamos civilización siéndolo apenas terminará por desaparecer, y las necesidades antisociales, reaccionarias de los estamentos capitalistas. Entréguese a los trabajadores que los ponen en función todos los instrumentos productivos: industria, tierra, centros científicos y de enseñanza, prensa, radio, televisión, cine, etc., entrégueseles las armas que detentan el ejército y demás cuerpos coercitivos, disuélvase éstos, organícese la producción suprimiendo la venta del hombre (fuerza de trabajo asalariado) y una distribución para el consumo y la expansión cultural de todos, sin beneficios de burgueses ni tecnócratas, créese un poder político democráticamente designado por cuantos trabajan en tales condiciones; a partir de ahí, *únicamente a partir de ahí* podría hablarse lealmente de reconciliación. Lo demás son cálculos, combinaciones de torpe, cuando no aviesa intención. Quienes ahora emplean esa fórmula, sean stalinistas, curas, militares o òsocialistas, nos la impondrán mañana, tricornos por delante. Lo que en realidad nos piden es no hostilizar a los explotadores, en particular a Iglesia y Ejército, cuando precisamente ellos son los manantiales de la brutalidad actual, el obstáculo principal a la liberación de la sociedad entera. En el fondo, los reconciliadores hostilizan a toda la población enemiga de Franco. La colusión entre algunos falsos antifranquistas de dentro y otros decrépitos de fuera la inspira un miedo común a la acción insurgente de los oprimidos. Nos reservan malas cosas. Tratan de impedir la revolución y en cambio retrasan la caída de Franco.

Restablecimiento de la monarquía constitucional.- Al irrumpir las masas en la escena política española, en 1931, la monarquía se vino abajo, incapaz de resistir la aversión popular concitada por tres siglos de decadencia, corrupción, despotismo e inúmeros delitos de envergadura histórica. Si las maniobras proborbónicas que desde tiempo ha se vienen urdiendo entre personas influyentes del interior y del exterior tuviesen éxito, la monarquía ònueva, sería tan clerical y militarista como siempre, pero mucho más policíaca y falsamente constitucional. Los monárquicos españoles son la misma gente que desde la guerra civil gobierna. No existen ni pueden existir otros, por más que cualquier cambio sería acogido con aplausos al principio. Los personajes y partidos del exterior que a las claras o bajo mano propician la monarquía serán, en cualquier caso, incapaces de darle un sustento popular. En cambio, no escaparán a la borchonosa culpa de haber restaurado una institución pútrida que ellos mismos contribuyeron a expulsar. No es que la monarquía haya mejorado, son ellos quienes han empeorado.

Democracia popular.- Nadie habla de esa perspectiva de sucesión, y menos que nadie quienes la cavilan, hecho importantísimo y grave entre todos los de la actual sintomática òantifranquista. Por el momento, los hombres de Moscú se guarecen tras cualquier rótulo: dícense republicanos, demócratas, monárquicos constitucionales, cristiano-demócratas o falangistas òbienintencionados, según la clientela a que se dirijan. Incluso tachan de provocación la defensa llana de lo que persiguen, tan impenetrables son los designios de su metrópoli. Por su parte los demócratas aroma Washington prefieren, como Franco mismo, no aludir al asunto sino bajo la fórmula mendaz de òpeligro comunista. Creen forzar así en dirección suya la mano gofa y avara de las finanzas yanquis. La verdad es muy otra y la diremos nosotros.

Entre todas las òsoluciones anti-revolucionarias ideadas, la que lleva en reserva el partido de Moscú es la que mayores posibilidades de éxito tiene. En primer lugar porque daría curso al capitalismo de Estado, término obligado del capitalismo mundial en ausencia de revolución. En segundo lugar, porque el partido de Moscú será, con gran ventaja sobre los demás, muy

eficaz para contrarrestar a los explotados, que consciente o inconscientemente pugnarán por la revolución. Ese y no otro fue su éxito ya durante la guerra civil. En tercer lugar, porque de la base orgánica del franquismo, sectores de importancia varia, según las incidencias, acorrerán al stalinismo (ya están bien pobladas de estipendiados rusos las dependencias de Franco) atraídos por sus grandes cualidades antiproletarias. Y finalmente, porque los propios partidos que hoy trinan contra Moscú terminarán considerándolo, llegado el caso, como el último e inevitable refugio ante una riada de masas. ¿No ha sido así en todos los países llamados hoy de democracia popular? ¿No fue ese el caso en España antes que ningún otro país?

En Rusia como doquiera triunfe, el stalinismo representa un tipo de contrarrevolución tanto más peligrosa cuanto que toda la propaganda mundial, estúpida por interesada, lo presenta cual si fuera comunismo. Si expropia a los capitalistas individuales es para intensificar al máximo la función explotadora y opresora del capital, quitando a los obreros incluso la libertad de vender o no vender su fuerza de trabajo al precio que les dé la gana, la más efectiva de las libertades que les deja el capitalismo individual. Por eso, en momentos de grave crisis, resulta imposible vencer al stalinismo sino mediante la revolución proletaria. Se vio en mayo de 1937 en España y en la Hungría de 1956 otra vez. Sépase de antemano: el partido de Moscú será un enemigo de la revolución aún más temible, por más pérfido, que la Iglesia, la burguesía y el Ejército. Además, cuando llegue el momento aparecerán unidos. Hagámosles frente desde ahora.

República burguesa y asamblea constituyente.- Frente a la tiranía franquista, la palabra república tiene resonancias de libertad, y la palabra constitución evoca la limitación jurídica del poder, demencialmente arbitrario hoy. Por ese solo hecho, ambas disponen de un margen de simpatía, y *de abuso*, en la consciencia de la población en general. Tanto más obligado es situar el problema y definir una actitud, cuquerías ótáticaso a la mar.

õEspaña es una república de trabajadores de todas clasesø - rezaba inflatoriamente la constitución de 1931. Y todas las instituciones estatales, más la legislación, seguían siendo las de la monarquía con todas su lacras inveteradas. De ahí que los dueños capitalistas de España pudiesen utilizar a satisfacción dichas instituciones para establecer su imperio absoluto cuando lo consideraron conveniente. Una República de trabajadores no puede existir sobre la base de la economía capitalista, sea privada o estatal.

Así pues, quienes hablan de República a secas proponen la continuidad del capitalismo *tal como existe hoy*, sustituyendo sólo las formas políticas franquistas por otras republicanas. Legislar éstas sería la obra de la asamblea constituyente.

Por nuestra parte, *no queremos eso*, sino realmente una República obrera, sin explotadores ni opresores autorizados por las leyes. De antemano declaramos que lo que está en juego no es sólo Franco, sino el capitalismo cuyo imperativo reaccionario saca caudillos de cualquier rabo.

Por relación a las posibilidades de transformación social, la mejor democracia burguesa es también una prisión. De polo a polo del planeta, multitud de experiencias -España entre ellas- lo atestiguan, pues la gran pugna mundial se libra en torno a la sustitución del capitalismo por un tipo de civilización superior, donde la libertad no sea ficción legal ni imposibilidad material para la mayoría. Suponiendo que la República burguesa se instaurase y perdurase en España, su cometido sería enteramente antihistórico. Sin embargo, caso de aparecer, lo probable es que sea episódica, concesión inevitable de las derechas y palestra donde se afronten las tendencias revolucionarias con las regresivas. En todo caso, constituirá un producto bastardo de las latencias más profundas y veraces de la sociedad. Para nada necesitan éstas, en efecto, una reedición de 1931, pero sí necesitan trastocar de arriba abajo todo el sistema económico y político, sin lo cual el atraso, más mental aún que técnico, seguirá siendo la tónica media del país. Tal es la primera verdad política en la España de hoy, y la verdad no debe silenciarse.

Por nuestra parte no contribuiremos a ninguna mistificación, por mucho que buena copia de antifranquistas de viejo y nuevo cuño pretendan que la mistificación recela gran eficacia táctica. No queremos crecer esterilizando ideas ni emasculando acciones políticas. Lo que nos importa es dar lucidez a los explotados y a los hombres de médula revolucionaria en general, lo necesario es incitar su actividad, única forma de resolver los problemas planteados. Demasiado dudosas, mancilladas aparecen ya palabras como socialismo, libertad, comunismo, manoseadas por quienes representan prácticamente sus antípodas, para que añadamos nosotros nuestro grano, siquiera sea por pasividad, callando. No; uno de los cometidos esenciales del revolucionario consiste hoy en desvelar esas mistificaciones que tantas derrotas han causado, que han deteriorado hasta lo despreciable la conciencia mundial y que amenazan acabar con la posibilidad misma de revolución.

En el fondo de la crisis política española *no hay nada más que la necesidad de revolución socialista*, reafirmémoslo. Soterrada por largos decenios de teocracia y soldadesca, renegada, descarriada o carnavalescamente disfrazada por hombres y organizaciones que deberían auspiciarla si sus designaciones no fuesen falsas, esa necesidad sigue presente y el dilema es inconcuso: ella o cualquier tiranía en la gama que va de Moscú a Washington. Estamos convencidos de lo dicho por el análisis teórico, por la experiencia práctica de medio siglo, y por el sentir mismo de los hombres con quienes hemos convivido en la cárcel y en la libertad vigilada que es la õdemocracia cristianaø

Por consecuencia, nosotros, hombres del decenio 30, del 50 o del 60, unidos por ideas, no por circunstancias de convenenciero cálculo, fomentaremos la lucha por la libertad, función máxima de la revolución socialista, pero nos negaremos siempre a subordinarla a los intereses sucios de la Iglesia, el Ejército, la burguesía, o de esos suspirantes de la contrarrevolución tipo

capitalismo de Estado que son los jefes del partido de Moscú. No aceptaremos ningún compromiso de sistema contrario a la necesidad histórica aquí definida, por muy democrático que se diga, pero sí concertaremos acuerdos de lucha práctica, de huelgas en primer lugar, con tendencias que quieran sublevar al proletariado, no apaciguarlo, y excluyendo siempre, por reaccionarias y nocivas, a las que han apoyado a Franco, a las que miran a Moscú o a Washington. Proclamamos, sobre todo, que el factor decisivo y más dinámico de la lucha contra el régimen está en las clases explotadas, y que por consecuencia el norte de la revolución social moviliza el máximo de energías y da toda la gama de reivindicaciones susceptibles de producir, sin solución de continuidad, el derrumbe de Franco y la apertura de una civilización nueva, realmente digna del hombre.

Vamos en pos de la idea, sabiendo de antemano que sin la victoria nos espera la persecución, pues la contienda será aún más tremenda que en el pasado. Lejos de nosotros las manos de mendigo, las mentes de hombre dirigido.

LLAMAMIENTO Y EXHORTO A LA NUEVA GENERACION

La dictadura ha entrado en su fase agónica. Nada impedirá ya su caída, ni el quite sucesoral de la ley orgánica ni la delación y la represión recrudescidas. No la derrumba la actividad de los viejos partidos del Frente Popular, que hoy hacen vergonzosamente cara de amigos a la Iglesia, sino la hostilidad irremisible de la población laboriosa, cada vez más manifiesta y activa. La derrumba también su propia vileza conventual y cuartelaria.

Desde el primer día de su triunfo, la tiranía encontró en torno suyo el vacío y el desprecio absoluto de la mayoría. Habría deseado que sus adversarios no fuesen más que el 20 o el 30 por 100 de la población; los habría matado a todos. Pero le era imposible enviar al cementerio las tres cuartas partes de los habitantes, si no es más. Asesinó y encarceló a los hombres por centenares de miles, aterrorizó permanentemente a la población, escarneció y humilló a las personas, pero no las sometió. La mirada vultuosa y dura de los supervivientes vencidos caía sobre los vencedores con la rudeza primitiva de una maldición y el valor puro de una afirmación del Hombre: *¡Hemos aquí, de nuevo hablaremos!*. Llegará, sí, la hora del gran diálogo. Las primeras voces están sonando ya.

La antigualla española supo siempre, aun en sus días más exultantes, que no merecía la victoria, que la obtuvo contra el querer general, y no por sus méritos, ni siquiera por su fuerza bruta, sino porque desde la zona roja se la facilitaron partidos amigos de Moscú y de Washington. Quiso, pues, aprovechar la inesperada ocasión y vengarse del pavor que le infundiera la generación del 36, haciendo de la nueva generación bajo su férula educada eunucos intelectuales, hombres dimitidos incapaces de rebeldía, blandengue masa manejable desde los pulpitos y las comisarías; en una palabra, y empleando la expresión que mejor cuadra al régimen, quiso hacer de cada hombre nuevo un Hijo de María.

Grande ha sido la solución de continuidad, en efecto, entre la generación del 36 y la nueva. El régimen ha fomentado el embrutecimiento de la juventud por todos los medios: frenesí deportivo, literatura policíaca (desconocida antes), enseñanza oscurantista, falsificación de la ciencia, depravación puteril del amor, incluyendo el matrimonio, comercio hoy más que nunca, etc., etc. Y como representación ética superior ha pretendido imponer, forzando en escuelas, fábricas, oficinas a escuchar la palabra mercenaria de sus predicadores, el decálogo mosaico, zafia cuando no despreciable moral de salvajes. El cordón policíaco anticultural ha sido tan estricto, que es hoy difícilísimo encontrar en España alguna persona menor de cuarenta años que sepa algo sobre el pensamiento revolucionario de la humanidad en cualquiera de sus aspectos. La juventud ha sido intencional y aviesamente apartada del aspecto más rico y noble de la historia humana.

Empresa baldía. La estructura del régimen chirría preludiando derrumbe, y una de las causas principales de ese hecho es la aversión radical, larvadamente revolucionaria con que lo considera la nueva generación. Los estadios de fútbol hoy atiborrados, se vaciarán un día sobre las plazas públicas en torrentes subversivos. Entonces, la propia discontinuidad entre la generación del 36 y la nueva puede favorecer a esta última, en la medida que, alejándola de las grandes organizaciones que el 36 dieron lugar a Franco, le consiente más fácilmente crear un organismo nuevo, apto para vencer.

De la necesidad de ese organismo queremos hablar precisamente. Es hacedero constituirlo desde ahora en cierta escala, e indispensable conseguirlo si no queremos rebotar de Franco a otro despotismo cualquiera. Con tal objeto y antes que nada, hay que conocer lo más esencial del pasado, fijar nuestra meta, y esbozar los lineamientos primordiales de la nueva organización. En realidad, pasado y meta se entrelazan y se presuponen de mil maneras, por lo cual los ensamblaremos aquí.

Hace más de cuarenta años que el capitalismo, cubierta su etapa progresiva, contraría las necesidades de libertad económica y política de la humanidad. Grandes hecatombes imperialistas, guerras menores, dictaduras militares, stalinistas, fascistas, mengua y corrupción de la libertad en los antiguos países de democracia burguesa, explotación acentuada del proletariado, alargamiento de la jornada de trabajo, reintroducción del destajo, crecimiento monstruoso de la burocracia estatal y privada, de contra maestres, controladores y cronometradores en la industria, de la policía, los ejércitos permanentes y la producción de guerra, conversión de los sindicatos en reguladores de la explotación, manifestaciones todas de la corrupción reaccionaria del capitalismo, lo mismo si se considera cualquier país aislado que todos juntos, los atrasados igual que los adelantos, bloque oriental y occidental a una. El

capitalismo está destruyendo la civilización y degradando al hombre. La más ostentosa señal de esa degradación es que Moscú y Washington puedan aniquilar con un solo gesto a la humanidad entera, mientras intentan hacer creer al mundo que los ejércitos rusos son preferibles a los americanos o los americanos a los rusos. La sola amenaza atómica justificaría de sobra una sublevación que acabase al mismo tiempo que con las bombas nucleares, con todo el aparato bélico y el sistema económico que los necesita.

La humanidad no ha sido traída sin lucha hasta su humillante y peligrosa situación actual. Innumerables insurrecciones proletarias han intentado iniciar la transformación del capitalismo en socialismo y la rivalidad de naciones en una sola fraternidad mundial. Desde la revolución rusa de 1917 hasta la revolución española de 1936, el maretao insurreccional recorrió cuatro continentes, rechazado siempre gracias a la política de las organizaciones llamadas comunistas y socialistas.

Existe una estrecha relación de causa a efecto, entre el aniquilamiento de la Revolución española y el estallido de la segunda guerra imperialista. Los aspirantes al imperio económico mundial no podían desencadenar la guerra sin estar antes seguros de que, vencida la ola revolucionaria que el Octubre ruso suscitara, los hombres no utilizarían las armas para oponerse a la guerra y dar fin al sistema que la engendra. La relación entre el aplastamiento de la revolución en España y el desate de la segunda hecatombe se hace aún más luminosa recordando que su derrota fue deliberada y fríamente perseguida por el partido de Moscú, y finalmente alcanzada por el gobierno Negrín-Stalin, pero no sin que antes se sublevase contra ellos el proletariado, en mayo de 1937. Vencida la última y la más profunda de las conmociones revolucionarias iniciadas en 1917, el triunfo de Franco apenas encontraba ya obstáculo, y tras él, la guerra por la explotación del globo no se haría esperar ni seis meses. Amagaba desde varios años antes, contenida únicamente por el peligro de contagio de la Revolución española, pues evidentemente, de haber triunfado ésta, los obreros alemanes, italianos, rusos, americanos, franceses, ingleses, etc., lejos de dejarse regimantar pasivamente para una guerra repulsiva, se habrían esforzado en imitar a sus camaradas de España. La derrota no fue española sólo, ni mucho menos. Desde el 19 de julio de 1936 convergían hacia la península las miradas anhelantes de todos los oprimidos del planeta. Y se sintieron, y fueron, derrotados con nosotros. Al mismo tiempo, en Rusia era asesinada toda la generación bolchevique propulsora de la revolución, incompatible con Stalin y su nuevo capitalismo de Estado. La contrarrevolución se redondeaba.

Había sido dado el golpe de gracia a la esperanza de una generación integérrima, y por Moscú mismo, que convirtió a buena parte de sus fieles en despreciables polizontes, asesinos y chivatos de revolucionarios. Ya no le interesaba más que tirarse a rebato con Hítler sobre Polonia, después con Estados Unidos sobre el mundo. Con el renacimiento de la ofensiva obrera mundial, Moscú será una de las primeras capitales reaccionarias que caerán a plomo.

Terminada la horrenda matanza, inasimilada todavía la experiencia española, el proletariado de muchos países (Italia, Francia, Polonia, Checoslovaquia. Alemania, China, etc.) fue desarmado, vencido y vendido, ora a Moscú, ora a Washington, por los respectivos partidos stalinistas, siempre òdemocráticamenteò secundados por los partidos tan mal llamados socialistas como aquellos otros comunistas. El mundo es dividido a la fuerza en dos partes, verdaderas preseas de Rusia y Estados Unidos. El retroceso político e ideológico ha ido en aumento desde la derrota de la revolución española. El pensamiento, la voluntad y la organización revolucionarios, sin medios materiales para hacerse oír, están reducidos a escasos grupos en cada país, cuando no son radicalmente exterminados. Pero la necesidad de revolución va mucho más allá de la existencia de estructuras orgánicas idóneas, pues no es algo artificialmente suscitado, sino vital para la humanidad. Sin ideología revolucionaria y organizaciones que la encarnen, no hay revolución triunfante posible, pero las sacudidas rebeldes del proletariado son independientes de esa circunstancia. Llega forzosamente un momento en que los oprimidos ya no aguantan y se echan a andar, gobierne quien gobierne. Son múltiples los ejemplos, pero nos referimos tan sólo a dos: en 1944, una insurrección del proletariado griego, casi victoriosa, fue sofocada por Churchill en conciliábulo con el partido de Moscú y con el arzobispo Damaskinos. De vuelta a Londres, el dogo británico declaraba ante la Cámara de los Comunes: òFelicitémonos de haber vencido, con ayuda del partido comunista griego, la verdadera revolución comunista, aquella misma que espanta a Moscú. Segundo caso: la fulminante insurrección del proletariado húngaro en 1956, aplastada por los tanques rusos con la venia de Washington y de sus hombres en Hungría, incluyendo el tan celebrado en España cardenal Mindzenty.

El tributo gigantesco que la humanidad ha tenido que pagar en vidas, sufrimientos, bastardía de ideas y de sensibilidad, como consecuencia del rechazo de la revolución internacional entre 1917 y 1937, reafirma desgarradoramente la necesidad de dar muerte al capitalismo. El objetivo de ayer vuelve a ser el objetivo de hoy, con urgencias definitivas. Y si durante el período anterior la conmoción de España fue una de las más intensas y la última, de donde se desprenden las enseñanzas ideológicas esenciales para el futuro próximo, eso mismo hace del proletariado español, en el instante actual, uno de los iniciadores posibles de la revolución internacional. No nos preguntemos más; démonos a la obra. Las ideas existen. Vamos a la acción práctica y creemos la estructuración orgánica indispensable. Ataquemos desde ahora los cimientos mismos del capitalismo, estercolero de Francos. El sistema está podrido en todo el mundo. Sus propios representantes lo saben, lo mismo en la zona de gravitación rusa que en la americana. La fuerza moral, la razón histórica y hasta los intereses inmediatos de la humanidad pertenecen a la revolución socialista internacional.

Está fuera de toda duda que Franco habría caído hace más de diez años si una sola de las grandes organizaciones del exilio fuese revolucionaria, en particular el stalinismo, que por sí solo podría poner en juego recursos tan o más poderosos que los del

Estado franquista. Nada más lejos de su naturaleza, enteramente reaccionaria hoy. Para el stalinismo el proletariado es lo que para un estado mayor militar sus soldados: simple masa de maniobra, peones de brega a utilizar bien encuadrados por sargentos, capitanes, etc., y disciplinados al propósito del mando, totalmente contrario a las necesidades del hombre raso. Su actual consigna de òreconciliación nacionalò no es un ardid, sino un medio de impedir la lucha revolucionaria de los explotados, hoy, y mañana aún más que hoy. Por su parte, el movimiento obrero ha estigmatizado siempre esa consigna como la más característica e hipócrita de la reacción. En boca del stalinismo refuerza al máximo sus aspectos tradicionales, reflejo de necesidades gobernantes de explotación y represión.

A su vez, el partido reformista (socialista), como sus demás hermanos europeos, es un partido burgués cuya sólo aspiración es colaborar establemente con el capitalismo, representarlo directamente si es necesario y constreñir las reivindicaciones obreras a límites sindicales útiles al capitalismo. Sus intereses e ideas corresponden con los de la burguesía pequeña y media, mendiga de la grande.

El propio anarco-sindicalismo (C.N.T.), que ya en plena revolución se dejó sujetar por el Frente Popular, va por la emigración dando tumbos, dividido en una tendencia que sigue las huellas del reformismo y otra de porvenir azaroso, pese sus aseveraciones ácratas. Esta misma tendencia, formalmente a la izquierda de la primera, no ha sacado más que conclusiones superficiales de la Revolución española, tan superficiales que no le impedirán volver a tropezar en las mismas piedras. A ello se debe su incapacidad para crear en España una organización ilegal permanente susceptible de educar revolucionarios de la nueva generación. No son medios, ni siquiera valor físico, lo que le ha faltado.

Nos encontramos, pues, a corto plazo ya de la caída del régimen, con que el partido filial de Moscú es calculadamente contrarrevolucionario y pro-capitalismo de Estado, el partido reformista pro-capitalismo y parlamentarismo burgueses, mientras el anarco-sindicalismo flota a la deriva, susceptible, no los dudamos, de sana acción rebelde, muy deficitario en cuanto a las necesidades generales de la revolución y a las propias urgencias ideológicas del momento.

La organización revolucionaria hay que crearla de punta a cabo, pronto, urgentemente, y esa tarea es incumbencia principal de la nueva generación. Los pusilánimes, los miedosos que a nada se atreven sin preguntarse antes cómo lo tomará la policía, los calculadores que se atreverían a algo contando con medios (Moscú, laborista ingleses, sindicatos americanos, etc.), que se queden en casa rezando el rosario familiar. Su intervención será pernicioso hoy, y mañana contraproducente. Nos dirigimos a los hombres más sanos y rebeldes, que ven la caída de régimen no en función de las estratagemas interimperialistas de la guerra fría, sino en función de las necesidades socialistas del proletariado español, mundial, de la humanidad entera. Buscamos a quienes sienten tan intensa y verazmente la vida, que prefieren perderla antes de pactar con la despena. La revolución social, la emancipación del proletariado, es precisamente la superación de los sórdidos imperativos estomacales, perversión de la conciencia humana. Nosotros mismos, un puñado de hombres nuevos junto a algunos revolucionarios maduros, somos de esa índole, probada en hechos, represiones, muertes.

Existen en España millares de hombres susceptibles de unirse a nosotros y constituir un partido revolucionario bastante fuerte para asegurar la victoria. Se encuentran, sobre todo, por fuerza de su emplazamiento social, entre el proletariado. Mas lo característico del ser revolucionario no es la pertenencia a la clase situada rumbo al desenvolvimiento histórico, hecho objetivo dado por la evolución mecánica, sino la compenetración cabal, procédase o no de ella, con el supremo interés revolucionario, o sea con la ideología que ha de transformar la despreciable sociedad capitalista en una civilización del hombre para el hombre.

Con ese criterio, nos dirigimos al proletariado español, pero también a todos los jóvenes que han tomado iniciativas rebeldes. Proletarios, estudiantes que no pensáis en puestos, a todos os decimos:

Las ideas tienen mucha mayor potencia que los medios económicos. Teniéndolas, puede crearse una ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA, y por su conducto propiciar medios. La capacidad económica sin las ideas (caso magno el stalinismo) sólo puede crear porquería, y aun eso engañando a pobres hombres. Lo que os decimos y os invitamos a hacer hoy, no es una ocurrencia del momento, sino una idea, un hecho por nosotros practicado desde hace años, que el terror policíaco impidió generalizar como ahora. Proletario, estudiante, lo que sea, quien quiera se sienta identificado con nuestra manera de ver, tiene la obligación de convertirse en centro creador de un grupo de Fomento Obrero Revolucionario. Sabemos perfectamente que los jóvenes rebeldes se encuentran desamparados, queriendo hacer, luchar, y no sabiendo cómo empezar, ni práctica ni ideológicamente. La verdad es que crear un grupo contra el régimen es mucho más sencillo de lo que parece. Lo más difícil e importante es que actúe revolucionariamente, sin dejarse envolver por los intereses de Washington ni de Moscú, ambos presentados con esa carátula antifranquista, que ya sólo Franco falta por ponerse. He aquí nuestros consejos, traslación de nuestra práctica:

Donde quiera viva un hombre identificado con nosotros debe constituir en torno suyo un grupo de Fomento Obrero Revolucionario. De él, *únicamente de él depende que se realice o no*, pues miles de hombres buscan la posibilidad de instruirse y actuar revolucionariamente.

La preocupación primordial de cualquier núcleo de Fomento Obrero Revolucionario ha de ser la preparación sistemática de una huelga general contra el régimen, simultánea en todos los centros industriales y urbanos del país. Son acciones de ese género lo que dará al traste con Franco, muy antes y mejor que las combinaciones reconciliadoras que por todas partes se están urdiendo.

La llamada Unión Española, integrada en buena parte por responsables directos del franquismo, se constituye públicamente en Madrid, contando de antemano con que la policía no se atreverá a òmeterse con sus personajes. Y bien, nosotros debemos reclamar, dirigiéndonos a fábricas y barrios obreros, paso y derecho de libre expresión a los oprimidos. Por todo lo cual, he aquí los lineamientos generales e ideas concretas que servirán a la creación y a la acción de los centros que proponemos:

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LOS NÚCLEOS DE FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO

1. Su lucha contra Franco es al mismo tiempo, y fundamentalmente, una lucha contra el capitalismo, tanto en su forma antigua, occidental, como en su forma reciente más engañosa, el capitalismo de Estado tipo ruso y òdemocracia popular.
2. En la guerra fría como en la guerra òfogueada, se oponen con igual desprecio y odio a Washington y Moscú, cómitres de la humanidad.
3. Ante el problema español, denuncian como una indecente capitulación toda propaganda de reconciliación nacional, que significa renunciar a la revolución y en concreto reconciliación con los curas, la policía, la guardia civil, los militares, los falangistas, los burgueses.
4. Ponen en guardia a todo auditorio posible contra la política del partido de Moscú, únicamente definible como contrarrevolucionaria, y también contra la del partido socialista, únicamente definible como burguesa.
5. Proponen para toda huelga o para todo trato con el capital, la libre elección de comités obreros responsables ante la asamblea general de los interesados y por ésta revocables en cualquier instante. La asamblea de todos los trabajadores sin necesidad de filiación alguna, es soberana.
6. Propalan la necesidad de una nueva organización revolucionaria, de la cual son ya los primeros sillares los propios núcleos de Fomento Obrero Revolucionario.

CONSIGNAS ECONÓMICAS INMEDIATAS

- a) Fuera el destajo, fuera las horas extraordinarias y las primas sin disminución de jornal, calculado éste según la media del último año.
- b) Jornal mínimo de 10.000 pesetas mensuales, sin deducciones de impuestos ni de días festivos.

CONSIGNAS POLÍTICAS INMEDIATAS

- a) Amnistía política general, libertad de reunión, de palabra, asociación, prensa, manifestación, radio y televisión, etc., sin ningún límite.
- b) Abajo Franco, abajo el clero, abajo el militarismo, abajo el sistema policíaco.
- c) Fuera todo partido -legal o ilegal hoy- culpable de ametrallamiento de una insurrección proletaria, o de asesinato de revolucionarios: no solamente Falange, y los conventículos eclesiásticos y militares, sino también los ejecutores stalinistas del proletariado español en 1937, de la generación revolucionaria rusa en 36-38, del proletariado alemán en 1953 y del proletariado húngaro en 1956, algunos casos entre muchos otros.
- d) Expropiación de la Iglesia, y cese de toda clase de subvenciones a la misma; separación de la Iglesia y del Estado.

CONSIGNAS ECONÓMICAS Y POLÍTICAS GENERALES

- a) Expropiación del capital industrial, bancario, agrícola.
- b) Aumento ininterrumpido de los salarios inferiores, hasta nivelación con los salarios superiores, y progresión general a partir de ahí.
- c) Supresión de la venta del trabajo humano o asalariado, con otras palabras, de la explotación del hombre por el hombre.
- d) A la producción la enorme parte de burocracia superflua y parasitaria hoy incrustada en fábricas, oficinas privada y estatales.
- e) Sobre esas nuevas bases, escala móvil de horas de trabajo, lo que permitirá, empleando al máximo la técnica moderna y el trabajo humano al mínimo, reducir la jornada diaria a cuatro horas o menos, *umentando* el consumo general.
- f) Gestión obrera de la producción, por comités democráticamente elegidos en escala local, regional, nacional, y en escala internacional tan pronto como se pueda. (A distinguir netamente del *Control obrero*, que, aun siendo efectivo, sólo consiente al trabajador opinar sobre la manera de explotarlo).
- g) Conversión de las industrias de guerra, sin excepción, en productoras de artículos de consumo.

- h) Disolución del Ejército, la Guardia civil y demás cuerpos policíacos, cuyo único objeto es mantener la explotación, la iniquidad, la dictadura, incluso bajo una república democrático-burguesa.
- i) Armamento permanente del proletariado y los trabajadores en general.
- j) Todo el poder al proletariado (que incluye cualquier actividad no explotadora útil a la sociedad, sea manual, intelectual, técnica o administrativa).
- k) El poder será local y nacionalmente ejercido por representantes directamente elegidos por los trabajadores.
- l) Supresión de las fronteras para todo efecto, y constitución de economía y gobierno unidos, con cualquier futuro país donde se haga la revolución.
- m) Con tal objetivo, el primer gobierno revolucionario ha de tener un marcado carácter anacional, donde se sientan ideológicamente representados los oprimidos del mundo entero, poniendo directamente por obra el lema y la garantía supremas de la revolución social: ¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS !

No es indispensable una relación directa actual entre cada núcleo de Fomento Obrero Revolucionario y nosotros, si bien sería más conveniente establecerla. Con todo lo aquí expuesto se hace posible la acción autónoma con suficiente homogeneidad ideológica. Llegará el momento en que nos conozcamos todos y nos articulemos en una sola organización.

Joven proletario, joven estudiante, hombres de espíritu revolucionario en general, emprended valientemente la acción. Cada uno de vosotros puede ser un factor determinante de la evolución histórica. La pasividad o la acción política torcida nos devolverán a la servidumbre, otra vez después de Franco; la acción revolucionaria únicamente abrirá horizontes ilimitados al país, a la humanidad entera, que ya barrunta esperanzada el resurgir de la revolución.

Veintitantos años de tiranía y oscurantismo han de recaer, anulándolo, sobre el sistema capitalista. Los enemigos de la revolución echarán en pasto al pueblo algunos individuos y tratarán de salvar el capitalismo. Contrarrestemos su obra, preparemos el porvenir.

Fomento Obrero Revolucionario.

POSTFACIO

Al entrar en prensa el presente *Llamamiento*, el matarife en jefe del país, decrepito, pero todavía en el poder, acaba de presentar a sus Cortes su última ocurrencia ñinstitucionalö. En el hemiciclo poblado por criaturas suyas, han vuelto a oírse los chillidos fascistas de tan macabro recuerdo: ñ¡Franco, Franco, Franco!ö. Pero ahora suenan como el estertor de un régimen agónico.

Lo que el tirano ha dispuesto y haga aprobar no tiene ninguna importancia. Lo importante han sido las huelgas de 1963, seguidas del reivindicar económico y político incesante en todo el país. El músculo y la mente de las masas vilipendiadas y pisoteadas se desperezan presagiando acciones que nulificarán cualquier disposición oficial. Tanto es el vigor con que se anuncian, que ya han forzado un retroceso del régimen, siquiera relativo. Por lo demás, la obra de la Cruzada con su ñhombre providencialö ha sido tan deshonrosa, que no se encontrará Rey ni Roque para cargar con su continuidad. Por malo que sea lo que venga después, necesitará, antes que nada, proclamarse en ruptura con aquellos, haciendo, de viso al menos, lo que se llama popularmente borrón y cuenta nueva.

ñLa continuación del Movimiento por el Movimiento mismoö de que tanto nos hablaron durante decenios, se hace impracticable debido a la aversión casi universal y cada día más acusada con que son mirados todos y cada uno de los aspectos del régimen. Por añadidura, un Movimiento propiamente dicho nunca ha existido, sí un amasijo de intereses sucios cuya única expresión concreta ha sido el terror militar-policíaco bajo el palio de la Iglesia.

El peligro a precaver en lo inmediato no es esa quimérica continuidad, sino otra que ya tienen meditada, si no concertada, tendencias en apariencia dispares, pero muy concordantes contra la revolución proletaria. Nos referimos a la continuidad, bajo signo antifranquista, del Ejército, la policía, el mangoneo del clero y en general la continuidad del capitalismo. La Iglesia, la burguesía, el Opus Dei mismo, pese a ser hoy el principal inspirador gubernamental, trabajan en dicha dirección. Nadie se extrañará de ello; pero la mayoría de los trabajadores ignoran que en el torvo designio se ven muy eficazmente secundados por el partido pseudo-comunista, lo que es mucho más grave y depara mal porvenir si no se evita.

A nosotros no nos coge por sorpresa, pues sabemos que desde hace mucho tiempo la designación de ñcomunistaö es en el mencionado partido una estafa ideológica deliberada.

Gracias a ello hemos estado en condiciones de advertir que la Iglesia, el Ejército y otras bases del franquismo, más el partido pseudo-comunista, ñcuando llegue el momento aparecerán unidosö. (Veáanse los dos documentos anteriores, publicados a ciclostil en los números 1 y 2 de *Alarma*, respectivamente, en diciembre de 1958 y marzo de 1959). Ahora es el mismísimo coadjutor de Pasionaria, Santiago Carrillo, quien lo escribe sin lacha en su ñDespués de Franco, ¿que?ö: ñEspaña sólo puede ganar si

marchamos por esa vía de colaboración entre católicos y marxistas. Si esta posibilidad no cuaja, no será porque falle nuestra actitud abierta y positiva hacia ella (página 79). Como estipula nuestro programa, formas de subvención al culto deben establecerse (pág. 145). Nosotros no tenemos ninguna intención de dismantelar el Ejército, y menos de reemplazarlo por el antiguo Ejército popular. Los mandos deberán recibir sueldos que, con arreglo a su jerarquía, les permitan vivir decentemente y entregarse de manera plena a su profesión (págs. 140-41). Sólo una minoría insignificante de capitalistas de monopolio se verán directamente afectados por el cambio (pág. 118). El librejo no tiene desperdicio; todo revolucionario debiera leerlo como antídoto del stalinismo.

La gran maniobra de continuidad de las instituciones dictatoriales y del capitalismo bajo signo antifranquista (y no sin la venia de Washington y Moscú) está ya en marcha mediante la creación de sindicatos nuevos. La función de éstos, quien quiera los domine, no podrá ser otra que de limitación de las reivindicaciones obreras a las conveniencias de la acumulación ampliada del capital, o sea, a aquello mismo que es urgente suprimir para poder acabar con la esclavitud del trabajo asalariado. El ejemplo de los sindicatos europeos, que impiden toda huelga reivindicativa seria, no digamos la lucha por la revolución, debe servirnos de advertencia.

La mejor manera de contrarrestar la maniobra en gestación es imponer la democracia obrera, en los lugares de trabajo, exigiendo que todas las decisiones y acuerdos salgan de la asamblea general de los obreros, sin distinción de edades o sexos, ni necesidad de filiación sindical, actual o futura. La soberanía absoluta del proletariado es lo que permitirá a éste organizarse en partido revolucionario suprimiendo de arriba abajo todas las instituciones y leyes actuales, y acometer así la organización del comunismo.

Un horizonte grandioso se abre ante el proletariado español, que se hallará pronto en condiciones de inaugurar un nuevo período revolucionario mundial... salvo si se deja embaucar por los falsarios que terminarán echándole encima la tiranía del capitalismo estatal, tan policíaca y terrorista como la de Franco.

¡Imponed en todo instante y a todo comité la soberanía de la asamblea general de los trabajadores ! ¡Constituid núcleos de Fomento Obrero Revolucionario!

¡Muera la dictadura ! ¡Abajo el capitalismo ! ¡Viva la revolución comunista española y mundial !

Noviembre 1966.
Fomento Obrero Revolucionario.

G. Munis

LÉXICO DE LA TRUHANERÍA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA, COMPARADO CON EL LÉXICO REVOLUCIONARIO

(Alarma, 2ª serie, nº 14 (julio 1970) y ss.)

Cincuenta años de falsificación ideológica y terminológica por Moscú, a lo cual Pekín añade ahora otras falsificaciones suyas, hacen necesario contraponer el valor de las palabras revolucionarias al que en realidad tienen en boca de la ralea stalinista.

PAÍSES SOCIALISTAS

Acepción truhanesca. Aquellos en que el capital, estatizado, explota el proletariado a mansalva, sin que éste conserve siquiera la libertad de rechazar el precio que le ofrece aquél por su capacidad de trabajo, ni otra libertad cualquiera, sea de huelga, de palabra, de asociación o de simple desplazamiento.

Acepción Revolucionaria. Aquellos países, inexistentes hoy, donde la función productiva se efectúe sin trabajo asalariado y las mercancías dejen de serlo para convertirse en productos adquisibles sin equivalente. La venta de la capacidad de trabajo supone por sí sola la existencia de un capital comprador, mientras que la relación capital-salariado presupone, no puede dejar de presuponer, la explotación del último. La prueba de la supresión del capitalismo es la supresión del trabajo asalariado.

DICTADURA DEL PROLETARIADO

Acepción truhanesca. Despotismo policíaco, militarista y burocrático, enderezado contra la revolución proletaria en el interior y en el extranjero. Estado-partido del capital supremamente centralizado en que el poder es ejercicio, sin control ni responsabilidad, por un puñado de dirigentes todoterroristas y todopoderosos. Históricamente, su origen es la destrucción de la revolución de 1917 y el exterminio de sus protagonistas. Es una dictadura sobre el proletariado.

Acepción Revolucionaria. Gobierno del proletariado basado en su propio armamento, previo desmantelamiento de los cuerpos represivos capitalistas, en la gestión obrera de la economía, y *de la distribución del producto social del trabajo*. Realiza así la supresión del trabajo asalariado, y como resultado de ella la desaparición de las clases y del Estado. Es, por tanto, la más completa democracia, no ya en derecho, sino de hecho. Con la dictadura del proletariado empezará a regir el primero y más importante de los Derechos del Hombre: el derecho de vivir y realizarse cada persona sin tener que vender su capacidad de trabajo y creación, ni que comprar o vender los productos de una y otra. Segundo derecho a garantizar, el derecho de insurrección contra toda tentativa de vuelta atrás. Por medio del proletariado la humanidad entra en posesión de sí misma, iniciándose una civilización enteramente nueva.

INTERNACIONALISMO

Acepción truhanesca. Sometimiento a los intereses económicos y militares del capitalismo ruso, por su parte de aquellos países en los cuales los Estados Unidos le cedieron la preponderancia como su parte de botín de guerra. Cuando amenaza escapar, el botín es recuperado de nuevo por la invasión militar y el terror policíaco: Berlín-este 1953, Hungría 1956, Checoslovaquia 1968. Por extensión, reclutamiento o leva paramilitar llevada a efecto por los secuaces de Moscú socolor anti-imperialista a fin de aventajar los intereses rusos en los preparativos de la tercera guerra imperialista mundial, así como en las guerras sub-imperialistas locales tipo Vietnam. Idem respecto de China tratándose de truhanes de obediencia pekinesa. Moscú y Pekín llaman internacionalismo las mismas acciones y actitudes que denuncian como imperialismo tratándose de Estados Unidos.

Acepción Revolucionaria. Solidaridad del proletariado mundial como unidad frente al capitalismo internacional. Solidaridad tanto en las ideas como en los hechos, dirigida contra la nación y el patriotismo en primer término, países coloniales incluidos. No puede existir interés superior al del proletariado mundial, ni siquiera el de un país donde la revolución hubiese triunfado. Los internacionalistas combaten con igual saña a los dos bandos contendientes en las guerras imperialistas locales (Vietnam) tanto como en las guerras de carácter mundial, y señalan como traficantes de carne humana a los respectivos parciales y propagandistas. Proponen y se esfuerzan en organizar la acción de los explotados, en el frente y en la retaguardia, contra sus respectivos gobiernos y mandos militares. Toda defensa nacional -incluso en su grado de resistencia - encubre la explotación y la opresión. El enemigo inmediato está, para cada proletariado, en su propio país; hostilizarlo al máximo es condición para desencadenar la lucha del proletariado en otros países y emprender, unidos, la destrucción del capitalismo en todo el mundo. Por ende, los internacionalistas rechazan como reaccionario el lema: *¡No ingerencia en los asuntos interiores de un país!* Está destinado a impedir la solidaridad y la acción colectiva del proletariado en los diversos países, mientras que auspicia la ingerencia económica constante de las grandes potencias en los asuntos de las pequeñas y acarrea a menudo su intervención militar: guerras locales, invasión del

Tibet, de Santo Domingo, de Hungría y Checoslovaquia, de Cuba, más el comercio gigantesco de armas. El proletariado de cualquier país tiene, más que el derecho, la obligación de intervenir en las luchas del proletariado de cualquier otro país.

La acción internacionalista decisiva hoy, la que reclamamos los revolucionarios, es la del proletariado de Estados Unidos, de Rusia y de China frente a sus respectivos explotadores. Ella desencadenaría la rebelión en los dos bloques militares y pondría por obra el objetivo más vital inmediato para la humanidad; la supresión de ejércitos, de policías, de producción de guerra, de las fronteras y del trabajo asalariado.

REVISIONISMO

Acepción truhanesca, de introducción china. La negativa o la resistencia del Estado-partido ruso a favorecer los negocios, la expansión territorial y la estrategia del Estado-partido chino. En cuestiones de preparativos bélicos, la escasa disposición de Rusia a batirse con los Estados Unidos para que China emerja como primera potencia. Por extensión, política de partidos que prefieren Moscú en lugar de Pekín como metrópoli imperialista. Históricamente, la acusación de revisionismo acudió a la mente esteposa de Mao Tse-Tung al darse cuenta de que 1º: Rusia se negaba a darle armas atómicas o siquiera a proteger con ellas sus ambiciones militares en Formosa, la India, Birmania, etc.; 2º: De que la ayuda técnica y económica comportaba el designio de mantener a China como potencia inferior, y subordinada, a Rusia; 3º: De que, de la enorme plusvalía arrancada a los trabajadores chinos, las condiciones de la ayuda rusa le restaban mayor parte de la que perdería comerciando y tecniceando con los países del bloque americano.

Acepción Revolucionaria. Idea de diversos teóricos de la social-democracia tocante a la evolución del capitalismo (Bernstein, Hilferding, Bauer, etc.) y al establecimiento de la sociedad socialista. Así llamado porque reconsideraba o *revisaba* lo expuesto por Marx al mismo respecto. Según él, y dicho en resumen, el capitalismo tenía ante sí un desarrollo económico y democrático amplísimo, que consentiría al proletariado, sin revolución, dentro del juego de la democracia burguesa, ir ganando posiciones y aventajando su condición económica, hasta realizar el socialismo. Se trata de la evolución opuesta a la revolución, de las reformas progresivas opuestas a las medidas tajantes consecutivas a una revolución a salto en el desarrollo. Revisionismo y reformismo son sinónimos, si bien la última voz es la más adecuada para designar la concepción de los mencionados teóricos. El reformismo vino a ser el concepto superior y casi único de la Segunda Internacional, cuyos partidos, en el intervalo de las dos grandes guerras mundiales, fueron abandonado de hecho la pretensión de alcanzar el socialismo para transformarse en simples partidos demócratas burgueses, buenos administradores de los negocios capitalistas, según admitió León Blum antes de morir.

Hoy, el reformismo político y el oportunismo anejo a él son inexistentes, al menos en calidad de teoría elaborada. El stalinismo, sea pro-Moscú o pro-Pekín, no es reformista ni oportunista, pues su meta es la instauración del capitalismo de Estado y la dictadura policíaca ya reinante en más de un tercio del planeta. Lo que aparece en la actualidad como reformismo y oportunismo, en la práctica, sin elaboración alguna, es el trotskismo en sus diversos matices y hasta el anarquismo. En efecto, cuando no pretenden reformar los regímenes stalinistas se sitúan deliberada o involuntariamente bajo su zona de influencia en política internacional y en cuestiones reivindicativas y sindicales.

DOGMATISMO

Concepción truhanesca. Término aplicado por Moscú a la política de Pekín tan falsamente como el revisionismo aplicado por Pekín a Moscú. No significa sino aquello en que China lesiona los intereses nacional-imperialistas rusos. En su estructura económica no menos que en su organización política, Rusia y China son el original y su copia. Lo que con verdad pueda decirse de uno de los dos países corresponde también al otro, aunque tal vez haga falta cambiar el signo patriótico. Se trata en ambos casos de estafadores políticos, siempre preocupados de encubrir su verdadera naturaleza y la de sus sucias querellas con terminología tomada al movimiento revolucionario. Ni una sola de las posiciones defendidas por China, ninguno de los pensamientos de Mao Tse-Tung tienen carácter dogmático, a menos de entender por tal la obligatoriedad en que están sus súbditos de jalearlos y reverenciarlo como genialidades.

Acepción Revolucionaria. Dogmas son las afirmaciones que la iglesia presenta como revelaciones de Dios, por lo tanto indiscutibles e inalterables. En sentido figurado, el movimiento revolucionario emplea la voz dogmatismo para designar el apego a puntos de vista y análisis superados por evolución de la sociedad y de la lucha de clases. Por ejemplo, sería dogmatismo atenerse en todo a lo dicho por cualquiera de los principales teóricos revolucionarios o a los lineamientos de la revolución rusa, lo que hoy no hacen, o mejor dicho, no creen hacer, sino tendencias trotskizantes, anarquizantes y bordiguistas. El pensamiento revolucionario es radicalmente opuesto a cualquier dogmatismo y por lo tanto la ortodoxia le es ajena.

TRANSICIÓN PACÍFICA AL SOCIALISMO

Acepción truhanesca. Triquiñuela política inventada por Stalin después de haberse repartido el mundo con Roosevelt y Churchill, a fin de que el capitalismo occidental aceptase a los partidos pseudo-comunistas en calidad de auxiliares de confianza.

No se trata de la concepción reformista antes citada, sino de un simple aserto cuya única justificación es la existencia de Rusia como gran potencia...

Eso revela su carácter de maniobra para-militar de largo alcance, a producir sus efectos cuando el potencial bélico ruso consiga superar al americano. Empero, la transición misma no sería en ningún caso al socialismo, sino al capitalismo de Estado, según ha ocurrido en Europa oriental. El proletariado pasaría tan sólo de la explotación por diversos monopolios a la de un monopolio único gubernamental, con sede central en Moscú. El Partido-Estado chino y su gobierno respaldaron desde el primer momento el señuelo de la transición pacífica y su concomitante, el de ñconvivencia pacíficaö.

Concepción Revolucionaria. La que se consiguere efectuar sin lucha armada, pero poniendo por obra las mismas medidas que una revolución: poder, armas y economía al proletariado, pues la ausencia de lucha no significa que el socialismo haya de alcanzarse evolutivamente a partir de la sociedad capitalista. Marx habló en su tiempo de dicha posibilidad para el proletariado inglés, pero debido a la inexistencia de un ejército, de una policía y de una burocracia fuertes. Ha dejado de ser así incluso en Inglaterra. Y como la primera medida de la revolución es desembarazarse del aparato estatal que preside a la explotación, la única forma de efectuar la revolución sin lucha armada sería una descomposición tan acusada de los cuerpos represivos existentes, que el proletariado no encontrase resistencia al acometer la toma de poder. Hoy que los partidos stalinistas y los sindicatos forman una segunda línea de defensa del capital (están en la primera allí donde gobiernan aquéllos), la posibilidad de acabar pacíficamente con la sociedad de explotación parece punto menos que quimérica.

PLANIFICACIÓN

Acepción truhanesca. Dirección totalitaria de las relaciones entre capital y trabajo, entre producción y distribución. No sólo conserva el trabajo asalariado, sino que lo rebaja y encarnece en grado mayor que el capitalismo liberal, mediante un procedimiento draconiano de destajos, primas, pluses, bonificaciones, jerarquías, multas y castigos penales por faltas de asistencia, delaciones, vigilancia policíaca y otros procedimientos complementarios jamás vistos antes. El todo con objeto de agrandar la plusvalía o parte de la riqueza creada por el trabajo que se embolsa el capital, a costa de una disminución proporcional de la parte de los obreros, o sea del salario. De la plusvalía dispone a discreción la alta dirección económico-política, que transforma una parte en nuevas inversiones, según conviene a sus intereses de explotación nacional e internacional, vale decir a sus exigencias imperialistas actuales o en proyecto, mientras otra parte no inferior a la consumida por los privilegiados de cualquier país, se la distribuyen según jerarquía los beneficiarios y sirvientes del Estado-partido, el capitalista colectivo. La economía entera gira pues en torno a los intereses del capital aún más deliberadamente que tratándose de múltiples iniciativas de capitalistas individuales. El proletariado continúa siendo clase desposeída; sin otro recurso que la venta de su fuerza de trabajo, ni otra capacidad de consumo y cultura que la resultante del producto de esa venta. A notar que planificadores rusos y chinos vienen a aprender en las escuelas del capitalismo occidental, pues planea unos y otros la no satisfacción de las exigencias humanas.

Acepción Revolucionaria. Funcionamiento y gestión completa de la producción y de la *distribución* por la sociedad como un todo, representada al principio de la revolución por la clase trabajadora, el cese de cuya explotación conlleva a corto plazo la desaparición de las clases, por lo tanto de la propia *clase obrera*. No puede existir planificación socialista sin quebrantar desde el primer momento la ley del valor, base económica general y nutrición cotidiana del edificio capitalista mundial. Esa ley arranca del trabajo asalariado y repercute luego de mil maneras y en todos los niveles, sin excluir los niveles intelectual, científico, artístico. Así pues, la producción sin trabajo asalariado y la distribución de los productos sin relación con lo que hoy es valor del mismo, constituye el primer requisito de la planificación y el punto de partida de la futura sociedad comunista. En su ausencia puede imponerse a la población un plan de producción capitalista, pero no habrá planificación. Aquel supone hartar las necesidades del capital, ésta las del trabajo, las de cada persona. Aquel produce para vender; ésta para dar, abriéndose así campo de desarrollo económico y cultural ilimitado. En fin, la planificación ha de suprimir también la representación universal del valor capitalista: el dinero. Semejante economía requiere la participación directa y enteramente libre de todos y cada uno de los hombres, sin imposiciones de nadie, de ningún organismo, bajo ningún pretexto. Sociedad e individuo no se contraponen sino allí donde la mayoría de éstos se ven explotados y oprimidos. El socialismo parte de la satisfacción y la libertad de cada individuo como criterio del interés general de la sociedad.

DEMOCRACIA POPULAR

Acepción truhanesca. Nombre colgado a los regímenes impuestos en Europa por el ejército y la alta burocracia capitalista rusos, o bien establecidos en Yugoslavia y China al calor de la victoria del imperialismo yankee-ruso-británico sobre el imperialismo nazi, cuando no como resultado de los regateos interbloques post-bélicos (Vietnam norteño, Cuba), pero siempre bajo férula ideo-económica moscovita. Desde el principio, y muy a sabiendas, el nombre, *democracia*, y el calificativo, *popular*, fueron ensamblados para hacer antífrasis, como de consumo tratándose de la copiosa terminología-anzuelo stalinista. En ninguno de los países así llamados puede descubrirse atisbo alguno de democracia, siquiera en su escuálida forma burguesa, mientras que la clase trabajadora, metida a barrisco dentro de la borrosa designación de pueblo, padece un despotismo económico, político y cultural aún más totalitario que el de los regímenes anteriores. Ni por su estructura económica ni por su superestructura política se

distinguen dichos países de lo existente en Rusia. Tampoco se distinguen por sus orígenes, al contrario de lo que pretenden determinados definidores auto-deformados, pues el origen de lo existente en Rusia no es la revolución de 1917, sino la contrarrevolución stalinista, y el desbordamiento de ésta, no sin auxilio yanqui, es lo que da la similitud mencionada. En ninguno de estos países ha habido cambio de sistema social, sí de régimen, pasándose del capitalismo privado al capitalismo estatal, del gobierno burgués al de la burocracia capitalista, a la cual se integró la burguesía. Si no les fue conferido el rango de democracia socialista, débese a que Rusia reservaba para sí tal título honorífico, a fin de colocarse como superior jerárquico. Las pretensas democracias populares son de hecho y antes que nada, el botín de guerra del Kremlin, glacis militar y coto de explotación imperialista a la vez. Les es imposible escapar a tal condición sin buscar amparo mercantil -y militar si llega el caso- en el Bloque americano; es el caso de Yugoslavia y recientemente de China. Y están en condiciones de hacerlo sin alterar lo más mínimo su organización económico-política, demostración inconcusa, entre otras, de la uniformidad de sistema de explotación del hombre entre ellos, los Estados Unidos y Rusia indistintamente.

Acepción Revolucionaria. No tiene. Únicamente en la terminología capitalista puede encontrarse semejante designación, aplicada a regímenes políticos y parlamentarios que reconocen en derecho y respetan de hecho las libertades individuales, de prensa, partidos, manifestación etc., pero sobre la base social de la explotación del trabajo asalariado por el capital. En el mejor de los casos, popular no puede significar más que de izquierda burguesa, en otros términos, los métodos menos brutales de dominación del proletariado por sus gobernantes y explotadores. Ahora bien, los métodos reinantes en las pretendidas democracias populares entran de lleno en la categoría de los más brutales. Mobutu ha proclamado en el Congo la República Popular, con falsía digna -y copiada- de los Mao Tse-Tung, los Castro y demás Kadar.

MARXISMO-LENINISMO

Acepción truhanesca, común a los ramales ruso y chino. La versión real de esa burlería es: marxismo-leninismo-STALINISMO, y su contenido único lo da el último término, no por silenciado desde el XX Congreso de la casta dictatorial rusa menos presente en dichos y hechos de la misma, clientela internacional incluida. Mas el stalinismo no es una teoría, tampoco un añadido a una teoría preexistente, ni tan siquiera un empirismo sociológico o político en exploración de algo. Es completamente ajeno a toda teoría, pensamiento o investigación. Aparece históricamente en cuanto la revolución de 1917 cesa su previsto andar permanente hacia el socialismo y la revolución mundial, aún antes de auparse al individuo que le daría su nombre. A partir de ahí, es el hecho consumado o de la muerte de la revolución o a la inversa, la vida y la afirmación constante de la contrarrevolución burocrático-capitalista, la salvaguarda de cuyos intereses determina en cada instante su política interior y exterior, y sus *argumentos*. Sin darse cuenta, Zinovief esbozaba una definición certera del stalinismo cuando decía a Leon Trotzky: òUsted combate a Stalin con ideas, pero lo que interesa a Stalin no es refutar sus ideas, sino hacerle saltar a usted la tapa de los sesosö. Millones de hombres asesinados a pistoletazos en todas las Lubiankas rusas o enviados a la muerte en Siberia, la calumnia vertida sobre ellos a torrentes publicitarios, la revolución rusa machacada, la revolución mundial deliberadamente llevada a la derrota; en nombre de ese marxismo-leninismo, pero de hecho en defensa de la nueva casta explotadora *stalinista*, habló ésta de socialismo en un sólo país, impidió la victoria del proletariado chino en 1925-26, dejó fríamente que Hitler subiese al poder, destruyó con sus propias bofias la revolución española, se alió enseguida a Hitler, le suministró material de guerra y materias primas, recibió de él los Estados Bálticos y la mitad de Polonia, se alió después con el imperialismo más fuerte del Globo, con el cual se reparte la explotación y el dominio político de la humanidad, y con cuya complicidad reprime todas las insurrecciones y luchas habidas en su zona. El acuerdo de Postdam estipula ya que los firmantes, Rusia y Estados Unidos principalmente, salen garantes de la conservación del orden en el mundo. El recorrido del stalinismo ha sido: del embuste sobre el socialismo en un sólo país, al socialismo en ninguno. Tal es su naturaleza, mero practicismo contrarrevolucionario, tras el cual no existe otra cosa que la acumulación ampliada del capital por una casta centralizada, privilegiada y despótica cual nunca lo fuera la burguesía. Y bien, en ese practicismo neoreaccionario y asesino están incursos, *sin excepción*, cuantos han actuado y escrito para el stalinismo dentro y fuera de Rusia, y por mucho que se hayan embozado en retórica filosófica, existencialista, economista, o en glosas de Marx y de Lenin. Jamás ha existido contrarrevolución guiada por otro òprincipioö cualquiera haya sido su palabrería encubridora, pero la *stalinista* da ciento y raya a las peores, no sólo por su monstruosa falsificación invocando el socialismo, sino, ante todo, porque su continuidad exige impedir la revolución de las revoluciones del género humano, la revolución comunista. El stalinismo no es otra cosa que eso, vivo o muerto el personaje. Todas las mentiras, todos los servilismos, todas las crueldades, todas las hipocresías, en una palabra, todas las alienaciones causadas por milenios de explotación son utilizados por él, se confabulan y extreman en él para cerrar el paso a la revolución. El marxismo-leninismo, con guión o sin él, representa en la fórmula completa, en argumentos y hechos, lo que la momia de Lenin respecto del régimen: mero estandarte procesional engañabobos, algo así como el òsocialismo alemánö y la invocación de Nietzsche para el Tercer Reich (Véase la voz, desestalinización).

Acepción revolucionaria. El leninismo no existe como visión particular del mundo o de la lucha de clases. Lenin se consideraba discípulo de Marx y nunca pretendió haberle enmendado la plana o aportado algo nuevo a sus desarrollos teóricos. Aciertos y errores en parangón, no puede decirse de Lenin, como de Trotzky, sino que fue uno de los más grandes revolucionarios contemporáneos. Los inventores de un leninismo son los representantes de la tendencia contrarrevolucionaria, y no sin aviesas

intenciones, dirigidas por entonces contra la oposición de Izquierda encabezada por Trotzky, andando los años contra el proletariado mundial. El stalinismo ha pretendido cargar a espaldas de Lenin, como originalidad marxista-leninista, la idea de una dictadura de partido único, sin fracciones ni discusión ideológica internas, en una palabra, totalitario. Fue esa una de sus primeras falsificaciones. En efecto, el preámbulo de la ley que suprimía los demás partidos y las fracciones dentro del bolchevique, escrito por Lenin mismo, nunca publicado por sus embalsamadores, declara sin ambages que no se trata de un principio revolucionario, sino de un expediente provisional a que se veía forzado el poder debido a lo precario de su situación. Era signo de debilidad, no de fuerza. Verdad que la medida sirvió sobre todo, en convergencia con la nueva economía mercantil (NEP), para concitar todos los anhelos conservadores y concentrar el poder en manos de los futuros contrarrevolucionarios, todavía agazapados en la sombra. No por ello debe atribuirse a Lenin la paternidad orgánica de la contrarrevolución. De cualquier manera que se juzgue su obra, él no pretendía otra cosa que aplicar el marxismo, atinase o errase... Se trata pues de poner en claro lo que ha de entenderse por *marxismo*.

Antes que nada es menester negar la existencia de una doctrina que pueda llamarse marxista. Marx sentía horror por cualquier cuerpo de doctrina, por avanzado que se pretendiese y su obra es la refutación incesante de todo sistema, filosófico o político. Sería, en efecto, imposible una interpretación dialéctica, o sea revolucionaria, del mundo exterior y de la historia, si no fueran ambos entre sí y cada uno dentro de sí, cambiantes, unidad y contradicción al mismo tiempo, estabilidad y mutación. Las llamadas leyes dialécticas mismas no pueden escapar a la alteración y al cambio, ni aún siquiera, en la infinitud del tiempo, la entropía del Universo, su estado energético, lo más perenne que se conozca. Así pues, únicamente como sinónimo de revolucionario y para facilidad terminológica, puede hablarse de un marxismo, en manera alguna como sistema acabado a parafrasear y a utilizar como la geometría euclidiana.

Filosófica, económica o política: la obra entera de Marx -y la de Engels- tiende a aprehender los factores objetivos y subjetivos que actúan en la historia modificándose recíprocamente, sin que la hegemonía motriz entre ambas esté equilibrada siempre, ni siempre incline del mismo lado; de ahí una de las primeras afirmaciones: «Las revoluciones son las locomotoras de la historia». Ahora bien, no habría existido una sola revolución sin consciencia más o menos neta de lo que había de hacerse, a despecho de que ésta haya estado representada, no por la consciencia del Hombre, sino de una clase en su seno. Ese marxismo proclama la necesidad de una revolución comunista, no como desideratum, no como ideal a alcanzar, sino como resultado de la propia obra económico-cultural de la humanidad, en su fase capitalista. Tampoco como resultado obligatorio o automático de dicha obra, sino de la acción revolucionaria que sobre ella puede ejercer la clase que el capital explota. La reivindicación: *abolición del trabajo asalariado*, resume toda la obra de Marx, es el motor de la revolución comunista, la clave única de la desaparición del capitalismo y de la realización de una civilización nueva, sin clases y sin Estado. Los falsarios de Moscú y de Pekín que mantienen el trabajo asalariado incluso bajo formas draconianas, están no menos alejados de lo revolucionario, de lo que cabe llamar marxismo, que los patronos de choque de Occidente. Sus socialías sobre la misión socialista del Estado están directamente emparentadas con las de Hitler, que también se prevalía de Hegel en ese aspecto. Para Marx, sobre todo después de la «commune» de París, para quien quiera haya desgranado la revolución rusa y comprendido la contrarrevolución stalinista, el Estado, particularmente en su postrer aleteo de «Estado obrero», no tiene que desempeñar misión económica alguna. La organización de la fuerza post-revolucionaria impropriamente dicha Estado obrero, ha de cejar y desaparecer como consecuencia directa de la supresión de la ley capitalista del valor, o bien recupera su tradicional función de Estado opresor y explotador de la mayoría por una minoría. Lo que ha sido resultado de milenios de esclavitud y crímenes de toda suerte, está excluido que se transforme en tabla de salvación.

AUTOCRÍTICA

Acepción truhanesca. Confesión laica de culpas y delitos falsos, impuesta por la coacción y el terror policíaco a los críticos y adversarios del stalinismo. La historia humana no registra nada tan repulsivo y abyecto como ese procedimiento político-terrorista, ni siquiera los procedimientos de la inquisición. La oposición expresa o tácita al poder existente (que estaba haciendo la contrarrevolución) no era combatida con ideas y menos debatida en público. Se detenía a los culpables, se les torturaba física y moralmente, a ellos y a sus familias, durante meses, durante años si fuera necesario, hasta hacerles «confesar» que estaban en el error, que la razón asistía a sus esbirros y ante todo al primero de ellos, «el gran, el genial Stalin». En los casos leves «el culpable» conseguía, prostituyéndose así, ser reintegrado a las filas del Partido-Estado, siquiera en categoría rebajada. En la mayoría, que constituye no decenas ni centenares de miles, sino millones de casos, la «confesión», llamada autocrítica, servía, a lo sumo, para ir a morir de trabajo forzado a Siberia.

El pináculo de esa vastísima cuanto sangrienta represión -indescriptible sea numéricamente, sea por su sevicia o por su alcance reaccionario- lo constituyen las grandes falsificaciones procesales de Moscú, de 1936 a 1938. Hombres prestigiosos de 1917, compañeros de Lenin y de Trotzky, fueron puestos en condiciones de admitir que trabajaban para Hitler (o para el gobierno americano, según las alianzas del Kremlin) sin otra finalidad que abatir «la patria del socialismo» y la persona misma de Stalin, «el padre de los pueblos».

Esos procesos, en que actuaba de fiscal un antiguo aliado de los gobiernos blancos que combatieron la revolución, Vichinsky, eran ensayados como piezas de teatro, hasta conseguir los efectos que se proponía la alta canalla dirigente.

El procedimiento es inseparable del stalinismo, que lo ha exportado a cuantos países domina. En China es aplicado añadiéndole a menudo otro trazo odioso. Las víctimas deben recitar, ante asambleas especialmente agenciadas al efecto, las culpas y crímenes que se les atribuyen y loar la justicia y la clarividencia de sus verdugos, siendo luego ejecutadas en medio de ovaciones. Es ésta la aprobación *entusiástica* por las multitudes, que el gobierno ruso organiza, mediante campañas nacionales político-policíacas, pidiendo condenas y ejecuciones. Se trata siempre de una síntesis de la ley de *lynch* antaño practicaba en Estados Unidos socolor de justicia popular (sobre todo contra los negros) y de las ahorcaduras en los campos de concentración de Hitler, en presencia de los demás detenidos y con música de Wagner. Los propios dictadores de bolsillo cubano y albanés han satisfecho sus instintos y confortado su poder con esa clase de autos de fe stalinistas.

En resumen, la autocrítica y su prolongación, la confesión de crímenes inventados, ha servido y continúa sirviendo al stalinismo para mandar al cementerio a los revolucionarios, cubriéndolos de lodo. Más tarde, el procedimiento fue utilizado contra los propios cómplices renuentes del stalinismo. Todo ese terrorismo, la falsificación de ideas e historia de la revolución, más la perversión planificada de las mentes por la prensa, la radio, la televisión, la literatura, la cinematografía, y hasta por la pintura y la música, sin olvidar los ejercicios espirituales sui generis que son en tales condiciones las asambleas políticas y sindicales, forman la superestructura intelectual de la contrarrevolución stalinista, del capitalismo de Estado¹⁴.

Acepción truhanesca. En la medida en que cabe emplear la palabra *autocrítica*, no significa otra cosa que la reflexión de una persona sobre su propia actuación e ideas, reflexión no impuesta ni hecha a petición, lo que implica falsedad, sino espontánea, surgente del libre albedrío de cada uno y siempre sin consecuencias represivas. Cualquier revolucionario, cualquier persona honrada se hace esa crítica a lo largo de su vida, según su capacidad introspectiva. Está contenida en lo que se llama experiencia, sin que lo nieguen las experiencias negativas, reaccionarias o criminales, de las que no cabe tratar aquí. Zinovief hacía su propia crítica cuando declaraba en privado: *Los dos grandes errores de mi vida son, haberme opuesto a la insurrección de Octubre y haber apoyado a Stalin contra Trotzky*; pero mentía, extenuado por la tortura, cuando, ante el verdugo predilecto de Stalin, el blanco Vichinsky, declaraba, ya con tenue voz de enterrado vivo, ser una sabandija inmundada por Hitler contra el *genial Stalin*, los dos próximos aliados.

DESTALINIZACIÓN

Acepción truhanesca. Chanchullo demagógico de la alta burocracia rusa, enderezado a descargar sobre el cadáver de Stalin su propia responsabilidad en los incontables crímenes políticos y de sangre perpetrados en vida de él. Sabiéndose odiada en todo el ámbito de su imperio, la casta dictatorial quiso aprovechar la muerte del primer dictador para bienquistarse la población, o siquiera para aplacar su odio. Así lo reconocía explícitamente Khrutchev al declarar que la denuncia de Stalin se había hecho indispensable para colmar el enorme foso abierto entre la clase trabajadora y el Partido. Este gobierna y se impone en todas partes, sí, pero rodeado de sorda hostilidad, de una oposición general que aun sin articulación orgánica ni rumbo político definido resta eficacia, (cuando no los echa por tierra) a los planes económicos y proyectos gubernamentales. Poniendo el terror policíaco permanente, origen de tal oposición, a cuenta personal de Stalin, sus cómplices y sucesores creían paliar sus graves dificultades.

La denuncia de Stalin es del característico burdo estilo stalinista, tanto por su enorme falacia, cuanto por la explicación del terrorismo ofrecida por los denunciantes. Tampoco podía ser de otro modo, porque el stalinismo no es el sujeto Stalin, ni las *violaciones de la legalidad soviética*, menos aún *el culto de la personalidad*, que vale tanto como decir: el Demonio. No, el stalinismo es precisamente, más allá de violaciones y abusos, la mismísima legalidad dicha soviética¹⁵. Fue impuesta ella al mismo paso que la contrarrevolución iba consolidándose en forma de capitalismo de Estado y es la expresión jurídica de éste. De ahí que ningún acto, ninguna palabra dicha por cualquier representante de ese régimen-o por sus allegados en el mundo- pueda ser otra cosa que acto y palabra stalinista, sin que importe el antifaz elegido. El propio deshonesto servilismo con que toda la alta y la baja burocracia ensalzó el Jefe, rampó y se revolcó a sus pies, es también requerimiento del régimen, su efluvio espiritual. Se trata de las relaciones humanas que se desprenden de la estructura económico-política y de la legalidad de la contrarrevolución.

Ni uno solo de los crímenes de Stalin habría existido, si no hubiesen correspondido a los intereses presentes y necesidades futuras del régimen, del conjunto de los individuos que lo implantaban privilegiándose tanto y más de la nobleza y la burguesía antiguas. Se trata pues de *crímenes de la contrarrevolución stalinista*, no sólo de quien la encabezaba. Y el mayor de esos

¹⁴ *L'Aveu* de A. London, libro y film, dan una idea de la técnica policíaca puesta en juego para obtener *autocríticas* y *confesiones*. No así de su significación profundamente reaccionaria. London, quien, por otra parte, ha puesto su grano de arena en la derrota de la revolución española y en la falsificación de su historia, no abrió la boca durante los grandes procesos de Moscú y de Checoslovaquia misma, hasta que le tocó en suerte a él, seide de Stalin y de Rokosky, hacer de *sabandija inmundada*

¹⁵ Los soviets fueron oficialmente disueltos hace 35 años y desde mucho tiempo antes habían sido anulados como órganos de expresión y de poder proletarios.

crímenes, cual queda dicho en el apartado correspondiente publicado en el número anterior de *Alarma*¹⁶, es la destrucción de todas las tentativas de revolución mundial, empezando por la de Rusia y terminando por la de España. De ahí se desprenden todos los demás, incluyendo la falsificación sistemática de historia e ideas.

No puede haber otra explicación materialista. Lejos de ella, la burocracia *continuadora de la contrarrevolución* su obra colectiva, se muestra incapaz de decir otra cosa que sandeces sobre los abusos, las violaciones o los errores personales de Stalin. En cambio, lo ensalza siempre por su obra social, por lo más criminal de todo, por aquello mismo que es origen de las deportaciones a Siberia por decenas de millones, de los asesinatos por decenas de miles, de los abyectos procesos de Moscú y otros, de la explotación redoblada y el encadenamiento total del proletariado, en suma, de la reaccionaria legalidad rusa.

Lo mismo explica que los métodos de Stalin no hayan desaparecido en ningún momento, ni el terror, ni las acusaciones falsas contra opositores activos o pasivos, ni aún las violaciones de la legalidad. La burocracia no ha conseguido establecer, siquiera entre sí, relaciones de seguridad, cual reinan entre los privilegiados de otros despotismos, por ejemplo el franquista. Continúa siendo un despotismo asiático sobre la base del gran capital industrial.

El chanchullo de la destalinización ha servido al menos para dar ánimo a todos los opositores, que cada vez alzan más la voz; por otra parte, cosa no menos importante, ha servido para poner en evidencia mejor que nunca la despreciable calidad del hombre stalinista. Los mismos individuos que al sólo nombre de Stalin entraban en trance delirante, que le juraban fidelidad personal y presentaban los más horrendos crímenes de su reinado como medidas de salud para la humanidad, han aplaudido a sus acusadores, han acusado ellos mismos y arrojan sobre su genio muerto la inmundicia de que son coautores y que llevan metida hasta el tuétano. Mañana aplaudirán a cualquier hipotética restalinización. La contrarrevolución no podía engendrar criaturas menos viles.

En fin, si la obra general del stalinismo se caracteriza por un retroceso prolongado de la revolución mundial y una prostitución de las conciencias particularmente acusada en Rusia y sus calcomanías, hasta China y Cuba, como reacción frente a él se está gestando una ofensiva revolucionaria gigantesca. A ningún caso mejor que al suyo conviene el dicho: «En la historia como en la naturaleza, la podredumbre es el laboratorio de la vida».

Acepción revolucionaria.- Es muy simple. La resume, haciendo superfluo cualquier añadido, la última declaración escrita de Natalia Sedova-Trotsky:

«El terror policíaco y las calumnias de Stalin no eran sino el aspecto político de una lucha a muerte contra revolución llevada al efecto por el conjunto de la burocracia, no se puede pues esperar el restablecimiento de toda la verdad sino del aniquilamiento de esa burocracia por la clase obrera que ella ha reducido a la esclavitud (...) Cualquier destalinización revelará ser un señuelo; si no llega hasta la toma del poder por el proletariado y la disolución de las instituciones policíacas, políticas, militares y económicas, base de la contrarrevolución que ha instaurado el capitalismo de Estado stalinista».

AUTOGESTIÓN

Acepción truhanesca. Fue introducida por Tito, con la doble intención de superar el estancamiento de la economía yugoslava y de dar el pego sobre la naturaleza de la misma al proletariado mundial. Ha conocido después cierta boga en países como Argelia y hasta en Rusia. También ha recogido, como reivindicación y proyecto, el beneplácito de ciertos grupos europeos dichos izquierdistas. La voz refiérese a la autogestión de cada empresa de por sí, con limitaciones silenciadas por sus defensores, algunas de las cuales se indicarán a continuación.

Antes es menester precisar que la autogestión en sentido estricto e irrestricto es como la prosa que monsieur Jourdain hablaba sin saberlo. De igual modo, los messieurs Jourdain pululantes hoy en política, ignoran que ante sus cinco sentidos tienen tantos ejemplos de autogestión como empresas de propiedad individual, *burguesa*, perciban. Asimismo las empresas por acciones siempre que no estén financieramente dominadas por bancos o por trusts. Hasta la aparición del gran capital industrial, casi todas las empresas se autogestionaban, eran de ese género que ahora se nos presenta como nuevo; casi como un descubrimiento. En efecto, cada una hacía su propio proyecto de producción (plan), coordinaba sus diversos aspectos, vigilaba su ejecución en el proceso de trabajo, colocaba en el mercado sus productos, distribuía la plusvalía resultante según conviniese al ciclo de producción siguiente. La empresa, personificada en el capitalista propietario, era dueña de reinvertir, atesorar o despilfarrar los beneficios.

La autogestión de los truhanes políticos actuales lleva impuestas bastantes restricciones. Basta señalar dos de las principales para hacer la luz sobre ella: 1º) Lo que ha de producir una empresa- cantidad y calidad- le está señalado imperativamente o a título indicativo, por una dirección económica (plan) colocada muy por encima de ella; 2º) Los beneficios de todas las empresas los concentra y los utiliza a su albedrío la misma dirección, asignando una parte a cada empresa según sus méritos. A su vez, esta última es distribuida, según escalafón de buenos servicios, por la dirección de la empresa, siempre bajo la zarpa del partido único. ¿Por qué pues hablar de autogestión cuando eso basta para hacerla imposible? Sencillamente porque los inventores del

¹⁶ Alarma nº 15, octubre 1970.

procedimiento que el término encubre son estafadores políticos que se presentan como amigos del proletariado siendo de hecho, y en derecho allí donde gobiernan, sus explotadores titulados. Lo que en realidad hace la dirección económica suprema es descargar sobre los trabajadores de cada empresa la responsabilidad de la ejecución de sus decisiones, forzando así la colaboración entre capital y trabajo tan cara a los antiguos reaccionarios, desde Hitler y Mussolini hasta Franco y Papandreu.

El hecho mismo de que se habla de autogestión de las *empresas* proclama ya la naturaleza capitalista de ellas. En efecto, allí donde existe, cualquier país de que se trate, los obreros se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a los propietarios del capital, instrumentos de trabajo incluidos. El precio que por ella reciben es inferior al valor que su trabajo incorpora a los productos fabricados. La diferencia, la plusvalía, es propiedad de uso y abuso exclusivo de la alta dirección económica. Teniendo en cuenta que tal dirección se confunde con el gobierno dictatorial, que concentra en sus manos el poder policíaco, el judicial y el legislativo, se comprenderá lo que el prefijo *auto* añade al funcionamiento capitalista de las empresas. Así como el protestantismo pedía a cada cristiano convertirse en su propio sacerdote, el capitalismo de los autogestionistas pide a cada obrero, con todo el peso de sus poderes ilimitados, convertirse en su propio capataz, en su propio cronometrador; le pide erigirse en representante del capital frente a su propia naturaleza y consciencia de hombre explotado.

La paga del obrero se convierte entonces en función de la prosperidad del capital invertido en la empresa, y de su acatamiento o de su desacato de las normas de producción y de disciplina que le son dictadas. Hace más de un siglo que los capitalistas han aprendido a entregar a los trabajadores una parte del salario a fin de balance, título de participación en los beneficios.

Acepción revolucionaria.- No tiene, toda autogestión, verdad o embuste, es capitalista. La reclamación revolucionaria es la *gestión obrera* de la economía (comprendida la distribución) en escala nacional, internacional, mundial. La clase obrera misma, mediante organismos especialmente elegidos al efecto, determina el proyecto de producción o plan, con arreglo a la urgente necesidad histórica de supresión del trabajo asalariado, comienzo obligado de la desaparición del capitalismo y de las clases. Lo que hoy constituye (Estados Unidos, Rusia, China y demás países por igual), la plusvalía o tiempo de trabajo no pagado a los obreros, gratuitamente hecho para el capital, iría entonces, en parte al consumo inmediato, en parte a la creación de nuevas fuentes de producción -que no inversiones de capital-. El todo siempre decidido y estrechamente vigilado por los representantes libremente electos, y en forma que cada individuo o grupo de individuos esté en condiciones de verificar cómo se distribuye el producto social destinado al consumo inmediato y lo que se hace con el producto no consumido.

Estamos ahí a mil leguas de las engañosas verbales, trucos orgánicos, presiones económicas y policíacas de la pretensa autogestión. Entre el capitalismo, cualquier forma que adopte, y la organización del socialismo inmediatamente después de la revolución, las mutaciones que los distinguen son mayores que entre el simio y el hombre. La cadena que mantiene como esclavo al obrero y alienada a la humanidad entera está hecha de trabajo asalariado. No se trata de reforzarla con primas, supuestas participaciones en los beneficios y otros expedientes que obligan al obrero a intensificar su trabajo para ganar algo más, sin que jamás sean dueños de los productos. No, la revolución pone a la clase entera en condiciones de consumir más, sin venta de su fuerza de trabajo, así como de aumentar la producción reduciendo el tiempo a ella consagrado. Las aplicaciones técnicas pueden llegar ya hasta la automatización completa de todos los procesos de producción no directamente sujetos al ciclo anual agrícola. No hay revolución allí donde el hombre no es dueño de su trabajo y por consecuencia de los productos del mismo.

ANTI-IMPERIALISMO

Acepción truhanesca. Empieza allí donde termina lo revolucionario. Su capa de lucha contra un imperialismo, por lo general el yankee, actúa en pro de otro, por lo general el ruso, pero también puede ser el chino u otros. Históricamente, esa designación aparece como residuo inmediato de la victoria del stalinismo en Rusia, que la suscitó como tendencia pseudo-revolucionaria, y la costeó, entre guerra y guerra. Inaugura oficialmente una política de potencia capitalista en medio de otras más fuertes, que con el tiempo y la abundante ayuda de Estados Unidos, consentiría a Rusia adquirir el puesto de segunda potencia imperialista.

No es la primera vez, ni mucho menos, que un país ya establecido como imperialista o con tendencia a ello, habla, actúa y contribuye a la lucha armamental contra otros países cuya dominación económica o territorial codicia. En los albores del capitalismo, esa fué la pugna de Francia e Inglaterra contra España en los mares, en Europa y en América. La misma Inglaterra y Estados Unidos, por entonces en posición de aspirante similar a la que hoy ocupa China, apoyaron con armas y con retórica propagandística la independencia de toda América Latina, dentro de la cual sería pronto dominante el imperialismo británico. Contra éste, a su vez, azuzó la lucha Estados Unidos, que a finales de siglo declararí la guerra a España y en nombre de la libertad y de la soberanía nacional arramplaría con Filipinas y Cuba. El propio Hitler se alzaba indignado contra õlas plutocraciasõ que se habían repartido el mundo sin dejar lote a Alemania, lo que le valió la simpatía de casi todos los nacionalistas, desde Perón hasta Sുകarno, pasando por los líderes árabes. Todavía en estos años hemos visto a Francia, apenas relevada militarmente en Indochina por el ejército yankee, entonar su copla anti-imperialista. En suma, el anti-imperialismo no es sino un aspecto de la contienda inter-imperialista. Llegada ésta al estallido de la guerra mundial, aquél se encuentra de rondón absorbido por uno de los dos bandos

Lo que distingue a los anti-imperialistas de hogaño es su charlatanismo revolucionario, junto a una esclavitud total respecto de intereses, nociones y métodos del capitalismo decadente y corrompido hasta la fetidez. Pretenden constituir naciones soberanas y grandes, lo que fue obra del capitalismo ascendente, siendo lo urgente hoy acabar con las fronteras y hundir en el pasado todas las grandezas nacionales; se enorgullecen de su patria como cualquier burgués obtuso, siendo el patriotismo uno de los peores tóxicos de la vieja reacción, a descuarjar de las conciencias alienadas; proyectan industrializar estatizando la economía -a lo que llaman socialismo- y en cuanto llegan al poder establecen métodos de trabajo y explotación aún más duros que los de sus antecesores; en suma, hablan de revolución mientras representan una nueva reacción. Fallan incluso en aquello en que son sinceros, si bien atardados de más de un siglo: la aspiración de construir una nación independiente. No pueden desarrollar su industrialización capitalista, ni siquiera hacerla vivotear, más que agachando las orejas ante el poderío imperialista occidental u oriental.

Romper ese poderío es una imposibilidad física, a menos de saldar la contradicción capital-salariado a satisfacción del segundo, única soberanía revolucionaria y dintel de la soberanía de cada persona en una civilización comunista mundial. Pero los señores anti-imperialistas pertenecen al polo capital de dicha contradicción. Lo único que tienen latitud de hacer es canalizar hacia otras cajas imperialistas la plusvalía arrancada a los trabajadores de sus países, descontada la que ellos se apropian. Aun así, la potencia económica internacional del capitalismo más fuerte, el de los Estados Unidos, recupera por mil vericuetos parte de la plusvalía absorbida por terceros, aún tratándose de Rusia o de China. Los señores anti-imperialistas no pueden pasar de la condición de encomenderos del gran capital mundial.

Pero mucho antes de llegar a esos resultados, aún sin alcanzarlos, ya han prestado al imperialismo del dólar por una parte, al de la contrarrevolución ruso-china por otra, el para ellos más preciado de todos los servicios: el de rechazar la lucha de la clase proletaria internacional, adoptando la lucha entre capitalismo. Amigos o enemigos, entre truhanes queda el juego.

Acepción revolucionaria.- No existe en sentido estricto, pues los trabajadores de cada país, incluyendo los más saqueados por un imperialismo, tienen como enemigo de clase inmediato a sus explotadores compatriotas, *a través de los cuales* únicamente pueden hacer mella en el capital imperialista y suscitar la acción del proletariado de los países explotadores del mismo. Es la lucha del mundo trabajador contra el capital nacional e internacional la que, derrocando éste, acabará con el imperialismo. Los revolucionarios deben despojarse de todo atributo nacional, sacudirse como una basura las taras del patriotismo, a fin de hallarse en condiciones de organizar la rebeldía de los asalariados doquiera sea, cualquier uniforme los aliste. Toda lucha nacional es reaccionaria. Colonias o metrópolis, Rusia o Estados Unidos, los explotados deben tener por objetivo inmediato universal el combate por la toma del poder, la expropiación del capital privado o estatal, la socialización internacional de producción y consumo -declara *Pro Segundo Manifiesto Comunista* de Fomento Obrero Revolucionario.

Así planteado el problema en sus términos de clase (no tiene otros) los anti-imperialistas aparecen de cuerpo entero como embaucadores, soldados voluntarios o mercenarios de otro imperialismo y pioneros de una tercera guerra mundial. No empece que parte de ellos sean, a su vez, embaucados. De todos modos, uno de los primeros deberes es ponerlos en la picota como enemigos de clase del proletariado. Quienes no cumplen ese deber arrumban, cuando no traicionan de lleno, el principio inmovible: Contra la guerra imperialista, guerra civil.

Cuanto pueda redargüirse con textos de Lenin, Trotsky o la Tercera Internacional, es mera tergiversación exegetica. Independientemente de los yerros en que dichos textos han incurrido -no por cierto el de la emasculación anti-imperialista-, los datos o coordenadas que les servían de orientación no tienen hoy validez, han cambiado o desaparecido. Las coordenadas de que debe partir el pensamiento revolucionario en la actualidad son las siguientes:

1. El sistema de producción capitalista, con su distribución basada en la venta de mercancías, perfora todas las fronteras y aprieta sin cesar las amarras que sujetan los débiles a los fuertes. Pero hace del mundo una sola entidad económica, a partir de la cual debe elaborarse el proyecto revolucionario.
2. El ciclo de la civilización capitalista está cerrado y sus resultados materiales son sobradamente amplios para acometer la revolución social en cualquier parte.
3. El crecimiento industrial de los países atrasados es siempre muy inferior al de los países adelantados, sin que en ningún caso eso consienta hablar de desarrollo de la civilización capitalista, ni de emancipación de los primeros por relación a los segundos. La concesión formal de la independencia no da siquiera por resultado un debilitamiento del poderío imperialista, saldo político importante con que contaban las resoluciones de los tres primeros congresos de la III Internacional.
4. Los revolucionarios de los países atrasados deben basar su táctica y estrategia contando con el desarrollo económico actual y posible de los países más industrializados. Deben apuntar, no a la independencia nacional, objetivo reaccionario, sino a la unidad de una economía socialista a establecer en todos los continentes.
5. Los revolucionarios deben comportarse como si el mundo entero fuese un solo país.
6. Toda lucha nacional es por ende ajena a las exigencias de la revolución comunista mundial, *es contrapuesta a ella.*

GUERRA DE GUERRILLAS

Aceptación truhanesca. Prolongación militar de la política de potencia capitalista puesta en juego por Moscú en son anti-imperialista o anti-fascista, cual queda definido en el título anterior. La introducción de ese cambio o mutación regresiva tuvo lugar solapadamente, como la propia transformación de la revolución rusa en contrarrevolución. Si ésta ha revelado ser el hecho reaccionario más importante de lo que va de siglo, la guerra de guerrillas ha sido uno de sus instrumentos tácticos preferidos, sobre todo en lugares donde el instrumento estratégico, o sea, el aparato de guerra ruso, no entraba o no podía entrar en actividad. El instrumento está siempre en consonancia con el objetivo histórico. Al objetivo histórico del proletariado, la revolución mundial, corresponde como instrumento la organización de su propia rebelión, a partir de los centros sociales principales, las ciudades. Al objetivo de la contrarrevolución stalinista, el dominio territorial o comercial de otros países, no podían convenir sino métodos militares, pues son tan antitéticos de la lucha de los explotados como adecuados a la de sus explotadores. Bien percadados de ello, los hombres del Kremlin pusieron por primer ensayo en acción a Mao Tse-Tung una vez vencida la revolución proletaria China gracias a ellos y a su entonces íntimo colaborador Chiang Kai-Chek. Todos los practicantes y teorizantes posteriores del procedimiento, desde el mismo Mao Tse-Tung hasta Guevara, pasando por Tito y Giap, son cadetes del Estado Mayor ruso. Así mismo, son función de intereses y de proyectos ajenos a la revolución comunista, las diversas designaciones-camelo que luego han ido dándosele al procedimiento: *guerra popular o revolucionaria, cerco de las ciudades por el campo y de los países ricos por los países pobres, guerra de liberación nacional, guerrilla urbana.*

Ya Mao Tse-Tung, y en Europa Tito, debieron el poder a la última guerra imperialista; éste gracias a suministros anglo-norteamericanos aún más que rusos, aquel a la abstención de Estados Unidos, que previamente reconocieron a Stalin el derecho a extender su influencia en China. Quienquiera se tome la molestia de papelear en las hemerotecas, descubrirá en los periódicos de la época el informe de un embajador itinerante americano aconsejando a su gobierno cortar todo avituallamiento de guerra y financiero a Chiang Kai-Chek, lo que fue hecho. Entonces, el ejército maosetunESCO emprendió el paseo militar que la propaganda infló luego hasta convertirlo en òlarga marchaö. Los movimientos guerrilleros y nacionales posteriores, son invariablemente, doquiera hayan ocurrido u ocurran, consecuencia de la guerra imperialista y preparativos de otra.

Las conquistas territoriales y económicas de Rusia son muy importantes, cierto, pero muchísimo más lo son las conquistas de Estados Unidos, que dominan, sin necesidad estricta de ocupación militar, la mayoría de la economía mundial. Aquella ha alcanzado el nivel de gran potencia imperialista, la segunda, pero muy atrás de la superpotencia imperialista representada por Wall Street, el Pentágono y la Casa Blanca. No obstante, los Estados Unidos no tropiezan con otro rival de gran consideración que Rusia. Por mucho que baladren en Pekin sobre la complicidad de ambas potencias, la próxima guerra mundial, si llega a estallar, tendrá lugar entre ellas principalmente. Ahora bien, la desproporción de potencial bélico y económico tan desfavorable a Rusia - sin hablar aquí de sus problemas políticos internos- le imponen una táctica a largo plazo, destinada a menguar aquella quitándole a Estados Unidos posiciones estratégicas y económicas. De ahí el apoyo a los movimientos anti-imperialistas, políticos o guerrilleantes, quienquiera los provoque, cuando no su creación artificial y a cuanto represente perjuicio o engorro para el rival. Dentro de ese orden táctico caen hechos tan dispares como el apoyo a Vietnam norteño, a Pakistán y al mundo árabe como conjunto racial, el acuerdo con la política exterior del gaullismo, las componendas políticas y financieras con la Alemania Federal, el protectorado ruso sobre Cuba, la venta de aviones y armas a los militares griegos, el ofrecimiento al Japón de participación económica en la explotación de Siberia (esto apuntando contra China), las cordiales y rentables relaciones con Suharto en Indonesia, etc. Que Rusia y sus partidarios hayan retirado su apoyo a las guerrillas en América Latina (y Castro también) sólo significa que cuenta sacar mayor provecho del anti-americanismo de militares y oligarcas, por el momento al menos. Es lo que está viéndose claro en Bolivia y Perú. De todos modos, nada importante puede acontecer contra el imperialismo del dólar, proceda de gobernantes o de destacamentos armados transformados en ejército, sin que sea captado por Rusia. La propia China que se desgañita queriendo hacer otro tanto, se verá frustrada. Así le escapó Corea del Norte y en el tan adulado òheroicoö Hanoi su voz es menos escuchada que la de Rusia. Puede asegurarse que China no recogerá sino las piltrafas del festín inter-imperialista en la península indochina... a menos que Estados Unidos le haga sitio para contrarrestar la penetración rusa.

Sólo en el ámbito mundial del forcejeo imperialista y como trabajos de aproches hacia otra guerra, se comprende la aparición y la significación de las guerrillas, así como su transformación en guerras limitadas. Es regla invariable, por no decir Ley del movimiento histórico mismo, que no surjan sino en ausencia de actividad revolucionaria de las masas, o bien inmediatamente después de aplastadas éstas. Mao Tse-Tung emprende sus actividades militares después de que, con su complicidad, fue liquidada la revolución china. En la Grecia de 1944, el stalinista Markos hizo otro tanto después de que su partido colaboró con las tropas inglesas y personalmente con Churchill a ahogar en sangre una insurrección que reclamaba òtodo el poder para el proletariadoö. Ho Chi-Minh liquidó armas en mano a la comuna de Hanoi, asesinó a su principal dirigente Tha Thu-tao, pactó luego con las tropas francesas para liquidar en prioridad a los fugitivos de Hanoi, que constituían grupos armados. En Indonesia, Tan Malaka y sus partidarios, que propugnaban la revolución, fueron cercados y asesinados por una coalición de stalinistas y militares encabezada por Sukarno, notorio filofascista. En Argelia no ocurría nada, si no es el descubrimiento de importantes yacimientos petrolíferos cuyo dominio final (¿Occidente, Oriente?) está decidiéndose ahora. En fin, en Cuba, Castro y Guevara se metieron en

Sierra Maestra con dinero y propaganda yankee, en completa ausencia de actividad de los explotados y se mostraron incapaces de suscitarla siempre. Fue la huida de Batista, impuesta por el embajador americano, la que desencadenó la huelga general y permitió a Castro una entrada apoteósica en La Habana. Algunos años después, el clamor alegre de la multitud se había transformado en llanto.

El caso de Cuba es sin duda el que mejor corrobora lo dicho arriba. Castro y Guevara no eran hombres de Moscú, sino patriotas ordinarios y como tales burgueses de formación e intención. Sus proyectos democráticos no sobrepasaban los de Batista al principio de su carrera, cuando siendo sargento le echó una mano al poder. Pero quedaron prisioneros de Moscú tan pronto quisieron soltar las andaderas del imperialismo del dólar. Para el Estado Mayor moscovita, su implantación en Cuba tiene una importancia estratégica que sobrepasa con creces a la económica; y a partir de ahí para Estados Unidos también. El recorrido máximo que el guerrillero puede efectuar va de un centro de gravitación imperialista a otro.

Cabe precisar aspectos y condiciones concretas del guerrillero de los que nunca habla su abundante literatura de Far West político. En primer lugar, *no existen tales guerrillas* en sentido propio (véase la acepción revolucionaria) sino pelotones armados llegados del exterior del país o desde el exterior pertrechados, eso cuando no se trata de ejércitos permanentes. Ejército constituyó desde el primer día Mao Tse-Tung, cubierta la retaguardia por la frontera rusa y a través de la misma avituallado; así también en Argelia, rodeada de países árabes; ejército fue igualmente el de Ho Chih-minh, con la frontera china por respaldo y la orografía tan favorable de la jungla. El contacto de una frontera cómplice es decisivo para las hazañas guerrilleras anti-imperialistas. Permite al ejército de liberación no sólo suministros constantes y a salvo de ataques, sino también refugiarse, al ser atacado, en territorio neutro, para reaparecer cuando le plazca inmarcesible. Sin la condición fronteriza todo se viene abajo, cual ocurrió en Grecia con el ejército de Markos, cuyos santuarios, como se dice ahora, estaban en Yugoslavia. A la ruptura de Tito con Moscú, los libertadores se volatilizaron.

Únicamente en países de reducida extensión territorial, donde una sola batalla puede resultar decisiva, tienen alguna posibilidad de tomar el poder destacamentos militares sin frontera-santuario. De todos modos, su existencia durante largo tiempo requiere recibir armas y municiones del exterior y robar suministros de boca a la población. Esa ha sido la historia nunca narrada de tantos adalides guerrilleantes.

En el propio seno de los destacamentos armados, y cada día peor a medida que se transforman en ejército, las relaciones son de subordinación completa al mando auto-nombrado, con todas las consecuencias de disciplina y represión anejas al militarismo, hasta el derecho de vida o de muerte sobre el soldado raso. El jefe debe ser mirado por sus soldados como un super-hombre. Fabricarle esa aureola es uno de los trucos subjetivos principales del guerrillerismo actual, como puede verificar quienquiera en el vacío librito de Debray *Revolution dans la revolution* y hasta en el tono de la carta de Guevara dada a conocer por su jefe seis meses después de desaparecido él. Aunque dicha carta fuera una falsificación, cosa probable, la manera de escribirla delata la arquitectura mental de sus autores. Cuando los trabajadores en revolución toman las armas y combaten establecen entre sí relaciones de militante a militante, no de subordinado a jefe. Así ocurrió en las milicias obreras españolas de 1936 y en toda tropa revolucionaria, desde los *cabeceras* rapadas a ingleses.

El reclutamiento de nuevos soldados es capítulo particularmente infame en esa clase de guerra. Guerra en realidad impuesta, los mandos recurren a la violencia y hasta al terror para aumentar sus efectivos. Incluso allí donde han disfrutado de un cierto número de alistamientos voluntarios, tal Argelia de ayer y Vietnam de hoy, completan sus exigencias de carne humana fusil en mano. En Argelia y Vietnam no han retrocedido ante atrocidades de tipo nazi -o stalinista que allá se andan- tomando represalias contra los recalcitrantes y sus familias, contra pueblos y aldeas en conjunto. En territorio francés mismo, el partido de la liberación torturó y asesinó a argelinos de otros partidos y hasta a los nuestros que se negaban a darle cotización. El número de argelinos así mandados al cementerio sobrepasa probablemente el de las víctimas de la represión francesa. En Vietnam los métodos de reclutamiento son los mismos.

Por su parte, la llamada la guerrilla urbana es un chillón contrasentido adrede inventado para engatusar. Trátese, sencillamente, del conocido terrorismo tan practicado contra el zarismo y otras tiranías, y en la propia España, en el siglo XIX y principios del XX. La similitud, es sin embargo, de forma, no de fondo. El terrorismo de antaño era practicado por gente de buena fe, intachable, que asestaban sus golpes a los responsables más empingotados de una tiranía; no pretendía imponer su dominio ni se daba aires mesiánicos como el terrorismo urbano actual. Es que, circunscrito éste en todo el esquema de la guerra de guerrillas anti-imperialista, etc., contribuye con plena intención a exacerbar la represión gubernamental y comporta designios arteros, en lo nacional no menos que en lo internacional. Sus golpes de mano, raptos, asaltos, atentados a la bomba, sin nada que ver con problemas del devenir histórico, no causan en la clase obrera movimiento político alguno. En cambio, en sus medios hacen carrera política los trepadores.

Como meta guerrilleril, he aquí lo que nos dice el tan ensalzado Guevara. *La posibilidad del triunfo de las masas populares en América Latina aparece claramente bajo la forma de guerra de guerrillas hecha por un ejército de campesinos, que destruye totalmente la estructura del antiguo mundo colonial. Tras el absurdo guerra de guerrillas hecha por un ejército, lo que nos ofrece el cerco de las ciudades por el campo, de los países ricos por los pobres, es el pensamiento de Mao Tse-Tung, el*

balbuco mediúmnico del de Stalin. A partir de semejante vaciedad, la emancipación del proletariado ya no será obra del proletariado mismo, sino... de los campesinos. Los esclavos del salario, redimidos por el minifundio capitalista. Tal es el descubrimiento teórico de los señores anti-imperialistas.

En realidad no se trata de teoría o principio alguno, reafirmémoslo, sino de una estrategia militar enderezada a transplantar el eje imperialista del mundo de Occidente a Oriente. Los guerrilleantes no prometen el descuartizamiento de los latifundios en minifundios sino para convertirlos luego en propiedad capitalista estatal, igual que las industrias, transformando por consecuencia en asalariados a todos los habitantes del agro. Las estructuras capitalistas, *lejos de ser rotas*, resultan por tal modo reorganizadas y vigorizadas al máximo. Si, dando suelta a la imaginación, tras los cuatro o cinco Vietnam que Guevara pedía presenciásemos el derrumbamiento del imperialismo americano, veríamos también la plusvalía mundial que hoy fluyó hacia él, cambiar de vertiente rumbo a Rusia... o a China si las vicisitudes entre estos dos se saldasen en ventaja de la segunda.

Acepción revolucionaria. No existe en nuestra época. Cuando la ha tenido en el pasado, fue revolucionaria burguesa. Hoy, en el caso de que el ejército de un país sea desbaratado por el ejército de otro país, instalándose éste como ocupante, la defensa nacional ya no puede hacerse sino adoptando la forma de guerrilla o resistencia nacional. Estas no son pues sino un aspecto irregular y provisional de aquella otra. Ahora bien, la acepción de la defensa nacional ha sido conceptuada siempre por los revolucionarios como una traición, como una desertión al enemigo de clase, no porque õsuõ país haya sido vencido y ocupado van a aceptarla en su forma irregular. Junto a un partida en el õmaquisõ, en la selva o en la montaña, se practica la misma defensa nacional que alistándose voluntario en el ejército nacional. Extremando el rigor teórico, entre la más incipiente guerrilla y la guerra clásica o termonuclear, la diferencia, por enorme que parezca, es cuantitativa, en modo alguno cualitativa. Y lo cuantitativo se achica hasta desaparecer, teniendo en cuenta que la una puede originar la otra y que le ha servido de avanzadilla en el pasado. Tales fueron la resistencia nacional yugoslava, francesa, italiana, polaca, etc. y el nuevo entendimiento de Mao Tse-Tung y Chiang Kai Chek para luchar õcontra el invasorõ japonés y al mismo paso contra la revolución. Mediante esa clase de defensa nacional irregular se llegó a la defensa regular y a la conservación de un capitalismo que ya no tenía derecho a la vida. De ahí viene el atascadero en que se halla metido el proletariado.

Las guerrillas son un método de lucha burgué, compatible con el desarrollo del capitalismo, la independencia nacional y la revolución democrático-burguesa. Ese ha sido su cometido en el pasado, logranselo o no y sin tomar en consideración casos particulares como los chuanes siervos contra la revolución francesa. El caso más típico es el de las guerrillas españolas a partir de 1808, que dieron su nombre al método. Eran al principio (véase lo dicho por Marx en õLa revolución españolaõ) grupos de hombres voluntariamente unidos para acometer acciones sorpresa contra las tropas francesas y se desbandaban después de ellas, volviendo cada hombre a su trabajo cotidiano. En cuanto fueron permanentes y aceptaron subordinación a los ejércitos aliados anglo-españoles, mitigaron su cariz revolucionario. Las llamadas hoy guerrillas no tienen ninguna semejanza con aquellas, no existiendo en nuestra época, en ningún lugar, posibilidad siquiera remota de revolución democrático-burguesa, ni tampoco de independencia nacional, las pseudo-guerrillas hechas ejército si encuentran las facilidades logísticas indispensables, aparecen ante el proletariado, simple y trágicamente, como un aparato bélico conquistador que se le echa encima, y por lo tanto como una fuerza de policía. En tal calidad, y por sus objetivos nacionales e internacionales, los tiranuelos de la õguerra popularõ no tienen otra perspectiva que servir de peones en la reaccionaria contienda entre los bloques imperialistas. Los revolucionarios no deben prestarse, en ningún caso, a tan burdos manejos. Saben que vía Moscú o vía Pekín se entra también en el juego del imperialismo americano, de igual modo que vía Wáshington se entra en el juego de Moscú y de Pekín. Porque la primera preocupación de unos y otros consiste en impedir que la revolución proletaria levante cabeza, condición clave para que ellos puedan disputarse entre sí el dominio económico y policíaco del mundo. El palabreo anti-imperialista conviértese pues en un actuar pro-imperialismo en general, y la demagogia sobre la guerra revolucionaria en un hacer guerra imperialista local.

Concepto muy diferente merecen guerrillas como las que se formaron en España a raíz de la victoria del ejército franquista. No obedecían a designio alevoso alguno ni exhibían pretensiones libertadoras. Fueron, sencillamente, resultado del instinto de conservación. Sus componentes no podían salvar la vida de otro modo. Y cuando, ya finalizando la matanza de 1939-45, el stalinismo trató de utilizarlas para sus finalidades, según el padrón de la resistencia, ya recompuesta en defensa nacional, hizo cuanto pudo para agrandarlas artificialmente y mantenerlas, en lugar de preocuparse de salvar a sus hombres. Introdujo en ellas el veneno de su propia falsía y agravó la ferocidad de la represión franquista. Fue ése uno de los episodios más abominables del stalinismo español, nada parco en ellos.

En fin e independientemente de toda consideración política, las guerrillas no tienen aplicación duradera en las condiciones marciales del mundo. A mayor abundancia tratándose de las pseudo-guerrillas manipuladas por Moscú, Pekín o sus secuaces. La revolución comunista es un proceso de aprendizaje combativo e ideológico de los explotados, que ha de hacerse obligatoriamente en los lugares de trabajo *y en relación directa con la supresión del carácter capitalista de los instrumentos de producción*, sin nada que ver con la nacionalización de los mismos, cual se ha visto en páginas anteriores. Uno de los primeros aprendizajes en tal dirección, es que Moscú y Pekín representan la faz oriental del enemigo de clase, a combatir con tanta saña como su faz occidental. Las medidas que tomaría una revolución comunista en Rusia o en China no se distinguirían en nada

importante y digámoslo alto, sobre todo en nada económico, de las que tomaría en Estados Unidos u otro país cualquiera. Y frente a esa tara, las plegarias sobre una revolución meramente política en Rusia e hijuelas con que nos hace bostezar un trotskismo sin nervio y de cerebro lavado, son huero bisbiseo reformista.

SOCIALISMO DE FAZ HUMANA

Acepción truhanesca. Última de las cantaletas puestas en circulación por la truhanería política de nuestros días. No puede decirse con certidumbre si procede de sesera stalinista o de alguna de las de sus asociados òprogresistasö occidentales. Es indiferente. Importa destacar, en cambio, que se trata de un reconocimiento explícito de que los regímenes referidos son bestiales. Conoció gran boga durante el corto tiempo en que Dubcek ejerció el poder en Checoslovaquia, tiene partidarios en todo stalinismo gobernante, hasta en Rusia y China, y recoge casi la unanimidad del stalinismo no gobernante. Para aquel es un quite político a poner en juego frente a una acometida del proletariado, para el segundo un excipiente con el que hacer tragar su droga a los trabajadores que desconfían de él, y sobre todo a las organizaciones burguesas que piensan utilizar como peldaños antes de asimilarlas, pues la clase obrera creen poder dominarla, cualquier cosa hagan o digan, por la fuerza del encuadre sindical y policíaco. Ejemplo: con su careta humana, Santiago Carrillo ha alcanzado òalturaö (Carrillo dixit) de un òPacto por la libertadö con colaboradores cercanos y exministros del asesino mayor, entre los cuales no es el peor el beatón Ruiz Jiménez. Con su cara real habría tenido que conformarse con algunos buitres desplumados.

Al stalinismo no puede juzgársele por lo que diga, sino por lo que hace estando en el poder. En ningún país por él regido existe la menor libertad, ni para los trabajadores, ni para nadie. La huelga es mucho más difícil y acarrea consecuencias más graves que bajo Franco (caso reciente: Polonia). En la propia Checoslovaquia de Dubcek no existió un solo día libertad para la clase obrera y los revolucionarios no pudieron salir de la clandestinidad. òLa primaveraö tan celebrada no dejó brotar nada contrario al capitalismo existente. Los mismos social-demócratas, que tan solo buscaban poder servir al Estado sin miedo a represiones futuras, se vieron contenidos. Y si bien trabajadores y revolucionarios en general se tomaron ciertas libertades, éstas no fueron legales un solo día. La libertad que se consentía era reforzar el dominio tambaleante del Partido. Dubcek y los suyos lo repitieron casi a diario. Lejos de eso, de lo que se trata para la libertad revolucionaria del proletariado, de quienquiera no sea un reaccionario stalinista o clásico, es de derrocar ese partido, su Estado, su capitalismo. Para cortar un desenvolvimiento político que podría haber llegado hasta ahí, invadieron Checoslovaquia las divisiones blindadas rusas.

Acepción revolucionaria. Inexistente. No sólo hay redundancia en decir *socialismo de faz humana*, o bien *socialismo libertario*, sino que la redundancia encierra cebo y cepo en boca de cuantos pretenden que el sistema de propiedad en los países del Este sea socialista. Si cualquier día uno de ellos decretase y respetase las libertades llamadas derechos del hombre, no pasaría de ser un sistema capitalista democrático, basado, como todos los otros, en la libertad de explotar el trabajo asalariado. La propiedad socialista, por el contrario, empieza en la supresión de esta última libertad, cuya existencia confiere a los instrumentos de producción su naturaleza capitalista, cualquier rótulo ostente el poder. Todos los amigos del stalinismo esperan dicho día como el de su propia redención, no cierto del yugo de una explotación que no sufren, pero sí de los atropellos, traiciones, crímenes que con aquel han cometido o que han encubierto. De ahí sus éxtasis ante el òsocialismo de faz humanaö.

Está excluido que dicho caso se presente. El período histórico que vivimos y la naturaleza estatal del capitalismo oriental vedan allí la existencia estable de democracia capitalista. Podría aparecer, en cambio, como un momento de indecisión entre el embate revolucionario del proletariado, que se halla indudablemente en gestación, y la contrarrevolución gobernante. Desaparecería para recaer en esta última o cediendo el paso a la revolución comunista. La odiosa casta dictatorial no ignora lo dicho; deja por ello subsistir en su seno a los maquillados de humanos, aunque apartándolos, porque mañana, cuando la asedien las masas en rebelión, serán el postrero recurso contra ellas.

El socialismo no tiene por qué justificarse diciéndose de faz humana o humanista. Eso se queda para los jerarcas que están en situación de ejercer sobre los hombres, en el trabajo, en la vida privada y política, un poder coactivo más o menos limitado en derecho o discrecional. El socialismo es muchísimo más que eso; es el hombre desembarazado de todas las trabas sociales y mentales impuestas por otros hombres, es la libertad a partir del primer resuello en la existencia por la igualdad completa de posibilidades, en la imposibilidad de tener que vender la propia fuerza de trabajo y creación para vivir, es el florecimiento de cada individuo por su participación en el o los trabajos de su querer, es la libertad y la democracia convertidas en exigencia funcional de la civilización, es la humanidad en posesión de sus facultades recónditas y alienadas. Como la energía del astro diurno o la aparición de la vida sobre la Tierra, no tiene necesidad de justificarse, ni reconoce Hacedor alguno. Fraude todo lo demás.

*Escrito en junio de 1970
y publicado en los números 14, 15, 16 y 17
de Alarma, 2ª serie (junio 70, abril 71)*

G. Munis

IMPOSIBILIDAD DE DESARROLLO CAPITALISTA.

(ALARMA, Segunda serie Nº 22 y 23, 3º y 4º TRIMESTRE 1972)

Antes que nada hay que afirmar, otra vez, la radical diferencia existente, en nuestro tiempo, entre desarrollo de la sociedad capitalista y crecimiento económico de la misma. Durante la larga época de su formación y apogeo uno y otro iban apareados, siquiera con oscilaciones. Mas observando de cerca no sólo la experiencia moderna, sino también la de tipos sociales pretéritos, desde los albores del período neolítico, la disociación entre desarrollo y crecimiento aparece neta, hasta convertirse en ruptura, y continuada ésta el crecimiento económico corroe en proporción a sí mismo el desarrollo social adquirido. No se trata de un corte brusco, localizable en fecha determinada, pero sí de algo bien perceptible en el curso de algunos decenios.

Una sociedad o tipo de civilización está en desarrollo mientras van ampliándose y propagándose los factores estructurales y superestructurales contenidos en su original impulso, aquellos que han constituido su razón de ser, su necesidad histórica, su justificación humana. Porque un tipo de civilización -vale decir una clase- nunca se ha formado y elevado al rango de dominante sino como representación positiva, siquiera incompleta, de todas las clases, incluso de las que cargan con la peor suerte. Su sistema ha de consentir a todos un mejor estar material, cultural, moral, una brizna siquiera de libertad relativamente a la situación anterior. Ese contenido es lo único que cabe llamar desarrollo social.

Lo hemos visto con gran claridad durante el ascenso de la sociedad capitalista. Más que ninguna otra civilización desde la aparición de las clases y del Estado ha acrecido ella la cultura general, la libertad política, las posibilidades nutritivas y cuanto toca a la producción y reproducción de la vida humana, sin mencionar la multitud de consecuencias buenas que trajeron consigo esos tres factores. El mayor dominio de la naturaleza característico de la civilización capitalista, aún siendo por y para la burguesía principalmente, repercutía más o menos en las clases pobres y explotadas.

Del capitalismo actual ya no puede decirse lo mismo. Su dominio de la naturaleza, desde la física y la química hasta la genética y psicoanálisis, sigue aumentando. Pero en general ya no redundo sino en peoría para la gran masa de clases pobres. Se fabrican hoy metales tan resistentes que permiten a las cabinas espaciales atravesar las capas densas de la atmósfera, pero, desde la cacerola hasta el automóvil, los productos ofrecidos en el mercado son de una mala calidad calculada para obligar a renovarlos pronto; se sabe fabricar tejidos de duración más que vitalicia, pero el traje o las medias vendidos por decenas o centenares de millones están confeccionados para convertirse pronto en harapos; se sabe producir alimentos de excelsa calidad y pureza, pero se han vuelto inencontrables, manjar de potentados; para la gran masa, a partir del simple pan, productos adulterados, cuando no tóxicos, envueltos en plásticos que modifican su composición química; se sabe seleccionar especies animales de carnicería y establo del mejor abasto, pero el bistec, el pollo, el cerdo, etc. contienen las hormonas con que los animales han sido cebados artificialmente, mientras la leche es un aguachirle empobrecido de las sustancias más indispensables a la nutrición infantil; se pueden construir edificios de habitación más resistentes que una catedral, pero la casa o el apartamento del común de los hombres entran en ruina antes de terminados de pagar.

Complemento inseparable de lo anterior, la radio y la televisión, potentísimos instrumentos de información y de formación cultural, engañan y embrutecen premeditadamente y en todos los continentes a miles de millones de personas, siempre secundadas por la prensa cotidiana; en los centros de enseñanza técnica y universitaria, la juventud es canalizada y conformada según proyectos estatalo-capitalistas, al paso que la calidad de la enseñanza va degradándose año tras año; el propio psicoanálisis sirve en fábricas, establecimientos de «orientación», publicitarios y policíacos, a operaciones repugnantes que rebajan la mente individual y colectiva.

No tendría fin enumerar todos los aspectos en que el capitalismo (más precisamente dicho, para que el lector no excluya país alguno: la sociedad basada en el trabajo asalariado) está pervirtiendo la vida cotidiana, corrompiendo cuanto él mismo creó. Hay que completar sin embargo el rápido esbozo anterior señalando dos aspectos aún más graves. El primero es la condición actual de la clase obrera, esclava del trabajo y del sueño, sin tiempo de solaz en esta época de automoción, sin ninguna libertad en la fábrica, cuartelariamente disciplinada y vigilada por el trío capital, sindicatos, Estado, que por añadidura la someten al destajo, la forma más vil de explotación; obligada para evitar la miseria, a someter al torbellino de esa misma explotación la mujer además del marido; privada de oficio por el «trabajo en briznas»; siempre a merced de la programación dirigista; cada vez más desposeída relativamente a lo que produce y al monto total de la riqueza usurpada por el capital. Nunca los instrumentos de trabajo y los productos de su trabajo le fueron tan ajenos y oprimentes. El propio automóvil en el que circulan numerosos obreros echa varios nudos más a las ataduras que los apresan, mismas que han convertido la sociedad entera en campo de concentración cotidianamente saqueado por sus organizadores, comercio y fisco mediante.

El segundo y más terminante de los dos aspectos mencionados es el totalitarismo político, simultáneamente policíaco y militarista, que ha ido invadiendo el mundo entero, incluso los países en que pervive, carcomida, la democracia burguesa. Por sí sólo, el peso cada vez más abrumador de ejércitos, producción de guerra y policía representa un factor degenerativo de primer orden en la civilización actual. No se trata únicamente del gasto a pérdida completa que su existencia comporta, mucho mayor de lo que fijan los presupuestos oficiales, ya enorme; tampoco del trabajo baldío, parasitario, perjudicial o criminal encomendado a decenas de millones de personas; lo peor de todo es la función que han adquirido las industrias de guerra, las actividades militares y las policíacas, sin distinción de Bloques ni de regímenes políticos. En efecto, si la industrialización fomentada por el capitalismo nunca fue para el consumo sino a través de la venta de mercancías y del enriquecimiento burgués, con el ingente volumen de la producción bélica -sin olvidar la de los artículos de pacotilla-, conviértese en industrialización por la industrialización, cuya relación con el consumo necesario es cada vez más tenue y falsa. Y por su parte, policías y ejércitos encarnan el poder por el poder de un capital anónimo, superado por la técnica y las exigencias humanas, que se sobrevive a sí mismo como forma de organización social. En el antiguo Egipto llegó un momento en el que el culto de la muerte consumía más de la mitad del trabajo de la población. En el capitalismo hogareño no se trata de culto, sino de una práctica industrial y física de la muerte que se aproxima al mismo saldo y que ya es apta para asesinar en pocos minutos a la totalidad de la especie humana.

¿Cómo explicar esos hechos y tal situación, siendo así que la producción de riqueza va en aumento y ha conocido una aceleración importante en los decenios recién pasados?

En ese escollo naufragan, salvo excepción desconocida, todas las tendencias reputadas marxistas o anarquistas¹⁷, las «consejistas» comprendidas.

En su concepción, híbrida de materialismo vulgar, crecimiento de la producción y desarrollo son inseparables. En rigor les está vedado hablar de decadencia de la actual civilización mientras no decrezca irremediablemente, fuera de crisis temporal, la totalidad de las producciones nacionales brutas y la capitalización se convierta en descapitalización sistemática y generalizada. No caen en cuenta de que antes de abocar a eso tendría que continuar la actual destructividad social del capitalismo durante cincuenta, cien años, dos siglos, imposible saberlo, y de que entonces la revolución social sería mil veces más difícil, o bien imposible. En realidad esas tendencias se desdican a sí mismas, niegan sus propias voliciones revolucionarias implícitamente, desde el momento en que adoptan como criterio económico de positividad el característico del capitalismo: la acumulación ampliada del capital.

Cierto, nada inconcuso ha dicho Marx al respecto, menos Bakunin. Por ello, cuanto digamos yo u otros será mirado con desdén por cuantos se confinan a ejercicios más o menos eruditos de patristica materialista. Esa es, todavía, una de las formas profanas de los fantasmas religiosos a combatir en las mismísimas filas revolucionarias. Afirmo pues que la acumulación ampliada del capital se convierte en teratológica, en nociva para la sociedad y para la humanidad sin distinción, a partir de determinada correlación entre ella y el Hombre.

No aludo a la nocividad creada por la polución industrial y automovilística, ni a la nocividad agropecuaria de insecticidas, abonos químicos y cebaduras animales, pues el propio capitalismo se verá obligado a ponerles límite, ya que no a suprimirlas. Tampoco signifique la supuesta desproporción entre el número de habitantes de nuestro planeta y sus recursos en productos alibles y en materias primas, nueva maldición divina con que nos amenaza un maltusianismo redivivo. La fertilidad del suelo está lejos de ser bien utilizada en cantidad y calidad, mientras que el subsuelo empieza apenas a ser escudriñado. A su vez, la plétora de población de un sistema social no la mide únicamente la naturaleza, sino la interacción dialéctica entre ella y esa otra fuerza natural dotada de subjetividad que es el hombre. Y como el género de asociación entre los hombres mismos constituye parte importantísima de dicha interacción, no tiene nada de quimérico contemplar, en una sociedad sin clases, abastanza completa fundada en el dominio de sí misma, clave del mejor dominio de la naturaleza. La transmutación de la materia a partir del hidrógeno o de cualquier otro elemento, los cultivos y la ganadería enteramente científicos, lo que supone sin comercio de por medio, abrirán horizontes insospechados.

Hechas esas salvedades, el lector distinguirá sin equívoco que la relación nociva entre la acumulación ampliada del capital y la sociedad, no proviene de causa exterior o de fatalidad alguna, sino de algo que le es intrínseco hoy. Dicho lo más brevemente posible, proviene precisamente del nivel alcanzado por la acumulación capitalista, desmesurada concentración de instrumentos de trabajo en manos del Estado o de pocas compañías internacionales, que va dislocando y degradando -cuando no depravando- las condiciones de vida material y espiritual de los hombres. En su estadio anterior, la acumulación de capital por los burgueses comportaba un desarrollo numérico, técnico y cultural del proletariado y de la población en general, que por sí sólo consentía mayor libertad a los individuos, independientemente de la democracia burguesa, consubstancial también de la libre concurrencia entre capitalistas privados. El proceso, la relación entre el tipo de civilización y la sociedad se ha invertido. A partir de los grandes trusts internacionales y del Estado industrial y banquero, lo que comportan imperativamente las mismas exigencias de la

¹⁷ En *Alarma* no se incluyen nunca dentro del marxismo a las facciones stalinistas, pues son de hecho capitalistas estatales, ni a las llamadas socialistas, por ser meramente democrático-burguesas. Tampoco se tiene aquí por anarquistas a las tendencias que, proclamándose, van siguiendo a tanteo la senda de lo que fue reformismo.

acumulación, ahora dirigida, es rebajar el nivel técnico y cultural del proletariado, modelar su mente en consonancia con la circulación acelerada de mercancías de pacotilla, bautizada «sociedad de abundancia», ir tronchando libertades en el trabajo y fuera de él, crear un tipo de hombre y de mujer sin personalidad, *normalizado*, blandengue y manoseable a capricho de dirigistas económicos, políticos, sindicales, categorías intercambiables. Hecho innegable: la clase obrera vive hoy mucho más dominada por los detentadores del capital que hace cincuenta años. Incluso su crecimiento numérico, sujeto a discusión, va contrabalanceado por una extensión enorme del trabajo inútil o perjudicial a la sociedad. En el período anterior, rasgo importante a notar, los capitalistas respondían a las conquistas obreras de salario que acortaban la plusvalía, mediante introducciones técnicas que aumentaban la cantidad, la calidad y la baratura de los productos. Hoy el aumento de salario va asociado, por lo general, a una progresión mucho mayor de la plusvalía, siempre con limitación calculada de la calidad de los productos y encarecimiento ininterrumpido. La técnica es pues utilizada a contrasentido y en detrimento de la mayoría.

Su utilización a fondo, según las conveniencias materiales y morales del conjunto humano, ha venido a ser imposible en forma de capital. Requiere, en efecto, que conocimientos técnicos y cultura en todos sus aspectos dejen de ser privativos de una minoría para hacerse accesibles a todos. Y esto, a su vez, requiere una disminución muy importante de las horas de trabajo por persona, la supresión de los trabajos superfluos, la puesta en marcha de los instrumentos de producción con arreglo a una distribución de valores de uso, *no de valores de cambio o mercancías*. En resumen, precísase suprimir la acumulación ampliada del capital, el trabajo asalariado que es su condición previa, y cuantas relaciones sociales engendran, lo que ha sido la civilización capitalista.

De ahí que la distinción entre desarrollo y crecimiento del capitalismo sea actualmente una noción de primordial importancia, preñada de contenido. Sin ella, cualquier proyecto de lucha revolucionaria queda suspendido en el vacío, mientras que se desaprovechan las posibilidades inmediatas de educación y de intervención subversiva del proletariado o de cualquier otro estrato social. Por otra parte, se idealiza el crecimiento industrial como factor de estabilización y, lo que es más grave, se mitifica la crisis de sobreproducción, confiriéndole el mágico y exclusivo poder de empujar el proletariado a la revolución.

Las crisis cíclicas de sobreproducción han acompañado todo el período de desarrollo del capitalismo. Representaban una avería de su funcionamiento cuya reparación le daba mayor vuelo. El sistema ha aprendido a soslayarlas. Lo que se llama receso se queda en un porcentaje inferior de crecimiento. Mas aunque sobreviniese un desajuste económico tan intenso o más que el 1929, no aparecería como consecuencia forzada -hay que reiterarlo- una situación revolucionaria, ni el capitalismo perdería la posibilidad de reanudar después su crecimiento.

La dialéctica del devenir histórico no pone la revolución social en el orden del día porque balanzas de pago e inversiones estén desquiciadas, ni porque las mercancías invendidas se abarrotan en cantidades fabulosas y arrojen al paro millones y millones de obreros. Por el contrario, una situación semejante amenazaría ponernos ante graves consecuencias reaccionarias. La última y la más intensa de esas crisis instauró a Hitler, consolidó a Stalin, liquidó lo que quedaba de movimiento revolucionario mundial y desencadenó la guerra.

No, no; lo que origina posibilidad y necesidad de revolución comunista es mucho más profundo que eso, es esencial, no accidental. Reside en el funcionamiento mismo de la civilización capitalista, cualquiera sea el estado de sus negocios. No se trata tampoco de algún aspecto determinado del sistema, sino de todo él, estructuras y superestructuras, lo económico, lo político, lo cultural en sus múltiples facetas, las propias costumbres y relaciones entre los hombres que le son propias. Todo ello se ha transformado en restrictivo, inadecuado, obstáculo al florecimiento individual y colectivo. El paro obrero es una de las consecuencias del capitalismo, pero no es él lo que engendra la necesidad de revolución, sino *las condiciones de trabajo, consumo y vida* impuestas al proletariado mundial, el trabajo asalariado, cualquiera sea la paga. Así mismo, la crisis dicha de sobreproducción es o ha sido un bache en la senda del desarrollo industrial, pero no es su aparición, *sino la persistencia del industrialismo capitalista* lo que llama a la supresión del sistema, pues los instrumentos de producción han adquirido sobrada capacidad para liberarlos de su mezquindad mercantil. Y así sucesivamente.

En resumen: la forma asalariada del trabajo está en contradicción absoluta con la capacidad de los instrumentos de trabajo. La separación entre uno y otros, se ha convertido en innecesaria, y por lo tanto es destructora, cualesquiera sean los índices de crecimiento.

He ahí una síntesis de la enorme diferencia entre el economismo mecánico y a las veces pedante de que están aquejados tantos grupos revolucionarios y la concepción dialéctica del devenir histórico. El materialismo sirve a aquellos para convertir el hombre en mero objeto, por no decir juguete de los altibajos de la economía capitalista; la segunda descubre en el proceso de crecimiento capitalista mismo los factores materiales de subversión contra él, y entre todos ellos da la precedencia, el papel decisivo, al proletariado, al hombre, por ser el factor material consciente.

Por lo demás, el crecimiento industrial de países atardados, cual España, estará siempre subordinado al de los países encabezados, y en España al igual que en éstos, ha de ser el proletariado quien corte el crecimiento, a fin de entrar en posesión comunista de la vida humana.

Para colmo, en tales países el crecimiento industrial es en primer lugar un crecimiento, en su suelo, del capital americano, alemán, inglés, ruso, chino en algunos casos. Igual da. El proletariado no tiene patria, y los instrumentos de producción una vez expropiados y a su servicio, tampoco.

Septiembre 1972

G. Munis

Fomento Obrero Revolucionario.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN ITALIANA DE *PROSEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA*

(El arma de la crítica, nº 3. Suplemento a Alarma, diciembre 1988)

Desde la publicación en Francia de este opúsculo, nos hemos oído preguntar, no sin sorna por parte de algunos: ¿Qué necesidad de un Segundo Manifiesto Comunista? Y tampoco han faltado quienes consideran el título del nuestro como una profanación.

Lo último apenas merece respuesta, salvo porque nos introduce a lo primero. Marx y Engels, es pertinente recordarlo, fueron empedernidos iconoclastas incluso respecto de sí mismos, porque no hay otra manera de escapar a la cancela del sistema cerrado. El primero respondió a quienes la hablaban de los marxistas de Europa continental: «Yo no soy marxista», espetando así, por lo tácito, una definición adogmática del pensamiento revolucionario muy poco discernida hasta hoy. Y Engels reiteró como él y Marx habían llevado a pie de obra gran cúmulo de materiales que requerían ser elaborados. A esto hay que añadir los materiales acarreados desde entonces por la lucha de clases mundial. Por ende, apostamos perpetrarnos la profanación. Lo único que importa es saber si ella se engarza o no en la hilera de cuantas ha cometido el pensamiento revolucionario y no puede dejar de cometer sin sofocarse. El texto mismo de *Pro Segundo Manifiesto Comunista*, que invitamos a comparar con el texto clásico, constituye una respuesta. Sin embargo, para tranquilidad del espíritu de quienes lo necesiten, cabe precisar algunos puntos salientes.

Durante el centenio largo transcurrido desde la fecha en que escribían Marx y Engels, el capitalismo ha ido acabándose como sistema mundial. Lo previsto por ellos está cumplido con creces, sin que los desniveles entre unas y otras zonas del globo tengan mayor significación que los existentes dentro de cualquier país. Mientras tanto el capitalismo en Europa Occidental y en Estados Unidos, en Rusia y Japón también, ha alcanzado un grado de concentración industrial y financiera, que después de haber arrollado todas las barreras nacionales mantiene acogotado al mundo entero.

Al mismo tiempo, los instrumentos de trabajo, lejos de aprovechar al máximo su capacidad técnica, más la que consienten los conocimientos científicos del conjunto humano, permanecen retenidos y entecos, excepto por cuanto atañe a la guerra. Pero el impedimento a la que será la más vertiginosa y revolucionaria de sus expansiones no proviene ya de las barreras nacionales, mil veces holladas económica y militarmente, tan artificiales hoy que el propio capitalismo medita suprimirlas en parte. No, trátase de un impedimento que ninguna penetración financiera, ningún ejército, ninguna vociferación socialista de quienes operan con Debe y Haber está en condiciones de sobrepasar, pues no es otro que los límites del sistema actual de distribución y producción de mercancías que refuerzan la naturaleza capitalista de los instrumentos de trabajo, imposible que éstos alcancen toda la incalculable, ilimitada expansión que comportan y que el hombre necesita. De ahí que nuestro manifiesto hable de maltusianismo allí donde los falaces voceros de Occidente y Oriente ponen: «sociedad de abundancia».

Convergente con esta saturación económica dentro del raquitismo, nutrida por ella y su vigía armado al mismo tiempo, la saturación militar del mundo proclama con argumento irrefutable el fin del período progresivo de la civilización capitalista, su presente negatividad y decadencia. Lo que la guerra moderna puede hacer en pocos minutos, destruir por completo la sociedad y sus componentes, el sistema capitalista está haciéndolo día a día, paulatina, inexorablemente. En todos los aspectos y sin distinción de país alguno, estamos pues, colocados ante la necesidad urgente de unir a los explotados para una acción común contra los armamentos y las estructuras económicas de sus respectivos Estados.

No menos importante que recoger esa situación imprevista en el Manifiesto de 1848, era poner en la picota las tendencias pseudocomunistas de hoy. El socialismo burgués y pequeñoburgués, el socialismo alemán y el socialismo feudal criticados por Marx y Engels fueron fenómenos muy efímeros y su influencia sobre la clase obrera, casi nula. No así lo que en la actualidad se llama comunismo y socialismo. Surgidos como tendencias realmente obreras, han venido a ejercer sobre el proletariado internacional, tanto en sus aspectos políticos como sindicales, un influjo de negatividad creciente a medida que, por ideas o intereses, iban dando la espalda al objetivo revolucionario. Para pocos es un secreto hoy que el socialismo originario de la Segunda Internacional, ha echado por la borda incluso sus propios propósitos reformistas, satisfecho de seguir con paso macilento la involución del capitalismo occidental, sirviendo a las veces de estribo al capitalismo oriental y dándole dirigentes: Walter Ulbricht, Santiago Carrillo, decenas de otros en Europa Oriental.

Incomparablemente más pernicioso, por menos conocido en su propia naturaleza, es hoy el llamado comunismo. No se trata de un colaborador o de un seguidor de la democracia capitalista, aunque pueda adoptar camaleónicamente a esa y otras coloraciones allí donde no ocupa el poder o se halla en la clandestinidad. El mismo, por medio de Estado, posee la totalidad del gran capital industrial y financiero desde Europa Central hasta Extremo Oriente; él mismo mantiene a inmensas masas de trabajadores bajo el yugo del salarido y bajo su dictadura política; él mismo, como conjunto económico y como bloque militar constituye el segundo de los imperialismos; por todo lo cual, él mismo es representante, no de la clase obrera, sino de la contrarrevolución capitalista efectuada bajo Stalin, que sus discípulos procuran estabilizar. Así como Marx y Engels denunciaban el òsocialismo feudalö, contrasentido tan evidente como el òsocialismo burguésö, en nuestra época se puede recurrir también al contrasentido, denunciando el òcomunismo capitalistaö o òcomunismo contrarrevolucionarioö, por oposición al comunismo del proletariado, inscrito en las necesidades económicas, políticas y culturales de la humanidad.

Hasta ahí nuestro Manifiesto se limita a continuar el rastro de Marx y Engels òmutatis mutandisö. Su originalidad empieza en el capítulo òImperialismo e Independencia nacionalö, que relega al mundo de las tretas paraimperialistas todas las luchas, guerras y guerrillas patrióticas, doquier ocurran. Hoy en Vietnam, mañana en Ucrania, Manchuria, Angola o Venezuela, la latitud mayor de toda lucha nacional es el cambio de señor. Las leyes de la economía capitalista convierten en quimérica la independencia nacional hoy. Los caballeros de la O.L.A.S. (Organización Latinoamericana de Solidaridad) son burgueses tan atardados como stalinizantes, que corren en pos de una participación en la explotación de sus connacionales que nunca obtendrán, si no es como dádiva por servicios prestados a este o a aquel imperialismo. Su propio lema: òPatria o muerteö, choca de lleno con el lema revolucionario: òlos proletarios no tienen patriaö. Otro tanto cabe decir, bajando todavía un escalón hasta el nivel racial, del òBlack Powerö de algunos intelectuales negros americanos, incapaces de propugnar y organizar la acción conjunta de los trabajadores de todas las razas, en Estados Unidos como en cualquier otra parte.

De las diez medidas revolucionarias propuestas para los países avanzados en el Manifiesto de 1848, sólo las tres últimas, ampliadas y adoptadas a los recursos modernos, pueden hoy servir de pauta general. Era por lo tanto indispensable precisar, como nuestro texto lo hace, las medidas de expropiación del capital y de administración de la producción y del reparto, así como el mecanismo económico y político de supresión del trabajo asalariado y de las clases. No estaba en condiciones de hacerlo el Manifiesto de 1848, ni tampoco la òCrítica del Programa de Gothaö.

En efecto, las potencialidades de producción actuales alcanzarán cimas tan elevadas una vez restituidos los instrumentos de trabajo a la sociedad, que el ayuno impuesto por el precio de la mercancía fuerza de trabajo desaparecería en breve, y la distribución de los productos se acercaría con cadencia célere a la de una sociedad comunista. La supresión de la división del trabajo en manual o intelectual se haría esperar tan sólo el tiempo indispensable para ofrecer a todos enseñanza técnica y superior, al paso que la enorme disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario consentida por la ciencia al servicio del hombre, liberaría energías e inteligencias para el desarrollo de la cultura en sus múltiples aspectos, perfilando en el horizonte el libre desenvolvimiento de cada individualidad.

Que el proletariado aparezca en estos momentos lejos de querer acometer semejante obra, es pura ficción creada por las murallas política y sindicales en que lo mantienen encarcelado, leyes y política capitalistas mediante, los falsarios del comunismo y del socialismo, o simplemente del obrerismo en el caso de los sindicatos estadounidenses. Lo que hay de latente en el pensamiento y en la intuición de aquél, no es visible sino cuando abate las muralla que lo retienen y actúa como clase. En esos trances pone en ejecución medidas como las aquí preconizadas o a ellas tendentes y se revela clase revolucionaria por antonomasia. Así se le ha visto hacer en la España de 1936 y 1937, en la Grecia de 1944 y en la Hungría de 1956, a despecho de que carecía de partidos teóricamente aptos.

La constitución de éstos en la actualidad originará irresistiblemente, a partir de cierto volumen numérico, la ofensiva proletaria más honda y vasta de la historia, con gran probabilidad la decisiva, pues el mundo de la explotación no se tiene en pie sino gracias a la confabulación tácita o expresa, muérdanse entre sí o convivan, del capitalismo occidental y del oriental, variantes china y cubana incluidas.

Otra cosa todavía aporta nuestro Manifiesto, algo de trascendencia suma para teoría y praxis revolucionarias. En 1848 Marx y Engels encomendaban al Estado, todavía a la manera hegeliana, el cometido de transformar la sociedad. La experiencia de la Commune de París les llevó a reconocer que el Estado capitalista no podía ser utilizado en modo alguno, haciéndose por el contrario, indispensable su destrucción como primera mediada revolucionaria. El organismo de fuerza resultante de ese acto debía unificar en sus manos todos los poderes y salvaguardar, frente a las tentativas restauradoras de las clases desposeídas, la marcha ininterrumpida al comunismo. Ahora bien, la experiencia de la revolución rusa de una manera, la de la revolución española de otra nos ha enseñado que el Estado propietario no puede dejar de comportarse, cualquiera sea su composición humana o institucional, sino como capitalista colectivo. En ese hecho está uno de los factores principales de la contrarrevolución stalinista en Rusia y el decisivo de la victoria de Franco en España. En una palabra, nos ha demostrado la experiencia, maestra suprema del pensamiento revolucionario, que el paso del capitalismo al comunismo, durante el período de transición, ha de presidirlo la clase obrera misma como cuerpo social en rápida evolución hacia la desaparición de las clases. Confiarlo a un organismo distinto cualquiera sea,

Estado, partido o Sindicato, resultará siempre contraproducente. De ahí que nuestro texto haga depender directamente la desaparición del Estado y de todo peligro contrarrevolucionario, exterior o interior a la clase proletaria, de la supresión de la ley del valor. Esa gigantesca tarea es irrealizable salvo para los interesados mismos, que han de regir la totalidad del sistema económico y la vida social en general. El resto de Estado postrevolucionario, el Estado obrero, en lugar de ser el organizador del comunismo, debe quedar supeditado a esta última tarea y está privado de poder sobre la economía.

Es esa garantía de su extinción. Entonces el fuego de Prometeo, el Arbol de la Ciencia, definitivamente arrancados a los más poderosos de todos los dioses, el Dios Capital y su paredro, el DiosEstado, pertenecerán sí, a cada hombre, a cada mujer.

G. Munis

EL FIN DE LA ETERNIDAD

Texto inédito escrito en 1959.

Los acontecimientos sobrevenidos en Francia a partir del 13 de mayo de 1958, sin haber cambiado, o apenas, la fisonomía del país representan, sin embargo, un tramo decisivo de su historia, en el cual entra rebajado de nivel, degradado ante la conciencia mundial y ante la suya propia. El hecho se había ido consumando paulatinamente desde la tercera república y estaba apenas velado durante la cuarta. Tirando bruscamente de De Gaulle al poder, los reaccionarios de mayo han dado a la decadencia de la nación palmaria e incontestable existencia, la han hecho ley.

Allende y aquende se tenía de Francia la imagen del 93, de 1848, de la Commune, ubérrima inspiratriz, permanente estrella fugaz del pensamiento humano. «Francia capital del mundo» decía no por completo sin razón. Esa imagen proyectaba idealmente, cierto, una realidad dilecta, podada de sus aspectos afrentosos, desde el 9 thermidor hasta Thiers y «la liberación» misma, pero no se trataba de pura ilusión. En el genio revolucionario francés tremoló siempre un atisbo de revolución universal. Aun en las más sombrías circunstancias quedaba siempre allí la palabra incorrupta y veraz de unos pocos, el espíritu indomable del hombre suscitando la vindicación en lontananza. Nada semejante hoy. Se acabó; ha muerto Francia como capital del mundo y como nación. Era germen; ya sólo soma.

El 13 de mayo Massu chilla en Argel, y en París De Gaulle recoge al desgaire el poder. Nadie se subleva, ni real ni figuradamente, nadie protesta de veras. El achante de todos convierte súbitamente a De Gaulle en el Estado y como tal se conduce desde su rincón. Los partidos se le someten, muy aliviados en el fondo; los intelectuales enmudecen, lívidos por sus carreras; la burguesía, de antiguo conocedora de la rentabilidad de las palabras, deja que le salven la patria otra vez; los trabajadores se acoquinan inertes y desmoralizados, *vencidos* por partidos antaño suyos, que al instante mismo en el que hubieran debido armarlos suman su gesto al de Massu votando un homenaje al ejército.

En estos días de mayo de 1958 naufraga la vieja tradición revolucionaria francesa, sin dejar un sólo superviviente. No es lo peor el triunfo de De Gaulle, sino la ausencia del más mínimo grupo que saliese bríosamente por los fueros de la revolución. En el país mismo en que la insurrección fuera un día derecho legal y siempre exigencia humana de minorías al menos, nadie hubo que quisiese batirse o proclamase siquiera la necesidad de hacerlo. En 1851, destrozado el proletariado por la segunda república, triunfaba fácilmente Napoleón III, pero todavía se encontraron hombres para alzar el grito y empuñar el fusil. En 1958, los hombres más responsables sólo piensan en componendas con el vencedor o en pasar desapercibidos y continuar sus existencias. Una apabullante losa se abate sobre el país. A la Francia del 93 y de la Commune sucede la Francia del 13 de mayo, desolador páramo, vergonzoso atolladero histórico.

La degradación general de valores es aun más profunda de lo que sugieren los símbolos revolucionarios. Se trata de una exhaustión, de una ausencia de vitalidad completa de todo lo existente, instituciones oficiales y organizaciones políticas y sindicales de «oposición» por igual. Cabe decir de todas ellas que estaban esperando el 13 de mayo, partícipes conscientes o inconscientes del mismo orden de ideas e intereses que lo produjeron. Los hechos no contradicen esa afirmación sino superficialmente. Si las fuerzas del golpe de Estado representan de la manera más incontestable la putridez decadente del capitalismo, nada se destacó contra esas fuerzas y su degradante impulso. La sumisión de las grandes organizaciones mal llamadas obreras entra dentro de lo normal y es la más patente de las pruebas, entre muchas otras, de su pertenencia al caduco mundo del capital. Esa ausencia completa de oposición revolucionaria habrá de pagarse probablemente a muy alto precio, pues deberá ser subsanada en condiciones mucho peores, a partir del suelo no se conseguirá volcar de balde la actual situación.

Consumados los hechos, serenados los miedos, vuelve la tinta a las plumas en mayo asuradas de los interpretadores. Poquitenos y verbosos otra vez, nos dan pelos y señales, cómo y porqués de lo ocurrido, sucesos, cábalas, cifras y hechos económicos al canto. Se justifican a sí propios y amodorrán sus lectores aun más asegurando que nada muy grave ha ocurrido, porque De Gaulle no es todavía el fascismo. A creerles, se trataría de una contienda por la hegemonía entre dos sectores económicos nacionales, el uno fraccionado en pequeñas industrias, atardado y entorpecedor, el otro de gran magnitud y técnica, adecuado a las necesidades modernas, «capitalismo avanzado» en trance de acompasar a su ritmo toda la economía y «poner en orden sus asuntos». Ni ha faltado quién nos presente los sucesos como resultado de una «segunda revolución industrial». Se

trataría, en suma, de una crisis de crecimiento, una de las tan traídas y llevadas contradicciones internas del desarrollo capitalista, querrela de familia más o menos áspera, que no concerniría al proletariado francés y mundial sino de rebote. Lo peor y más característico es que tal explicación la comparten, diversamente matizada pero sin discordancia esencial, desde *L'Observateur* y *L'Express* -nouvelle vague sans crête- hasta *Socialisme ou Barbarie*- revolution en pantoufles- sin olvidar *Les Temps Modernes*, *Le Libertaire* y *Quatrième Internationale*. El copo de òla izquierda francesa, nunca alcanzado en la práctica, realizado en torno al 13 de mayo y su interpretación en la forma más general del hecho, la idea.

La interpretación económica coincide grosso modo con la de la derecha y en todo caso le sirve políticamente. Al lado de ella, el lugar que òla izquierda asigna a la guerra de Argelia, tan exagerado como demostrativo de su propia indigencia, merece ser considerado aparte. Òlabcés de cette guerre- pretende- la incapacidad de resolverlo por la negociación ó la independencia, dando pábulo a los grupos de intereses que entre bambalinas mangonearon parlamento y gobiernos de la cuarta república provocó la usura de ésta y el golpe de Argel. Además de errada, esa interpretación es contradictoria con la anterior y se queda en lo contingente, ciega para las motivaciones sociales e históricas profundas.

Si el régimen actual representase el dominio de un sector avanzado del capitalismo, su victoria habría sido inmediatamente causada por la parte mas retardataria del capitalismo francés: el ejército y los colonos. Pero la òizquierda francesa no podía dejar de caer en ese disparate, porque desde hace muchos tiempo ya, su distinción más negativa respecto de la derecha es la actitud ante el problema colonial. Ni los grupos obreros más vecinos a la revolución han sabido abordar el problema de Argelia- o ayer el de Indochina- con el amplio criterio proletario y mundial indispensable en la hora actual. Su radicalismo no va mas allá del apoyo a los movimientos nacionalistas de las colonias, que hoy no presentan interés sino para los explotadores de estas zonas, tanto aborígenes como extranjeros. Los Ferhat Abbas y Ho Chi Min, enteramente comparables a los Massu metropolitanos y a los colonos, no tienen la posibilidad de actuar sino por el retraso de la revolución mundial y por las innumerables tretas inter-imperialistas del regateo entre los dos bloques. Viven, actúan y triunfan en función de la amenaza de guerra. Han encontrado una coyuntura reaccionaria mundial que aprovechar, pero no tienen ningún cometido social que cumplir. Los imperialismos fuertes no sólo se burlan de cuantos apoyan o elogian como positiva la òindependencia de las colonias, sino que la auspician ellos mismos con excelentes réditos, cada uno contra el de enfrente y aun contra algunos aliados. Estados Unidos ha favorecido la independencia de las colonias inglesas y francesas y no deja de tender la mano, bajo capa, al propio F.L.N.

Una política revolucionaria en Francia se habría planteado el problema de las colonias, no por relación a la independencia nacional, farisaica hoy aun más que caduca, sino por relación a la revolución social en metrópoli y colonias. La lucha denodada contra el capitalismo en Francia y Argelia era la única actitud realmente avanzada conducente a la solución de todos los problemas. En primer lugar, era medio seguro para lanzar a la acción el proletariado francés, tan indiferente, con entera razón, en conceder el poder a los explotadores argelinos como en conservárselo a los explotadores franceses. En segundo lugar, habría consentido sustraer los explotados argelinos a la reaccionaria influencia de los partidos nacionalistas, avenando su energía hacia la causa del proletariado mundial. Finalmente, mancomunando intereses y perspectivas inmediatas entre explotados de metrópoli y colonias, se enlazaba con los del mundo entero, planteando al par el problema de la industrialización y la cultura, que sobre bases capitalistas y nacionales serán siempre ficticias y reaccionarias en el ámbito de la revolución y el socialismo mundiales. Por añadidura se conseguiría así, -resultado de enorme trascendencia- quebrantar decisivamente el influjo del islamismo sobre la conciencia de las masas árabes, cosa indispensable y urgente. En el mundo occidental, la religión está herida de muerte, incluso en la conciencia de los creyentes. Pervive porque es una potente institución económica, y ya no progresa sino en la medida en que recula el hombre. En el mundo islámico, la sublevación del hombre contra la idea de dios está por hacerse, lo que entraña graves peligros. Diderot decía que cuando el hombre ha derrocado en su interior las potencias celestes no hallará reposo hasta derrocar todas las potencias terrestres. En el mundo islámico -como en el hindú- se ha hecho necesario empezar al revés. ¡Cuán deleznable el radicalismo de òla izquierda francesa pidiendo la entrega del poder a capitalistas, terratenientes y sacerdotes nacionales!

La guerra de Argelia no puede ser considerada como causa del régimen actual, ni siquiera de la usura de la cuarta república. Al contrario, una y otra son consecuencia de la nulidad revolucionaria de òla izquierda, concatenada al saldo mundial negativo de la lucha de clases; más concretamente dicho, de su nulidad como factor insurgente frente al capitalismo francés, lo que prohibiéndole sustituir la corrupta legalidad de la cuarta república por una nueva legalidad proletaria y socialista la llevaba a adoptar sobre Argelia una posición llanamente burguesa. Y así, tras la impotencia se ha condenado al ridículo de ver sus aspiraciones, un día u otro, realizadas por De Gaulle.

Las causas económicas del golpe de Estado señaladas por òla izquierda apenas cabe refutarlas, tan artificialmente rebuscadas son. Ya la división del capitalismo francés en un sector avanzado y otro retardatario es una arbitrariedad completa. La más moderna gran industria y el capital financiero están múltiple e íntimamente entrelazados al resto del capitalismo, hasta el último de los pequeños industriales y campesinos. Entrelazamiento de capital y entrelazamiento aun más estrecho de estructuras comerciales y políticas. El pequeño industrial, el tendero, el campesino, que constituyen parte numérica preponderante de la clase capitalista, jamás podrán ser absorbidos por ningún sector avanzado. Incluso el capitalismo de Estado a la rusa, máxima de las concentraciones imaginables, no haría más que cambiar sus designaciones, no su función. Su desaparición lleva por necesidad

aparejada la del gran capital, y a la inversa. Solamente la reorganización de los cultivos y la técnica agrícola que serían indispensables para poner el agro a la altura científica debida rebasan copiosamente las lindes del capitalismo. En ese aspecto, la misma gran industria moderna, la automatización incluida, están muy lejos de responder a las necesidades sociales y a las propias posibilidades inmediatas de la técnica. Cualesquieran sean las instalaciones industriales nuevas y la concentración del capital, los peldaños inferiores del capitalismo francés seguirán siendo los mismos. De sobra lo ha probado ya el mangoneo del poder por el pretendido òsector avanzadoö durante la cuarta república, pues para eso ni tuvo necesidad de esperar los cristales rotos del Fórum. La propia designación òsector avanzadoö, comprensible según la óptica del sistema capital-salario, es contraindicada y falsa desde el ángulo revolucionario. Todas las técnicas de producción son hoy empleadas por el capitalismo, lo mismo occidental que ruso, según normas no ya retardatarias, sino adrede reaccionarias, con el fin de impedir que los asalariados supriman el extremo capital e introduzcan el comunismo. Así pues, el más òavanzadoö de los grupos o procedimientos capitalistas no tiene siquiera derecho a la existencia frente a las necesidades inmediatas del proletariado y de la civilización. Por lo demás, el desarrollo industrial habido entre 1952 y 1958 no se repetirá probablemente sino en circunstancias pre-bélicas. Finalmente, es incomprensible que la prosperidad capitalista de los últimos años haya acarreado la substitución del equipo político que la amparó por otro que visiblemente está más ligado a las necedades ancestrales. Si así ha ocurrido, es porque, sobrepasando y desdendiendo la prosperidad capitalista profundas causas van corroyendo en su base la sociedad.

Una precisión sobre lo que aquí designa òla izquierdaö es indispensable antes de continuar. De las tendencias señaladas antes como de izquierda, hay algunas democrático-burguesas y otras a las cuales no puede negárseles el carácter de obreras. Su actitud de los hechos de mayo acá, así como su interpretación de los mismos, obliga a englobarlas con las ya escasas tendencias democrático-burguesas, aunque por otra parte se les reconozcan aspiraciones revolucionarias y socialistas. Es su incapacidad para realizar siquiera sea una vaga esperanza de revolución lo que las ha rebajado al nivel de òla izquierdaö en general. El rigor analítico impide hacer, tocante al problema aquí en cuestión, ninguna diferencia esencial. En cambio, es obligado establecerla para el partido de Moscú, so pena de incurrir en uno de los más graves dislates de òla izquierdaö genérica.

Pero el sitio especial que al partido de Moscú debe hacerse le excluye de la categoría *izquierda*, razón por la cual no lo he nombrado antes. A despecho del escándalo o las risas que esto pueda provocar en la macilenta izquierda francesa, el partido de Moscú es una tendencia social reaccionaria, y reaccionaria en grado sumo. Si la izquierda verdadera, obrera o burguesa, lo tiene todavía por lo contrario y busca su trato aun temiéndole, lo que así prueba no es lo atinado de su criterio, sino su impotencia en todos los terrenos, y la facilidad con que se dejaría absorber por el reaccionario stalinismo llegado el momento propicio.

Los objetivos del stalinismo son: el capitalismo de Estado, su dictadura policiaco-militar y la subordinación al bloque ruso en el orden internacional. Si todavía una parte de la clase obrera vota sus candidaturas no es por confianza en él, sino por atavismo resultante de la falta de confianza anterior en los demás. Aunque de otra manera fuese, la naturaleza de un partido debe juzgarse por sus finalidades, por lo que haría desde el poder, forma concreta de sus intereses como cuerpo orgánico. Así evaluado, el stalinismo se destaca inconfundiblemente como una reaccionaria tendencia capitalista en concurrencia con las de viejo tipo y no más incompatible con ellas que por cuanto se deduce de la concurrencia misma. Está ya de sobra demostrado en no poco países. Originado en la contrarrevolución rusa, sigue su recorrido irremediamente, y el servicio de ésta es su preocupación y razón de existencia principal, al menos mientras no alcance nacionalmente el poder. Todo lo demás, consignas, palabreo democrático u obrerista y promesas de bonachería son estudiada falacia táctica. Quienes no lo vean así serán inevitablemente utilizados por el partido de Moscú, sin perjuicio de convertirse un día en sus víctimas propiciatorias. Desgraciadamente, salvo individuos, ese es el caso de toda òla izquierdaö.

El partido de Moscú no se plantea lo que significan el golpe de mayo, la acción del ejército o la de De Gaulle, para las masas y para el porvenir de la humanidad, sino lo que significan para sí y su metrópoli. No tiene otra fuente de análisis ni de proyección política. Khrutchev mismo intervino para suavizar aún más la actitud rampante de sus funcionarios franceses ante De Gaulle. De Gaulle, era visible, iba a crear a la Alianza Atlántica problemas que regocijaban a Khrutchev; incluso podría transformarse en una especie de Tito occidental, aunque esto depende, más que de las zalemas y concesiones de Rusia, del trato que Wáshington reserve al ògran hombreö. En suma, desde el punto de vista de la revolución proletaria, el partido de Moscú ha de ser tratado como una fuerza reaccionaria más. Sus intereses han desempeñado un papel decisivo en todo el proceso social que originó el 13 de mayo, y en lo sucesivo no dejará de ejercer un influjo nefasto.

Todas las pifias, falencias y atavismos ideológicos de òla izquierdaö, incluyendo su complejo de inferioridad y dependencia respecto del stalinismo, se ven colmados por una falla aún más grave. òLa izquierdaö rehusa medrosamente reconocer lo que el 13 de mayo ha puesto en primer plano de la realidad francesa : *la main mise* del ejército sobre el país entero. Le espanta reconocerlo por no sacar las obligadas consecuencias. Todo lo más señala, y no sin timidez, la dictadura de aquél en Argelia. A ese respecto, otra vez desde *L'Observateur* y *L'Express* hasta *Socialisme ou Barbarie* es más o menos manifiesta o tácita la entrega a De Gaulle para conservarles, siquiera mutilada y por gracia, la òlegalidad republicanaö. Esperan disparatadamente que con el fin de la guerra todo vuelva a su cauce, y el ejército a sus cuarteles.

Desestimación a medias intencional de las nuevas condiciones. En efecto, la guerra de Argelia, lejos de ser causa directa de lo ocurrido sólo ha actuado como detonador de una situación crítica insostenible, con profundas raíces nacionales e internacionales. Situación anterior a la lucha argelina y que permanecerá después de la paz, aun realizada ésta en condiciones óptimas para el capitalismo francés. Y dentro de ella, el papel de colonos y ultras es mucho menos que secundario. Sus intrigas, complots, crímenes y miras particulares aparecen en el conjunto de motivaciones y hechos como prenuncio del ejército, mera tropilla civil de descubierta. Jamás habría sido alterada la tranquilidad en el Fórum caso de no habérselo propuesto al alto mando.

Más importante como factor directo de los acontecimientos, aunque también efecto y no causa, es el hecho que a De Gaulle le fuese imposible retornar al poder sino aupado por el ejército. En su residencia de Colombey òera el hombre mejor informado de Francia ò -dicen asordando la voz los autores de *Les 13 complots du 13 mai-*, que no han querido, o no les han dejado revelar mas que los secretos de dominio público.

Independientemente de la guerra de Argelia, de colonos, ejército, furibundos ultras, y de De Gaulle mismo, de cuya òmisiõn en la historia de Francia me ocuparé después, se había creado paulatinamente en el país, desde mucho tiempo antes, un vacío político, una ataraxia social que propiciaba su conversión en campo de maniobras militares. Además, la importancia del ejército como organismo, acrecida por los aprestos para la futura guerra mundial mucho más que por el conflicto argelino, no era para persuadirlo a acatar un poder civil universalmente despreciado. Su descarada irrupción en la arena política la pedía la fuerza concentrada en sus manos por los altos mandos y la solicitaba tentadoramente la inanidad de los opositores. Tan cabal era ésta que sólo cabe admirarse de que el ejército no la explotase más a fondo. Sin necesidad de paracaidistas, el poder estaba a su entera discreción. No es admisible que se sintiese sobrecogido por el miedo a una lucha como la del 36 en España, como han afirmado, entre otros, los autores del libro citado. Enfrente no encontraba opositores, menos aún combatientes. Más plausible es que se sintiese embarazado por las rivalidades entre los altos mandos, De Gaulle comprendido, y por la pugna entre los mismos grupos de intereses que constituían -y seguirán constituyendo- el verdadero suelo político de la cuarta república. Evidentemente los mandos militares se distribuyen entre esos grupos o proceden de ellos.

La intervención del ejército español en la situación política de 1936 obedecía a causas inmediatas diametralmente distintas de las que suscitan la del ejército francés, si bien idénticas en lo social e histórico. En España, el cuerpo de jefes y oficiales, acostumbrado desde el siglo XIX a imponerse de una manera u otra al gobierno y a regostarse de presupuesto siempre, hubo de hacer frente a una situación revolucionaria explosiva muy próxima a la liquidación del capitalismo. De manera que a ojos de ese cuerpo, como de la reacción en general, su irrupción política a golpes de metralla adquiere el aspecto de un acto defensivo bajo amenaza mortal. Muy al contrario en Francia, las masas explotadas, sistemáticamente aporradadas por stalinismo y socialismo, cogidas en la tenaza de sus aparatos orgánicos, no representaban peligro revolucionario inminente, ni previsible siquiera como reacción antimilitar. El ejército francés no ha actuado en forma defensiva, sino en plena forma ofensiva y con todas las de ganar, la impunidad asegurada. De ahí el saldo tan diferente entre las jornadas de julio de 1936 en España y las de mayo de 1958 en Francia.

Pero esa diferencia de móviles inmediatos, difícil de imaginar más absoluta, da a la identidad de causas sociales e históricas la más brutal e irrecusable de las significaciones. Sin peligro de revolución discernible, sin amenaza directa para la sociedad capitalista, el ejército invade el país y pasa a ser el factor principal en la vida política del mismo. Es que el funcionamiento normal, sano de la sociedad capitalista había dejado de existir desde bastante tiempo antes. Su decadencia y corrupción no la evita el retraso de la revolución proletaria, sino que las pone en carne viva propiciando la aparición de formas gubernamentales cada vez más alejadas de la antigua normalidad capitalista y más crudamente contrapuestas a las necesidades del devenir humano. Los matones profesionales de la nación están destinados a representarla en sus últimos instantes, cuando la nación carece ya de razón de existencia y su continuidad es deletérea. Lo mismo la presencia que la ausencia de la revolución mueve entonces el ejército a conquistar su propio país.

El 13 de mayo ha sido de hecho un golpe de Estado del ejército, dado a distancia, sin necesidad de disparar un fusil ni de tamborilear por las calles de la capital. Lejos de suscitar resistencia, todas las instituciones nacionales, parlamento, gobierno, cuerpo policíaco y judicial, etc., así como los partidos capitalistas, desde los radicales y los socialistas hasta el partido de Moscú y los sindicatos se sintieron en el fondo contentos y aliviados de un gran peso cuando De Gaulle, en nombre de YO, pero con toda la capacidad de fuego del ejército detrás, declaró que estaba a punto de formar gobierno. La trivialidad misma con que la operación tuvo lugar revela hasta qué punto el nuevo poder había sido paulatinamente creado por el anterior y es su sucesor legítimo. Desde antes de la guerra, y mucho más después, el capitalismo iba en pendiente de corrupción acelerada. La acción del ejército y de De Gaulle aparece así como una consecuencia funcional directa de las instituciones y partidos existentes. De ahí que el golpe de Estado pareciese tan benigno.

Menos que nadie está el ejército en condiciones de acabar con el mangoneo del país por los grupos de intereses, con la bastardía intelectual, la corrupción y la mendacidad hechas costumbre, la perversión de todos los valores que constata en Francia la más somera observación, porque más que ninguna otra institución él es un condensado de todo ello. En cualquier época histórica y sin excepción de países, es característica inseparable del ejército, su condición de existencia misma, reflejar

recrudecida todas las lacras, defectos y vilezas de su organización social. Se comprende fácilmente. Organismo armado tutelar de una sociedad de explotación y opresión, se incapacitaría para velar por ella en cuanto su estructura orgánica y contenido humano fuesen mejores que los de su sustento social. La disciplina y costumbres cuartelarias son una versión cruda de las relaciones de clase del capitalismo, de la misma manera que la selección y ascenso de mandos reproduce sin tapujos moralizantes la concentración de poder económico en manos de los capitalistas, independientemente de toda valía intelectual o humana. Para el caso de Francia, como para el de España, la evidencia salta a los ojos, y estalla de cuando en cuando en ahogados procesos por delitos de sangre y robo. Precisamente por todo eso, y mucho más allá de la conciencia que de ello tengan los protagonistas, el ejército tenía que dar estado de existencia legal a la putrefacción de la sociedad capitalista francesa.

En las condiciones actuales de la sociedad francesa, la intervención del ejército se hizo, más que posible, necesaria. La quinta república resultado de su acción, es una reducción militarista de la cuarta, como ésta había sido una revisión De Gaulle-Thorez de la tercera, no sin algunos granos de Pétain. Las lacras y defectos de la sociedad francesa han ido extendiéndose sin cesar desde la primera postguerra, derrumbando año tras año cuanto de positivo o simplemente de normal tenía, aspectos políticos, económicos y culturales a barrisco. Si ha conocido momentos en que del humus proletario y revolucionario apuntaban amagos de gran reestructuración, en cambio la sucesión numérica de repúblicas declina sin interrupción la decadencia.

El crecimiento económico y técnico del último lustro asevera, en proporción a su medida, la gravedad de la decadencia capitalista. Dígolo adrede, suscitando quizás estupor en las mentes de máquina de sumar, acostumbradas a deducir de las cifras de producción la cantidad de progreso social.

La decadencia de un sistema no se anuncia por la bancarrota económica, sino que la bancarrota económica es uno de los resultados postreros de aquella. Lo testimonian todos los ejemplos históricos que conocemos, desde el mundo greco-romano o el egipcio incluso decadencia de una civilización entera, hasta los casos parciales, como Lidia, Persia, los reinos helenísticos en la antigüedad, la civilización árabe después y España misma doblado ya nuestro milenio. La decadencia empieza por - es antes que nada- una desadaptación entre el sistema de producción y distribución dado, comprendiendo las formas culturales en que baña y las necesidades humanas, matriz y objeto único de la civilización. Mientras más se extiende y ahonda esa desadaptación mantenida por los intereses creados del pasado, más profunda y visible se hace la crisis social y la insatisfacción del hombre. Es ese un proceso obligado, acicate del cambio revolucionario, pero sobrepasados ciertos límites, chasqueada una y otra vez la esperanza revolucionaria pelagra sobrevenir un letargo y una resignación aniquiladores. Cuando el hombre se resigna, pueden nacer o fortificarse las religiones u otras supercherías, pero siempre a su costa. Tanto más la irreductibilidad de dicha contradicción debe alertarnos contra lo peligroso del actual rezago del hombre en reestructurar economía y sociedad entera con arreglo a sí. El sistema decrepito puede emponzoñarlo todo.

Cuando la decadencia económica se hace palmaria, cuando producción y técnica declinan, lo más probable es que la decadencia del viejo sistema arrastre consigo la de toda la civilización, viciando y finalmente desbaratando las condiciones mismas del paso a otro tipo de sociedad superior. Las cifras más altas de producción que el capitalismo consiga alcanzar en su actual etapa son insignificantes comparadas con las que se obtendrían mediante la supresión del trabajo asalariado y de toda la jerarquización mercantil de clases y cultura. Aumenten cuanto quieran esas cifras, lo mismo en Francia que en Rusia o Estados Unidos, el capitalismo deprava las condiciones de vida de toda la sociedad, a partir del proletariado, y amenaza gravísimamente el porvenir humano.

La decadencia de Francia no es un caso parcial en el mundo contemporáneo, sino al contrario, la expresión más típica y densa de la descomposición del capitalismo mundialmente considerado. Dos países por lo menos, si no tres, han sido superiores a Francia como formas económicas capitalistas. Ninguno llegó siquiera a igualarla en las formas culturales o superestructuras consentidas por ese tipo de civilización. Hecho debido evidentemente a la revolución de 1789-1793, espléndida atalaya al futuro de donde manan después de 1848, 1871 y toda la fulgencia mundial de ideas revolucionarias que consiente esperar, por primera vez desde la prehistoria, la mutación sin vuelta atrás, sin recaídas teologales, de un tipo de civilización a otro superior. Agotada la civilización capitalista, puede decirse que Francia continúa en cabeza acusando más claramente que ningún país la decrepitud general del sistema.

El hecho se pone de manifiesto de manera inmediata por el estancamiento de las fuerzas políticas engendradas por el capitalismo, desde los antiguos partidos burgueses hasta el stalinismo y los sindicatos, Por encima de la deformación impuesta a la opinión pública por los amaños de las leyes electorales y de las coaliciones circunstanciales, por encima de la propia conciencia de los electores, la opinión pública ha perdido toda fluencia. No hay en ello recio apego a la ideología de los partidos, sino al contrario, un desdén general por la ideología, mejor dicho por el vacío ideológico de todos ellos. La evolución de la opinión de las masas, aun sólo expresada en la forma parcial consentida por la democracia burguesa, es el signo más positivo de ésta, cuyo desarrollo en forma revolucionaria cambiará la faz del Globo; es un signo de interés y vitalidad ideológica. Signo hoy totalmente ausente de la sociedad francesa. La relación íntima entre los hombres y los partidos a que pertenecen o entregan el voto es hoy, mas que superficial, enteramente falsa. Esa inercia viene desde la tercera república y sube al cénit con la débil transferencia de poderes de la cuarta a la quinta, ya prefigurada en el doble acto de Vichy y Londres en 1940. Es natural que la burguesía no crea

en sus partidos; no cree ya ni en sus hombres ni en su sistema, que sabe esquilmador y condenado. Eso prueba que ante un ataque frontal del proletariado apenas resistiría. Lo alarmante es que pueda continuar sacando fuerzas y plusvalía de la indiferencia política a que la corrupción de las viejas organizaciones y la inexistencia de grupos revolucionarios han reducido al proletariado.

De la misma manera que militares y burguesía tiran De Gaulle al poder burlándose de él mientras lo ensalzan, los obreros votan las candidaturas stalinistas y se dejan hacer por los sindicatos a regañadientes. La irrealidad de la relación entre masas y partidos sólo puede producir así el estancamiento.

Pasando al ámbito mundial, la situación es, en forma y con gradaciones diversas, la misma. Refiriéndome sólo a los principales países, en Inglaterra, Alemania, Italia se suceden elecciones, parlamentos y gobiernos idénticos entre sí en medio de la indiferencia general, a pesar de los tremendos acontecimientos sobrevenidos desde la última pre-guerra y de los problemas sociales cada día más ingentes y premiosos. Solo el hecho de que no hayan ocurrido grandes desplazamientos de mayorías, siquiera fuere en favor de izquierdas revolucionarias bastardas, indica de sobra el agotamiento de todos los partidos existentes y la aparición, a ojos de las masas, de diferencias válidas entre la derecha y las viejas izquierdas.

El relevo de unos por otros en el poder, lo mismo que la colaboración en él (continúa en realidad, aún cuando se está, como el stalinismo, en aparente oposición) ha venido a parar en mero asunto de clientelas entre las cuales distribuir enchufes y negocios estatales. En Estados Unidos mismo, pese a su falta de experiencia de grandes partidos stalinistas y òsocialistasö, no es diferente el estado de espíritu real de las masas. La experiencia mundial cuenta pesadamente para cada proletariado nacional. Gracias a ella, el proletariado americano podría pasar directamente a una organización revolucionaria, sin haber atravesado las cloacas del stalinismo y el reformismo. Su porvenir está en librarse de los ògangsö sindicales.

La más fehaciente prueba de cuanto digo es que en países como España, donde la mayoría abrumadora de la población odia la dictadura existente y ansía la acción contra ella, stalinismo y reformismo le hablan de reconciliación impidiéndole el ataque, y le preparan un constitucionalismo cenagoso a la manera tedesca o vaticana. Por encima de propagandas y competencias de clientela, toda diferencia esencial económica o política óno hablemos ya de clase- entre los sectores sociales del franquismo y los partidos stalinista y reformista se ha volatilizado.

Se puede legítimamente incluir a Rusia dentro del mismo saco que España. Pero su tremendo peso orgánico en los asuntos mundiales, particularmente el que pone en juego por medio de sus partidos exige consideración separada. Es, además el aspecto en que la mente de los círculos òavanzadosö del mundo se muestra tan atardada como la de cualquier ser vejestorio conservador. Y después veremos cómo esto último precisamente tiene en la Francia de hoy importantes repercusiones.

La decadencia y corrupción de la sociedad capitalista acusa en Rusia la forma económica y jurídica más crasa. La revolución de 1917 fue, cierto, una obra imperecedera a la cual el nombre de los bolcheviques quedará históricamente soldado, como el de los jacobinos y la revolución francesa. Y ciertamente, sólo de hombres de su temple puede el mundo de hoy esperar algo. Pero a la revolución sucedía con pasos de hiena la contrarrevolución, por tal modo que en lugar de una economía en marcha hacia el socialismo la contrarrevolución fue enjaretando allí el capitalismo de Estado y en vez de fomentar la sublevación del proletariado mundial la combatió en beneficio propio y el de sus aliados.

No es lugar de repetir el análisis en otra parte hecho de la contrarrevolución y el capitalismo de Estados rusos. Basta recordar dos de los hechos más característicos: la concentración del capital y la relación entre los instrumentos de trabajo y la fuerza humana que los hace producir. Habiéndose originado la contrarrevolución, no directamente en las clases que la revolución desplazó de poder y economía sino en los estratos sociales intermedios políticamente representados por la parte más aculada de bolcheviques, su expresión económica no podía ser la propiedad individual sino la estatal, en concordancia por otra parte, con el proceso mecánico de concentración del capitalismo mundial. La distribución de la plusvalía, en lugar de hacerse por la concurrencia en el mercado había de hacerse por la concurrencia entre los nuevos privilegios en el servicio directo, económico o político, a la contrarrevolución. También esto ocurre ya en cierta medida dentro de los más antiguos capitalismo. Marx dice en cierta parte que el sistema feudal más completo es el impuesto en algunos territorios de Palestina por los cruzados, todo él organizado según los hábitos y designios preexistentes en sus fundadores. Así los planes quinquenales de la contrarrevolución stalinista han realizado la concentración del capital inspirándose directamente en el trazado abstracto del capitalismo dado por Marx, consiguiendo la mayor aproximación posible al esquema. Era en consecuencia obligado que la totalidad de ese capital estuviese más cabalmente que ningún otro a discreción de las necesidades de despilfarro y dominio interior de los privilegiados, y de sus necesidades exteriores: la dominación imperialista y la guerra.

Por otra parte, puesto que el capital se presenta sobre todo acumulado en instrumentos de trabajo, su función primordial, el *sine qua non* de su existencia futura consiste en subordinarse la fuerza del trabajo como mera función auxiliar asalariada. Y bien, esa función que el capital no puede dejar de cumplir mientras exista es también adrede auxiliada en Rusia por una legislación que convierte en obligatoria la venta de la fuerza de trabajo en las condiciones exigidas por el capital. A la brutalidad natural del hecho económico que obliga al obrero a vender su fuerza de trabajo, lo único que posee, se suma el derecho declarándolo delincuente si no se rinde a discreción. Casos iguales se conocen, en proporciones exiguas, en los siglos medianeros del capitalismo. Por primera vez, la contrarrevolución rusa ha legislado la obligatoriedad de la venta para cada trabajador. El

capitalismo mundial, que ya ha sacado muchos frutos de los métodos de explotación rusos, no dejará de imitar también ese aspecto en la medida en que el reflujó de la revoluci3n continúe o se agrave. Así pues, el capitalismo ruso, último en llegar a la escena mundial y transformarse en gran potencia, se presenta cargado con toda la abyecci3n de la decadencia. Su origen, no necesario a la evoluci3n humana, sino impuesto por intereses anti-hist3ricos contra una gran tentativa revoluci3n, determina su protervia.

No es necesario recordar los campos de trabajo forzado, las coerciones culturales, políticás, etc., todas ellas inseparables de los regímenes reaccionarios. El todo ha constituido en los últimos decenios el factor negativo de mayor peso en los acontecimientos mundiales, causando directamente el estado actual de postraci3n y debilidad de la revoluci3n.

Mal que bien, con su característica estratificaci3n en clases míseras y ricas, naciones vasallas y opresoras, masas incultas y minorías que se sirven de la cultura para oprimir directamente o para vendérsela a los opresores, la civilizaci3n capitalista ha sido la primera de amplitud mundial. En el plano mundial ha de ser superada o en el plano mundial morirá. La creencia de que pueda reflorcer en òla joven América3 o en la ònueva Asia3 mientras decae en Europa, sugerida por un paralelo inaceptable con ejemplos de la antigüedad, no puede siquiera ser tomada en serio. La juventud puramente cronológica de las naciones de otros continentes no les impide llevar en sí, más virulentas si cabe, las lacras de la vieja Europa. Y por encima de todas las peculiaridades y distinciones, sea cual sea el rumbo de la historia, nada realmente continuador y revolucionario puede ser hecho hoy que no circunde la Tierra. Aún más deleznable son las admoniciones sobre un peligro amarillo o bárbaro cernido sobre el òoccidente culto3, risible apocalipsis con que las mentes fósiles de determinados historiadores, ensayistas o políticos¹⁸ intentan sobrecogernos. La invasi3n bárbara de la civilizaci3n capitalista es toda interior, procede de ella misma consumida, monstruosa, patológicamente real cuando ya no tiene existencia, es todo su ser que pudre; es la derrota de la revoluci3n. Precisamente la amplitud mundial del capitalismo y su técnica han creado aspiraciones y necesidades económicas, políticás y culturales, cuya satisfacci3n, sobrado accesible también en escala mundial con los recursos actuales, condiciona la transici3n revolucionaria a un tipo superior de la civilizaci3n, mientras que su frustraci3n envilece todas las relaciones humanas deteriorando la psique misma del hombre. Sociedad e individuo han de ser revolucionarios o autodestruirse.

Contrariamente a lo ocurrido en otras edades, la historia cotidiana actual, común en gran medida a todos los hombres, es universalmente sentida y pensada en sus episodios principales. De una manera u otra, el hombre de cada paíís lleva en sí la experiencia mundial, que se le repercute ya en convicciones y exaltaci3n, ya en abatimiento y escéptico abandono a las falacias viejas o nuevas. Más que en ningún otro paíís apesga en Francia esa experiencia sobre el individuo, el obrero en primer término. Ahora bien, la historia contemporánea está dominada por dos órdenes de hechos entre sí excluyentes que se imponen a todas las conciencias: las reiteradas tentativas de revoluci3n social y las catastróficas guerras imperialistas. El fracaso de las primeras a partir del fiasco ruso dio lugar a la gran matanza última y a la sucia situaci3n post-bélica, tiranía mundial de Rusia y Estados Unidos en pugna por la exclusividad. Pero ahora que òel comunismo3 se extiende sobre 800 ó 900 millones de personas, cuando es incontestable y temida primera potencia mundial, la revoluci3n comunista parece más aplastada e irrealizable que nunca. Millones y millones de hombre han sido frustrados, vilipendiados en sus más ardientes esperanzas, aquellos precisamente que deben ser los actores de una civilizaci3n nueva.

La victoria de De Gaulle es sin disputa uno de los más fehacientes ejemplos de tal frustraci3n. Hay varias maneras de indicarlo, pero preferible es limitarse a la más directa. Sin el triunfo de la contrarrevoluci3n rusa, sin la derrota de la revoluci3n alemana, la china, la española, etc. sin el servicio constante, como colaborador o como òopositor3, del partido stalinista francés, sólo los furrieles del ejército conocerían hoy el nombre de De Gaulle. Sin que esos y otros hechos internos (frente popular, òil faut savoir finir une grève3, òla police avec nous3, òvive la France3, òà chaque Français son Voche3), que han vaciado el proletariado francés de ideología y acometividad revolucionarias, los discursos de 1940 en Londres, aún suponiendo que en tal caso se hubiese producido la guerra, no habrían encontrado más eco que òel sacrificio3 del hombre Vichy. El primer, el principal gaullista durante toda la guerra fue el partido de Moscú. Antes de que éste entrase al servicio De Gaulle, al ser rechazado por el ocupante a la ruptura del Pacto Hitler-Stalin la resistencia estaba tan ausente de Francia que el pobre general, en uno de sus discursos radiados, solo podía dar cuenta de la existencia, en la patria, de un periódico ilegal. Ese periódico era La Verité, el órgano trotskista que todavía mantenía posiciones revolucionarias de transformaci3n de la guerra imperialista en guerra civil, lo que De Gaulle silenciaba. Lo que se ha creado gracias primero a los intereses de la contrarrevoluci3n rusa, y después ampliado cuando ya era segura la victoria de los imperialismos occidentales, tiene una vida bastarda, radicalmente ilegítima.

La resistencia nacional no tenía razón histórica de existencia, a menos que se tenga por tal la entrega del proletariado al capitalismo mundial por los partidos ex-obreros. La guerra y la ocupaci3n, por sí solas testimonio de la caducidad senil del capitalismo, no podían ser de veras combatidas sino por la revoluci3n. No existía ni existe hoy otro cometido digno de

¹⁸ Entre otros Toyembee y Gabriel Marcel. Por su parte, De Gaulle, hace poco, se colocaba de blanco a blanco con Krutchev dispuesto a dar la sangre de todos los franceses contra òel peligro amarillo3, después de haber prometido òaux sales boches3, años antes, nuevos òcampos cataláunicos3 frente al òpeligro escita3. El ingenio creador de los grandes estadistas es inagotable.

desempeñar por organizaciones y hombres cuya aspiración a intervenir en la historia no sea dolosa. La nación francesa estaba por completo consumida en 1940 y no se recuperará jamás. Ni ninguna otra nación, vieja o novísima, quede dicho al paso. Por eso, el régimen de Vichy fue, más que una imposición de Berlín, una adaptación del capitalismo francés a su estado real de decrepitud. En su gabinete de Londres, como después en París junto a Thorez y hoy mismo encerrado en Eliseo, De Gaulle es otra adaptación a la misma decrepitud, mal que sufran sus vetustas añoranzas patrióticas. La figura de falso restaurador que tanto le halaga la debe, mitad por mitad, al tutelaje anglo-americano y al apoyo ruso. Sea cual sea la evolución de los acontecimientos, la nación saldrá de sus manos aún más degradada. Lo único bueno que podría ocurrirle a ésta es morir súbitamente a manos del proletariado. De todas maneras, en una amplia perspectiva histórica ya discernible, Pétain y De Gaulle apuntan en un mismo terreno político y se adicionan en la misma dirección involutiva. La circunstancia puramente contingente de sus aliados, azar en que la geografía y el albur de la guerra han sido el todo, ha hecho recaer sobre Gaulle la misión de encarnar una nación insepulta, pecio del gran naufragio de la revolución mundial provocado por Moscú.

En 1940, poco antes de ser asesinado por Stalin, León Totsky recibía en México la consulta, en representación oficiosa, de una persona que figuró allí entre los primeros gaullistas. ¿Cómo hacer frente a la situación en Francia? -era la pregunta. Respuesta: Poder, economía, armas al proletariado. Libre curso a la revolución francesa, europea, mundial. De lo contrario será la catástrofe. De Vichy a la quinta república la catástrofe continúa, ya resignadamente, como un mal endémico.

No se insistirá nunca bastante en que la resistencia y la liberación, renacimiento enteramente artificial del patriotismo y la nacionalidad, son los fundamentos del 13 de mayo y la quinta república. Por el camino de la resistencia nacional no había más que ese desemboque o el de la dictadura stalinista, una variante del mismo, nada mejor por cierto. La frase, de la resistencia a la revolución era un señuelo de alevosía intencionada para atrapar al proletariado en las redes de resistencia y guerrillas. La revolución ha de ir inequívocamente enderezada contra el capitalismo y la nación-estado. Toda defensa nacional, de cualquier manera que se engalane, es una estafa al hombre común y una torsión reaccionaria del devenir histórico. Se rechaza la revolución sólo para dejar curso a la decadencia en cualquier caso inevitable de la nación.

Frustrando las esperanzas, volviendo a echar sobre el hombre todas las viejas ataduras abotargando las conciencias, causando el escepticismo y la indiferencia, la resistencia stalino-gaullista trajo el atascadero actual.

Estamos muy lejos de las explicaciones economistas y africanas de la crisis francesa. Basta mirar los acontecimientos en panorama para que no puedan siquiera ser tomadas en serio ni las explicaciones ni los explicadores. En la crisis francesa está presente el balance mundial negativo de la lucha de clases durante cuatro decenios: deserción social-demócrata de 1914, triunfo de la contrarrevolución stalinista sobre la revolución rusa de 1917, derrota de las revoluciones china y alemana durante el decenio 20, y de otros menores hasta la gran derrota española que consintió el desencadenamiento de la última guerra mundial, y finalmente la falsificación de las aspiraciones y necesidades históricas de los explotados en la resistencia y la liberación. Está presente, en una palabra, toda la grávida historia contemporánea y en primer plano de ella la derrota del proletariado internacional. Es la avanzada descomposición de la civilización capitalista tomando arraigo en el país donde ésta había alcanzado su mayor elevación.

Es muy revelador que los mismos que dan una explicación economista y puramente francesa de la crisis sean también quienes hablen de *la France sans peuple*, *la démission du proletariat*, y así por el estilo. De nuevo, hay en eso más coincidencia que divergencia entre toda la izquierda. Pero mirando las cosas de cerca, se ve que la dimisión, el abandono y la incapacidad revolucionaria es de todos esos partidos y grupos que no se han atrevido nunca, ni siquiera el 13 de mayo, a insinuarse como centro de preparación revolucionaria. El proletariado es una clase, no un organismo que pueda deliberar y concertarse. Su acción espontánea en gran escala sólo se produce por una gran confianza en el porvenir inmediato de su lucha, y aún así requiere, para desencadenarse, numerosas iniciativas individuales. Para lanzarse a una gran lucha y triunfar, requiere estructura. Le es imposible pensar y poner por obra sus designios sino concertándose en una organización. Cuando se trata de señalar defecciones, no tiene sentido culpabilizar a la clase proletaria, pero sí a las organizaciones y grupos que la representan.

El estado de ánimo del proletariado francés era tan pésimo como jamás en su historia. No podía sentir el ímpetu optimista necesario para lanzarse espontáneamente al combate, porque se sabía de antemano traicionado o abandonado. Cuando no se ha caído al bajuno nivel de la guerra psicológica de Mao Tse-Tung -tan fructífera para ultras y ejército en Argelia- no puede uno batirse sino por algo. El partido de Moscú, como todos los otros grandes y los sindicatos, son despreciables y despreciados por los obreros, aunque no siempre se lo formulen netamente. No querían la lucha ni la querrán nunca. Y si por acaso los trabajadores, habiendo dispuesto de armas, se hubiesen lanzado al combate, habrían sido tratados de provocadores desde el Buró político, como ya ha ocurrido tantas veces en Francia y otros países. Era imposible que el proletariado se batiese. Todos los grandes partidos eran sus enemigos y así lo declararon colocándose detrás del ejército. Ninguna novedad en eso. Sus intereses lo pedían. El reproche revolucionario debe ir a aquellas organizaciones no stalinistas, ni molletistas, la U.G.S., *Quatrième Internationale*, *Socialisme ou Barbarie* y los anarquistas que se mostraron incapaces de reaccionar en la medida de sus fuerzas. No podían salvar la situación, cierto, pero sí estuvo en sus manos constituir, en medio de los acontecimientos de mayo, un verdadero centro de

organización revolucionaria listo para aglutinar las ideas y la energía del proletariado frente a la quinta república. Los dimitidos son esos grupos.

La ausencia combativa del proletariado durante el golpe militar del 13 de mayo realza aún más su presencia como clase en la sociedad y la urgente necesidad de la revolución socialista. Entre mentira y mentira, el proletariado se limita a padecer la que ya le abruma. En Francia ha sido el ejército y De Gaulle, en otras partes son los Gomulka y los Franco. El proletariado no se batirá en lo sucesivo sino por algo de la más pura autenticidad. Pero sin su combate y su victoria la sociedad entra en gangrena. ¿Puede haber prueba más cabal de la presencia del proletariado y de la urgencia de la revolución social? Basta mirar a Francia.

Los mejores grupos obreros padecen un grave vicio de concepción sobre la actividad combativa de las masas. Creen, todos, que la aparición de una situación revolucionaria deben esperarla de la presión mecánica de los factores objetivos, y más concretamente de una crisis de producción capitalista. Así se explican cómodamente la inactividad de las masas y se encubren sus propios defectos. Se trata de un conformismo inaceptable, envuelto en un determinismo materialista de lo más pedestre.

Ninguno de los movimientos revolucionarios pasados tenía por causa sola, ni siquiera por causa principal, presiones objetivas o crisis de producción. Las primeras son indispensables, es evidente, pues sin ellas ni aún cabría postular el socialismo. Pero lo que pone en movimiento al proletariado creando una situación revolucionaria es la actividad ideológica de su o sus organizaciones infundiéndole confianza en su capacidad para dar cuenta del capitalismo y crear por sí una sociedad nueva. Ese factor subjetivo, permeando las conciencias de los explotados y los revolucionarios, les predispone a la acción, les lleva *espontáneamente* a ella sin desperdiciar ocasión pequeña o grande. Tan decisivo es, que aun centrada la confianza en torno a una organización pseudo-revolucionaria no deja de transformarse en profundos movimientos de masas. Ni un solo movimiento revolucionario, victorioso o fracasado, escapa a esa doble causalidad en la cual el factor subjetivo, como ímpetu en la conciencia de los trabajadores y como cuerpo ideológico organizado, desempeña el papel activo. Es la esencia más pura de toda evolución material de la humanidad, pasado y futuro conjugados en magna volición. ¿Cómo no habría de desempeñar el papel principal? Los materialistas que lo niegan, todavía no han aprendido a pensar irreligiosamente.

Vivimos un período crucial en el desenvolvimiento de la sociedad como unidad humana, del cual el mundo ha de salir decisivamente transformado o rechazado hacia la barbarie por sus propias fuerzas reaccionarias. El sistema capitalista ya no puede mejorar las condiciones objetivas necesarias para la revolución obrera. En el mejor de los casos las reitera y en el peor las corroe. Las condiciones materiales para la realización del socialismo sobreabundan. Las causas de rebeldía inmediata nunca fueron tan numerosas y graves. Por su parte, la crisis del sistema capitalista se ha convertido en permanente, no en la forma de crisis cíclicas de desajuste entre la oferta y la demanda de mercancías, forma trivial indicativa sólo de desorganización interior del capitalismo, sino en su forma insoluble y total de contradicción del sistema, en todos y cada uno de sus aspectos y como unidad mundial, con las necesidades inmediatas de la evolución histórica resumidas en el proletariado. Imposible pedirles más a las condiciones objetivas. El resto está al alcance de la mano y de las ideas de los hombres revolucionarios. Mientras tanto, los mejores grupos esperan que la manivela de un determinismo automático les cree una situación revolucionaria. Pero con ese espíritu, aunque se las crease la dejarían pasar, como han dejado pasar, en mayo, la oportunidad de situarse como polo revolucionario frente a la situación actual y frente al stalinismo.

Así pues, lo que en Francia ha faltado y sigue faltando de manera alarmante son hombres, ideas, organizaciones aptos para forjar el devenir. Al primer indicio serio de su existencia se verá brotar con redoblado vigor la acometividad de las masas, consintiendo ilimitadas realizaciones. La postración es resultado de la decepción. Apenas desaparezca ésta, las aspiraciones revolucionarias que durante decenios han sido machacadas por el stalinismo y el reformismo harán nueva erupción, maduras esta vez por la cruel experiencia.

Pero ahora la recuperación será más dura y penosa. No solo porque han ser descartados como iniciadores de ella, sin excepción, todas las tendencias o grupos existentes en mayo, incluyendo las más cercanas a la ideología revolucionaria, sino porque tendrá que hacer frente, desde el primer día, a la vieja reacción poderosamente instalada a la sombra de De Gaulle, al mismo tiempo que a la nueva reacción stalinista al acecho de su oportunidad.

Como resultado de mayo y de su propia incapacidad revolucionaria, òla izquierdaö se ve cada vez más tentada y solicitada de echarse en brazos del stalinismo: òcontra De Gaulle o los ultras, el frente popularö. Dilema falaz en cuyo juego los intereses del proletariado están de antemano vendidos. Este no puede reconocer más que un dilema: revolución social o dictadura militar y decadencia de la civilización. E importa mucho recalcar que si el primer término de la alternativa no consiente como concreción sino el poder proletario, el segundo admite, además de su concreción actual varias otras, de las cuales la variante peor sería la stalinista. Si el frente popular fue lo que consintió aniquilar las últimas tentativas revolucionarias del proletariado en 1936 y abrir las compuertas de la guerra, hoy toda coalición de tipo parecido desempeñaría un papel mil veces más reaccionario.

Alertar contra tal posibilidad, sustraer a ella el proletariado ha de ser preocupación fundamental de un nuevo núcleo revolucionario.

Capitalismo el más concentrado del mundo, segunda potencia con netas ansias de única, Rusia y sus partidos no tienen más objetivo que restarle aliados a Estados Unidos, aún suponiendo que consigan, aspiración máxima inmediata, entenderse con

Washington sobre un reparto estable del mundo. Su potencia material, su capacidad de maniobrar y corrupción son tan enormes, que las combinaciones políticas en el interior de cada país, sean con sindicatos o partidos de izquierda, sean con partidos reaccionarios, monarcas o dictadores redundan tanto en beneficio de su bloque como en el de sus peculiares necesidades locales de capitalismo de Estado. Además, dispone para ello de un recurso de eficacia probada en diversos países: persuadir a capitalistas y reaccionarios tradicionales que sin el partido comunista la revolución se les echaría encima. Verdad evidente, mientras la revolución no se le eche encima también a él. El resto, la fraseología democrático-burguesa o socialista a duras penas sirve todavía de papamoscas.

La lucha revolucionaria inmediata se presenta pues en Francia como un combate a librar en dos frentes, e indudablemente, sólo quienes se muestren capaces de conducirlo así inequívocamente conseguirán quebrantar la situación presente y abrir nuevos horizontes. Por sus deficiencias ideológicas, así como por sus hábitos cotidianos, los mejores grupos han dado tan reiteradas pruebas de nulidad que se hace indispensable una creación orgánica enteramente nueva constituida por hombres y mujeres jóvenes, salvo las escasas excepciones de personas que hayan mantenido siempre las ideas y la *conducta* revolucionaria debidas.

El período parlamentario y democrático-burgués está definitivamente clausurado en Francia. La reacción militar y totalitaria que De Gaulle encubre apenas protocolariamente atribuyéndose una dictadura discrecional, no cederá en lo sucesivo ante el viejo juego de los partidos y el sufragio. Para rechazarla será necesario una obstinada lucha del proletariado, y el proletariado, a su vez, no se conmovirá sino convencido de ir a dar cuenta del capitalismo. Que ninguno de los grupos fascistas disponga de verdadera fuerza propia (viven al amparo del ejército) y parezca muy improbable su desarrollo en gran escala, no significa que la reacción pueda ser rechazada legalmente. Como he dicho al principio, quién ha provocado el golpe de mayo ha sido en primer término el ejército, la mayoría de cuyos mandos, más homogénea hoy que cualquier partido, tiene mentalidad totalitaria. Y en el fondo de la organización política actual, dominando ficciones legales, el árbitro nacional es arbitrado por el ejército, quién tiene asido al país por el cogote. Por otra parte, dada la sintomatología de agotamiento senil que la crisis actual acentúa, es también lo más probable que la burguesía se muestre incapaz de poner en pie partido válido alguno a partir de sí misma, sea partido fascista o democrático. Ha de seguir como acompañamiento la columna militar o albergarse tras del stalinismo. En tales condiciones, el aparato militar, monstruosamente equipado, horro como nunca de envergadura intelectual, y sahumado todavía, a ojos de parte de la población al menos, por las viejas monsergas sobre la patria, *ôla France éternelle*, etc., aparece, junto con la policía, como la estructura más sólida del capitalismo. Ejército y burguesía tienen conciencia de ello. Si en apariencia el ejército sigue a De Gaulle, burlándose de él para su capote, no es por respeto al santón nacional ni por subordinación jerárquica, sino porque De Gaulle es su prisionero, y él, salvo acontecimientos nuevos de naturaleza revolucionaria, el heredero forzoso de De Gaulle.

De cualquier manera que sea, con el disfraz De Gaulle o con la realidad del ejército destapada, abundarán los motivos de descontento y menudearán, esporádicas, importantes luchas obreras. Lo económico se ligará insensiblemente a lo político; lo político debe insinuarse en primer plano y dar a lo económico su máxima talla de contraste entre dos mundos y dos civilizaciones, la del capital y la del socialismo. Lo decisivo desde nuestro punto de vista está precisamente en saber cómo, por quién serán organizadas esas luchas y hacia qué meta correrán.

No admite la más leve duda que con las fuerzas políticas actuales una solución revolucionaria a la situación está por completo excluida. Con ellas sólo son imaginables dos hipótesis: la vuelta a una especie de cuarta república aún más acartonada y despreciable, o bien la dominación del stalinismo, contrarrevolución ya cuajada en vastos territorios. La primera sólo podría resultar de combinaciones de los grupos de intereses monopolistas con los mandos claves del ejército, por lo tanto no podría producirse sino por hostigación de unos mandos contra otros, probabilidad remota una vez que el ejército es el amo real. Las probabilidades del stalinismo, por el contrario, no son escasas, sino las mayores dentro de las fuerzas políticas capitalistas, y sabrá aprovecharlas en la medida en que se lo consientan por una parte la carencia continuada de acción revolucionaria, y por otra las cuentas que sobre Francia se hagan Rusia y Estados Unidos. El stalinismo no escapa, ni mucho menos, al colapso y la corrupción decadente de todas las instituciones nacionales, sino que agrega a ellas las peculiaridades de su matriz rusa. Pero con el gigantesco respaldo de ésta, con su red de funcionarios políticos y sindicales, sólidamente ligados a él mediante intereses económicos, y por sus propias ansias de kazarizar el stalinismo es, junto con el ejército, la única organización capitalista francesa que se tenga en pie. Beneficia además de la complicidad segura, por torpeza cuando no es por interés, de cuanto se dice izquierda, con raras excepciones. Tan cierto como él es él, el stalinismo no se enfrentará jamás al ejército, porque hoy lleva a Moscú caminos más numerosos que antaño a Roma. Pero mientras Francia forme parte del bloque occidental se aplicará a canalizar y esterilizar el descontento de las masas mediante consignas económicas y políticas de calculada inocuidad, cuestión de hacer comprender a la otra fuerza real, el ejército, cuantos beneficios, y hasta *ôgrandeza nacional* pueden sacarse de la amistad con Rusia.

Por irrealizable que esa hipótesis parezca hoy, la progresión del bloque ruso en Europa le daría vida pronta y fácil. E independientemente de eso, en el caso de que una nueva organización suscitase una gran ofensiva revolucionaria del proletariado, se produciría de manera natural la colusión entre stalinismo y ejército, reduciendo a su significación real de un solo frente la lucha revolucionaria que hoy debe simultáneamente dirigirse contra la reacción gobernante y contra la reacción de reserva stalinista. En

todo caso, cualquiera que sea el rumbo de los acontecimientos, el imperio del ejército permanecerá. Para sacudírselo es necesaria la revolución.

La crisis francesa ejemplifica el trance histórico que el mundo atraviesa, trance sin precedente en toda la evolución humana y por completo imprevisto por el pensamiento revolucionario. El capitalismo ha multiplicado los descubrimientos y posibilidad técnicas mucho más allá de lo indispensable para su aniquilamiento por el proletariado y su sustitución por el socialismo. Pero al mismo tiempo ha multiplicado los medios prácticos de sujeción del proletariado y de perversión de su conciencia ideológica. Ha transformado los partidos antaño comunistas y socialistas en factores reaccionarios de primera magnitud, más indispensables que la burguesía para la pervivencia del sistema de explotación, del cual aparecen, particularmente el primero, como sus continuadores en la forma tremebunda y policíaca de capitalismo de Estado. Así mientras más posibilidades materiales existen de encontrar inmediatamente el socialismo más distante de la revolución aparece el proletariado; mientras más requiere la simple buena marcha de la economía y las relaciones sociales dar cuenta de las clases, las naciones, los ejércitos y policías, la explotación con todas sus secuelas, más exorbitantes proporciones adquieren las unas y los otros. El capitalismo ha muerto ya como sistema útil y favorable al desarrollo de la humanidad, ha perdido todo legitimidad, todo derecho de existencia, pero la nueva civilización socialista mundial, cuyas numerosas urgencias entre las dos guerras fueron rechazadas por la contrarrevolución rusa y el viejo capitalismo combinados, no alza cabeza. Ella, que en el sentido hegeliano es lo único que queda realmente existente, que representa la legitimidad suprema, el hombre en su devenir, se humilla y calla medrosa, sin atreverse a afirmar su derecho único. Por eso el pasado muerto se afianza en gobiernos, generales, politicastros stalinistas, sindicales y òsocialistasö. De ahí la flojera del proletariado y esa atonía social en que todos los valores parecen pervertidos o naufragados. La Francia de 13 de mayo, arrancando el velo de la cuarta república, ha puesto todo eso en carne viva. Pero la situación del mundo no es distinta, pendiente todo él de la sublevación que ha de revolver el capitalismo.

Los revolucionarios habían previsto que el proletariado se hallaría constituido en partido antes aún de que el capitalismo tocara el límite de su positividad. Aunque así fuera efectivamente durante cierto tiempo, ahora que todos los límites han sido con crecer rebasados, el proletariado no cuenta con ninguna organización revolucionaria. Crearla frente a todas las falsificaciones es cuestión de vida o muerte en el más inmediato porvenir. Ningún hombre -obrero, escritor, poeta, artista, técnico- debe sustraerse a esa empresa, todas las especialidades resumidas en una sola acción: abrir camino a la revolución social.

No pocas veces se ha señalado la diferencia entre el proletariado como clase de la revolución socialista y la burguesía en su época revolucionaria: clase ésta propietaria de la mayoría de la riqueza desde antes de su revolución, aquella desposeída necesariamente hasta después de su triunfo. Lejos de grabar esa diferencia con peligrosa debilidad al proletariado, como han dicho algunos, es el manantial inagotable de su fuerza y condición imprescindible del socialismo, revolución que solo tiene carácter de clase como acto, llevando aparejada en su realización la desaparición de todas las clases. Con su modo de producción y distribución, la burguesía vino a generalizar nada más la estratificación de clases propias del capital. Le bastaba guiarse por sus más contantes intereses para sacar adelante su poder político. En rigor, eso es lo que ha hecho incluso en Francia, donde más osó. Todo lo que en la revolución francesa desborda la raya sórdida del debe y el haber, precisamente aquello que constituye su grandeza, traspasa las exigencias de la revolución burguesa, son espléndidos vislumbres de una revolución futura, la nuestra. El proletariado, por el contrario, encuentra su gran cometido histórico en su propia e irremediable privación de riqueza, obligándole, para que los productos y la cultura puedan ser patrimonio de todo mundo, a convertir los medios de producción en propiedad universal¹⁹. El disfrute de los bienes individuales -los valores de uso, diría Marx- es incompatible con cualquier forma de propiedad de los instrumentos de trabajo y con la existencia de clases. La revolución proletaria no comporta ningún interés de grupo, ningún cálculo sórdido. Por eso también, mientras la burguesía no necesitaba, para instalarse como señora de la sociedad más que servirse de su husmo comercial, el proletariado, clase indigente, clase ignara, requiere toda una ideología revolucionaria y una filosofía de la historia. Y el sistema de ideas de que en ambos aspectos dispone el proletariado es inconmensurablemente superior, independientemente del ilimitado desenvolvimiento que admite, a cuanto tenía a su mano la burguesía.

Sofocada por la vil superchería stalinista, la idea revolucionaria parece lejana del proletariado. De ahí el papel anacrónico de los De Gaulle, Franco y otros Kruchef. Los padecimientos innecesarios que imponen a la humanidad pueden en cambio, dar rápidamente amplitud a la sublevación del hombre. La esperanza de la revolución rescolda en los espíritus pero el rescoldo no volverá a inflamarse sino al soplo puro del pensamiento y el ejemplo insurgentes. Quienes han sido incapaces de sublevarse contra stalinismo y òsocialismoö en los últimos veinte años no tienen calidad para inducir la sublevación contra nada, contra nadie. Tienen bastante con la digestión de sus vidas.

Lo primero a reconocer sin tapujos es que el proletariado francés, empeñado en la etapa decisiva de su historia, no encuentra a nadie, absolutamente a nadie que encarne la ideología y la dignidad revolucionarias. Con lo que existe será prisionero constante de los aparatos de fuerza, sea el que sea. Abundarán las posibilidades revolucionarias, de seguro, pero redundarán todas en contra del

¹⁹ Esta formulación nos parece más adecuada a la realidad del futuro comunismo que la tradicional de propiedad socialista o colectiva, originada por seculares hábitos semánticos.

proletariado mientras no se plantee en los más extremos términos de clase la lucha contra el actual régimen, cosa imposible sin arrojar fuera de las fábricas dirigentes y dirigentillos stalinistas, sindicales y molletistas. Si el proletariado francés como tal ha de desempeñar el papel que le corresponde en la revolución mundial, es indispensable que de la nueva generación surjan los hombres y el partido aptos para el gran cometido de subvertir el orden capitalista. Los materiales están a pie de obra. Faltan los hombres que han de bregar con ellos. Mas el proletariado no puede «inventar sus grandes hombres», como el capitalismo. Tienen que serlo de veras, inequívocos, hialinos, hechos a la talla de la afirmación decisiva de la humanidad. De no surgir en lo inmediato, la revolución socialista en Francia sólo podrá producirse por extensión de su triunfo en otros países.

«La France éternelle» ha muerto; eso se ha ganado con la nueva situación. De Gaulle el patriota atardado, árbitro de la decrepitud, le ha disparado el tiro de gracia, militarmente, según las ordenanzas. Regocijémonos. Ahora quedan frente a frente, escuetos, el ejército, postrer y adecuada representación nacional, y el proletariado, primer silueta de un mundo sin patrias ni clases. Directamente o por un rodeo, flanquean al ejército todos los organismos políticos y sindicales existentes. Al lado del proletariado, nada. Todo tiene que ser hecho a partir del rico acervo ideológico del proletariado mismo, acrecido por la horrenda experiencia de la contrarrevolución rusa y sus secuelas.

El ejército es la nación en abreviatura, todas sus miserias, iniquidades y brutalidades condensadas. Más que nunca en el supremo instante de agonía del capitalismo. Todas las demás instituciones coercitivas, desde la policía hasta el stalinismo, viven y mueren con el ejército nacional. Comoquiera que se estime su necesidad en la evaluación de las sociedades, la nación, entidad histórico-geográfica constituida en torno a intereses inicuos saca su «grandeza» de esa iniquidad, y la airea «gloriosamente» sometiendo por las armas o por la banca a otros pueblos. Explotación y nación arrancan de las mismas causas y son correlativos, para existir y para desaparecer. La concentración del capital mundial en Estados Unidos y Rusia convierte la independencia nacional en más o menos ilusoria, según la fuerza económica de cada país y la importancia estratégica que el jefe de fila le acuerde. Fenómeno totalmente opuesto al de la supresión de las naciones por la revolución social. Aún en países enteramente vasallos, por ejemplo las colonias, los establecimientos rusos de Europa oriental, y en todas las nacionalidades estrenadas con patente de la metrópoli desde la guerra acá, ejército y demás instituciones coercitivas viven y actúan en función de los intereses de los opresores locales grabados por la preponderancia imperialista respectiva. Las necesidades mundiales de la revolución proletaria no reconocen diferencia ni preferencia entre naciones explotadas y naciones explotadoras. Se trata, en el momento actual más descartadamente que nunca, de un problema entre tiendas capitalistas. Es la idea de tienda nacional, allende mismo su existencia jurídica, lo que hay que atacar de cara.

Por circunstancias interiores y exteriores ya dichas, Francia no consiguió pasar a tiempo a un régimen socialista internacional. Los imperativos del devenir humano, incumplidos, se vengan por a sí decirlo, rebajando su rango nacional y revelando brutalmente la degradación de la nación mediante la aparición del ejército en primer plano de la sociedad. Es la primera vez que eso ocurre en un país de antigua tradición democrático-burguesa. Que sea precisamente el país de la «gran revolución» realza sobremanera la significación consuntiva del hecho. Si el proletariado y los revolucionarios futuros fueren incapaces de reconocerlo y arrostrarlo con todas sus consecuencias serán impotentes para abrir ninguna perspectiva, y todo irá de mal en peor.

La reacción ha obtenido una importante victoria a costo nulo, pero esa victoria, al menos, ilumina inconfundiblemente los términos del problema y deslinda los campos sin equivocación. Invadiendo la población, el ejército la obliga a hacerle frente. Quienes en lo sucesivo no alienten esa acción representan de una manera u otra el pasado. Será imposible salir del atolladero actual y reanudar la marcha histórica sin enderezar la lucha de las masas oprimidas hacia la disolución del ejército. Ahora sólo puede nacer el hombre sin patria en la revolución, o bien la nada.

Verano 1959

G. Munis

ESA NO ES NUESTRA LUNA.

(ALARMA, primera serie, nº 6, mayo 1960).

El hombre no ha alcanzado todavía la luna. Quienes por desgracia para él la han tocado son sus enemigos, los mismos que diariamente le lavan el cerebro y le entontecen con prensa, radio, televisión, hechos y propaganda de guerra fría y frío cinismo de convivencia y paz; los mismos que le impiden moverse y hablar libremente, volar a sus anchas por el espacio del propio espíritu humano, mucho más vasto que el espacio cósmico, que le mantienen atado a la máquina como un mecanismo de servidumbre más, tiranizado, vendido al capital como una mercancía cualquiera. Esos que mancillan diariamente la Tierra, son quienes mancillan con sus artefactos también la luna. No se trata sólo, ni mucho menos, del gobierno ruso, sino también del americano, que en ese aspecto conseguirá pronto otro tanto o más, y de cuantos existen sin excepción. Los dictadores y tecnócratas rusos no deben ser considerados sino como delantero y símbolo de los opresores y déspotas de todos los países, dispongan de cohetes interplanetarios o sólo de trabucos.

La técnica ha estado siempre al servicio de los explotadores, puesto que la sociedad, dividida en clases, propietarios de capital y trabajadores obligados a vender por el sustento su fuerza creadora de riqueza, entrega a aquéllos los beneficios de todo adelanto técnico, les subordina la ciencia y pone en sus manos formidables medios de subyugación de la sociedad, hoy de la sociedad en escala mundial. Por eso, desde la aparición de las primeras máquinas la reacción espontánea de los obreros fue destruirlas. Más que nunca es hoy necesario afirmar que los destructores de máquinas, bien conocidos en la historia de la lucha de clases, tenían una actitud mucho más humana y revolucionaria que los papanatas boquiabiertos ante la técnica rusa o americana. Aquellos defendían al hombre contra la opresión del instrumento, objetivación muerta de su propia alienación y representación material del capitalismo vivo. Los segundos, por el contrario, exaltan la técnica por encima del hombre, precisamente en el momento en que más amenazadora aparece para él. Los estragos de la propaganda en las conciencias no bastan para explicar esa beata admiración de la técnica. Una y otra provienen en sus tres cuartas partes de aquella categoría de la población que a través de los conocimientos científicos, de la política, de la burocracia del Estado y de los sindicatos, a través de la cultura en general, obtiene del capitalismo pingües beneficios que la sitúa de hecho entre los explotadores. Es una admiración tan interesada como la propaganda misma.

Urge salir al paso a esa tendencia, tan extendida hoy que amenaza corromper en su fuente misma el pensamiento y las posibilidades emancipadoras del hombre. Lo primero que debe decirse sin ambages es que se trata de una tendencia reaccionaria, idealista en el sentido más peyorativamente religioso de la palabra. El ateísmo se resuelve en el mismo comportamiento votivo que la creencia en dios en cuanto se hace reverencia a la técnica. Ante el altar o ante el cerebro electrónico, el sacrificado es el trabajador y a través de él el hombre en general. Si la religión ha sido enemiga tradicional de la ciencia es porque ella pretendía poseer toda la sabiduría concedida a los humanos. Insinuada en la primitiva borrina mental como práctica productiva o acto útil, transformado éste en rito conservador y el rito en monopolio (léase también especialidad), aparece el sacerdocio, con él la iglesia y de penacho la idea de dios. La utilidad del acto quedaba reservada a los detentadores de los secretos del cielo, la insudación productiva a los profanos. Los lanzadores de satélites terrestres y cohetes lunares están en igual caso, representan el monopolio de la ciencia por los explotadores y para la explotación, siendo también enemigos de toda ciencia al servicio del hombre. El ateísmo de una parte de ellos corrobora con toda la potencia de sus gigantescos recursos la identidad original y postrera entre explotación y religión. La idea de dios no es otra cosa que los intereses materiales de la iglesia idealmente elevados a la omnipotencia. Así la tecnocracia actual, se construye sus instrumentos y su leyenda de omnipotencia encarnando en sí la idea de dios.

No es verdad que ciencia y técnica puedan emancipar al hombre, contrariamente a lo que pretenden algunos sabios y economistas bienintencionados o remordidos. Esa es sólo la última de las justificaciones morales que a sí misma se da la tecnocracia. Son los hombres profanos y explotados, por el contrario, quienes han de emancipar la ciencia, y con ella sus sabidísimos cuanto acomodaticios detentadores. La ciencia y la técnica por sí solas son incapaces de asaltar el parapeto de intereses reaccionarios de la sociedad actual. Muy al contrario, son sus siervas. Y cada adelanto en el conocimiento científico y en la organización técnica es un grillete nuevo impuesto a la actividad y al pensamiento libres de la inmensa mayoría. Para conferirles una naturaleza diferente es preciso despedazar los intereses a que sirven. Sólo entonces la ciencia alcanzará su ilimitado desarrollo posible y su dignidad hoy pisoteada. Otro tanto vale para cualquier actividad creadora del espíritu humano, desde la filosofía hasta el arte, porque siendo intrínsecamente funciones naturales del individuo, la sociedad actual se las arrebató por la fuerza, y se las contraponen junto con las funciones elementales de la producción y el consumo.

Los intereses e ideas motrices que han llevado al lanzamiento de cohetes lunares y satélites artificiales son, íntegros, los de la guerra atómica. Hitler dio la iniciativa buscando formas de matar para concentrar en Berlín la riqueza mundial. La democracia americana y el comunismo ruso, victoriosos, prosiguen la obra de Hitler. Y sus intenciones también, pues por encima de la fraseología política y a despecho de las fronteras, Rusia y Estados Unidos tienen pareja estructura social que la Alemania de ayer o las dos Alemanias de hoy. Buscando respectivamente Rusia y Estados Unidos medios de aniquilación que les consientan despotizar sobre el mundo entero, han llegado a los cohetes lunares más lo que venga. Era el año geofísico internacional, hipocresía tan evidentemente concertada que todos los datos nuevos necesariamente suministrados por satélites y cohetes son guardados por unos y otros en riguroso secreto. Al público y a los propios círculos especialistas sólo son vertidos los informes sensacionales como propaganda, reservándose cada uno lo que le interesa para la guerra, pues la guerra es el origen y objeto único de todos esos experimentos. Cada uno de ellos mata virtualmente centenares de miles de personas.

El aspecto económico de esas especularidades de una ciencia venal, es no menos delator. Fabulosas cifras de presupuesto son gastadas con tal objeto. Atentado doble a la humanidad: contra la vida futura de centenares de millones de seres y contra la nutrición actual de todos los habitantes del planeta, sin más excepción que las minorías gobernantes y sus clientelas. Rusia y Estados Unidos concentran la mayor parte del producto del trabajo mundial. Esa colosal succión de riqueza, de la cual es víctima, en todo país sin excepción, quienquiera no participe en poco o en mucho de la calidad de explotador, ha reintroducido la ignominia del trabajo a destajo, las primas, la jornada de diez o doce horas, y es lo que subvenciona con opíparas ganancias a los hacedores de cohetes y demás instrumental mortífero. Como compensación, dan al público mundial una fotografía del hemisferio desconocido de la luna, mientras la mayoría de los hombres no han podido ver todavía una fotografía de su propia cara.

Evidentemente, para verse en efigie como para descubrir su propio espíritu el hombre común debe, *primero*, dar cuenta de la organización social que produce los Khrutchev, los Eisenhower y sus respectivos sabios y burócratas alquilones.

Hace tiempo que los conocimientos existentes son sobrados para abolir la explotación asalariada y dar a cada uno, en escala mundial, la más completa, la más caprichosa libertad de desenvolvimiento individual. A partir de la energía atómica y de la cibernética, cuyos mecanismos consienten realizar, con trabajo sólo supervisor y punto menos que nulo, casi todas las operaciones necesarias al consumo de la humanidad, esa posibilidad material a nadie puede ofrecer la menor duda. Pero los viejos intereses reaccionarios organizan con esos medios la explotación, el sistema policíaco mundial, y la guerra. En sus manos, los más prometedores adelantos científicos se resuelven contra el hombre de hoy y son una agresión al porvenir de la cultura. No tocan la luna sino para esclavizar mejor a los pueblos.

Junto a estos últimos, los revolucionarios seguimos pidiendo la luna. De vida en muerte y de muerte en vida no cejaremos hasta obtenerla. Los reaccionarios rusos o americanos no la alcanzarán jamás, porque esa luna, la del hombre, presupone la supresión de los ejércitos y de las policías, de las naciones y de las clases, y ha de empezar por la sublevación de los pueblos contra sus respectivos gobiernos hacedores de cohetes y bombas. Nuestra luna es la revolución y el socialismo mundiales. Una vez puesta la ciencia y todas las actividades culturales al servicio de las necesidades y al alcance de todos los humanos, el hombre se descubrirá a sí mismo y fuera de sí podrá explorar las más lejanas galaxias. Entretanto, es preciso denunciar sin cansancio el tremendo peligro que representa la ciencia en manos de Moscú y Washington.

SOBERBIA Y POQUEDAD DE LA CONTIENDA DE MAYO EN FRANCIA

(*ALARMA, Segunda serie Nº 12, Mayo-Junio 1969*)

En un periquete se transpuso el enorme trecho que separa un período de marasmo y aborregamiento social, del arrebató político generalizado; el embaucó de «la France renouvellée», de un momento insurreccional contra esa misma Francia; la tullidez vegetativa, del «todo es posible a la fuerza del espíritu», o sea, del Hombre en acción. Un soberbio tremor revolucionario proyectó el país de la sima a la cúspide del mundo, seña inequívoca de los grandes instantes.

Los sucesos mismos, es innecesario relatarlos. Los registra con prolijidad la copiosa cuanto somera literatura que a su respecto ha descargado desde todos los puntos del cuadrante político. Importa aprehender, en cambio, el por qué de su irrupción, sus potencialidades, el papel desempeñado por las diversas fuerzas ideológicas y orgánicas en presencia.

Lo primero a constatar es que la rebelión de mayo sorprendió en flagrante delito de falsedad teórica a toda suerte de pensadores. A los de la derecha y a los de la llamada, con inexactitud mayor o menor, extrema izquierda. Los primeros, economistas y sociólogos en boga, la testa repleta de nociones engendradas por los buenos negocios del capitalismo dirigido, tales como «sociedad de abundancia, integración a ella del proletariado y de cualquier oposición política, capacidad del sistema para superar sus propias contradicciones y conflictos, etc.», quedaron en mayo tan atónitos como si la Tierra se hubiese puesto a desandar su órbita en torno al Sol. No pueden considerar lo acontecido sino como una aberración, la excepción que confirma la regla, algo sin base ni origen en las condiciones de la sociedad actual, por ende intranscendente. Todo lo más, y eso tras reflexión, ven en ello una imperfección a subsanar del dirigismo capitalista. Creyéndose los artesanos, mejor dicho, los científicos cuyo saber ha traído el crecimiento industrial postbélico, previendo una continuidad cada vez menos desarmónica del mismo, cae fuera de sus alcances que de golpe y porrazo, sin razón directa alguna, ni siquiera la tan socorrida en semejantes aprietos de una verdadera crisis de «sobreproducción», el capitalismo francés se viese en trance mortal. A tal respecto, basta echar un vistazo a las doctas patochadas del señor Raymond Aron o del otro señor Maurice Duverger.

Dentro de la misma clase de discurrentes derechistas se hallan los dirigentes del stalinismo, variante de la otra por el colorín de su librea sobre todo. La economía rusa representa para ellos el modelo perfecto de la «integración» del proletariado, de la supresión, si no de la asimilación de las oposiciones políticas, del crecimiento industrial sin crisis cíclicas, de la suficiencia de economistas y sociólogos para continuarlo manipulando a discreción capital y salaríato, ideología y policía. No hacen ellos oposición al dirigismo occidental sino en la medida en que ansían ampliar su estatización a usanza moscovita. Oposición leal, de congéneres, que comporta una estrecha colaboración cotidiana, sindical y política, en pro de «la economía nacional». Es la vía francesa, italiana, pronto española, etc., al capitalismo de Estado, motejado socialismo para la galería. La surgencia de situaciones cual la de mayo, la excluían tanto más taxativamente cuanto que les espantan, y que su aparato político-sindical acorrara al proletariado desde la guerra acá. En efecto, la única explicación que han encontrado es la negativa del poder gaullista a consultar sus medidas económicas con el liderato sindical, el cegetista en cabeza. Presumen de poder encarrilar las masas a su antojo y *hacer* la historia cual los antiguos déspotas. Pero aunque se lo disimulen no ignoran que hoy su influjo sobre el proletariado es sobre todo de carácter orgánico, concomitante a las leyes, economía y represión capitalistas. El bofetón que hubieron de encajar en mayo-junio no es sino leve anticipo del trato que recibirán un día u otro.

Párrafo aparte merece el stalinismo pekinés, no por diferenciarse del otro, pues en el acaecer político mundial la contrarrevolución rusa forma y encona el tumor canceroso original, siendo una de sus metástasis, no más, la que supura «el pensamiento de Mao Tse-tung», sino a fin de señalar su identidad esencial, corroborada por la oposición de intereses nacionalistas e internacionales entre ambos. Si los secuaces de Pekín desplegaron en mayo-junio cierta determinación combativa, débese un poco a que algunos de ellos, ígnaros, se hacen la ilusión de pertenecer a una organización revolucionaria. Pero el motivo principal reside en este hecho ramplón; el stalinismo pekinés carece por completo de las bases orgánicas que hacen del otro simultáneamente colega inseparable del capitalismo francés y valioso sirviente de su metrópoli; tiene que adquirirlas. Mas allí donde ha dispuesto de ellas, en la Indonesia de Sukarno, en determinados estados de la India y durante cierto tiempo en Japón, su comportamiento ha sido semejante al del stalinismo-C.G.T. en mayo. Ha retenido a la clase obrera, incluso por la violencia, dentro de los intereses del capitalismo nacional e inducido éste, al mismo tiempo, a tratos económicos y políticos provechosos para China. Cualquier stalinismo, por mucho que se reputa original o de «faz humana», está unido por lazos irrompibles al juego sucio de las potencias mundiales, la máxima anti-lucha de clases. En todo momento y lugar, la clave de su política la dan sin equivocación posible sus intereses nacionales en conjunción con los de su potencia metropolitana.

Así, el ajetreo de los filochinos tuvo por motivo mayor el consabido palabreo pro-Vietnam del Norte y Vietcong, por objetivo inmediato quitarle posiciones de mando a la C.G.T. y como perspectiva política constituir un nuevo Frente popular. Con su cuenta y razón, pues fue el Frente popular el que dio brusco frenazo y desbarató enseguida el movimiento revolucionario de 1936 en Francia y en España el que, asesinando la revolución, puso la victoria en manos de Franco. Pero también fue el que consagró al stalinismo francés como fuerza de orden en la producción y en la política nacionales. Si para Thorez y compañía era de suma importancia, en 1936, impeler el gobierno francés a una alianza con Rusia, para los populeros de 1968 el designio es idéntico tocante a China, y con mayor premura el de ahincar los intereses de Pekín en Vietnam, Laos, etc., con ayuda de Francia. Tal política y las exigencias revolucionarias de mayo-junio chocaban brutalmente entre sí. Los filochinos no podían, por tanto, desempeñar ningún papel positivo, y apenas negativo dado el escaso eco que encuentran. Incluso para traicionar es necesario un crédito revolucionario anterior del que están por entero horros.

Por lo demás, el pensante único de China ha echado su maldición sobre los países industrializados. Los tiene por decadentes, apoltronados en su riqueza, imperialistas de cabo a rabo, sin eximir clase alguna en su seno, viéndolos por ende destinados al aniquilamiento por los países menos industrializados (cerco de las ciudades por el campo), pretensas fuerzas nuevas y anti-imperialistas. En la sesera de Mao Tse-tung no hay cabida para una revolución proletaria en Occidente, ni en verdad en Oriente, pues lo que él atavía de «guerra revolucionaria» no tendría otro resultado, caso de éxito, que un drenaje de la plusvalía mundial hacía las capitales victoriosas, el grueso de ella hacía Pekín, se sobreentiende. Como antaño Stalin y todavía sus sucesores, Mao Tse-tung tiembla como una azogado a la sola idea de una revolución proletaria en Occidente.

Apúntese de paso que la visión maotsetunesca del devenir inmediato, producto recalentado de «resistencia nacional» stalinocapitalista, la comparten los señores de la Conferencia Tricontinental de La Habana, anfitrión en proa, y en grados diversos quienesquiera ven en el llamado Tercer Mundo, en la lucha guerrillera (de hecho pseudo-guerrillera y militarista) factores positivos. La propia idea de las «fuerzas marginales» del tan sonado profesor Herbert Marcuse, cuyo relente se hizo sentir durante los acontecimientos de mayo a despecho de ser ellos negación de sus asertos, comporta la mácula de Stalin-Mao Tse-tung. Los dichos, sin excepción, estaban lejísimos de sospechar que algo semejante a lo de mayo pudiese producirse. Habían afirmado cien veces lo contrario.

Aquellos mismos que hicieron de eslabón que arranca la chispa, los estudiantes con sus diversos grupos políticos, fueron sorprendidos por sus efectos como niños que orinan sobre carburo. Tanto, que mientras de hora en hora millones y más millones de obreros entraban en huelga y en posesión de los instrumentos de trabajo, el de mayor nombradía y desparpajo entre los estudiantes, Daniel Cohn-Bendit, partía cachazudamente hacía otras latitudes. Ya se nos había dicho, verdad es, que «en el Movimiento del 22 de marzo todo el mundo es Cohn-Bendit»; pero la razón es flaca para justificar que ninguno de sus símiles se ausentase en el momento culminante, menos el que responde al nombre. La realidad es que no esperaban nada más allá de la ocupación de los centros docentes en Francia, y quizás en algún otro país.

Tampoco el análisis marxista vulgar estaba en condiciones de prever la surgencia de un acontecimiento revolucionario. Vive él, en efecto, al aguardo de una crisis de sobreproducción que de la señal de acabose al capitalismo y al proletariado motivo inmediato de sublevación. Necesita decenas, centenares de millones de obreros sin trabajo, bancarrotas por millares, o bien una nueva guerra mundial, para admitir la posibilidad de que el proletariado entre en liza contra el sistema. Mas como en este año 1968 el capitalismo continuaba y continúa boyante, aunque lentezca su cadencia acumulativa, no vislumbraba qué hacer sino la rutinaria defensa de salarios, horas y condiciones de labor, etc. Que el tal marxismo sea más autoproclamado que cimentado en una interpretación certera de las condiciones sociales y, contando con ellas, de las *posibilidades revolucionarias inmediatas*, o sea, en aquello mismo que palpita en la obra de Marx, es de por sí evidente. Esa estrechez da la clave de su sorpresa y de los importantes fallos teóricos y prácticos de sus representantes, no otros que los diversos grupos «izquierdistas» actuantes en mayo -anarquistas de propina- de sus yerros en la acción y de sus incongruencias.

Entre tales incogruencias, importa destacar la que mayores peligros conlleva para el porvenir. Los grupos «izquierdistas» todos, situábanse en materia internacional junto al stalinismo. Mal que esa afirmación pueda parecerles calumniosa, su anti-imperialismo se confundía con el de Rusia y el China, es decir, con el de una potencia imperialista fuerte y otra que se desvive por alcanzar el mismo rango. Los propios «enragés» de Nanterre salían a cada dos por tres en defensa de Vietnam y de Cuba, y exaltaban a Guevara cual si se tratase de un revolucionario. Todavía después de los acontecimientos, el librito del «Movimiento del 22 de marzo»²⁰ nos dice que la solución reside en crearle al imperialismo yankee tres o cuatro Vietnam, cual aconsejaba el ayudante de Castro oficialmente muerto en Bolivia. Esa es la solución, no cabe duda, para el imperialismo rival del de Estados Unidos. Para el proletariado sería una de las peores maneras de renunciar a sus propios fines. La perversión de la mentalidad revolucionaria por la tan prolongada preponderancia del stalinismo, se hace sentir, poco o mucho, sobre casi todas las corrientes. Así se da el caso de que incluso enemigos del stalinismo sean incapaces de ver que Vietnam, Cuba, como ayer Argelia o Corea, representan escaramuzas de la rivalidad inter-imperialista mundial, tentativas para modificar la correlación mundial de potencias y preparativos de una tercera guerra mundial.

Ahora bien, las falsedades acreditadas por la propaganda nunca suscitarán la acción de las multitudes. Los estudiantes no consiguieron ninguna movilización ni éxito importantes sino agitando sus propios problemas frente a las autoridades universitarias, frente a la represión, frente a la sociedad capitalista en su conjunto. La falsa defensa de Vietnam pasaba a segundo plano o se desvanecía a medida que el combate estudiantil ganaba amplitud y contenido revolucionario explícito o implícito. De manera involuntaria, ya que no intencional, la lucha callejera y huelgística la relegó hasta su verdadero lugar, el de las trapisondas y crímenes del capitalismo occidental y oriental, cuya finalidad es aherrar mejor al hombre. Fue por eso una feliz coincidencia la del momento más candente del movimiento de mayo y la apertura en París de la conferencia de paz en Vietnam. Pasó por completo desapercibida, pese a los esfuerzos de stalinistas pro-rusos y prochinos, más del gaullismo, para darle aires de gran suceso. Una lucha revolucionaria verdadera ponía por tal modo en acusación el carácter reaccionario de un Vietcong que los «izquierdistas» mismos jalean como lo contrario. Ellos, que proclaman la necesidad de que el proletariado tome consciencia, continúan después de los acontecimientos sin tener consciencia de ese hecho, carencia que les veda sustraerse por completo al influjo deletéreo del stalinismo... y por su intermedio al del capitalismo occidental.

El mentado marxismo o revolucionarismo vulgar de los mejores grupos actuantes en mayo-junio, no se ha percatado, desdeñado cuanto grita la experiencia político-social, de que en el devenir de la actual civilización las crisis cíclicas han representado reajustes de las inversiones y de la balanza mundial del comercio, sirviéndole para propiciar un desenvolvimiento económico subsecuente. Eran la ordenación ciega de la «anarquía» del capital, sin que su aparición ni su intensidad privasen al sistema de la positividad social que fue la suya. Es pues un desatino, por mucho que la crisis cíclica dé ocasión a luchas obreras, juzgar por su presencia o por su ausencia la validez histórica del sistema, y tremenda pifia esperar de ella la creación de una situación revolucionaria. Pretender lo contrario es retroceder del materialismo dialéctico al materialismo mecánico, a un estulto economismo.

La civilización capitalista ha transpuesto ya, de largo, el lindero de su positividad. Nada justifica ahora su existencia. En todos los dominios, a comenzar por el económico, su funcionamiento es negativo y lo será más cada día. El crecimiento de los instrumentos de producción del que se regodean sus representantes y que tanto impresiona a los propios «izquierdistas», causa efectos adversos al florecimiento del individuo y de la sociedad; los oprime y envilece en lugar de asenderarlos a la libertad. Trátase, en consecuencia, de un crecimiento atrofico para la humanidad, por añadidura mezquino cuantitativamente dadas las posibilidades técnicas, y de remate *consentido por el eclipse del proletariado mundial desde la revolución española hasta el presente*. Porque entre la movilización revolucionaria y el crecimiento del capital existe una interacción dialéctica de antítesis a tesis, reflejo de la tesis antítesis congénita al sistema, pero de suprema importancia en la postrer etapa del mismo. Ni la capitalización, ni la productividad, ni el mercado mundial, ni la programación pueden bogar adelante en medio de un proletariado levantisco. La afirmación del proletariado como clase y como sujeto de la historia, ¿no consiste en cercenar de un tajo el desarrollo económico obtenido por tal sistema? La negación de la negación capitalista que es el proletariado, contribuye a consolidar esta última en cuanto pasa de la rebeldía al sosiego, del ardor revolucionario a la modorra de la productividad por hora-hombre.

Ahora bien, por mucho que se prolongue esa modorra, siguen subsistiendo las condiciones objetivas y la necesidad de la revolución social, añadiéndose a unas y otros factores más apremiantes. Hablo, claro está, del período actual, a partir del momento en que el capitalismo ha cubierto su margen civilizador. Por tal modo que si la quietud del proletariado ha sido el caldo de cultivo del último crecimiento capitalista, éste, en cambio, apenas habría favorecido breve tregua en aquél, a no ser porque la ponzoña stalinista, integrada al mundo de los explotadores socapa marxista, ha desquiciado el pensamiento revolucionario y opuesto al proletariado nuevas barreras sindicales y políticas. Mas la presencia misma del stalinismo, por cuanto significa en su aspecto

²⁰. «Ce n'est qu'un debut, continuons le combat».

gobernante de segunda red imperialista mundial y en su aspecto de rompiente de las actividades revolucionarias allí donde no gobierna, ha venido a constituir otro más de los dispositivos de seguridad del sistema, no por cierto de los secundarios.

No tiene otra causa la prolongada letargia en que ha estado sumergido el proletariado, en medio de un mundo que revienta de sus incontables lacras: del terror termonuclear, de los armamentos clásicos, de las guerras incesantes entre americanos, rusos y sus respectivos vasallos, de los regímenes políticos cada día más corrompidos y policíacos, del acondicionamiento universal de las mentes por la televisión, la radio, la prensa, etc., de la turba de estafadores políticos que alardean de libertadores desde cualesquier presencias nacionales; y también de la circulación de mercancías malas aposta fabricadas para durar poco (es «¡la abundancia!»... de plusvalía), cuando es *posible dar* sin límite bienes de alta calidad, pero mudando el sistema; de la jornada de trabajo embrutecedora, siendo factible reducirla por bajo de su tercio produciendo mucho más; de la cultura y la enseñanza restringida a minorías y enderezada a la acumulación del capital, cuando es necesario y hacedero impartirla a toda la juventud con muy distinto sentido y según aspiraciones individuales; abreviando, en una sociedad mundial que revienta de hallarse dirigida por un puñado de tecnócratas y burócratas, siendo así que el querer humano y el desarrollo mejor de economía, sociedad e individuo en sus mil aspectos, apremian la extensión universal del saber, y acabar con la separación entre trabajo intelectual y manual, entre trabajo intelectual y manual, entre trabajo técnico o científico y trabajo bruto.

Sin haber trazado sino rasgos principales, *he ahí la crisis del capitalismo*, no pasajera o cíclica, sino orgánica y en peoría ininterrumpida; he ahí las condiciones objetivas de la revolución social, presentes en permanencia, el trasfondo social que posibilitó el movimiento de mayo, en particular la toma de las fábricas por diez millones de obreros. Esos acontecimientos podían haberse producido «en cualquier parte, en cualquier momento»²¹ y lo podrán en lo sucesivo, porque estamos adentrados en el conflicto máximo de la historia, del cual el hombre ha de salir en posesión de su propio devenir o de nuevo aniquilado por siglos. Ni marxistas vulgares ni jactanciosos cuanto hueros superadores del marxismo estaban en condiciones de verlo. Su mirar es siempre bizco.

Eso dicho, hay que señalar otra condición de los sucesos de mayo, contigua a los mismos, pero decisiva como punto de arranque. Entre los estudiantes, la camisola de fuerza que es la organización stalinista había sido hecha trizas tiempo atrás. Los mejores jóvenes quedaron en libertad para recapacitar y orientarse a su guisa hacía los diversos grupos trotskizantes y anarquizantes. Los estudiantes se encontraron así en condiciones de dar suelta a su acometividad, y como resultas de ésta, mal que bien, en situación de polo subjetivo frente a las condiciones objetivas antes notadas. Sin tal hecho previo, concreción de la experiencia inmediata anterior, en Nanterre y en París no se hubiese sobrepasado los límites de una camorra entre alumnos y autoridades docentes, resuelta por compromiso. La ruptura con el stalinismo será siempre la condición primera, aunque no suficiente, a la formación de militantes y a la acción revolucionaria. El mismo papel desempeñará en Inglaterra y Estados Unidos la ruptura con Trade Unions y Laborismo.

Hay quienes piensan, y no sólo entre los burgueses y reaccionarios tradicionales, que nada importante se habría producido si al regresar de Teherán Pompidou hubiese tomado una actitud dura en lugar de retirar la policía de Sorbona y Facultades, y «devolverlas a su vocación». Es pedir al primer ministro mostrarse más lince que los «izquierdistas», tan escépticos tocante a la posibilidad de una acción revolucionaria, por lo menos en lo inmediato. Evidentemente, haciendo una concesión a los estudiantes y a los maestros que iban sumándose a ellos, Pompidou creía terminar con la agitación callejera, y en segundo término preparar la reforma de la enseñanza superior según conviene a la actual concentración capitalista, exigencia máxima tanto del stalinismo como de la Federación de la Izquierda.

El capitalismo nunca cree que existan motivos de acción revolucionaria contra él, pese a cuanto le dice la experiencia; menos aún en ausencia de graves perturbaciones de su funcionamiento. En última instancia, cuenta con policía y ejército para desembarazarse de «los agitadores» y meter en vereda a las masas. «Reconózcase que la policía podía haberse mostrado mucho más brutal». Así hablaba el ministro del ramo para justificar el empleo de granadas de combate y de gases tóxicos contra los manifestantes, y para recordarlos, de paso, que también disponía de ametralladoras y de tanques.

Los hechos que encadenándose conducen a un gran acontecimiento, parecen a menudo casuales. No es ciertamente imposible que faltando alguno o algunos de ellos, o bien produciéndose en sentido inverso, el acontecimiento no tenga lugar, pues no existe determinismo riguroso en la historia, menos aún en cada instante, *ni hecho ejemplar* alguno que haya de acarrear por fuerza otro intencionalmente buscado. No obsta para que el alzamiento de diez millones de trabajadores fuese una consecuencia nada casual, ni buscada, del saldo relativamente casual de las luchas en el Barrio Latino durante los primeros días de mayo. La necesidad social e histórica del gran acontecimiento resulta por tal modo corroborada. Dicho de otra manera, en la situación social y política dada, el proletariado podía entrar en acción constantemente, en cuanto percibiese una oportunidad, porque lo exige día a día su condición de asalariado.

²¹. *Pro Segundo Manifiesto Comunista*, pg. 59. Ed. Le Terrain Vague. París 1965.

Las «barricadas» despertaron la simpatía de todos los obreros. No pocos de ellos acudieron a batirse desde antes del 10 de mayo. Pero lo que dio origen a la toma de las fábricas fue, sin lugar a dudas, el hecho de que los estudiantes, al ocupar las facultades, declarasen de rondón que ellos no querían ser futuros capataces del capitalismo. Esa negativa, siquiera vaga, pero secundada por la mayoría, poniendo en acusación el sistema social entero, halló eco mágico en un proletariado de apariencia letárgica. La cascada de huelgas y de ocupación de locales que se siguió, hasta la completa paralización de la actividad económica, fue tan alucinante espectáculo cuanto grandiosa lección de dialéctica dada por la historia viva incluso a los actores más radicales de los sucesos.

Los trabajadores entraban en huelga y se apoderaban de los instrumentos de producción *sin formular reivindicación alguna*, como ocurre siempre y doquier se pone en movimiento la totalidad de ellos. Las reivindicaciones ordinarias desaparecen entonces, abandonadas en la lejanía del tramposo sindical por la amplitud misma de la huelga, que plantea en ese instante el embate supremo al sistema, salvo desmoronamiento de la misma. Yerran quienes juzgan al proletariado por su capacidad de expresión teórica o política, olvidando o ignorando de todo en todo que no puede, como clase, hallar otra expresión que la de sus hechos en libre acción, reventando las múltiples amarras reaccionarias que le retienen o que desvirtúan sus propios hechos. «La toma de consciencia del proletariado» de que tanto se habla, no puede ser otra cosa que el acto revolucionario supremo, a partir del cual irá apareciendo una verdadera consciencia humana, no de proletariado. Lo que la ocupación de las fábricas formulaba era la aspiración y la necesidad de sus ocupantes de dejar de ser fuerza de trabajo asalariada por el capitalismo, *de dejar de ser proletariado*, objeto siempre triturado de una producción y una reproducción social ajenas. Sus hechos eran mucho más elocuentes, mucho más revolucionarios mucho más poéticos incluso -superioridad de la acción sobre el verbo- que las mejores inscripciones de las facultades.

Ratificando la anterior, recuérdese que ni los autores de esas inscripciones, ni ninguno de los grupos «izquierdistas», estudiantes o no, advirtieron que se entraba de primer vuelo en una situación semi-insurreccional. Los hechos de éstos se quedaban mucho más cortos que sus palabras (mera imaginación, no en el poder, cierto), al contrario de lo que acontecía al proletariado y de lo que había sido el caso para los izquierdistas mismos hasta la ocupación de las facultades.

A tal propósito, algunos que se automotejan novedosos dejan caer su canto rodado: «En mayo de 1968, el proletariado industrial no ha estado en Francia a la vanguardia de la sociedad; ha sido su agobiadora retaguardia... Si el reloj de la historia se hubiese parado en ese instante, sería necesario decir que en mayo de 1968 el estrato más conservador, el más mistificado, el más apesadado en las redes y engañifas del capitalismo burocrático moderno ha sido la clase obrera...»²²

En semejante apreciación, la fecha desempeña un simple papel de acomodación, de colgajo destinado a confirmar una idea «descubierta» por el autor mucho tiempo antes, a saber, el conservantismo inherente a un proletariado que ve garantizada un alza continua de su nivel de vida por las propias necesidades de expansión de un capitalismo apto en lo sucesivo para resolver sus propias contradicciones. Un hallazgo de tanta enjundia bien podía espigar una ratificación en los acontecimientos de mayo. Quédese ahí el descubrimiento, que tengo por nulo, y mírense con exactitud los sucesos. Diez millones de hombres en posesión de casi todos los centros vitales, paralizando el funcionamiento del capitalismo y durante varios días del propio gobierno, suscitando hasta en sus enemigos interrogantes desaparecidos durante treinta años, que puso en jaque, aún estando desorganizado, al aparato político-sindical más poderoso y dañino de que se guarde memoria ¿pueden ser tenidos, sin ciscarse en la realidad, por «agobiadora retaguardia»? Nadie, ningún acontecimiento rayó más alto. La ocupación de las facultades fue muy importante, cierto, pero cuantitativamente muy inferior a la ocupación de las fábricas, donde vive y donde ha de morir el capitalismo, sin que fuese superior cualitativamente. Se vio en la mayoría de las asambleas de las facultades, embrollonas, y lo que es peor, a menudo agobiadas por bonzos de la intelectualidad oficial, así mismo en la manera como recuperó el gobierno los locales, sin lucha, cuando no entregados como la Sorbona.

Parafraseando la imagen del despectivo Coudray, «si el reloj de la historia» hubiese tenido la ocurrencia de quedarse sin cuerda en cualquier instante antes de mayo, habría sorprendido a los descubridores de ese jaez aderezando para degustadores fortuitos ideas de la O.C.D.E. y otras *fábricas* de planes de acumulación ampliada del capital. Ahí han sorbido ellos la pretensa aptitud del capitalismo para superar sus contradicciones, su noción del proletariado, y otras. A cada quien lo suyo.

Volviendo a los sucesos, por mucho que la Sorbona, Nanterre y demás escuelas se declarasen abiertas a los trabajadores, los invitasen a la discusión política o proclamasen que la lucha emprendida tenía que ser llevada a término por éstos mismos, lo que se requería era muy distinto. Y en ausencia de ello, el encandeamiento de los sucesos sería descendente, retrogresivo hasta el completo «restablecimiento del orden».

El polo subjetivo, de atracción, que hasta la ocupación de las facultades fue el movimiento estudiantil, sin distingos entre sus diversas tendencias políticas no stalinistas, empezó a fallar enseguida, presa él mismo de las nociones «sociológicas» ambientes (conservantismo del proletariado, sociedad de abundancia, inactualidad de la revolución, etc.) o bien de teorías revolucionarias

²² Coudray, en el número de La *Brèche* sobre Mayo.

caducas; es decir, empezó a mostrar sus propios defectos e insuficiencias. La energía combativa había llevado la juventud estudiantil y obrera allende sus aspiraciones inmediatas conscientes. Ahora bien, desde el instante preciso en que se abstuvieron de lanzar ellos mismos la idea de huelga general, perdían gran parte de la ventaja obtenida por su victoria, y ante todo perdían la ocasión tan excepcional de desarticular de repente el dispositivo reaccionario de la C.G.T. y demás centrales. El problema del enlace con la clase trabajadora no se habría planteado siquiera, y la huelga así desencadenada, aún más rauda y general de lo que fue, habría permitido pasar a otras medidas sin solución de continuidad, incluso allende la creación de órganos electos de dirección revolucionaria. Los Comités de acción donde el número de obreros fue siempre reducido, sobre no ser electos, se encontraban en la incapacidad de asumir ese cometido; eran a lo sumo grupos políticos improvisados, al margen del funcionamiento económico-social y casi siempre tan heterogéneos que se paralizaban a sí mismos. Por otra parte, la mayoría dependían de los centros docentes hasta para su funcionamiento, siendo así que el combate tenía que librarse fuera de ellos y no en el Barrio Latino, sino en las calles de París y en su periferia obrera, aún más que en las fábricas mismas. Para ocupar éstas bastaba una minoría de obreros; el grueso de ellos debió haber marchado convergentemente sobre el centro de la ciudad, tamándola, constituyéndose en Poder.

Las diversas corrientes «izquierdistas» andaban lejos de pensar en lo último. Cuando, ya total la huelga, caen en cuenta de que es necesario «enlazar con los huelguistas», el momento más propicio había pasado. Tres o cuatro días antes, el éxito habría sido cierto, dos días después, quizás. Pero, cuando la primera manifestación de estudiantes y obreros jóvenes tomó rumbo a las fábricas, la C.G.T.-P.C. andaban ya formulándoles reivindicaciones a los trabajadores, primer paso para la devolución de los establecimientos ocupados «a sus legítimos propietarios». Por si no bastare, habían tomado contra los huelguistas precauciones presidiales, no sin ayuda directa del Ministerio de Gobernación. El stalinismo, siempre artero, tuvo fácil juego presentando los estudiantes como elementos ajenos a la clase obrera. Era ése, por lo menos, un hecho físico, sólo superable entonces por la violencia contra ese elemento de todo en todo ajeno al proletariado que es la CGT-PC. La manifestación estudiantil era demasiado rala para intentarlo, como si se hubiese querido hacer tan sólo un acto simbólico. Pero, ¿qué habría ocurrido si la iniciativa de huelga hubiese pertenecido a los mismos que involuntariamente la provocaron? Evidentemente, habría aparecido como factores física y políticamente extraños al proletariado, no ellos, sino la CGT-PC y las otras centrales sindicales de propina.

Tan tremendo fallo, que prefigura el declive posterior de los acontecimientos, no se produjo por mera inadvertencia. Estaba contenido en las concepciones o en la ausencia de concepciones sobre determinados puntos políticos, de los grupos instigadores de la agitación estudiantil. Puede observársele, en escala reducida, durante las manifestaciones anteriores al 10 de mayo. Agresivas, con acierto, hacia periódicos como «*Le Figaro*» y «*L'Aurore*», se mostraron respetuosas hacia «*L'Humanité*», que rivalizaba con aquellos en la mentira sobre la agitación estudiantil, calumniándola por añadidura. Otro indicio neto y aún más escandaloso, la presencia en el patio de la Sorbona, desde el primer día y en uno de los mejores lugares, de un tenderete de propaganda del partido stalinista francés y otros dos de pro-chinos y vietnamitas. La libertad de expresión no justifica esa presencia, que se extendió de diverso modo a las asambleas, o bien habría que conceder igual prerrogativa a Occidente y a cualquier grupo fascista. Mientras los líderes stalinistas, en conciliábulo con el gobierno y con la patronal, secundados por la policía, apuñalaban al movimiento, en la Sorbona y demás escuelas se les permitía aparecer como una corriente dentro de él. En suma, durante todo el movimiento de mayo-junio el stalinismo fue tabú, en particular sus ramales vietnamita y chino, para todos los grupos conocidos como «izquierdistas». Ninguno de ellos, en efecto, hace frente al stalinismo como enemigo de clase del proletariado, en parte debido a inmadurez política de sus componentes, en parte por aceptación, siquiera parcial, de los embaucos y falsificaciones que le son características.

Una ojeada a las diversas tendencias políticas permitirá justipreciarlas y localizar el origen de sus fallos. No hay entre ellas excepción tocante a la naturaleza del stalinismo. Lo gratifican de corriente reformista, pero obrera al fin y al cabo, así lo critican y como tal lo tratan en la práctica. Incluso las que señalan en el sistema ruso y chino el «capitalismo burocrático», ven en sus representantes franceses simples reformistas. La incongruencia es enorme y revierte a convergencia con el stalinismo en cuanto concierne a los lugares de rebatiña entre imperialismos (Sudeste asiático, Medio Oriente, Cuba, etc.) y en política sindical o color de regeneración. No es un secreto que el Movimiento del 22 de Marzo anduvo a partir un piñón con la gente de Mao Tse-tung y no sólo en defensa de la mentida «revolución vietnamita», cual si la «canalla stalinista» fuese una en el cuartel general de Brejnev o de Waldeck Rochet, y otra diferentísima en los cuarteles de jungla asiática, cual si el Vietcong fuese algo sin el Estado policíaco de Hochi-minh y ambos sin la enorme fuerza capitalista representada por Rusia y China.

Por su parte, las organizaciones trozkizantes (JCR-Frank, FER-Lambert, desdeñando al boqueante Posadas y al encubierto Pablo-Raptis), presas de delirio, creen ver en China, Vietnam, Cuba la revolución permanente rediviva. En rigor no tienen perspectiva revolucionaria propia; la han abdicado desde el instante en que admitieron que los regímenes policíacos y de explotación estatal impuestos o favorecidos por Moscú se emparentan de cerca o de lejos con el socialismo. La menos descolorida de ellas, *Voix Ouvrière-Union Communiste*, tiene la humorada de atribuir a Mao Tse-tung, Ho Chi-mihn, Castro... la revolución democrático-burguesa, y caer en el mismo oportunismo incongruente sobre la naturaleza del stalinismo. Por otro lado, el «Programa de Transición», base oficial de esas organizaciones y al que unas más, otras menos imprimen un giro derechista, es

hoy un lastre que veda tomar altura teórica y práctica. Pero debo aducir, para cortar regocijos indebidos a la lectura de lo anterior, que los principales errores e ideas superadas de dicho Programa los comparten aquellos mismos que se burlan de él o lo rechazan.

La más pagada de sí entre el lote grupuscular de mayo-junio, la dicha «Internacional situacionista», cuelga también el marchamo de revolución burguesa -igualándose a «Voix Ouvrière-Union Communiste» no obstante mirarla desde arriba- a los movimientos pseudoindependistas cuya única razón de existencia es la querrela inter-Bloques y cuyo trasfondo es la revolución socialista en derrota. La «coherencia» de que tal grupo hace gala, no para mientes en que, si la revolución mundial estuvo en el orden de lo posible, ¡y de lo intentado!, entre guerra y guerra, toda otra impulsión, doquiera ocurra y aunque sus motivaciones no fueren aviesas, clasificase por ese sólo hecho como reaccionaria. La civilización capitalista es una y esencialmente la misma en toda la redondez de la Tierra, pese sus desproporciones. De lo que tienen necesidad hoy las zonas atrasadas, no es de industrialización y modernización según modelo occidental, sino, tanto como éste, de desembarazarse de ambas emprendiendo un desarrollo económico sin trabajo asalariado, no mercantil.

Lo anterior no es rebuscar motivos de crítica por los cerros de Ubeda. Los problemas internacionales serán en el período actual los decisivos para el devenir del proletariado y de cada organización o individuo de aspiraciones revolucionarias, pues no existe siquiera la posibilidad de una práctica anti-capitalista de fronteras adentro. El internacionalismo no se reduce a tiempos de guerra mundial, sino que hoy ha de hacer mella en los movimientos nacionales, en el guerrilleo, militarismo en ciernes y función, como aquéllos, de los preparativos bélicos, así como en los planes económicos y militares de cada país, regiméntese o no en cualquier Bloque; ha de hacer mella, sobre todo, en los representantes políticos de las principales potencias occidentales y orientales. No hay manera de llevar a término la revolución social en Francia o España pretendiendo que un tipo cualquiera de revolución se desenvuelve en Vietnam, China, Cuba, etc., no digamos admitiendo en Rusia y sucursales la existencia de un sistema económico distinto del de nuestras latitudes.

Sin disonar del mencionado disparate, el situacionismo habla de lucha contra la «sociedad de abundancia» o «de espectáculo». Utiliza los entes creados por la alineación capitalista en el pináculo de su existencia hecha consciencia, contribuyendo por tal modo a advenirlos en lugar de derruirlos. Su «proporción de la guerrilla en los -mass-mediaø» quédase a menudo al nivel de los chascarrillos de «Hara-kiri», y el todo redúcese a la pretensión de sacar polvo del fondo del agua. Lo que en verdad sale es algo viscoso. A imitación de Naville, Morin, Lefebvre, Coudray y tantos otros de la flébil, borrosa, lisiada izquierda francesa, el situacionismo contrapone el disfrute («la jouissance») a la alineación, que toma en uno sólo de sus aspectos, mientras introduce en el disfrute ingredientes que tienen su origen y lugar en la alineación misma.

En lo práctico, ese grupo se sitúa en la categoría de los escaldados por la revolución rusa. La solución de continuidad entre ella y la contrarrevolución stalinista escapa a su escrutinio. En consecuencia, equivalora bolchevismo y stalinismo, condena al primero como causa cierta del otro y deshucia a cualquier partido revolucionario en cualquier tiempo y lugar. Tan sólo los consejos y la espontaneidad de las multitudes encuentran su gracia. Así, mientras 10 ó 12 millones de hombres, habiéndose apoderado de los instrumentos de producción, de parte de los de distribución y paralizado el Estado, se hallaban en la imposibilidad de pasar adelante *sin transformar la huelga en nueva actividad económica bajo su propia gestión*, el situacionismo daba cartel a su «Consejo pro mantenimiento de las ocupaciones». Ahora bien, la espontaneidad verdadera no se encuentra en cada acción, donde siempre hay, a cualquier nivel que sea, una iniciativa; está, por el contrario, en la dinámica de la lucha obrera libre de trabas. Por lo tanto, una revolución hay que tomarla y darle cima tal como ella misma se presenta, sin hacerla entrar por el aro de requisito previo alguno, ni el de los consejos obreros, ni el de un partido, ni el de una plataforma o teoría cualquiera. No está excluido, ni por asomo, que el capitalismo sea aniquilado *antes* de que aparezcan aquellos organismos, que serían en tal caso resultado y no antecedente de la revolución. Como quiera que sea, los acontecimientos de mayo en Francia pusieron bien en evidencia el formalismo inane de la concepción consejista; no se reveló apta para crear siquiera un sólo consejo. Es que el paso inmediato a dar, una vez realizadas las ocupaciones, tenía que ser de orden muy distinto y *superior* al de la aparición de los consejos, no digamos al simple mantenimiento de aquellas. Por tal modo, los adictos a dicha concepción, creyendo apartarse de la experiencia de la revolución rusa, convencidos de superarla, halláronse apresados en la horma demasiado estrecha de la misma; soviets, dualidad de poderes, revolución.

No entra aquí refutar la idea del poder y el socialismo de los consejos, sin partidos, concepción tan entrelazada con problemas actuales y futuros de envergadura. Pero es oportuno indicar que se presenta a primera vista cual mera imagen invertida, y no de signo contrario, a la que confiere a un partido -o siquiera a varios- el poder político y la «construcción del comunismo». Para ponerla en práctica sería indispensable prohibir la constitución de partidos, de cualquier agrupación que buscara obtener la mayoría en los consejos; sería necesario perseguirlos en cuanto apareciesen. Por otra parte, el burocratismo, la corrupción, el peligro de ver la revolución atascada y transformada en su opuesto, es sandío pretender conjurarlo mediante receta alguna, fuere de carácter orgánico o político, además de que los consejos son tan susceptibles de burocratismo y de metamorfosis reaccionaria como un partido... y ciertamente más maleables. Nada, nadie, ningún organismo de por sí conseguirá preservar la revolución hasta que cubra ella todos sus objetivos, si no es la adquisición de consciencia socialista por la mayoría de los hombres y la desaparición de las clases. Verdad es que parte de los consejistas, si no todos, postulan, en lugar de ésta, la desaparición de mandantes y

ejecutantes, otro «descubrimiento» del que se envanecen, reputándolo «contradicción principal del capitalismo moderno». Pero, demos otra vez a cada quien lo suyo. Se trata de una precisión de Engels referente a la desaparición de las clases, sin sentido fuera de ella. Son éstas las que hacen el ejecutante, además de un explotado, un hombre de aptitudes mínimas, cuando no represas durante toda su vida. Mas en una sociedad comunista, quienes en determinado momento y actividad, o en la misma actividad, aparecerían como mandantes, se presentarían en tales otros como meros ejecutantes, y a la inversa, siempre sin menoscabo ni medro personal ni social.

Las otras dos tendencias universitarias principales, representadas por sendos sindicatos (U.N.E.F., SNE-sup.), pertenecen por su naturaleza y por sus amistades políticas a la izquierda democrático-burguesa. Si bien radicalizadas por la situación, no podían dejar de tirar de las otras tendencias hacía la derecha. Entraron en tratos con la C.G.T. y nunca los rompieron con las otras centrales. El mitin del estadio Perlety, con la asistencia requerida de Mendes-France y la participación de stalinistas recién fugados de su organización, no dejó lugar a dudas sobre las intenciones de aquellas. El nuevo partido que proyectaron no habría alcanzado siquiera la categoría de los partidos centristas de 1936; el P.O.U.M. en España, el P.S.O.P. en Francia, el I.L.P. en Inglaterra, impotentes en sus nebulosidad e indecisión. Lejos de tener carácter revolucionario, no habría pasado de ser ampliado por el aflujo de Mayo, sino el actual P.S.U., escombros de la vieja social-democracia, cuya principal aspiración consiste en robustecerse lo necesario... para forzar una alianza con el stalinismo, el representante francés de la contrarrevolución rusa.

Con U.N.E.F. y SNE-sup estaban aliados y vivían en promiscuidad política los grupos anarquizantes y trozkizantes. No elevaron frente a ellos desacuerdo importante alguno, ni marcaron pauta esencialmente diferente. También esperaban ver la C.G.T. «arrastrada» al movimiento y al cabo de él «desbordada», según esquema tan antañón como vacío hoy. Así pues, la pasividad mostrada respecto al proletariado a seguidas de la ocupación de las facultades y aún antes, no es imputable a la sorpresa, ni a cualquier otro factor ocasional, sino a grave error de concepción teórica. En efecto, considerando el stalinismo cual si fuese una organización reformista, le reservaban trato parecido al que dieron los bolcheviques a Kerensky y compañía, mismo que Trozky recomendaba aplicar a la social-democracia alemana durante el período pre-hitleriano. En suma, ninguno de los grupos dichos izquierdistas había sacado todas las consecuencias que se imponen de la naturaleza capitalista y *calculadamente reaccionaria* del stalinismo, hállese o no en el poder. Por consecuencia, no sintieron la necesidad de alertar contra él a obreros y estudiantes, limitándose ellos mismos a actitudes y consignas salariales «a izquierda» de las que imponían los sindicatos aterrados, pero muy a la derecha de las requeridas por la situación. No es de extrañar que las posibilidades revolucionarias *inmediatas* no las vieran los izquierdistas, o que sólo empezasen a columbralas cuando el reflujó había comenzado. Stalinismo y sindicatos, el gobierno y su policía actuaban ya concertados para candar las puertas de las fábricas y transformarlas en otras tantas cámaras de gas.

Algunos fallos iniciales contribuirían sobremedida a extinguir la flama apenas encendida. Uno de los primeros, el referente a la radiotelevisión. La información verídica y la transmisión instantánea de noticias y consignas, de consejos a militantes activos y huelguistas, puede resultar determinante tanto para la extensión del movimiento como para su culminación. La televisión y la radio, cuando no falsificaban los hechos los desnaturalizaban o los silenciaban. Una acción para arrebatarlas al poder era indispensable. Contaba de antemano con el asentimiento de la mayoría de la población y en aquellos momentos incluso con el apoyo de técnicos, obreros y locutores en ellas empleados. La acción estuvo al parecer en proyecto, pero no se llevó a cabo. Luego, la acción de apoderamiento fue substituida por una manifestación de protesta ante la sede de la radiotelevisión, y finalmente ésta misma anulada. Igual suerte corrieron diversos proyectos de instalación de emisoras de que se habló en diversas facultades. Gozando éstas, de hecho, de una situación de extraterrioidad, cualquier emisora bien utilizada habría permitido muchas cosas importantísimas. No sólo romper el cerco que los sindicatos organizaron en torno a los huelguistas, sino también acometer acciones de gran alcance. ¿Quién hizo presión para que ninguno de esos proyectos llegase a término? ¿Quiénes accedieron sin denunciarlo ni intentarlo con sus propios medios? No estando al corriente de la pequeña historia, de cuanto se decía y hacía entre bambalinas, nada de fijo puede decirse, sino que también en ese terreno eran protagonistas los grupos trozkizantes y anarquizantes, a más de los sindicatos mencionados. Como quiera se repartan las responsabilidades, lo evidente es que ningún grupo «izquierdista» estuvo a la altura de la situación. Uno por otros, la información fue abandonada al Estado y a su puntal más sólido en mayo-junio; el stalinismo.

Cualquiera de los grupos de mayo sabe que el capitalismo ha creado, quíralo que no, las condiciones sociales que permiten hoy la revolución proletaria, y, adrede, otras condiciones no menos objetivas que la combaten; policía, ejército, legislación represiva; acondicionamiento de las mentes por mil medios de inculcación y conculcación, si bien escapa por lo general a su entender que los planes de crecimiento industrial entran en la misma categoría. En cambio, ninguno tenían consciencia de que las centrales sindicales con sus respectivos mentores políticos forman también parte del dispositivo capitalista destinado a combatir la revolución, de que son por ende el obstáculo más contiguo a arrollar, no a colonizar o modificar, para que el proletariado ponga a contribución aquellas condiciones objetivas, arranque de cuajo estructuras y superestructuras capitalistas y se plante de rondón en la Era comunista.

Así fueron encandenándose unos a otros fallos, torpezas, incapacidades teóricas y oportunismos de los «izquierdistas». En prolongación de los mismos, las jornadas del 24 al 29 de mayo marcan sin lugar a dudas ya, entre desfiles stalinocegetistas y discursos de De Gaulle, la recuperación del Estado y dentro de él la reafirmación del gaullismo. El discurso presidencial anunciando nuevas elecciones legislativas, tuvo en ello menor causa que las demostración decidida por el Buro Político. El objeto real de ésta era dar prueba fehaciente de que la combinación CGT-PC dominaba orgánicamente al proletariado y de que por consecuencia sólo ella podía constreñirlo a resignarse una vez más a su condición de clase explotada, con De Gaulle, o si se terciase con un ministerio «popular». Las pretensas manifestaciones, la del 29 de mayo en particular, fueron de hecho procesión y cuerda de obreros rigurosamente conducidos por los forzudos profesionales del stalinismo, sin que les faltase, en segunda línea, la custodia de la policía. Transcurrieron pues esas jornadas como si los líderes staliniano-cegetistas y los gubernamentales se hubiesen concertado de antemano y dividido la faena: estos últimos anunciando elecciones, proponiendo nuevos acuerdos salariales y arreciando su represión contra los izquierdistas en general; aquellos otros probándoles, mediante sus conducciones de obreros y su ansia de negociar, bastarse para forzar la devolución de las empresas a sus propietarios, el retorno de los obreros a la producción de mayor capital, como si nada de importancia hubiese ocurrido entre el 10 y el 24 de mayo. La precipitación y el alivio con que los líderes stalinistas y sindicales (no sólo los de la C.G.T.) se acogieron a las elecciones y a la negociación-venta de Grenelle, en el momento en que preponderaba en todo el país la fuerza de la clase obrera, hace sospechar un apalabramiento anterior entre ellos y el poder... etc.

Evidentemente, del éxito o del fracaso de las procesiones stalino-cegetistas dependía el retroceso o la marcha adelante del movimiento revolucionario. A los grupos izquierdistas tocaba apoderarse de ellas desde dentro y transformarlas en manifestaciones contra el poder y la sociedad existentes, o por lo menos desbaratarlas *a todo costo*. No se les ocurrió sino convocar manifestaciones simultáneas y concurrentes, la principal de las cuales no consiguió andar el corto trecho que separa la estación de Lyon de la Plaza de la Bastilla y contra la cual se encarnizó como nunca la policía. Sus 50 ó 60 mil manifestantes constituían fuerza sobrada para frustrar los planes stalinistas, y habría seguro encontrado la colaboración de gran número de obreros llevados a remolque por aquel o descontentos. Pero había que tomar la determinación de batirse sin duelo contra el stalinismo, lo que sobrepasaba las intenciones de la mayoría de los organizadores «izquierdistas» y rehuían otros.

El saldo favorable al stalinismo a partir del 24 de mayo y reafirmado el 29, llenó el espacio de la Concordia al Arco de Triunfo, seis después de la primera fecha, de una multitud negociante, atorrante y bovina, en procesión gaullista esta vez. Trayecto más real y burdo que simbólico: de la concordia dentro del sistema de explotación impuesto otra vez en las fábricas, a triunfo del capitalismo.

El movimiento de mayo finiquitaba. Aquellos mismos que le dieron el empujón inicial mediante la denodada lucha callejera y la ocupación de los centros de enseñanza, mostráronse pronto inaptos para abrirles perspectivas mayores: las de la revolución social, no existían otras. El polo de atracción que fueron por un instante, se desvaneció al tocar realidad del movimiento revolucionario mismo. La debilidad numérica de los «izquierdistas» no hace al caso ni es tanta; sí sus conceptos de lo que representan los sindicatos en general, el stalinismo en particular, su mezquina apreciación de las posibilidades revolucionarias instantáneas del proletariado, *por ende también de las suyas propias*, su apego rutinario, en mucho o en poco, a los lineamientos de la revolución rusa, y en el caso de algún grupo narcisista, también sus aberraciones psicopolíticas proclamadas libérrimas siendo de hecho escoria del mundo burgués.

El movimiento de mayo representa un cariz muy diferente del que precedió a la revolución rusa, sin hablar de sus respectivos antecedentes ni de sus bases sociales, aún más dispares. La ocupación de las industrias y de los centros de actividad comercial, administrativa, cultural, financiera en parte, etc., planteaba el problema de la supresión del sistema social existente a partir de esta ocupación:

POSESIÓN ECONOMÍA + OCUPACIÓN DEL PODER POLÍÍTICO = TRANSFORMACIÓN SOCIALISTA

Era eso imperativo trazado por los acontecimientos mismos, supremo guía de la revolución y de los revolucionarios. Los izquierdistas habían aprendido esta otra ecuación:

Ocupación del poder político + posesión económica = transformación socialista. La diferencia es enorme cuando se trata de actuar imprimiendo nuevo derrotero a la historia. En el fondo sólo reside en el orden de las tareas a cumplir, pero ese orden escapará siempre al querer del proletariado y de sus partidos.

Atenidos al ejemplo ruso, ninguno de los grupos de mayo supo desembarazarse de él e inspirarse en el decurso de los sucesos. Por añadidura, los mejor organizados de entre ellos proyectan como medida económica subsecuente a la toma del poder político, la nacionalización, que centraliza, pero no suprime el capital. No paran mientes en que el Octubre ruso fue una revolución política realizada por el proletariado con perspectiva socialista no inmediata, sino mediata, mientras que hoy -en Francia o donde fuere- sólo cabe hacer una revolución inmediatamente socialista. Aún más importante para el caso es que en Rusia existiese un movimiento revolucionario anterior a octubre y que el proletariado crease los soviets con antelación suficiente para consentirles evolucionar de reclamaciones intrascendentes a la reclamación del poder político. Por el contrario, el movimiento de mayo estalló de súbito, en medio de una calma chicha que muchos daban ya por característica inseparable del «capitalismo moderno». Y

de súbito el proletariado se encontró con que casi todos los instrumentos de producción estaban a su albedrío. Pero a los grupos «izquierdistas» les faltaban los soviets, sus «conseils ouvriers», y viéndolos ausentes, se quedaron tan encerrados en las ocupaciones como si los hubiese metido tras las rejas de una fábrica la CGT.

Tampoco le sirvió para maldita la cosa el ejemplo de la revolución española, durante la cual el ataque armado y victorioso del proletariado a reaccionarios, fascistas, militares y curas en son de cuartelada, hizo surgir por todas partes los Comités-gobierno o consejos obreros y entregó la economía a los productores, amén de las armas. Los organismos de poder revolucionario fueron resultado directo de la lucha insurreccional, no su antecedente. Sólo los hombres son copistas y rutinarios; los grandes acontecimientos de la lucha de clases, nunca; cada uno tiene sus peculiaridades. Así los hombres y grupos de mayo creían innovar hablando de impugnación total («contestation»), sin caer en cuenta de que lo nuevo y muy allende cualquier impugnación era la brusca surgencia de una situación revolucionaria, sin ninguno de los signos premonitorios de las situaciones revolucionarias anteriores y en orden distinto. Diez millones de huelguistas no impugnaban, sino que negaban, por el sólo hecho de la ocupación, la naturaleza capitalista de los instrumentos de trabajo, base y fuente de su opresión cotidiana y secular. Era funesta pasividad limitarse a mantener las ocupaciones. Sin continuar adelante, el movimiento amainaría, dándose lugar a que los sindicatos y el gobierno forzasen, entre represión y compromiso, la devolución de los instrumentos de trabajo al capital.

Para que la acción obrera alcanzase toda su amplitud en Francia y todas las repercusiones internacionales posibles, era obligado reanudar la actividad productiva y distributiva *dirigida por los trabajadores y para los trabajadores*, poner en marcha los circuitos económicos, denegando al mismo tiempo suministros a los organismos gubernamentales y pro-gubernamentales. Entonces se habría planteado inmediatamente y en condiciones óptimas, el acto decisivo para cualquier revolución; la toma del poder. Tras la negación del carácter capitalista de los instrumentos de trabajo, la negación y la destrucción de su gendarmería política. El Estado francés, flaqueante durante toda una semana hasta dar signos de inexistencia, se habría venido abajo o bien habría sido destruido por la violencia. Mas aún suponiendo que el encuentro hubiese resultado negativo, la lucha así emprendida habría adquirido para el porvenir una ejemplaridad de que carece el ahogo paulatino y sin brío presenciado en junio.

No tengo conocimiento de grupo alguno que orientase sus actividad en tal sentido, o siquiera que discerniese así el imperativo de la situación, aunque en algunas fábricas se hablase de avituallar a los huelguistas, mero expediente. El mismo carácter, tinto del «libre intercambio de productos» caro a Proudhon, tiene el suministro directo de alimentos a los huelguistas, organizado por algunos grupos. En resumen, quienes no se quedaron al nivel de las reivindicaciones dentro del capitalismo, se atascaron en las ocupaciones, al aguardo de una «dualidad de poderes» tan quimérica como superflua en aquellos instantes. Una vez más, las tendencias de «extrema izquierda» fueron sorprendidas en posición derechista respecto de la situación revolucionaria inesperada. Ninguna fue capaz de renovarse sobre la marcha ¿Lo serán después de la experiencia? Viéndolas obsecarse en el tranquilo teórico y las nociones manidas que en mayo las dejó rezagadas, se impone la respuesta negativa. Una tendencia nueva deberá crearse.

Alguien hubo, sí, para comprender que de la ocupación de industrias podía pasarse a la actividad económica bajo gestión obrera, y de ahí al copo de la sociedad capitalista, pero ese alguien forma parte del enemigo de clase del proletariado. Lo comprendió mejor que el poder gaullista y acorrió sin tardanza a evitarlo. La jesuítica medida con que el Buró Político stalinista recomendó a los huelguistas vía C.G.T.: «¡Formulad vuestras reivindicaciones!», él, ducho en tretas para imponérselas, encerraba todas las posibilidades tácticas reaccionarias consentidas por el hecho consumado. Según evolucionase la lucha emprendida, las tales reivindicaciones podían ir desde un aumento de salario y una disminución de la jornada de trabajo, hasta la nacionalización de las industrias, el control obrero de la producción, de los libros de cuentas, etc., y hasta el «gobierno popular», pero dejando intacta la relación estructuras capital-salariado y su coronamiento estatal. No necesitó, se ha visto, echar mano a los grandes procedimientos de salvación del capitalismo. Cada día transcurrido, una vez generalizada la huelga, sin que se pasase a medidas superiores, daba a los aparatos sindicales mayor capacidad de dispersión de la lucha contra el sistema en múltiples luchitas triviales, y de bloquear a los trabajadores en las negociaciones entre capital y sindicatos. Por ese procedimiento, el stalinismo salvó, no sólo la sociedad capitalista francesa, sino también, dentro de ella, el poder gaullista. Y no actuó así por oportunismo, por ser reformista, según le reprochan disparatadamente los grupos izquierdistas a una, sino en estricta conformidad con sus intereses capitalistas presentes y futuros, nacionales e internacionales.

Eso dicho, importa señalar que los izquierdistas habrían creído arrancar una victoria importante, caso de que sindicatos y gobierno se hubiesen visto en la necesidad de introducir el control obrero y la nacionalización, a fin de seguir extrayendo plusvalía a cada hombre. No discernen el valor de engaño y de lucha contra la revolución de tales medidas.

La diferencia entre el resultado del movimiento de 1968 y el de 1936 es sintomática y elocuentísima. Durante éste último fue muy inferior el número de huelguistas ocupantes, así como la duración del paro. También en aquella fecha, el camino a la revolución les fue cortado a los trabajadores por el partido stalinista, más la SFIO. No obstante, obtuvieron la semana de 40 horas (sin salario base ni destajos), las vacaciones pagadas, y una libertad en los lugares de trabajo que contrasta con la disciplina cuartelaria que padecen hoy. En junio de 1968, los aumentos de paga eran en buena parte ficticios al cesar la huelga, y los que no están volatilizándose al ritmo de la carestía. Lo único durable de Grenelle es el reconocimiento de la sección sindical de fábrica,

grillete suplementario para la actividad revolucionaria. Así pues, el saldo del movimiento más formidable conocido en Francia desde la *Commune* es negativo incluso desde el mezquino punto de vista salarial, sin hablar de la confirmación del poder gaullista. La causa de semejante diferencia reside en que el stalinismo de 1936 aún no había completado la transformación reaccionaria que Moscú le marcaba, mientras que la SFIO conservaba todavía rasgos de organización reformista. Juntos actuaron en 1936 como izquierda burguesa, mientras que a estas fechas no tienen la latitud de representar otra cosa que el capital monopolista, estatal o no, el de Oriente o el de Occidente. Los tiquismiques entre el stalinismo francés y Mendes-France o el conjunto de la Federación de la Izquierda, P.S.U. en el saco, no tienen mayor calado.

Mas a despecho del saldo práctico negativo, el movimiento de mayo fue un soberbio acontecimiento. No tanto por su magnitud y persistencia, cuanto por las nociones erradas que ha echado por la borda, y las que ha insinuado para un desenvolvimiento revolucionario futuro. Los sacamuelas de la integración del proletariado al capitalismo, de la sociedad de abundancia, de la capacidad de la misma para superar sus contradicciones, y para «represar las fuerzas revolucionarias tanto tiempo cuanto logre producir más mantequilla y cañones» y abusar de la población mediante formas nuevas de control total²³, recibieron en mayo definitiva afrenta. Bastó la acción del proletariado francés para que sonasen a hueco sus ideaciones. El prolongado torpor del proletariado mundial, no ha sido consecuencia de la creciente productividad del capitalismo, sino a la inversa. Y a su vez, ese torpor es resultado de hecho, por lo general inconsciente de las derrotas padecidas, derrotas que le han sido infligidas, no por la burguesía, sino por el peso político, cuando no policíaco, del stalinismo. Este y no el proletariado es el que ha sido asimilado por la sociedad de explotación.

No menos mal parada resultó -ya se ha visto- la tesis de la crisis de «sobreproducción» como catapulta de una situación revolucionaria. Mayo corroboró la primacía del factor subjetivo, una vez dado el desarrollo industrial indispensable para acometer la organización del comunismo. La lucha física en el Barrio Latino y la ocupación de las facultades obraron como factor subjetivo, por más que ellas mismas, es decir sus protagonistas, apareciesen enseguida como factor subjetivo insuficiente, chambón, entreverado de oportunismo, y por ende más ilusorio que real.

La contradicción entre lo precario de dicho factor subjetivo y las grandiosas posibilidades inmediatas que ofrecían 10 millones de ocupantes, da cuenta de la poquedad final de los acontecimientos de mayo y de la reafirmación del poder de la momias, en el Estado y en su brazo sindical.

A pesar de ello, quedó claro que la toma del poder político puede plantearse también en ausencia de órganos obreros (consejos, comités, juntas, soviets), a partir de una ocupación de los centros económicos, puestos enseguida a funcionar como instrumentos de trabajo social, no mercantil. La revolución no conoce pasos que hayan de darse obligatoriamente en un orden cualquiera. Muerda por donde mordiere en su primer empujón, le es indispensable dar cima, so pena de ser rechazada, a sus tres requisitos primordiales: poder, armas, economía, al proletariado, retoño de una sociedad sin clases.

A despecho de su poquedad inmediata, los acontecimientos de mayo fueron un ventarrón de aire fresco cuyas repercusiones purificadoras se harán cada día más sensibles en la clase obrera y en sus medio políticos. El oprobio recaído sobre el stalinismo y su C.G.T., la vergonzante complicidad de las otras centrales sindicales, prometen luchas obreras independientes y denodadas. Habrá de seguro trabajo para los revolucionarios. Ahora bien, las tendencias que aparecieron como tales en mayo, no lo son sino muy a medias; algunas menos. Sólo la transformación de ellas, de alguna de ellas, o la aparición de otra nueva que adapte sus nociones teóricas y sus perspectivas inmediatas tanto a la experiencia de 50 años como a la urgencia de revolución proletaria desde Tokio, Pekín y Moscú, hasta Wáshington, permitirá suscitar las energías y las ideas adecuadas a la gran sublevación. La joven generación, no abollada la cabeza por esquemas muertos, descubrirá el camino probablemente antes y mejor que los viejos grupos atardados.

Noviembre 1968

EL ORO REY, Y LA CRISIS DE LA SOCIEDAD MUNDIAL.

(ALARMA, segunda serie, nº 11, julio 1968)

En los siglos XVI y XVII, la afluencia de oro a España constituyó la causa original de su bancarrota económica, seguido por la decadencia del país. Se enriquecían y prosperaban, por el contrario, aquellos países que no atraían el oro sino en proporción a su propia productividad. En el trance financiero de 1968, la abundancia de metal precioso en Europa occidental es signo de su debilidad económica por relación a Estados Unidos. Las piras de lingotes almacenadas en todas las capitales occidentales provienen en su mayoría de la compra de industrias europeas por el capital yankee, o bien de inversiones directas de igual procedencia. Mientras los Estados Unidos hacen acopio de industrias, es decir, de verdaderas fuentes de riqueza, las naciones de Europa se chapan con el símbolo relumbrón de la riqueza. Pero el símbolo no genera la riqueza, que estará siempre en los

²³ Herbert Marcuse: «*L'Homme unidimensionnel*». París 1968, p. 11.

productos, a los cuales sirve aquel de vehículo, y de los cuales es inseparable en sistema capitalista. Y el símbolo no puede estar largo tiempo separado de su contenido. Por el simple juego del comercio y de la realización de la plusvalía en escala terrestre, es drenado hacia donde encuentra la base productiva que le corresponde, sin que ninguna especulación sobre el oro como mercancía o como objeto de tesorerización privada modifique durablemente el curso de las cosas. Cualesquier disposiciones tomen los países europeos, el oro excedentario por relación a sus capacidades económicas refluirá hacia las arcas estadounidenses ... salvo derrocamiento del sistema en Estados Unidos y en Europa.

Es un hecho que los enormes pagos en inversiones en dólares convertibles en oro se han efectuado durante los últimos años sobre todo, y precisamente cuando el crecimiento de la economía europea lentecía e iba aumentando el despido de obreros. Al mismo tiempo, proseguía ininterrumpida la prosperidad americana, si bien amenazada por un importante déficit de su balanza de pagos, y a despecho de un paro crónico de varios millones de hombres. Mas el capitalismo de hoy ha adquirido tan compacta unidad que sus achaques se propagan de polo a polo, burlándose de cordones sanitarios nacionales y de Bloque económico-militar. Así, lo que voceros oficiales llaman eufémicamente òmalestar económicoö o òrecesiónö, no exime a ningún país de Europa, pertenezcan al Mercado Europeo, al COMECON, o situénse al margen. El lejano Japón mismo se ha sentido tocado, pese a su emplazamiento ventajoso de gran potencia industrial en un piélagos de países que necesiten sus productos, sus máquinas, y le suministran materias primas. En fin, el propio coloso entre los colosos capitalistas ve en la necesidad de bajar la testuz y pasar por el mismo aro que los otros países. Un alto funcionario de Washington declaraba que el obstáculo mayor para enjugar el déficit de la balanza interna y conjurar la amenaza cernida sobre el dólar era la propia expansión del capitalismo estadounidense. Y pedía frenarla, como ha hecho ya el gobierno, aumentando los impuestos y el precio del dinero. Ello repercutirá en una baja del nivel de vida del proletariado, una disminución de las inversiones y de la producción, con el aumento consiguiente del paro más la merma de las actividades comerciales. En suma, si en Europa, desde España hasta Rusia, sin el menor distingo, el freno a la expansión apareció inopinadamente, en los Estados Unidos lo introducen apostando decisiones oficiales, por miedo a una aparición espontánea más grave.

Tras la acumulación dirigida del capital, la crisis dirigida, dosificada, por así decirlo. El hecho merece atención como fenómeno político y social, aún más que como manejo económico nuevo. ¿Conseguirá el capitalismo espaciar, canalizar y suavizar sus crisis de òsobreproducciónö otrora cíclicas, o bien se avecina a una convulsión de intensidad superior a la de 1929-31, que sólo la guerra mundial terminó? Quienes afirman lo último subestiman los recursos de dirección económica de que ha dado muestras el capitalismo en los últimos 30 años, mientras que, por otra parte, sobrevaloran el significado de la contradicción interna causante de las crisis cíclicas y ven en éstas el impulso indispensable a la revolución. En cambio, es frecuente, entre quienes sostienen la primera posibilidad creer que el capitalismo tiene ante sí luengos decenios de vida opulenta, cuando no terminan declarándolo apto para resolver, además ésa, todas sus otras y más graves contradicciones.

Unos y otros cometen el error común de no ver que la contradicción fundamental del sistema, de donde dimana imperiosamente la necesidad de revolución social, es la que pone frente a frente, con rudeza irremisible, capital y salarido, el sistema de producción y de distribución a las exigencias de los trabajadores, de la sociedad como conjunto mundial. Así, sin desdeñar los recursos de timoneo que pueden permitir al capitalismo una acumulación ampliada menos espasmódica, y aunque factores todavía imponderables venga a causar una nueva gran crisis de sobreproducción, sostenemos, por nuestra parte, que de todas maneras irá agravando su contradicción principal, aquella que le convierte en enemigo mortal de la humanidad entera, el sistema de explotación a liquidar inmediatamente. La crisis cíclica es un momento del sistema; pero lo que vivimos desde hace decenios, incluso durante el mayor auge de los negocios, *es la crisis del sistema de civilización regido por el capital*, sin distinción de propiedad privada o de Estado.

El oro acumulado en Fort Knox y en los demás bancos del mundo, es codiciado por los diversos sectores capitalistas nacionales o de grupos nacionales y militares, como fuente de mayor acumulación de instrumentos de producción y de instrumentos de guerra. El desequilibrio del sistema es puesto a contribución para hacer resbalar los lingotes de unos sótanos a otros, aun a riesgo de causar una bancarrota. Al fin y al cabo, es siempre el proletariado y los desheredados de todo género quienes padecen las consecuencias, tanto de una crisis como del restablecimiento del capitalismo. Mas, para ese proletariado como clase mundial y como futuro gobernante, el oro es un metal como cualquier otro. Lo utilizará en la industria y la química o bien como ornato femenino, nunca como medida de un valor que lleva por condición previa su propia esclavitud al trabajo asalariado. El reino del oro es inseparable del reino de la explotación. Una economía socialista ha de suprimirlo, o bien nunca será sino un capitalismo encubierto.

Los revolucionarios debemos considerar la crisis del capitalismo, no en su aspecto momentáneo, de desajuste entre producción y consumo, sino en su aspecto general y permanente, de contraposición del sistema en escala terrestre a los intereses inmediatos, que son actualmente los intereses históricos, de una clase asalariada que debe dejar de serlo para que la humanidad se adentre en un tipo superior de civilización. Quienes reclaman òpleno empleoö, òsalario justoö, òsubsidio al paroö, modificaciones a la estructura del capital, etc., dan la mano a éste para salvar sus dificultades y proseguir su reaccionaria acumulación ampliada.

La lucha obrera ha de enderezarse contra el sistema entero, que retiene los instrumentos de producción como capital de Estado, de trusts internacionales o privados, y raciona el consumo de la mayoría mediante la paga salarial. ABAJO EL CAPITAL Y EL TRABAJO ASALARIADO, he ahí el grito que debe presidir la lucha obrera, sin exceptuar país alguno y en la forma detallada en *Pro Segundo Manifiesto Comunista*. Y el oro rey será derrocado, y cada individualidad dará su propia medida, sin destellos de mercenario regostado.

DECENIO 70. RESURGENCIA DE LA REVOLUCIÓN O PUTRIDEZ SOCIAL

(ALARMA, segunda serie, nº 13, mayo 1970)

Los primeros síntomas degenerativos de una civilización coinciden con el ápice de la misma, cuando no los abriga, subyacentes, durante su propio desarrollo. Es lo que destaca la historiografía, mal que bien, de su estudio del devenir humano desde el período neolítico, y también lo que vuelve tarumba a la filosofía de la historia.

El desarrollo continuo, siempre avante de la civilización, propio de la interpretación hegeliana resulta teleológico y casi tan superficial, pese a su optimismo, como la pesimista y en fin de cuentas religiosa concepción de caída obligatoria tras el apogeo, que Ortega y Gasset compartía con otros filósofos y sociólogos occidentales.

Han existido indudablemente sociedades óno sólo las de castas- metidas por su propia estructura en un aro infranqueable. La decadencia era para ellas inescapable, de igual modo que en la evolución de las especies algunos tipos animales adquirieron formas sin porvenir, que los condenaban a la desaparición. Mas otros modos de civilización han conllevado factores que permitan superarla suprimiéndola, sin que en ningún caso el salto revolucionario fuese leicidad orgánica. Ni decadencia ni revolución son fatalidades en este último tipo de civilización, a la inversa de lo que pretende, tocante a la revolución, un materialismo emparentado con el idealismo por su propia tiesura. Tratándose de la sociedad actual, la movilidad y la contraposición dialécticas posibilitan sin obligar, mientras que la irrealización de sus potencialidades acarrea, como contrapatida, la decadencia. Y los factores que deben consentir el salto en el desarrollo no tienen similitud con las mutaciones cromosomáticas debidas al azar o a la adaptación, cual ocurre en las especies, ni están sujetos al rigor de una ley física. La sociedad es el conjunto de los hombres, y por ende sólo los hombres llevarán a efecto la revolución, basándose en las condiciones materiales dadas. La revolución ha de ser un acto deliberado, una volición, o no será, sépalo ese marxismo que no ha aprendido del revolucionario Karl Marx otra cosa que la dependencia del hombre respecto del sistema de producción, no la dependencia del sistema de producción respecto del hombre, absoluta en determinados momentos.

Y bien, la civilización capitalista, mundial, ofrece desde hace decenios plena posibilidad de superarla anulándola, mientras, por defecto de ello, presenta ya signos inequívocos de decadencia. Uno de los más ahincados entre ellos, de donde ramifican otros, es la pudrición de los valores políticos y morales que acarrea el desarrollo del sistema y le conferían su valía. Pudrición no significa sustitución, menos sobrepase. Así, vemos hoy revolcarse en ella, gozosos, no sólo a los representantes del sistema, sino también a muchos que se consideran enemigos de él. Ahora bien, por mezquinos y limitados en el tiempo que los valores morales y políticos del capitalismo hayan sido, únicamente la aparición de valores más altos consentiría la libre elación del hombre en una civilización suya, no contrapuesta a él.

Antes de continuar conviene dar el alto a los caballeros del economismo. El crecimiento industrial capitalista, robustez y progreso a sus ojos, es en nuestros días grave signo de decadencia, no sólo por los conflictos comerciales y estratégicos que engendra, no sólo por los armamentos nucleares y clásicos que apabullan a la humanidad y la mantienen bajo amago permanente de exterminio, lo que bastaría con creces; sino también, y en primer lugar, porque merma las posibilidades del hombre y lo va destruyendo. Hace un siglo que Marx decía: «Con la *valorización* del mundo de las cosas se intensifica la *desvalorización* del mundo de los hombres en relación directamente *proporcional*». En efecto, el desarrollo industrial del capitalismo indispensable para la revolución comunista fue alcanzado hace decenios, y todo crecimiento posterior, es reaccionario, es teratológico²⁴. O se corta mediante la revolución o terminará amaestrando al hombre como perro de circo. Hemos llegado a un punto en que la valorización del mundo de las cosas nulifica por completo al hombre, que ya no es, Oriente y Occidente en uno, sino carne de máquina o de cañón y objeto constante de cuestionarios policíacos y administrativos.

Pese a todo, desde la revolución española hasta la fecha, corridos 30 años, la civilización capitalista campea indeseñada. Las convulsiones habidas luego, Grecia 1944, Alemania Oriental 1953, Polonia y Hungría 1956, Francia y Checoslovaquia 1968, no han originado nuevo período de combates obreros ni fundado movimiento revolucionario, como fue el caso con la revolución rusa de 1917. La causa de tal infecundidad no se encuentra en el fracaso o el aplastamiento de las mencionadas tentativas, aún menos en la validez económica y política del capitalismo; no, está en el proceso mismo de la lucha de clases durante los últimos 50 años.

²⁴ Véase F.O.R.: *Pro Segundo Manifiesto Comunista*+

Las agitaciones o insurrecciones habidas en toda Europa, Asia, América y África mismas a partir de 1917, cauda fulgurante del Octubre ruso, no se comprenden sino como partes de una sola lucha por la revolución mundial. Mas lo característico de su derrota sucesiva consiste en que no se produjese por obra de la burguesía. Por lo menos a partir de la revolución china de 1926-27, si no antes, es la intervención política del Kremlin, *sus* partidos mediante, lo que impide la revolución. Ya en la Alemania de 1932-33, Moscú impartió a su gente, dóciles mercenarios acostumbrados a obedecer sin chistar, órdenes estrictas de dejar camino libre a Hitler. En fin, en la España roja de 1936-39, la intervención política se extiende a intervención policíaca contra la revolución. El ciclo de lucha por la revolución mundial iniciado en 1917, lo clausura en España, vía embajada de Stalin y stalinismo nacional, el mismísimo gobierno que todavía tiene la avilantez de presentarse como heredero y continuador de la revolución rusa.

La incompreensión de todo ese período de la lucha de clases y de sus grávidas consecuencias políticas se hacen sentir muy fuertemente sobre el proletariado y sobre sus destacamentos políticos avanzados; es la causa principal de su esterilidad.

La transformación de la revolución rusa en contrarrevolución, operada sigilosa y paulatinamente al principio, desde el interior mismo del partido bolchevique, es muy discernible a partir de 1923, y restalla durante el decenio siguiente en los procesos de Moscú y en el exterminio de centenares de miles de hombres, la mayoría de los de 1917. Al mismo paso, los planes quinquenales uncían el proletariado al capital cual jamás lo estuvo antes. Es decir, que mientras el suceso revolucionario de Octubre va originando en un país tras otro acometidas revolucionarias, mientras el proletariado insurgente de esos países ve en el gobierno de Moscú un amigo y una esperanza, el gobierno de Moscú va asestándole implacablemente puñaladas por la espalda hasta dejarlo exangüe. Así se desembarazó el capitalismo mundial de la revolución, así consiguieron sus diversos grupos de intereses imperialistas hallarse libres para redistribuirse, mediante la guerra, el derecho a explotar mayor o menor parte del mundo.

Pero en el capitalismo mundial habíase insertado ya, con suficientes méritos para ser acogido con todos los honores, el gobierno de Moscú. Liquidando la lucha por la revolución mundial, Moscú actuaba en consonancia con sus intereses nacionales y con la futura trayectoria imperialista de su capitalismo estatal. En una palabra, consumada la contrarrevolución en Rusia, contrarrevolucionaria tenía que ser su política frente a cualquier acontecimiento de lucha proletaria. Sin eso no podía producirse, ni ser tolerada por los antiguos imperialismos, la expansión rusa que hemos presenciado, desde Europa hasta Asia y Cuba.

El crecimiento industrial post-bélico de los imperialismos óRusia incluida y China en puerta- la nueva estafa ideológica de los nacionalistas de cualquier parte del mundo, sus trasiegos de un imperialismo a otro, son debidos a la liquidación, gracias al Kremlin, del período revolucionario mundial entre 1917 y 1937. Respecto del antiguo capitalismo y de la burguesía, el proletariado está invicto.

Ahora bien, el marasmo ideológico y la quietud de la clase trabajadora no son ya mero resultado de la vil actuación del stalinismo. Los devastadores efectos de su obra en tal dominio, tan prolongados y profundos, los ha consentido, por prestación gratuita, la política de todos los grupos y partidos no stalinistas. En efecto, han sido incapaces de tratar al stalinismo como enemigo de clase, lo han flanqueado en cuanto concierne a sus intereses imperialistas, desde las resistencias nacionales hasta Vietnam y Medio Oriente, mientras que en lo sindical van de compañía con los aparatos stalinistas o con los de otras centrales sindicales (Inglaterra, Alemania Federal, Japón).

La clase obrera internacional se ha visto así privada, durante luengos decenios, de un centro de irradiación ideológico inconfundible con la canalla stalinista y sindicalera de cualquier parte, de un polo de atracción revolucionaria que signifique para ella una esperanza, la posibilidad de acabar con el capitalismo en momentos como el de Mayo de 1968 en Francia. Los mejores de tales grupos vivotean embrujados por concepciones muertas, cuando no ventajosas hoy para el capitalismo. Sin desembarzarse de ellas serán siempre incapaces de abanderar la revolución, incluso si llegaran a ser organizaciones grandes. Es evidente que mientras perdure esa situación cualquier futura sacudida social será también efímera y no impedirá al capitalismo occidental y oriental reanudar su destructor funcionamiento económico-militar.

Desde la fundación de la Primera Internacional, nunca se había encontrado el proletariado tan desguarnecido de organizaciones revolucionarias, o simplemente de organizaciones propias. Al mismo tiempo, nunca las condiciones económicas, militares y políticas, del capitalismo apremiaron tanto su aniquilamiento por la revolución. Dislocación tan enorme no puede durar ya mucho sin derruir las condiciones objetivas de la propia revolución y en fin de cuentas sin abocar al cataclismo termonuclear. Todas las civilizaciones que han entrado en decadencia fueron precipitadas a ella por el fragor del pillaje bélico, si bien una y otro los engendraba la caducidad de sus sistemas. La horrenda amenaza atómica cernida sobre el mundo de hoy es fiel imagen de la podredumbre de la civilización capitalista. Y déjese a los pazguatos boquiabrirse ante la industrialización y el òprogresoö.

El decenio que acaba de empezar (centenario de la Commune de París) será sin duda alguna decisivo para el devenir. Verá surgir nuevas organizaciones enemigas por igual de los bloques imperialistas existentes o virtuales, y desembarazadas de esquemas antañones, hoy pseudo-revolucionarios. Esa ruptura impregna ya el sentir del proletariado, en particular la juventud, siquiera sea sin formulación neta. En Oriente no menos que en Occidente, los jóvenes ven con hostilidad, cuando no con odio a sus respectivos gobiernos y a los partidos tradicionales. Un grandioso movimiento revolucionario común está latente ahí, y

tenderá irresistiblemente a cuajar en conceptos claros, a despecho de los narcóticos políticos y yerbáceos que el viejo mundo esparce.

Los revolucionarios debemos contemplar nuestra acción, en cualquier país que sea, como parte de una acción mundial que ha de sublevar mañana al proletariado de los dos bloques militares y al de los países neutrales. A menos de encantar ampliamente ese trabajo durante los años 70, si no de darle cumplimiento, cosa muy factible, la civilización capitalista seguirá envenenando la conciencia humana y rehundiéndonos en la decadencia en nombre de la democracia o del socialismo. La futura civilización comunista exige dismantelar de arriba abajo lo que hay en Rusia y lo que hay en Estados Unidos, no menos que lo que hay en China. Debemos proyectar pues la acción concertada del proletariado occidental y oriental.

Pero no serán las aguas de albañal del nacionalismo ñanti-imperialistaö, del guerrilleo, del poder negro, las que abran cauce a esa corriente revolucionaria, ni siquiera aquellas otras hoy remansadas y contaminadas del ötrozkismoö y del ñanarquismoö. Las primeras son parte del mundo capitalista a destruir; las otras residuo deleznable de un momento histórico pretérito.

EL ÍZQUIERDISMOÍ FRANCÉS DESPUÉS DE MAYO 1968.

(ALARMA , segunda serie, nº 14, julio 1970)

El sobresalto revolucionario de hace dos años benefició no poco a cuantas tendencias contribuyeron a él. Algunas doblaron el número de sus adherentes, militantes en potencia si no ya hechos. Su audiencia e influjo en la clase obrera se extendió, aunque sin proporción a sus progresos orgánicos. Sus publicaciones se vieron más solicitadas y sus reuniones públicas agrandaron concurrencia. Incluso hubo huelgas en que se notó, mal que bien, soplo izquierdista. Así pues, cada una de esas tendencias, y algunas en particular, hallaban ante sí no pocas posibilidades de desarrollo y de penetración en la clase obrera.

Al cumplirse el segundo aniversario de los acontecimientos de Mayo, las perspectivas de los izquierdistas parecen, por el contrario, estrechas y su propio impulso adquiere ritmo cansino. Han vuelto a sus rutinas anteriores, como si Mayo no hubiese sido más que un hermoso ensueño; pero, se han desplazado a la derecha en su práctica política y en la interpretación de sus propios programas. La explicación que de su estancamiento darían las diversas tendencias, la que se dan para su capote, saca una vez más a relucir las consabidas condiciones objetivas. No sus ideas, no su política respecto a los diversos problemas en Francia y en el mundo, sino las pijoterías leyes históricas, independientes de ellas y superiores a su voluntad, tienen la culpa de que todavía no exista período revolucionario, y vedan a los izquierdistas izarse a la cabeza de la clase trabajadora.

La necesidad de tan ramplona justificación debe ser denunciada como una superchería, y más concretamente como cobardía y oportunismo políticos. Son las características *subjetivas* de todas las tendencias englobadas bajo la denominación de izquierdismo las causantes de su propia incapacidad, en manera alguna motivos exteriores a ellas. Su izquierdismo lo es sólo por relación a tendencias reaccionarias o netamente capitalistas; medido por las exigencias revolucionarias de hoy está muy lejos de serlo. Y de eso no tiene la culpa la dialéctica histórica. La contraposición objeto-sujeto carecería de dinámica y por ende de carga revolucionaria, si el segundo término no dominase sobre el otro en determinados momentos de su entrelazado devenir. Invocar las condiciones objetivas equivale pues a afirmar que las premisas materiales de la revolución social están, todavía, ausentes, disparate indefendible.

A los ñizquierdistasö les ocurre, con agravantes, lo que a los dirigentes del partido bolchevique en 1917, antes de que Lenin los forzase, por así decirlo, a mandar al diablo sus rutinas. Señalando la incapacidad revolucionaria de ellos, Trotzky escribe: ñEran todos esclavos de viejas fórmulasö (en ñStalinö). La esclavitud de nuestros supuestos izquierdistas es doble y pesadísima. Los encadenan a fórmulas no sólo invalidadas una y otra vez por la experiencia de la lucha de clases mundial, sino, lo que es peor, circunscritas, por lo general, dentro de la voraz contienda de los bloques imperialistas.

Trátese del problema de que se trate, local, nacional o internacional, práctico o teórico, los ñizquierdistasö no proponen al proletariado nada revolucionario. Ni pueden proponerlo, pues carecen de perspectiva propia; tanto, que hasta resulta difícil que crean en sus respectivas organizaciones, por mucho que los milagros de la fe política sean en verdad no menos estupendos que los de la taumaturgia religiosa. Cuando la *Ligue Communiste (Rouge)* celebra el aniversario de la ñrevoluciónö china o hace el elogio de Ho Chi-minh y del F.N.L., trabaja para la contrarrevolución stalinista y aporta su contribución al imperialismo ruso y al chino. Por añadidura, traiciona, junto con su protector Pierre Frank, las ideas de Trotzky que pretenden defender, y estrecha la mano a sus asesinos. Cuando ellos mismos, más *IV International*, la *Aliance de la Jeneuse pour la Revolution* (Lambert), *Lutte Ouvrière* y de propina el P.S.U., defienden lo que califican de revolución colonial, niegan implícitamente que exista la necesidad y la posibilidad de revolución socialista mundial y se ponen al lado de un imperialismo contra otro. Que sea invocando la revolución burguesa en China, Vietnam, Cuba, Argelia, Egipto, etc., coartada de *Lutte Ouvrière*, nada cabía el último resultado y corrobora lo dicho, pues sí hubiere aún cabida para una revolución burguesa en la civilización capitalista, ésta tendría ante sí largo desarrollo. Cuando la misma *Lutte Ouvrière* propone la unidad de todas las tendencias izquierdistas, incluyendo en ellas a los pro-chinos, reconoce, quiéralo o no, que no existe incompatibilidad entre su tendencia y la contrarrevolución stalinista en su faz pekinesa; lo mismo vale respecto de la faz rusa para las tendencias que miran con ojos tiernos a los partidos del Kremlin.

Cuando *Lutte Ouvrière secundada por Rouge-Ligue Communiste* entran en tratos en fusión con el P.S.U., preparan a sus militantes una encerrona peor que la de la mayoría de la Izquierda Comunista que en 1935 fusionó en España con el Bloque Obrero y Campesino. De ésta resultó un partido centrista, el P.O.U.M., en perpetuo desmayo ante stalinismo y frente popular; de la meditada hoy en Francia saldría algo *aún más a la derecha*. Ahí están, anunciándolo a quienes no se nieguen a entender, las declaraciones del flamante secretario general y diputado del P.S.U., y su fraternización con Tito, que contribuyó personalmente a aplastar la revolución española y reconoció haber liquidado a los trotskistas yugoslavos. Para el partido de Rocard, la fusión es un trampolín para situarse como intermediario entre la òzquierdaö burguesa y el partido stalinista, y sobre todo para encarecer, cerca de éste, sus buenos oficios. Cuando las mencionadas tendencias a una meten dentro de los sindicatos a sus militantes y a los obreros que consiguen influenciar, a menudo recomendándoles vergonzosamente ocultar su filiación, no trabajan para el proletariado, sí para la alta jerarquía sindicalo-política, que a su vez trabaja día a día para el gran capital. Verdad que en este dominio se consideran respaldados por Lenin y Trotzky o por el viejo sindicalismo revolucionario. Su conservantismo escolástico les impide darse cuenta de las peorfías intervenidas en los sindicatos y en el capital, que los hacen complementarios y solidarios del mundo actual. Atacar al capital como estructura de la sociedad desde un sindicato, es propósito tan disparatado como atacarlo desde el consejo de administración de un trust cualquiera.

En fin, cuando reivindicán, desde lo más elemental hasta lo más general y para ellos elevado, los izquierdistas tampoco ofrecen perspectiva propia al proletariado. Tratándose de lo primero se quedan a nivel de un sindicato social-demócrata antes de la guerra. No presentan una sola reivindicación de carácter o de contenido socialista, pues no lo tiene siquiera la de òcontrol obrero de la producciónö, cuya significación completa, nunca esclarecida, es: *de la producción capitalista*. Tratándose de lo más elevado, de la medida cumbre que ellos tomarían si gobernasen, ofrecen la nacionalización. Ahora bien, esa es perspectiva del capitalismo inherente a su automatismo funcional, perspectiva ya alcanzada por la contrarrevolución stalinista. La perspectiva del proletariado es muy otra. Consiste en poner fin, inmediata y no mediatamente camaradas izquierdistas, a la estructura económica basada en el capital-salariado. Y eso no puede hacerse convirtiendo en propietario a un organismo, por muy Estado obrero que fuere.

Los izquierdistas aparecen así muy imprecisamente diferenciados del stalinismo y los sindicatos. Debido a ello no consiguen suscitar gran interés en el seno del proletariado, y menos el entusiasmo indispensable para arrancarlo a los aparatos que actualmente lo aprisionan y hacerlos añicos. ¿Añicos? Para los òzquierdistasö eso es blasfematorio. Ellos buscan reformarlos, con lo cual se definen a sí mismos, verazmente, como reformistas empíricos. Y en cuanto al entusiasmo combativo del proletariado característico de un período revolucionario, consideran que está fuera de sus facultades humanas crearlo, esperando que se les ponga entre las manos el devenir bienaventurado.

Las tendencias pro-chinas no pueden ser consideradas izquierdistas ni siquiera entre comillas. *%dHumanité Nouvelle+* *%dIdiot International+* *%a Cause du Peuple+* representan tan sólo la causa del stalinismo pekinés, sin otra diferencia con el ruso que ser imperialismo atrasado, famélico y a la búsqueda de un òespacio vitalö. La verdad de su conducta transparece en la monstruosa divisa: òPROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, NACIONES Y PUEBLOS OPRIMIDOS, UNÍOSö, unión irrealizable a menos de someterse el proletariado a sus explotadores, burgueses, burócratas o príncipes de esas naciones y pueblos cuyo abanderado óy banquero- quisiera ser China. Se trata de publicidad para una tentativa descarada de tercer bloque imperialista.

Entre 1923 y 1935, la Internacional Comunista fue transformada paso a paso y corrupción de sus dirigentes nacionales mediante, en abyecto instrumento de los planes imperialistas del Kremlin; la misma operación, no más limpia de procedimientos, trata de efectuar ahora Pekín, en calidad de nueva metrópoli. La huera fraseología del òmaoismoö, de ínfima calidad incluso como demagogia, sus fanfarronadas estilo voz de su amo, convienen a atorrantes y drogados de todas clases no a militantes revolucionarios. Puede asegurarse que no conseguirá, como pretende, alistar a la clase obrera, por muchas subvenciones que reciba. Los partidos estalinistas lo consiguieron antaño porque empezaron siendo, no eso, sino organizaciones revolucionarias. El òmaoismoö empieza como mera escoria de la escoria stalinista. Y lo que sus partidarios parlan es un miauismo de gato que comba el espinazo frotándose a los pies de su dueño.

Que el señor Sartre y otros intelectuales pseudo-revolucionarios se pongan, con su patriotismo resistente, a disposición de las tendencias chinófilas, cae dentro de lo natural. Desde que aparecieron en escena están avezados a apoyar falsas causas, tanto, que más de una vez han redorado los blasones del stalinismo. Tampoco será probablemente la última vez que Sartre cargue sus maletas de tóxicos políticos. Es, en cambio, vergonzoso e inesperado que las tendencias òzquierdistasö entren en el juego de los pro-chinos, en lugar de ponerlos en la picota como falsarios enemigos de la revolución, además de aliados de los asesinos de la revolución y de los revolucionarios, en la propia China. Era su obligación hacerlo incluso sin salirse de sus propios programas conservadores hoy. Eso indica hasta qué grado están fofas y carentes de contornos propios. Convivir en el seno de cualquiera de ellas se hará cada día más difícil a los revolucionarios.

¿DE LA CRISIS MONETARIA A LA CRISIS DE SOBREPDUCCIÓN?

(ALARMA , segunda serie, nº 19, octubre 1971)

En el pasado, las crisis monetarias precedían a menudo a una crisis general de la actividad económica: cúmulos enormes de mercancías sin venta, aún ofrecidas a bajo precio, quiebras en cadena de bancos y de grandes compañías y trusts, catástrofe bursátil, despidos de trabajadores en masa, paro obrero por decenas de millones en los países industriales, vagabundaje, con cuantas miserias y sufrimientos acarrea todo ello para quienes la venta cotidiana de la fuerza de trabajo es el único medio de vida. En eso consiste, referida al sistema capitalista, una crisis cíclica o de sobreproducción. Referida a las necesidades de la población en cada país y mundialmente, se trata, al contrario, de una crisis de subconsumo. No es que haya demasiados productos, ni de consumición inmediata ni de maquinaria para un aumento ulterior de la producción, es que no se puede consumir sino comprando, lo que reduce el consumo a lo que se gana, una minoría exceptuada, y por repercusión las inversiones de capital.

¿Va acercándose el sistema capitalista a una crisis de ese género? La respuesta no puede ser terminante en ningún sentido. Desde la última y más grave de las crisis cíclicas, la iniciada en 1929, no ha habido ninguna recurrencia. Lo que se llama recesión es una mengua de la acumulación ampliada de capital, mientras que la crisis de sobreproducción se caracteriza por la desaparición temporal de la acumulación, al menos en ramas importantes, e incluso por la disminución del capital. Precisamente a partir del New Deal de Roosevelt, el capitalismo, mucho más concentrado y consciente de su funcionamiento, ha aprendido a dirigirse y a evitar escollos. Ni sus inversiones en las múltiples ramas de la economía, ni su producción anual, ni la capacidad del mercado, ni sus proyectos de futuro crecimiento ocurren hoy de manera enteramente caótica como en el pasado. Además, dispone de mecanismos para suavizar las consecuencias de desequilibrios imprevistas. En suma, ha dejado de estar inerte ante unas leyes económicas que ignore por completo. No obstante, los factores imponderables no han desaparecido, sobre todo en el área internacional, y algunos son absolutamente irreductibles al más ducho de los dirigismos. En consecuencia, la crisis de sobreproducción podría imponérsele, aunque cuente con menos probabilidades que en el pasado.

Las medidas anunciadas de sopetón por Nixon, conjuren o no la transformación de la crisis monetaria en crisis de sobreproducción, tendrán por efecto infalible acentuar el dirigismo económico, incluso estatal, en Estados Unidos, y el de los Estados Unidos sobre el resto del mundo. Nixon dicta sus medidas al exterior no menos que fronteras adentro. Suprimiendo la convertibilidad del dólar en oro, pidiendo una revalorización de las otras monedas occidentales, imponiendo nuevos derechos aduanales a las mercancías importadas, no sólo procura extender el comercio exterior americano, que ya abarca más de la mitad del comercio mundial, sino asegurar a favor del dólar una ventaja que le permita cubrir parte de sus gigantescos gastos militares, chancro amenazador, y atraer por lo menos parte del oro que ha emigrado a los bancos europeos. Ningún gobierno dejará de someterse siquiera a regañadientes, porque les es indispensable el cobertizo de la economía yankee para contemplar una futura mejoría de sus negocios. En la Organización de Cooperación y de Desarrollo Económico, centro dirigista principalmente europeo, ya hablan de ñhacer de la necesidad virtud.

En su propio país, Nixon, acordando altos créditos a nuevas inversiones industriales, dando garantía estatal a ciertas grandes compañías, congelando precios y salarios, acentúa el imperio del Estado sobre el capital, y el del capital como un todo sobre la clase trabajadora, que pagará en definitiva los tuestos rotos, allí e internacionalmente. A notar que la central sindical AFL-CIO, como parte del engranaje explotador que es, aceptó con antelación la congelación de los salarios y se ha comprometido a no propiciar huelgas durante el tiempo reclamado por Nixon, 90 días. Si el plazo fuese 900 días haría igual.

Todos los grupos que se dicen revolucionarios, desde los de la IV Internacional hasta los consejistas, dan por inevitable una crisis de sobreproducción, pretenden que estamos ya entrando en ella. Les lleva a asegurarlo, no un estudio serio y completo de la situación actual del capitalismo, pues ninguno está siquiera en condiciones de hacerlo, aunque quien más quien menos llene largas páginas sobre el tema; no, es en ellos una fe, un credo en la incapacidad del sistema para introducir en su rotación un orden óo un desorden- mínimo con arreglo a sus propios valores. La inconsistencia de semejante afirmación merecería pasarla por alto, si no se doblase de un segundo credo netamente pernicioso. Los mismos grupos, en efecto, uno a uno ven en la crisis de sobreproducción el medio ambiente *indispensable* para despertar la consciencia del proletariado y hacer la revolución. En realidad, este segundo artículo de fe es antecedente y no consecuente del primero, mientras que el conjunto tiene los caracteres de un dogma.

Como prueba objetiva de tales afirmaciones es presentada casi siempre la siguiente cita de Marx:

Legadas a cierto grado de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en colisión con las relaciones de producción existentes o con las relaciones de propiedad en cuyo seno se movían hasta entonces, que no son sino su expresión jurídica. Hasta ayer formas de desarrollo de las fuerzas productivas, dichas condiciones se convierten en trabas graves. Empieza entonces una era de revolución social-

Esa cita no se refiere en manera alguna a las crisis de sobreproducción y traerla a cuento a tal propósito es hacer trabajo de embrollón. Tampoco otra más atinada demostraría, es evidente, que el mundo esté adentrándose, *ahora*, en una crisis de sobreproducción. Marx alude ahí a todo un tipo de civilización que entra en una crisis para él insoslayable e insoluble. Por completo diferentes son las crisis de sobreproducción, desarreglo pasajero del sistema, que éste mismo ha resuelto múltiples veces sin perder su viabilidad social. Por el contrario, la crisis de sistema originada por la colusión entre las fuerzas productivas y las

relaciones de producción, va en agravación incesante una vez iniciada, y su única solución consiste en un trastrueque revolucionario que ponga en armonía fuerzas productivas y relaciones de producción.

Los creyentes en la inevitabilidad de la crisis de sobreproducción no distinguen entre los dos tipos de crisis. Todo lo más, presentan como manifestaciones de la crisis de civilización las mismas de la crisis cíclica, agravadas, y ello les conduce a considerar indispensable para la revolución que decenas y centenares de millones de trabajadores sean arrojados al paro y a la extrema miseria. Por otra parte, se les antoja que si el capitalismo supiera sortear la crisis de sobreproducción y aumentar su potencial, sería ese un signo de buena salud que quitaría actualidad a la revolución. El error es completo y de los peores que puedan cometerse. Indica, en efecto, que quienes incurren en él no ven claro en qué consisten las manifestaciones de la crisis de la civilización capitalista, no sabiendo, por consecuencia, qué oponerle, ni cómo luchar contra aquéllas y contra ésta. Sin el desbarajuste de la crisis cíclica les parece imposible que el proletariado adquiera consciencia revolucionaria, y ellos mismos se ven condenados a vivir indefinidamente en cenáculo. Por eso les es indispensable el credo.

A nuestro entender, el capitalismo tiene probabilidades de evitar la crisis de sobreproducción, la repetición, que esta vez sería en escala mucho más vasta, de la de 1929. Pero sólo la experiencia puede mostrar si tiene o no en sus manos todas las palancas necesarias para ello. Afirmar una cosa u otra en estos momentos, es mera ligereza de cascos, porque cuando los datos que permitirían inclinar en pro o en contra sean asequibles, el peligro de crisis o la crisis misma si llega, habrán pasado.

Afirmamos, por el contrario, que nosotros no deseamos esa clase de crisis, porque no la consideramos indispensable, ni tan siquiera favorable para la revolución. Su primer efecto sería encubrir lo principal, la crisis del capitalismo como sistema de producción, como civilización. El problema y la reivindicación más urgente sería entonces la reanudación del trabajo en cualesquiera condiciones que fueren, rechazando en la lejanía aquellas otras reivindicaciones económicas y políticas directamente enderezadas contra el sistema, mismas que hoy se puede y se debe defender como inmediatas. En tercer lugar, y sin referirnos sino a lo más importante, la gigantesca extensión de la miseria que acarrearía una crisis de sobreproducción permitiría a los grandes aparatos políticos y sindicales imponerse fácilmente a las masas hambrientas y canalizarlas al capitalismo de Estado. Al reanudarse la actividad industrial nos encontraríamos con un proletariado mucho más sometido que hoy al capital, más alienado, más distante de la consciencia revolucionaria.

Por último, proclamamos que la consciencia revolucionaria no puede engendrarla sino una actividad del proletariado que contraponga soluciones socialistas a cada uno de los aspectos del capitalismo *en su funcionamiento normal*, tratándolo como sistema de asociación humana caduco, ya reaccionario y pernicioso, y que eso es mucho más hacedero, sin crisis de sobreproducción que con ella. La bancarrota del sistema de civilización basada en capital y salariado ofrece sobrados motivos y problemas concretos para suscitar la rebelión contra él. Bien torpes los revolucionarios que no lo ven.

Fomento Obrero Revolucionario.
Núcleo M.

TRAYECTORIA QUEBRADA DE *RÉVOLUTION INTERNATIONALE*

F.O.R., Mayo 1978

Révolution Internationale es un caso particular en el mosaico abigarrado de los grupos que se reputan revolucionarios. Debiérase su particularidad a indagación teórica, merecería encomio aun disintiendo. Pero no; lo que tiene de más particular consiste en su flojedad teórica órrores y disparates aparte- por sí misma elevada al pináculo de la creatividad ideológica contemporánea. Ninguna otra tendencia ha tenido el tupé de calibrar a las otras por su propio talón, cuando no de anatemizarlas con ceño pontifical. Ninguna sino ella y su ceremonial Corriente Comunista Internacional se tiene por talismán secreto del proletariado para y hasta la consumación de los siglos revolucionarios, amén.

Restando su valía real de sus más reales ínfulas queda entre las manos un paquete de conocimientos marxistas a menudo utilizados a trochemoche, junto a un bulto enorme de huera pedantería.

Hechos y dichos hablan. La acumulación de pifias viene de lejos. ya los antepasados inmediatos del R.I. pronosticaron, con ocasión de la guerra de Corea, la inminencia del tercer conflicto bélico mundial. Y para ósalvar cuadrosõ tomaron las de Villadiego hacia lejanas tierras de estudio. idem en vísperas de la fundación de R.I. La degollina de Vietnam óaseguraban sin escarmentar- iría hacinando cadáveres y agravándose hasta convertirse en deflagración imperialista generalizada. Tanto más seguros estaban, cuando en aquellos momentos el capitalismo atravesaba una de sus depresiones y que según su entender marxismo el sistema desencadena la guerra para desembarazarse de la crisis, destruir riqueza y ofrecerse otro período de negocios reconstruyendo lo destruido. Huelga el comentario.

Los acontecimientos de mayo de 1968 fueron saludados con vítores a la próxima toma del poder, resultados de la crisis de sobreproducción, a sus ojos ya en ciernes y de extensión cierta. De vuelta a Francia algunos de los cuadros salvados, con ciertos retoños a su vera y tres lustros de meditaciones en testa, corrieron sin vacilar a discutir de la buena marcha revolucionaria con los

situacionistas. No columbraron nada mejor y desdeñaron displicentemente a quienes criticaron su blandicia. Miel sobre hojuelas, cabe decir hablando por antífrasis y escatimando las palabras.

Poco después, en uno de sus primeros números, hace R.I. una cabriola consejista, y a continuación empieza a instalar, paja tras paja, el nidal que se le conoce, donde incuba la consciencia (y la ciencia ¡repuñeta!) del proletariado mundial, en espera de poder darle suelta por esos mundos alienados.

La concepción que R.I. se ha pergeñado de tal momento es el meollo de su razón de ser, y también causa de la trivialidad materialista que tan a menudo le ha llevado a marrar de todo en todo el tiro. La crisis de sobreproducción que viene vaticinando desde hace más de diez años conmovió al mundo, pondrá en tensión insurgente al proletariado víctima de ella, y entonces la consciencia revolucionaria, o sea R.I., abandonará su nidal para descender a la calle en talante agitado y ser asimilada por las masas, hasta entonces incapaces de ello. No es eso caricatura, sino reducción sintética, pero exacta, del pensamiento aquí comentado. Para R.I. la crisis de sobreproducción es el Sésamo ábrete del devenir histórico. Fuera de ella no ve sino continuidad del capitalismo, aborregamiento del proletariado y resignación marginal suya. Los chascos que la experiencia le ha hecho encajar le pasan por las narices sin modificar su idea ni lentecer siquiera su parloteo sobre la crisis y la consciencia revolucionaria. Yendo de un chasco en otro, las huelgas salvajes surgidas en diversos países se le antojaron ser preuncio de un nuevo período revolucionario, empellón de la consabida crisis mediante.

Pese a que todas esas huelgas, cuya importancia real residía en su anti-sindicalismo incipiente, volvieron por sí solas o fueron sometidas al redil sindicalista, un número de *Revolution Internationale* de principios de 1974 exultada: ò¡SALUD A LA CRISIS!ö. Es decir, salud a la revolución en puerta. Y diciendo y gesticulando, al salir de estampida el dictador portugués Gaetan, continuador de Salazar, R.I. con su cauda de ceremonia y en compañía de otros grupos, el llamado P.I.C. entre otros, lanzó una proclama cuyo título estridente agota el contenido: òEn Portugal el capitalismo mundial hace frente al proletariado mundialö. Ni menos ni más. En Lisboa tomaba vuelo la consumación de los siglos revolucionarios que los de R.I. se sienten destinados a presidir. La pifia resulta tan enorme, que cuatro años después dijérase invención. Pero, por ahí corre el texto, en varias lenguas.

Poniendo tal disparate en parangón con lo que R.I. continúa repitiendo erre que erre tocante a la España de 1936, por mera obcecación hereditaria bordiguista, se obtiene la valía exacta de sus apreciaciones históricas y de su aptitud teórica general. He aquí la simple enunciación de los acontecimientos: en Julio de 1936, el proletariado destruyó en batalla al ejército nacional español, lo disolvió, y cayeron automáticamente entre sus manos armas, economía y poder, desperdigado éste en múltiples Comités-Gobierno. En Portugal, el ejército nacional, oficiales y jefes colonialistas en cabeza, se arroga el poder, da pasaporte a Gaetan, y a los explotados claveles para aclamarlo. Más aún, en España el proletariado defendió centímetro a centímetro su revolución, hasta la insurrección anti-stalinista de Mayo del 37 y meses después; en Portugal todo empieza a toque de corneta y termina a toque de corneta. Dictamen de Revolución Internacional: en España no hubo revolución, sino antifascismo burgués, mientras que en Portugal se inicia una nueva oleada revolucionaria internacional.

Importa puntualizar que el stalinismo negó también la revolución en España, no ya en palabras de escasa monta, como R.I., sino con todo el peso de sus armas y de su perfidia policíaca, calumniando y asesinando, ello en beneficio del antifascismo capitalista. En cambio, el mismísimo stalinismo ha hablado de revolución en Portugal, pues su regla de conducta es negar la revolución allí donde existe (léase combatirla) y hablar de ella donde está ausente. Pero esa regla, que data de antes del 36, juega todavía al escondite con las investigaciones teóricas de R.I.

Después de tan excepcional secuencia de yerros (¡y qué yerros!), no extrañará que en cuanto a teoría general sus defensores se extravíen en sus propios vericuetos, sin que por ello se les bajen los humos. En efecto, trátase del por qué son reaccionarios los sindicatos, de las condiciones de una futura recuperación revolucionaria o de la apreciación del período histórico que vivimos, ora se equivoca redondamente, ora se quedan en zurda aproximación.

A su saber y entender, los sindicatos son reaccionarios porque siguen siendo reformistas y el reformismo es el que se ha convertido en reaccionario en nuestro tiempo. A su vez, tal transformación débese a la supuesta incapacidad absoluta y definitiva del sistema capitalista para conceder al proletariado nada durable. He ahí, exprimido hasta la última gota, todo el zumo teórico de R.I. en tal dominio. Y no venga a quejarse de que su pensar está aquí esquematizado. El esquema de un análisis verídico contiene su valor entero y hasta lo realza; por el contrario, el de un análisis fallido o renqueante pone de relieve su inconsistencia. Así, el esquema: òLos filósofos han interpretado el mundo, ahora se trata de transformarloö, presenta en la forma más concina y concisa un mundo de ideas y de posibilidades.

La confusión entre concesiones del capitalismo al proletariado y reformismo es inadmisibles en un grupo de tantas pretensiones teóricas. *Alarma* (nueva serie nº 25-27) ha tenido ocasión de refutarla. Pero es menester darle aquí al asunto otra pasada sucinta, porque está estrechamente relacionado con la perspectiva global de R.I.

Las tres proposiciones contenidas en su antisindicalismo son falsas, y la relación entre ellas traída por los pelos. En efecto, los sindicatos no fueron jamás reformistas, pues reformismo es la concepción evolutiva de la realización del socialismo, no las concesiones que el capitalismo haga, de grado o por fuerza al proletariado. Eso ha existido siempre, porque se desprende del juego entre la compra y la venta de la fuerza de trabajo, sillar del sistema. A su vez, el reformismo propiamente dicho, por su enunciado

mismo, niega la revolución y por lo tanto fue siempre reaccionario relativamente a ésta. Hoy está ausente de la escena mundial. Mas no porque las concesiones al proletariado hayan venido a ser imposibles, sino por motivos mucho más serios.

La quiebra del reformismo se reveló total desde la primera postguerra y en la práctica un sucio tejemaneje con el capital. Al mismo paso, la solidaridad política fundamental entre ambos se transformaba, para el primero, en completa pertenencia al segundo en cuanto sistema. Ese proceso estaba cumplido al estallar la segunda gran degollina imperialista, que implantaría un nuevo factor tiempo atrás insinuado, junto al cual el ex-reformismo se queda en aprendiz. Se trata de Rusia como gran potencia capitalista, más sus partidos no gobernantes como puntales del sistema en todas partes, y sobre todo conscientemente orientados al capitalismo estatal bautizado socialismo. el reformismo fue reformado por la evolución del sistema, por aquello mismo de que esperaba su muerte, hasta incorporárselo como mero aditamento. En cambio, los partidos pseudo-comunistas (propiamente hablando stalinistas) hincan directamente sus raíces en el capitalismo estatal. Nada tienen de reformistas, ni siquiera de liberales burgueses. El curso democrático, evolutivo, nacional hacia el socialismo de que se hacen lenguas es mera finta de su premeditación reaccionaria.

Y bien, la consolidación y el enorme ensanche del capitalismo desde la última guerra acá tiene por causa *primera y principal* esa materialidad ruso-stalinista. Ella misma engendra otras aberraciones, tales la proliferación nacionalista, el matonismo de tales o cuales obrigadasö, y por resonancia otros narcóticos, unos fumables o inyectables, otro vacia-seso y estropea-sexo. Pero no es todavía pertinente considerar sino lo relacionado con el pensamiento de R.I.

El crecimiento industrial de los últimos decenios, R.I. lo malconsidera porque no acierta a interpretarlo. Su eslabonamiento: guerra-reconstrucción-guerra es tan simplón como falso. La reconstrucción estaba terminada al empezar el decenio 50. A partir de ahí ha habido crecimiento nuevo, cuantitativamente superior al escalón más alto de la preguerra. Y ha habido, también, mejora del nivel de vida material de la clase trabajadora, lo que no excluye, sino que condiciona, una pauperización relativa muy acentuada. Expuesto de otra manera, el aumento de la masa de capital corresponde un aumento de la masa salarial y de cada salario individual, si bien la desproporción entre una y otra se agranda a medida de la productividad media por hora-hombre. Precisamente en semejante crecimiento ya dirigido del sistema, se encastra la naturaleza reaccionaria de los sindicatos. Su función en la venta de la fuerza de trabajo pasó a ser, a compás del crecimiento del capital, de espontánea o anárquica, a dirigida, es decir, dejó de ser practicada y vista por ellos desde el ángulo del proletariado dentro del capitalismo, para considerarla exclusivamente desde el ángulo capitalista que engloba al proletariado *y lo necesita*. Los sindicatos han dejado de ser colaboradores para convertirse en parte integrante del sistema, de igual modo que el capital variable o masa salarial constituye, con el capital constante, la unidad funcional explotadora.

No menos falso es afirmar, como hace R.I. un día sí y otro también, que el capitalismo es incapaz de conceder mejoras estables al proletariado. La evidencia de lo contrario salta a los ojos. Seguridad social, alojamientos, vacaciones pagadas de un mes o más, escolarización, automóviles, radio, televisión y otras, ¿qué son sino concesiones? Más y aún mayores podrían venir, otorgadas en aras de la productividad o para desviar una lucha, pero siempre aventajando al sistema, o bien permitiéndole capear ataques graves del proletariado, no de los sindicatos. Un economista y sociólogo burgués, Fourastié, ha demostrado, 14 años atrás, que trabajar 30 horas semanales con pan a discreción gratuito era realizable sin transgredir el sistema (en *Les 40.000 heures*). La absolutista denegación de Revolution Internationale proviene de no haber comprendido que el sistema hará siempre cuantas concesiones, pequeñas o grandes, inofensivas o peligrosas para él, le consientan reafirmarse o simplemente continuar tirando su existencia. La naturaleza misma del capitalismo y de sus sindicatos lo exigen. Así pues, cualesquiera concesiones pudieren obtener los sindicatos agravarán el imperio del capital sobre el trabajo, o bien serán hechas para sacar el sistema de un trance mortal.

Tal es la manera en que se eslabona con el sistema el carácter reaccionario de los sindicatos, y a la inversa. La evidencia es tanto mayor cuanto que todo lo requerido para acometer la organización del comunismo está dado y archimaduro.

Pero esto último no parece bastarle a la hebra teórica de R.I. Le hace falta que el proletariado esté desesperadamente hambriento para considerarlo susceptible de aptitud revolucionaria. Identifica crecimiento industrial con desarrollo capitalista y por lo tanto no localiza la decadencia sino en la bancarrota general y definitiva, lo que equivale a decir, en la imposibilidad de que los negocios sigan siendo o vuelvan a ser negocios. Y se ha pergeñado una especie de mixtura entre la decadencia y la crisis de sobreproducción como estado permanente y en agravación incesante, del que espera la irrigación de la consciencia proletaria. Primitivismo materialista emparentado con el idealismo. No es para arrendarle el tino.

Por inversión obligada, cuanto en la marcha hacia la revolución y en la revolución misma es subjetivo, R.I. lo tacha de subjetivismo y voluntarismo, es decir, de substitución del querer a la realidad del ser, del idealismo al materialismo. No parece haberse percatado de que la subjetividad es lo único susceptible de captar cuanto es objetivo y de sacarle partido, trátese de la materia inorgánica o de lo atañido aquí, a saber, la historia en su actual momento crucial. En consecuencia, se repantiga en su propia literatura disparando dardos aquí y acullá, al aguardo de que una crisis de sobreproducción le haga el obsequio de un período revolucionario. No sólo los grandes canonizados cristianos levitan en éxtasis.

Resumiendo, los sindicatos no son reformistas sino organismos del capital y para el capital; el capitalismo, y por consecuencia sus sindicatos, sí pueden procurar concesiones al proletariado (en el sentido de cambios o ventajas, no en el sentido reformista de

marcha evolutiva al socialismo); la naturaleza actual de los sindicatos se debe a su función misma cerca del capital variable como parte del capital total y a la copropiedad de este mismo tendente allí donde todavía aparecen como algo separado. Pero el materialismo de R.I., ya se ha visto, es rígido como un pedrusco. No tiene en cuenta que el proletariado es revolucionario históricamente debido a su calidad de clase asalariada, en esta sociedad que pone en juego medios científicos refinadísimos que agravan su condición, en manera alguna porque las averías de la valorización del capital priven de salario a gran parte de sus componentes. Por ello está traída por los pelos la relación entre sus proposiciones y la motivación revolucionaria de la clase. Por ende, es falsa. Sus profusos textos sobre la crisis dan invariablemente esquinazo al dicho de Marx en carta a Engels el 19-8-1852: «El colmo de la adversidad consiste en que los revolucionarios tengan que ocuparse del pan de la gente».

Hoy, ese colmo se ha convertido en amenaza mortal, pues el día en que los principales países industrializados tengan 80, 100, 150 millones de obreros parados, serían los contrarrevolucionarios que complotan el capitalismo de Estado quienes les procurasen el pan cotidiano, mediante el bien conocido pico, pala y azadón. Hitler absorbió así 10 millones de parados poco después de acceder al poder, Stalin consolidó su contrarrevolución de igual modo, y Roosevelt sacó de la quiebra al capitalismo estadounidense poniendo en juego la primera experiencia dirigista de occidente, con sindicatos subvencionados y a la orden: C.I.O., A.F.L.

Mas esas evidencias del pasado, y las de hoy, visibles al ojo menos avezado, R.I. las desdeña recurriendo a las invenciones que tiene por costumbre servirnos a modo de elaboración teórica. Al irrumpir la gran crisis de sobreproducción, en 1929, 30 y siguientes, el proletariado mundial estaba vencido ópretende-; la contrarrevolución reinaba indesañada, mientras que hogaño... hogaño respiramos la brisa matutina de una situación prerrevolucionaria que ascenderá de ello a revolucionaria en cuanto la crisis -¡otra vez!- se decida a entrar.

Primera invención: que el proletariado mundial estuviese fuera de combate al producirse la crisis de marras. No lo estaba siquiera en Alemania, donde opuso a Hitler una actividad obstinada a despecho del sabotaje de la misma por el partido pro-ruso, que tenía órdenes secretas de impedir la batalla revolucionaria. Todavía al ser nombrado Hitler Canciller del Reich, estalla la huelga general en Berlín, instantáneamente tachada de *provocación* por los dirigentes ócomunistas. En 1931 entra en liza el proletariado español, que multiplica las huelgas generales, no ya económicas, sino políticas, grado supremo de tales huelgas, produce una huelga insurreccional en todo el país el año 1934 y toma el poder en Asturias; vuelve a la carga en 1936, vence con las armas en la mano a ejército y policía, los disuelve y toma medidas de carácter socialista a que nunca accedió la revolución rusa a despecho de la toma del poder por los soviets. También el año 1934 se batía el proletariado austríaco, llegando hasta la insurrección. Entre 1934 y 1936 estaba en pie de lucha el proletariado francés, que ocupó las fábricas y fue desalojado por Thorez-Blum. En 1937, arremete el proletariado español contra el stalinismo en cuanto representante de la contrarrevolución capitalista estatal, y lo vence en batalla, arma contra arma (jornadas de Mayo en Cataluña). Es el punto más elevado de la lucha de clases mundial desde Octubre rojo. Cortando ahí la enumeración, ¿dónde, cuándo ha visto R.I. agresividad proletaria de mayor empuje, generalizada y casi simultánea? Pero los hechos parecen importarles un bledo a R.I. No ha visto en ellos sino antifascismo burgués y parabólico. Aberrante coincidencia con las falsificaciones de la propaganda stalinista en todas las lenguas, y con sus más profundos intereses capitalistas, que le llevaron, después de haber dejado el camino abierto a Hitler, a destruir por sí mismo, y *no en calidad de agente burgués*, la revolución comunista en España.

Segunda invención: la pretendida situación prerrevolucionaria actual, a menos de que se conceda al *pre* una temporalidad tan extensa como indefinida, en cuyo caso podría haberse dicho lo mismo hace 30 años. Juzgando el presente igual que juzgando el pasado, R.I. se desatiende de los sucesos concretos, obcecado por sus ideaciones previas y por sus antojos. Demostración de que el voluntarismo puede refugiarse también en grupos esperistas óvalga el decir- ni más ni menos que en los activistas. Los síntomas premonitorios son para R.I. las huelgas más o menos desmandadas de los sindicatos que ocurren en diversos países, los acontecimientos de Polonia, no digamos los de Portugal, un sí es no es las huelgas de España, y ante todo y sobre todo, el *Deus ex machina* de su concepción: La Crisis. Ahora bien dichas huelgas han llegado al desenlace regidas por los sindicatos, salvo alguna prometedora excepción, y en Polonia los consejos obreros pasaron, de la primera llamarada de rebeldía a la sumisión a gobierno y sindicatos en fraternidad autogestionaria. No se puede deducir de ninguna de tales acciones que *la clase* obrera esté en pie de lucha, animada de un espíritu anticapitalista siquiera nebuloso, que es lo característico de un período prerrevolucionario.

Por otra parte, tal momento podría presentarse de repente, sin anunciarse, e *independientemente de la coyuntura capitalista*, debido a poderosas causas subyacentes en la situación mundial. La primera de ellas, causa objetiva, reside en el gigantismo capitalista mismo, que inspira una repulsión cada vez más neta y acentuada al proletariado y otras capas trabajadoras de la población. Otra causa está en las condiciones de trabajo, consumo y vida impuestas por el capitalismo llamado óde abundancia, a más del equilibrio del terror. La tercera causa, complementaria de las otras, es subjetiva y por lo tanto importantísima. En efecto, en la consciencia de la clase obrera, el señuelo socialista que era Rusia y con ella los partidos ócomunistas pierde sin cesar influjo, mucho más allá de lo que parece. Ese señuelo fue principal causa de la derrota de la revolución en el período anterior; su descrédito es lo que abre al proletariado nuevas y más grandiosas posibilidades; su desbarate

consentirá efectos de lucha mundial arrolladora. Pero esos factores de aparición brusca de una situación revolucionaria caen fuera del campo visual de los escrutadores de R.I.

Pasando adelante, obligado es volver al *Deus ex machina* que debe abrirnos las compuertas de una riada revolucionaria y hacer al fin de los obreros hombres hechos y derechos aptos para asimilar la consciencia ofrecida por R.I. Imitando a los taures empedernidos, los secuaces de tal concepción juegan el todo por el todo al naípe crisis de sobreproducción. Si se produce óes su credo- el mundo entra en situación revolucionaria; si no se produce, nuevo desbarre añadido a la ristra antigua. Se condenan así a desbarrar en ambos casos, y *particularmente* si la mentada crisis entra en escena. Porque entonces la consciencia del proletariado se cerraría más que nunca a cuanto no sea la urgencia de ganar un salario cualquiera, ofrézcalo quien lo ofrezca. Así ocurrirá irremediabilmente, a menos de que una organización revolucionaria haya atraído la confianza de gran parte de la clase, *antes* de producirse la crisis. Ahora bien, R.I. se prohíbe a sí mismo la actividad susceptible de conquistar dicha confianza; es uno de sus sillares teóricos. De todos modos, los mercaderes de carne humana explotable encontrarían terreno propicio para desempeñar papel de sirenas, antes de descararse como esbirros policíacos.

Cuando R.I. habla de crisis juega al equívoco entre dos clases de crisis por completo diferentes: la de sobreproducción, y la crisis de decadencia de todo el sistema de civilización actual. De hecho se representa una y otra imbricadas, cuando no soldadas entre sí. Pero por precaución respecto de su incesante anunciar en vano la inminencia de la primera, añade que será lenta. Diez años largos han transcurrido desde sus primeros vaticinios, tantos como entre dos crisis de sobreproducción en la segunda mitad del siglo XIX. Lentitud semejante se llama en cualquier idioma estancamiento. En efecto, y tercera invención, no existe tal crisis, puesto que la producción continúa aumentando, a ritmo lentecido, ella sí, pero también con número inferior de asalariados. Las mercancías producidas, no sólo se venden y realizan la plusvalía, sino que se venden bastante más caras que antes. Lo contrario es inseparable de la sobreproducción. Por otra parte, capitales nuevos siguen invirtiéndose, mientras que otros están en desplazamiento hacia sectores diferentes; por el contrario también, la sobreproducción acarrea el desmorone de capitales fabulosos y el retraimiento de la circulación monetaria, o sea, *deflación* en lugar de inflación. òEn las crisis ocurre precisamente que no se puede vender o que tenga que venderse por debajo del coste de producción, incluso con pérdidaö. Y ò*Destrucción del capital por las crisis* significa igualmente depreciación de *masas de valores* que impiden la renovación adecuada del proceso de reproducción del capital. Es la caída ruinosa de los precios de las mercancíasö. òLas fábricas cierran, las materias primas se amontonan, los productos terminados se abarrotan en los mercados... el consumo se paralizaö. Se ha adivinado quien habla. Era menester citar a Marx procurando, seguramente en balde, poner punto en boca a los tarabillas que olvidan el ABC.

En cambio, la crisis de decadencia definida por Fomento Obrero Revolucionario como crisis de la civilización capitalista, no sólo existe, sino que es independiente de cualquier otra crisis o avatar internos al sistema. En coyuntura de sobreproducción o de negocios exuberantes, con millones y millones de obreros despedidos o con pleno empleo y escasez de mano de obra, esa crisis se profundiza y extiende año tras año, inexorablemente. No la causa la contradicción entre la oferta y la demanda de mercancías, fuerza de trabajo incluida, ni desproporción alguna de inversiones entre las numerosas ramas del capital, tampoco la migración de beneficios en gran escala a tal o cual sector del mismo, menos aún los líos monetarios o de pagos internacionales. Todas esas contradicciones *internas*, las ha resuelto y vuelto a plantear y resolver el capitalismo, durante su época caótica, a costa de las crisis de sobreproducción, es decir, destruyendo o estropeando parte de sí mismo y lanzando al subconsumo y la miseria negra, centenares de millones de trabajadores. No empece que desde los planes quinquenales rusos y la New Deal yankee, sus economistas y gobernantes han ido aprendiendo las leyes que rigen el movimiento del sistema. Refiriéndose a ellas, decía Marx sarcásticamente: òlos explotadores las ignoran, sin embargo de que su interés sería conocerlasö. Las cosas han cambiado. Precisamente porque los señores explotadores no son ahora tan lerdos en ese dominio, *ninguna* verdadera crisis de sobreproducción ha estallado desde la preguerra acá, lo que no quiere decir imposibilidad de que se produzca, porque quedan y quedarán siempre factores imponderables, sobre los cuales un vaticinio exacto es irrisorio, de la parte reaccionaria y de la revolucionaria por igual.

Es incuestionable -importante señalar aquí- que el capitalismo ha esquivado hasta la fecha la sobreproducción orientado la colocación de inversiones, la absorción por el mercado, en cierto modo el reparto mundial de beneficios, y su propia expansión menguante o en aumento. Uno de esos momentos estamos viviendo estos años. Pero, salvo irrupción revolucionaria del proletariado, el período de mengua o recesión no dejará de desembocar en nuevo y mayor crecimiento, cual ocurría antaño al disiparse cada crisis de sobreproducción. En una palabra, la función ciega de ese género de crisis la desempeña hoy el dirigismo o planeación del capital. ¿Qué es éste sino la *ordenación* del sistema, con arreglo al conocimiento más o menos cabal de sus propias leyes?

Lo dicho permite comprender que la crisis de decadencia la provocan esas mismas leyes y la agudiza su utilización sapiente. Sin que pueda datarse con exactitud, desde los primeros decenios del siglo el crecimiento del capital se efectúa a contrasentido del desarrollo social, del propio desarrollo social característico del sistema, entiéndase, a mayor abundancia del desarrollo humano. La civilización de la mercancía no estaba en condiciones, debido a su propia idiosincracia de llevar la sociedad y cada uno de sus componentes sino hasta un grado de cultura y de libertad determinados por su relación esencial producción-consumo, o sea

capital-salariado, y de sus vicisitudes dependiente. Por ello, a imitación de civilizaciones anteriores, la capitalista morirá por su riqueza, por la ruindad reaccionaria de su riqueza. Parecerá lapidada por la revolución comunista, o bien irá carcomiéndola su propia gangrena. Los focos de esta última van formándose y manifestándose en personas y organizaciones, debido al retraso de la ruptura de continuidad comunista. Semejan y semejarán cada vez más las metástasis de un cáncer no tratado a tiempo y son tanto más nocivos cuanto que buena parte de las tales personas y organizaciones anti-imperializan, droguizan, òguerrilleañ, terrorizan, patriotizan, òteorizan, democratizan, feminizan, desexualizan y hasta pederastizan en nombre de la revolución. Lejos de representar algo positivo cual pretenden, son emanación fétida del sistema en que vivimos; contribuyen a su gangrena, y unos más, otros menos, son negativos para el trastrueque revolucionario.

Aquello mismo que ha consentido el desarrollo de la civilización capitalista hasta su apogeo, se convierte, a partir de éste precisamente, en acicate de su decadencia. Bien mirado, el por qué es sencillo: porque el capitalismo no es un tipo de organización social humano, sino gravado por la opresión de clases, o sea antihumano por esencia y desde su origen. Agotado el margen de mejoría consentido por su peculiar entramado social, en lugar de la mejoría aparece una peoría paulatina o vertiginosa, según los casos, que va dejando al descarnado su esqueleto anti-humano. Los síntomas o achaques de la decadencia, sociales y mentales, afectan no sólo a los explotadores, sino también a los falsos revolucionarios, y de rebote a los semi-revolucionarios, bastante antes de que se manifiesten en el aspecto económico directo. No vendrán éstos sino como *consecuencia* de la agravación de aquéllos, y, se sobreentiende, a falta de revolución. Existe, sin embargo, un aspecto económico, subyacente, indirecto, en el que sí se manifiestan, pero no es estadísticamente medible. Aludimos a la permanencia del crecimiento industrial basado en la relación capital-salariado. De ahí dimana todo otro síntoma. Por lo tanto, quienes no ven la decadencia sino en el desmorone de la economía actual; quienes ignoran la diferencia, enorme, entre el crecimiento industrial del sistema y su desarrollo, ignoran por igual lo que decadencia significa y el contenido de un desarrollo social. Se condenan, por consecuencia, a fracasar de todo en todo en sus previsiones, porque habrá órepiteámoslo- crecimiento industrial a falta de revolución. El último, cuantitativamente enorme, ha tenido lugar siendo ya netamente perceptible la decadencia del sistema.

La peor consecuencia del materialismo rudimentario criticado aquí, es que tapa el entendimiento para descubrir las soluciones adecuadas a los problemas concretos del proletariado, o sea los de la revolución. Se quedan sus partidarios en generalidades y panaceas, y en cuanto grupo se colocan al margen de la clase, revoloteando en su contorno, en espera de que su crisis de sobreproducción les dé ocasión de posarse. *Revolución Internacional* y el bordiguismo son el caso más patente de semejante ceguera.

A estas alturas, los revolucionarios no debiéramos ni mencionar el origen económico de la crisis. Fuerza a ello, el hecho que, a más de R.I. muchos, incluso estultos grupos trotskistas, quieran localizar lo económico en cifras de producción que no serán palpables sino por fallo revolucionario y en un futuro susceptible de prolongarse un siglo o más. Los mismos, son impermeables a las manifestaciones sociales de decadencia en comportamientos, ideas y posiciones políticas que *preceden* al derrubio de un tipo de civilización. Una vez más, lo dialéctico se les escurre entre sus estadísticas y sus silogismos. El capitalismo entró en decadencia una vez que hubo creado los instrumentos de producción y los *deseos* humanos mínimos para dar paso a otra civilización superior. A partir de ahí la decadencia actúa, no por imposibilidad de crecimiento, sino por *el mismísimo crecimiento* del capital, a contrasentido del desarrollo social, por lo tanto teratológico incluso en sus aspectos más científicos y aparentemente inocuos. Ahí debe encastrarse la intervención de los revolucionarios, desgranando en sus aspectos parciales la transformación comunista, aquellos aspectos mismos que el proletariado tendrá que poner en práctica una vez tomados poder armas y economía. Sin ello, cuanto se diga y escriba es cháchara.

Munis-Fomento Obrero Revolucionario. Núcleo M

BOTE Y REBOTE A ÍRÉVOLUTION INTERNATIONALEÍ

(*ALARMA*, segunda serie, nº 28, 1975)

òSALUD Y CRISISö, ostenta la portada de un número de òRévolution Internationaleö del presente año. Se trata de una tendencia que se propone dar nuevo aliento a la teoría revolucionaria, formar organización internacional, convertirse, por sus intrínsecas potencialidades, en alma de la revolución, òcuando despierte el durmienteö²⁵, es decir, cuando el proletariado adquiera consciencia de sí y para sí. Se comprende tan reverente sombrero sabiendo que, según òR.I.ö, el de sí y el para sí no iluminarán el entendimiento del proletariado sino el día que la crisis de sobreproducción ponga de patas en la calle a millonadas de obreros.

²⁵ Título de una novela de Wells, en la cual el mundo entero ha venido a ser propiedad de un solo individuo que vive en la catalepsis durante siglos. Gimiendo bajo una burocracia que en su nombre esquilma y reprime, los pobres de bienes y espíritu exhalan su esperanza òCuando despierte el durmienteö.

El desatino es mayúsculo a nuestros ojos, hablando con eufemismo. Pasaríamos, no obstante, de largo junto a él si no fuera porque al mismo tiempo se les ha antojado a los redactores de la publicación pegarnos un revés. Están, sin duda, chispados por lo que creen que la supuesta vecindad de la crisis les promete. Así atropellan sin miramiento la verdad escribiendo que nuestra tendencia suma sus propios lamentos hipócritas de la burguesía sobre los sufrimientos que la crisis depara a la clase trabajadora. Para *ÖR*évolution Internationale esos sufrimientos son un inevitable purgatorio de acceso a la revolución. Cuanto antes vengan mejor.

Mientras tanto, los saludadores esperan, impávidos, y listos para surgir en abanderados de unas masas al fin cerebro abierto a la consciencia.

Pongamos las cosas en claro. Nosotros hemos dicho y recalcamos:

1° QUE EN LAS CONDICIONES ACTUALES UNA CRISIS DE SOBREPDUCCIÓN REPRESENTARÍA MUY PROBABLEMENTE UNA CATÁSTROFE PARA EL PROLETARIADO;

2° QUE TAL SUERTE DE CRISIS NO ES NI PODRÁ SER JAMÁS EL PRINCIPAL FORJADOR DE UNA LUCHA Y DE UNA CONSCIENCIA REVOLUCIONARIAS.

Bases -muy sucintas- de la primera tesis: decenas, centenares de millones de obreros en paro verán la solución inmediata a su miseria en la vuelta al trabajo cobrando un salario, es decir, en la reanudación de la actividad económica capitalista. ¿Y quién se atrevería entonces a reprochárselos, sino algún que otro tarabilla? Mas temible aún es que la reanudación del crecimiento industrial les sería ofrecida como paso al socialismo, por toda suerte de aspirantes al capitalismo de estado, en particular los de la contrarrevolución stalinista. La catástrofe amenazante caso de crisis de sobreproducción capitalista, es pues un nueva y más totalitaria sujeción del proletariado al sistema decadente. ¿Es eso asimilable a la jeremiadas de la burguesía sobre el paro obrero? Tampoco asimilable como a la chungas esperanzas que en él depositáis vosotros, saludadores de *ÖR*évolution Internationale. Otra cosa sería si la crisis viniese provocada por la insurgencia anticapitalista de los explotados.

Bases -también sucintas- de la segunda tesis: el sistema capitalista es inseparable de innúmeras contradicciones que él mismo resuelve y hace reaparecer en forma idéntica o modificada, para ser resueltas, reaparecen otra vez y así sucesivamente. La crisis de sobreproducción es tan sólo una manifestación más de dichas contradicciones solubles por el sistema, sin hablar en este sencillo rebote de otros factores no menos importantes. De lo contrario se impondría concluir que un capitalismo sin crisis de sobreproducción anularía la posibilidad y hasta la necesidad histórica de comunismo, conclusión implícita en el razonar de *ÖR*évolution Internationale. No, el fermento más potente para la acción revolucionaria, generadora, ella sí, de la consciencia, está en el funcionamiento del sistema capitalista, sin necesidad de crisis de sobreproducción. Es un sistema de esclavitud asalariada, como tal en contradicción con la sociedad, con el hombre en general. Si a pesar de ello ha desempeñado un cometido importante, incluso indispensable, la contradicción, quintaesencia de su existir, ha ido destacándose a medida de su propio desarrollo, y al llegar éste al máximo, ya pretérito²⁶, cobra una virulencia inmediata mortal. De mil maneras, esa contradicción entre el sistema y la humanidad, en fin de cuentas entre el capital y la clase trabajadora, se manifiesta cotidianamente, desde la cadena o la automatización en las fábricas, hasta la enseñanza en los altos centros docentes, desde los retozos infantiles, hasta la criminalidad militarista y policíaca de todos los gobiernos. Ahí ha de abrevarse la consciencia, empezando por la de los revolucionarios.

Es ese un venero de motivos concretos de lucha y de ideas revolucionarias inagotable, y más caudaloso con cada año que transcurre. Sólo hace falta que los revolucionarios lo vean y sepan aprovecharlo yendo a los hechos, en cuyo defecto garrulería y fatuidad empañan su consciencia. El hambre produce alucinaciones; pídese lucidez. Esperen pues la crisis los creyentes en la revelación, *ÖR*évolution Internationale además de los diversos grupos trotskistas y bordiguistas. Vienen hablando de su inminencia, el primero sobretodo, desde 1968. Siete años después tienen que contentarse con un crisis monetaria, una disminución del crecimiento capitalista, y un importante drenaje de beneficios hacia los capitales petroleros. Y ya la amenaza de paro en gran escala está siendo aprovechada para infundir miedo a los trabajadores y hacerles agachar la cabeza ante capital y sindicatos.

A la crisis de sobreproducción, los heraldos le salen sobrando. Se caracteriza por la no venta de volúmenes enormes de todas las mercancías, incluso las alimenticias de primera necesidad, el hundimiento consecuente de los precios y deflación acentuada, la pérdida de capitales gigantescos, la paralización de gran parte de la industria y el despido de los obreros en ella ocupados. A falta de esos efectos terribles, hablar de crisis permanente es absurdo, excepto desligándola del aspecto crisis cíclica de sobreproducción. Pero entonces se señala la crisis postrera del sistema, su crisis de decadencia, tal como la ha definido Fomento Obrero Revolucionario desde Pro Segundo Manifiesto Comunista y aquí mismo atañida.

Noviembre 1974

²⁶ Véase *Ö*Imposibilidad de desarrollo capitalista. Pag. 45.

DESESTABILIZACION, O ¿QUÉ?

(ALARMA, tercera época, nº 19, 1984)

Felipito González y su cauda ministerial, coronada testa juancarlina por dosel, se desviven queriendo remendar la economía nacional y superar la llamada crisis. Nada singular, ni por lo que acontece en el dominio de la producción, ni por el proyecto de reconversión industrial. En ése no menos que en otros actos y proyectos gubernamentales, Felipito y su cauda son, a su vez, cauda de los economistas más duchos en la materia, sirvientes de los mayores países industrializados. Falsos éstos en su decir y en su planear, falsos de segunda mano -y orondos de su papel- parecen sus imitadores de por aquí. Eso sentado, importa precisar el que *ningún otro* gobierno que pudiera constituirse cambiaría de meta ni de métodos. Es evidente que en la gama política conocida, partidos y sindicatos asienten, con modificaciones secundarias, a la modernización, la implantación de otras técnicas, la competitividad etc.; asienten, en suma, a las recetas de los grandes centros económicos internacionales: OCDE, Banco Mundial, Wall Street, Banco de Tokio, Banco de Moscú, satélites de unos y otros incluidos. Madrid tiene pues el sendero marcado, y las ideas de prestado. Muy secundario.

Quede aquí dicho sin ambages, el proyecto es un leve chanchullo. Su propia terminología es aposta engañosa, y la intención, incluso óptimamente lograda, reaccionaria, no sólo relativamente a la clase obrera, sino también porque va a contra-sentido del devenir social, humano en general. Véase:

MODERNIZACIÓN

Mentira. Utilizar esa voz cual sinónimo de *actual*, convierte en moderno cualquier cosa que aparezca en nuestro tiempo. Lo negativo, lo criminal, lo asqueroso serían modernos desde el momento en que se insinúan o propagan hoy. La sanguinolenta dictadura clérigo-militar de Franco habría sido el último grito de la modernidad en su tiempo. Así lo pretendió, no se olvide. Esa utilización del término embrolla las nociones y traba el entendimiento; mas no sin esquinada intención, vulgo mala leche, pues la «modernización» prevista consiste en fortalecer el sistema económico imperante. Ahora bien, es éste más que antiguo, vetusto y la única actividad *moderna* en su seno reclama derribarlo sin dejar de él otro vestigio que un ominoso recuerdo.

RENOVACIÓN TECNOLÓGICA

También mentira, cual está insinuado en la generalización anterior. Pero en este enunciado se puede señalar con precisión la mentira y su traicionera enormidad. La idea que guía la tal renovación, verdadera obsesión de sus patrocinadores consiste en agrandar al máximo los beneficios del capital en general, y de los capitalistas privados, por igual, vendiendo cantidades crecientes de mercancías, extrafronteras sobre todo. Necesitan pues recoger un monto mayor de productos que antes, en la misma unidad de tiempo y con mengua importante de trabajadores. La tecnología será -lo es desde decenios- aplicada a contrasentido, o sea, para agravar la explotación del proletariado y amasar del lado del capital beneficios por miriadas de millones. Mientras mejor den cima a su proyecto Felipito y los suyos, mayor será el abismo entre proletariado y capital, los dos polos del sistema económico vigente. La pobreza continuará acentuándose en el primero, relativamente a la acumulación de riqueza en el segundo, cada año más ingente. Esa diametralidad está señalada, hace un siglo, por Marx y Engels. Por algo el Felipito, ígarno pero cuco, ganó sus oposiciones a jefe de gobierno mitineando: «ni puñetera falta que hace conocer a Marx».

La ciencia y la técnica modernas, es bien sabido, están en condiciones a aplicar su saber a la producción y a cualquier otro dominio, mucho más allá de lo que busca el gobierno español a semejanza de sus mentores occidentales u orientales, igual da. Será pues la que implante una utilización muy limitada, mezquina incluso, de la técnica, debido al triple cálculo de disminución del número de obreros por industria, producción de mercancías competitivas y engrosamiento ampliado del capital.

De ahí la traicionera enormidad de ese designio engañosamente modernizador. Su presuposición es la explotación del proletariado y su resultante la colecta de inmensos beneficios por la minoría social dominante.

CREACIÓN DE EMPLEOS Y REABSORCIÓN DEL PARO

Con jesuítica hipocresía, los dirigistas de todos los centros económicos mundiales hablan desde hace no poco tiempo de «creación de empleos». Diríaseles animados, en nueva versión, del caritativo mandamiento cristiano, «dar de comer al hambriento». Mas, quienes esta vez *se comen* literalmente hablando la mayoría del valor resultante de cada puesto de trabajo nuevo o antiguo, son los empleadores, no los empleados. Se lo embolsa pues el capital, cuyos representantes lo despilfarran suntuariamente en parte, e invierten la otra parte como conviene a sus intereses económicos y políticos ulteriores: nuevas máquinas, ejército y policía, producción de guerra y compra de armas importadas, burocracia administrativa y latiguerra etc.

Y el paro no será reabsorbido por completo debido precisamente a la técnica así aplicada. Ejemplo: durante la etapa anterior de automatización, los expertos estadounidenses en la materia consideraban que había *pleno empleo* cuando quedaba «solo» un remanente continuo de tres o cuatro millones de obreros sin trabajo. Se sigue sin lugar a duda que los nuevos perfeccionamientos dejarán en la calle mayor número de hombres y mujeres. Cuéntese, por añadidura, que la descualificación de los trabajadores irá en aumento. Serán inhábiles para todo; su cometido, como mecanismo de servidumbre o como vigilantes de las máquinas, hará de ellos personas sin la menor aptitud profesional. Pero, eso sí, florecerá el bandidaje de la competitividad mercantil.

Esas tres letanías, machaconamente canturreadas desde todas las antenas, constituyen una sola verdad, oculta porque inconfesable: las capas sociales dominadoras y su monstruoso Estado cavilan sobre cómo redoblar su riqueza y su poder, lo que conlleva imperativamente redoblar la explotación inseparable del sistema. Pero cuando el proletariado, que intuye o tiene idea de lo que ocultan los voceros oficiales, se opone a los despidos, a veces con tanta energía como en la metalurgia del Mediterráneo, Felipito en persona y su Boyer rabian: desleales, métodos terroristas, desestabilizadores. Franco y sus torsionarios acusaban a los huelguistas de parecida manera. Es que la torpidez cerebral de los del bordo Felipe y compañía, ha hecho de ellos, deserción de las filas revolucionarias mediante, chucos guardianes a los pies del amo. No les entra en la materia gris nada que no sea para humillar y hundir a la clase obrera siempre que el amo lo necesite.

Los trabajadores deben responder a Felipito y su cauda: desleales y pérfidos vosotros, sin que nadie pueda dudarlo ya que os decís socialistas siendo sólo vil instrumento y parte fundamental del sistema capitalista; ¿métodos terroristas? Están fuera de cuanto requiere nuestra lucha e incluso de nuestras posibilidades materiales. En cambio vosotros, que por definición de vuestro nombre -P.S.O.E.- debíais respaldar sin mitigaciones nuestra lucha contra los despidos y más allá, en pro de la supresión radical de la explotación, azuzáis contra nosotros el terror organizado del aparato represivo, todavía el de Franco, por más señas. Si la ETA gobernase algún día en Euskadi se comportaría de igual modo en palabras y en actos, pues su mente y sus intereses materiales difieren de los vuestros tan sólo en su particular cerrilismo patriótico.

En cuanto a querer desestabilizar vuestro tinglado gubernamental, eso lo despreciamos, porque es propio de los partidos y sindicales, cuya concurrencia *mercantil* aspira a estabilizarlos a ellos en el lugar que ocupáis. Y son esos competidores, no obstante vuestros amigotes, los que retienen a la clase obrera amurallada en la negociación-consenso, impidiéndole tomar el rumbo suyo, el de su naturaleza de clase revolucionaria: no desestabilización alguna, sino derrocamiento de cualquier gobierno capitalista, vuestro o de quien sea, incluyendo el que pudieren constituir la franja CCOO y sus apuntadores políticos. Es una necesidad imperiosa romper con ellos, no tolerar su intervención en los asuntos de la clase y crear, en cambio, en los lugares de trabajo, núcleos que sin tapujos digan al proletariado: sin reclamaciones directa e inmediatamente anticapitalistas, toda lucha revierte en contra de nuestra clase. Opongámonos pues a cualquier despido luchando por una disminución del tiempo de trabajo proporcional a los efectivos humanos y a la eficacia instrumental, sin que la paga cambie; neguémosnos a la renovación tecnológica limitada según la quieren los explotadores, la cual supone producir para la famosa competitividad entre capitalistas. Contra lo uno y lo otro, la clase obrera debe luchar por imponer las máximas aplicaciones técnicas en todos los dominios, el agrícola inclusive, pero organizando la producción *exclusivamente* para dar satisfacción al consumo de la sociedad, toda producción y gasto de guerra suprimidos. Sin transformar de arriba abajo la estructura económica y la superestructura política, el porvenir de la clase asalariada será cada vez más negro. No tengamos pues empacho en gritar:

ABAJO EL CAPITALISMO Y SUS APARATOS AUXILIARES POLITICOS Y SINDICALES. PREPAREMOS LA REVOLUCION SOCIALISTA.

Octubre de 1984

CEBO Y CEPO DE LA COMPETITIVIDAD

(ALARMA, tercera época, nº 21, 1985)

Austeridad, tecnología, competitividad, palabrejas mil veces redichas por los actores y figurantes del capitalismo en cualquier parte. Rusia y China no constituyen excepción a fuer de ser el mismo sistema estatizado. El flamante dictador stalinista Gorbachof así como Deng Xiaoping y sus criaturas estalinistas mostrencos, entonan sin cesar el mismo estribillo que cualesquier Felipe González, Mitterrand, Thatcher o ... Pinochet entronizados de por esos mundos. Apenas ayer, el necrófago Franco, ¡él también!, echaba mano a la misma copla. No hay en ello plagio, sino efecto generalizado de la misma causa. Sistema obliga. Para salirse de ese carril es necesario enfrentarse sin mitigaciones al sistema actual, en cada país mundialmente.

Unos y otros presentan la austeridad como si todo el mundo la padeciese y la proyectada competitividad como si fuese a derramar efectos benéficos sobre todos también. Falso lo uno y no menos falso lo otro. La austeridad, el sistema la descarga por entero sobre sus propios explotados. Ellos y nada más que ellos son los únicos sacrificados: despidos por decenas de millones, reducción de salarios, alza de precios gravámenes fiscales para los no despedidos, más las indecibles miserias y males consecuentes. Por el contrario, los privilegiados de cualquier magnitud se encuentran siempre a buen recaudo de todo eso. Dada la

acumulación de bienes y de riqueza dineraria por ellos detentada, ni siquiera se ven en la necesidad de moderar su tren de vida suntuoso. Y son los mismos que se embolsarán la futura plusvalía de la readaptación tecnológica. Así pues, cuantos hablan de austeridad, o sea de sacrificio son de hecho y en todas las acepciones del término, sacrificadores ellos mismos. Además, practican el sacrificio de multitudes en su provecho personal, circunscrito en el provecho del sistema de él inseparable.

Señuelo burdo es también presentar la austeridad, paro obrero comprendido como trance provisional indispensable para y hasta alcanzar la tan pregonada competitividad. Nótese en primer lugar que el capitalismo, éso diciendo, confiesa su incapacidad para renovar su técnica sin hacérsela pagar, por adelantado, a quienes son y serán sus explotados. En segundo lugar, cae de su peso que, alcanzando el desideratum competitivo -si se alcanzase- los efectos benéficos, o sea, la totalidad de la ganancia nueva la disfrutaría el capital en calidad de sistema, más sus administradores y jefes políticos o del género que sea, sindicales incluidos. La clase obrera, no sólo quedaría excluida de beneficio alguno, sino que los salarios de sus diversas categorías menguarán relativamente al monto de la riqueza producida, mientras el número de obreros sin trabajo aumentará referido al del período de mayor crecimiento industrial anterior. Es absolutamente innegable que, dentro del sistema existente, perfeccionamientos técnicos y número de trabajadores para igual o mayor producción que durante el estadio económico anterior, estarán siempre en relación inversa. Mucho más esta vez mediante la electrónica, la robótica, etc.. Por lo tanto, el propio cebo de la futura «creación de empleos» se descara como mera estafa publicitaria anestesiante, y en fin de cuentas una vulgar trampa en que el proletariado de cada país internacionalmente quedará apresado, cerviz uncida, a menos de tirar abajo la realización del proyecto entero.

La tal «creación» se revela, en su aspecto inmediato, una condición y el resultado de la prosperidad del capital. Crear *empleos* no ha sido ni será jamás preocupación ni motivación de inversionistas, sean privados, colectivos o estatales. No puede tratarse sino de puestos de trabajo explotado y degradado en proporción a los avances instrumentales. La calificación profesional, el saber hacer de un oficio y su valía estarán más ausentes que hoy, y cada persona más alineada. Mientras más se perfecciona la máquina, más se abaja y rebaja al hombre. Es jugarreta inseparable de la competitividad y de las exigencias generales del capitalismo.

Hurgando más a fondo en aquello del «crear empleos», la visión de todos los representantes del capital, sin excluir a los mentidos portavoces obreros políticos y sindicales, está tan pervertida por sus funciones, que en su mente el destino natural y perenne de la gran masa trabajadora en fábricas, oficinas, campos, minas, etc., consiste en recibir de ellos ocupación y salario. Ahora bien, el gran problema histórico de la clase, ahora problema inmediato, consiste precisamente en romper esa dependencia esclavuna y embrutecedora y en disponer de todo ella, y no ellos, los de la austeridad y la «creación de empleos» los de mano en caja más disciplina y consenso al canto. Aun suponiendo lo inverosímil, que realizado el proyecto capitalista no quedase un sólo parado y que la remuneración fuese alta, no sería esa una solución para el proletariado, ni aun siquiera una mejoría. Al revés, acarrearía una peoría considerable, pues su dependencia respecto de los señores que acaparan instrumentos técnicos, capital, todo, resultaría mucho más coercitiva. Para colmo, la tan ventada renovación tecnológica no representará una solución tampoco para el sistema capitalista; apenas un alivio pasajero. Se comprende sin dificultad que las nuevas aplicaciones instrumentales se equilibrarán, antes de mucho, entre los países más industrializados, de manera que, produzca ensanche del mercado, los resultados cuantitativos y cualitativos en cualquier ramal de la producción no tardarían en anularse entre sí. Se anularían también por consecuencia, las respectivas capacidades concurrenciales. Y acabóse la competitividad. Ningún país o grupo de países conseguiría destacarse en ese dominio, excepto en dos casos: posesión privilegiada de frutos de la tierra o de productos del subsuelo, y segundo, subyugación de la clase trabajadora en su totalidad en grado mayor que en Japón, el competidor delantero desde hace un decenio largo. La tecnología allí puesta en función no es factor único, ni aún el principal éxito concurrencial japonés. El principal factor de producción es y será siempre, el hombre. En Japón, la humillación del hombre a los pies del capital es degradante en grado inimaginable. En fábricas, oficinas, etc. los trabajadores militarmente disciplinados, se prestan a cantar himnos a la productividad y a asesorar a los capitalistas sobre la manera más eficaz de sacarles plusvalía, o sea, de explotarlos. La empresa y los sindicatos determinan y guían todos los actos de sus obreros y empleados en la vida privada misma: casamiento, vacaciones, lugar de residencia, asistencia médica, social, diversiones, etc.. Intervienen en la muerte y sepelio de cada uno de sus hombres, no digamos de la asignación de puestos y lugar de trabajo, inclusive lejos de la morada de mujer e hijos.

Aun así, bien mirado y fuere lo que fuere, el margen de desahogo del capitalismo, sin distinción de Bloques ni de países atrasados, no será muy amplio en los próximos años. Las fuentes naturales de cualquier producto no aparecen como propiedad individual, de grandes monopolios o de Estados, sino por arrastre atávico ancestral y rémora inseparable de sistemas de dominación de unos hombres por otros. Mas son, en verdad, recursos y reservas materiales pertenecientes a la humanidad, ni más ni menos que a la atmósfera y el sol. Y precisamente por exigencias del desarrollo humano en la presente etapa, tienden cada vez más irresistiblemente a revertirle a ella, arrebatándoselos a sus actuales mangoneadores. El sistema capitalista ya no está en condiciones de utilizarlos sino como instrumentos de latrocinio y de estrangulamiento político.

Por lo que respecta a la sumisión de la clase trabajadora, indispensable para que dirigentes y dirigistas de todos los países colmen sus anhelos tecnológicos y competitivos, le bastará un estremecimiento de rebeldía, en uno o varios países, incluso en el Japón, para dar al traste con dichos anhelos. Bien orientado, daría fácilmente cuenta de la relación capital-salariado que la esquilmata y aherroja, y, claro está también de dirigentes y dirigistas. Total, el margen de que disponen los diversos países

industrializados, amén de los otros, está lejos de tener la amplitud por ellos deseada y su cumplimiento depende de la pasividad y sumisión de la inmensa masa de trabajadores en miles de actividades, mucho más que de las aplicaciones tecnológicas.

Al cabo de su desarrollo y crecimiento, el capitalismo y la tecnología se encuentran en irresoluble, absoluta contradicción. Los mismos intereses sórdidos que le llevaron a impulsarla, le imponen hoy una aplicación de la misma a contrasentido del desarrollo social en general, del de la clase trabajadora muy en particular. Mentira pues que las aplicaciones tecnológicas vayan a tener toda la perfección que permite -y que reclama- siquiera lo ya adquirido menos aún el rebase consentido por los conocimientos científicos. En efecto los jerarcas del sistema, presas de sus avideces competitivas calculan y limitan respecto de éste la implantación del nuevo utillaje.

Por esa razón, entre otras cosas, la relación hombre economía no podrá manifestarse en toda su espléndida veracidad, mientras en lugar del primer término, el hombre, aparezca el capital. Así también la relación hombre-tecnología. El capital no sólo se interpone y usurpa el puesto del hombre, sino que falsea y pervierte cualquier relación veraz, incluso al menos trascendente y encubriéndola con sus trazos la revuelve contra el hombre, vale decir, contra la sociedad sin cancelas fronterizas. En manos del capital, automatismos y robotizaciones no sirven, como debieran, para reducir proporcionalmente el tiempo de trabajo necesario, y abrir de par en par las puertas a la cultura; sirven y servirán, cada vez peor, a todo lo contrario. Se sigue que la producción encadenada a la competitividad jamás podrá alcanzar los niveles perfectamente alcanzables que requiere la completa satisfacción de quienquiera, a comenzar por los que siempre han sido postergados en ese y otros dominios. Pero sí aumentará en grado superlativo el despotismo dinerario y político del capital. Los dos efectos van apareados indefectiblemente.

Existe, no obstante, un dominio en que tecnología y ciencia están siendo aplicadas sin restricciones. Cualquier lector lo sabe de antemano: La guerra, la producción de muerte que suministra armas rudimentarias y también muy especializadas, a quince o veinte guerras en tres continentes, y que en reserva tiene con qué desintegrar dos o tres mil millones de habitantes con la totalidad de ellos. He ahí el apoteosis tecnológico del sistema capitalista, el único que era susceptible de alcanzar dada su relación básica esencial, la explotación, cuyo funcionamiento acarrea la guerra. Todo está rigurosamente entrelazado.

Mas también por ese lado, el sistema capitalista mundial se encuentra metido en un callejón sin salida. Dentro de él, cada bloque está preparado para una guerra de exterminio total del enemigo. Las guerras locales que siguen desenvolviéndose desde 1945, son operaciones tácticas de que cada Bloque espera sacar ventaja estratégica y comercial con vistas al futuro enfrentamiento mayor. Ahora bien, si éste tuviese lugar, el vencedor si lo hubiere y aunque las armas atómicas no fuesen disparadas, reinaría sobre un desierto terrestre pestilencial, cubierto de miles de millones de cadáveres. Pero, inclusive suponiendo que por algún acontecimiento imprevisible la guerra fuese muy corta y sus destrucciones limitadas, se agravarían todos aquellos factores negativos y lacras decadentes bien insinuadas en el sistema desde la última guerra mundial acá. Y en tal caso, dominando la totalidad del mercado las potencias vencedoras, la tecnología tendría que ser refrenada, adaptándola a la solvencia o capacidad de pago de la clientela mundial. Porque no es clientela quien quiere, sino quién puede.

Hace un par de siglos, cuando fueron introducidas en la industria las primeras máquinas, las movidas a vapor, miles y miles de trabajadores, tal vez millones fueron arrojados sin duelo al hambre, ellos y sus familias. Del fondo del proletariado surgió entonces un vigoroso movimiento de lucha conocido por el nombre que sus hechos le valieron: los Destruidores de máquinas. Fue un neto sobresalto del espíritu revolucionario. Reivindicaba al hombre como actor y objeto de la producción. Cierto, destruir implementos técnicos era un proceder ingenuo nada adecuado para causar el efecto buscado, e insostenible en el tiempo. Pero es de por sí evidente que en lugar de destruirlas los obreros habrían reclamado más y mejores máquinas si las máquinas hubiesen servido para aliviar su esfuerzo físico y su tiempo de faena, mejorando de rondón su situación material. Es que el capitalismo se sirve de la técnica para acrecer la explotación y su imperio político. Por el contrario, el proletariado en cuanto clase no tiene siquiera la más pequeña posibilidad de hacer lo mismo. O bien la utiliza para colmar sus aspiraciones de consumo, cultura, libertad, etc., o bien continuará haciendo de víctima sacrificatoria indefinidamente.

Ahora bien, en estas postrimerias de siglo la tecnología y la competitividad matarán cada vez más al hombre físicamente y psicológicamente, en guerras y en el trabajo explotado, a menos de arrebatársela al capitalismo y a su competitividad a fin de que el hombre sea, al fin, actor y objeto de la producción en su totalidad. Era esa la idea fundamental de los Destruidores de máquinas. La tecnología aparece así en contradicción tan flagrante como absoluta con el sistema capitalista; por el contrario, se muestra a todas luces consubstancial al proletariado, a los explotados sin distinción en cuanto representación y vanguardia de la futura humanidad comunista. Ningún revolucionario, ningún obrero debe tener empacho de gritar: ¡¡ABAJO LA COMPETITIVIDAD!! Suprimamos, expropiándolo, el capital y pongamos la tecnología en máxima aplicación al servicio del consumo humano, sin negocio alguno, sin parados. Así desaparecerán también, con las clases ricas y pobres, la división de países adelantados y atrasados.

DOS VERIFICACIONES NEGATIVAS

(ALARMA, tercera época, nº 22, 1986)

«Nada tan fastidioso ni tan árido como el lugar común en delirio»

Marx

Hace casi 20 años que grupos de diverso origen y modulación teórica se regodean hablando de una crisis de sobreproducción capitalista, según ellos existente, y de un supuesto ciclo guerra-reconstrucción-guerra, vital para el capitalismo, e inexorable salvo corte previo por la revolución. Crisis y ciclo los ven concatenados como causa y efecto, y ambos a dos, por su existencia la primera, por su amago o por sus conmociones sociales el segundo, como muy propicios, inclusive indispensables a la insurgencia revolucionaria del proletariado. Es su modo y manera de manifestarse materialistas, con sus pujos dialécticos y -¿quién no?!- marxistas. En ello se obcecán hasta en sus últimas publicaciones, ya muriente el año 1985. Y no se descubre una sola excepción entre cuantas corrientes se pretenden, casi son o son de espíritu revolucionario. Conviene decirlo con mayor precisión a fin de evitar equívocos. La ristra de quienes señalan crisis de sobreproducción y ciclo guerrero, va desde la actual paparrucha trotskista hasta los tan poseídos de sí teorizantes bordiguistas de la caída de la tasa de ganancia, visión economista a ultranza de la crisis y de la motivación revolucionaria (*Programa Comunista - Le Prolétaire*), pasando por la llamada Corriente Comunista Internacional (*Révolution Internationale- Internationalisme- Acción Proletaria...*), el Partido Comunista Internacionalista (*Battaglia Comunista - Prometeo*), más algunos otros grupillos desgajados de unos u otros, casi siempre de vida efímera.

A todos ellos, y desde sus primeras aserciones, Fomento Obrero Revolucionario les dio un mentís rotundo, tanto en textos de organización como en trabajos firmados por sus militantes. La hora de la verificación ha sonado. Empecemos por ratificar:

- 1º. No existe ni ha existido en los últimos decenios crisis capitalista de sobreproducción;
- 2º. El supuesto ciclo guerra-reconstrucción-guerra es, peor que falso, concepción descabellada, aunque la guerra sea lacra inseparable del capitalismo y de cualquier sistema de explotación del hombre.

En concepto y en práctica capitalista, la sobreproducción consiste y *no puede no consistir* en grandes cantidades de mercancías que no encuentran compradores. Trátase invariablemente de mercancías en general, no sólo las destinadas al consumo humano. También materias primas, máquinas e instrumental técnico, desde el más simple hasta el más complejo, y de cuantos usos existen. El propio almacenaje de esas mercancías es a pérdida, sin salvar el de aquellas que no se descomponen. En ese aspecto, la crisis de sobreproducción se caracteriza invariablemente por «la baja ruinosa del precio de las mercancías» y «la destrucción de capital» (Marx). El único paliativo de que en tal caso dispone el sistema existente, es deshacerse de las mercancías a cualquier precio, por debajo de los costes. De modo que la plusvalía o ganancia del capital, no sólo no se convierte en dinero o ganancia contante, sino que, mucho peor, la parte de dichas mercancías que contiene capital invertido en el proceso del trabajo, en lugar de reconvertirse en dinero se pierde parcialmente, cuando no toda. La caída catastrófica de los precios llega al paroxismo en la Bolsa de Valores, donde se mide día a día y hacia el futuro, la flaqueza tanto como el auge del capitalismo en general. De ahí la quiebra de muy sólidas entidades transnacionales de la industria, de la banca y del comercio, y en la actividad económica restante, un corte cuantitativo muy severo a la producción. En fin, las inversiones de nuevo capital, ininterrumpidas en condiciones normales y aceleradas en cuanto se barrunta auge, desaparecen hasta los primeros indicios de alzas de precios y de revigorización del mercado tanto nacional como internacional.

Lo anterior, tocante al capital en cuanto sistema, de cualquier manera se repartan los daños. Empero, el efecto más devastador de la crisis de sobreproducción concierne al proletariado de cada país. Los despidos de obreros se multiplican. Semana tras semana, son arrojados a la calle decenas de miles de trabajadores. La masa de parados va en continuo aumento, hasta el momento mismo en que la crisis toca su fondo y se inicia un nuevo aumento de la producción. Durante la crisis de los años 30, sólo en Alemania había 10 millones largos de obreros sin trabajo, para una población inferior que la de hoy, en Estados Unidos varios millones más, y así más o menos proporcionalmente en los otros países industrializados. El vagabundaje, la mendicidad, el «lumpen» proletariado, cundían en Europa y en Estados Unidos. A despecho de las industrias de guerra, ellas sí en aumento ininterrumpido, la crisis de sobreproducción continuaba todavía aunque ya atenuada, al estallar las hostilidades bélicas, en 1939.

Era necesario repetir, pormenorizando, lo que es una crisis capitalista de sobreproducción, a fin de tomar base para increpar a quienes hablan o han hablado de su existencia, en los últimos años o ahora: vosotros los *crisistas*, especialmente los nombrados al principio, habéis errado de todo en todo. No hay ni ha habido crisis de sobreproducción. Ninguno de los síntomas que le son anejos ha estado presente en momento alguno. Ni pérdida de capital, ni quiebra de grandes monopolios, ni suspensión siquiera del crecimiento del capital global, no ya su marcha atrás característica de la crisis en cuestión, ni tampoco la «caída ruinosa de los precios de las mercancías». Muy al contrario, los precios y la carestía de la vida en general han ido en aumento incesante, tanto, que gobiernos, dirigistas y patronales consideran un éxito su reducción a poco anualmente. Ahora bien, ese aumento da, *por sí sólo*, prueba terminante de que la demanda de mercancías, o sea la venta, excede a la oferta. Está pues claro que la crisis de sobreproducción es invención fantasmagórica de sus dicentes.

Mas siendo los dicentes en cuestión de un economismo exasperante a fuerza de elementalidad, hay que cogerlos por su lado. De 1974 a 1981 el volumen de transacciones mundiales pasó de 75 mil millones de dólares a 150 mil millones. Desde 1982, las cotizaciones en Bolsa no dejan de subir, incluso con un alza «explosiva de 50% en 1983». El curso ascendente ha sido «continuo desde hace largos años y de una regularidad impresionante». Tras haber hecho literalmente *saltar* el mercado de valores alemán (más de 50% de alza desde principios de este año, de 100% para determinados valores) el sueco y el neerlandés, le ha llegado el turno al de París, donde el horizonte está *despejado*, «cualquiera sea el resultado electoral de 1986». Todas las Bolsas mundiales están orientadas al alza. En París, el balance mensual trepaba a 16,5%. La semana del 16 al 22 de noviembre, la Bolsa «hacia saltar todas sus barreras». Lo mismo aconteció, antes que en París, en las principales plazas financieras mundiales. En suma, «el alza frenética de Wall-Street ha galvanizado la Bolsa». Y así, 1000 millones de francos en acciones francesas se negocian día a día en París. Contando las obligaciones son 6.000 o 7.000 millones de francos los negociados diariamente²⁷.

Más que convincente, la verificación *negativa* es apabullante para los crisistas de cualquier bordo. Han confundido un reajuste técnico con el desbarajuste de la sobreproducción, y por consecuencia, los despidos causados por aquel, con la ingente masa humana de los sin trabajo inseparable de la crisis referida. El paro obrero de estos años, en cada país y mundialmente considerado, no es sino el bien conocido ejército industrial de reserva en trance de adaptación a los nuevos requerimientos de la relación, reafirmada, capital-salariado. Téngase pues por cierto que parte de él no será reabsorbido, por mucho crecimiento económico que presenciemos.

El yerro de los crisistas es tanto más craso cuanto que sus aserciones van a contrasentido de lo dicho al respecto por los revolucionarios, a partir de Marx. Les hubiese bastado atenerse a lo escrito en *El Capital* referente al asunto, para ahorrarse esa metedura de pata. Y no es que desconozcan los textos, sino que su materialismo zurdo les ha llevado a interpretar como barruntos de su anhelada crisis lo que de hecho era mero residuo de la reorganización industrial. Mas tal espejismo calenturiento se los ha metido en la masa encefálica un *artículo de fe* de la misma cepa mecanista: *creen* que el estremecimiento de la sobreproductividad capitalista es factor principalísimo, o bien único, de lucha y conciencia revolucionarias del proletariado. Porque si no, ¿qué motivación material tendría la revolución? Por lo mismo, obcecándose y eslabonando a un desvarío otro mayor, se han persuadido de que el sistema capitalista, a fin de sacudirse la crisis y ajobado por sus ingentes instrumentos de producción, desencadena la guerra a fin de destruirlos en gran parte, y disfrutar luego de otro período de grandes negocios que reconstruyen de lo destruido. Así, ¡tan simplón y bufo como el huevo de Colón! He ahí, espatarrada al máximo, la calidad de materialismo en que han caído los crisistas sin excepción.

Ante tal jaez de lucubraciones se queda uno pasmado, tantos y tan palmarios son los argumentos, y los *hechos* que evidencian su delirante mentecatez. Pero basta y sobra ofrecer lo principal. Si la tecnología ha alcanzado, en lo militar, el grado de criminal pericia que se le conoce, débese a que toda ella, en cualquier dominio de la producción que se considere, ya esta, en la *actualidad*, asesinando hombres y sociedad. Uno y otro aspecto se corresponden e interdeterminan entre sí, y colocan la humanidad, proletariado en delantera, ante el más perentorio de los dilemas: o la revolución comunista, o bien, fallando ésta, la degeneración paulatina de cuanto existe, a comenzar por el homo sapiens sapiens; a menos que sea, de sopetón, la muerte total por la guerra mundial imperialista. Ahí es donde más resalta el colmo de la caducidad del sistema existente, pues el desencadenamiento de la guerra entre los Bloques militares directamente aniquilaría a uno y otro sin distinción, e inclusive los propios estratos y clases explotadoras y dirigentes. Es pues un enorme sinsentido, aún en el mero aspecto formal y estadístico, hablar de un ciclo guerra-reconstrucción-guerra, peor todavía verlo como proyecto deliberado de salvación capitalista. Los mismísimos jefes de Bloques y sus segundones están diciéndolo a las claras, no sólo ahora. En la reciente entrevista Reagan-Gorbachev se ha dicho sin circunloquios que una tercera guerra mundial hay que evitarla, porque a nadie beneficiaría. El propio comunicado oficial del encuentro de Ginebra reza: «ambas partes convienen en que una guerra nuclear no puede ser ganada y en que nunca debe desencadenarse». E insisten en la necesidad de impedir *cualquier* guerra *entre ambas potencias*. No significa eso que no pueda estallar, por mucho que no la quieran, pero sí que los contertulios de Ginebra se esforzarán en esquivarla, atizando al mismo tiempo esa forma de guerra imperialista indirecta de que tantos casos se conocen, desde Vietnam hasta Angola, Nicaragua o Afganistán, más cualquier Líbano.

Total, la segunda verificación negativa es tan terminante como la otra. Y puesto que ambas están conectadas, no en el acacer social, ya se ha visto, pero si, estrechamente, en la ideación de sus postulantes, hay que gritarles: FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO ha tenido razón frente a todos vosotros, crisistas y recurrentistas.

La razón de tal acierto reside en que, al contrario de los crisistas, para F.O.R. la gran causalidad material de la revolución no es ni podrá ser algo contingente, sino que la da el sistema capitalista como un todo y por su propio ser en la etapa actual, inclusive en el menos malo de sus funcionamientos, o sea, el mejor para él. Y engendrada por esa causalidad general, se da otra no menos material, la más motivante y premiosa: la *necesidad*, que es al mismo tiempo posibilidad, de que el proletariado deje de ser proletariado. Esta segunda causalidad refuerza y realza su importancia porque conlleva, a flanco de su basamento objetivo, la

²⁷ Esas y otras referencias no menos elocuentes, en *Le Monde* días 22, 23, 24, 26 y 29 de noviembre de 1985.

subjetividad humana en pugna por transformar el mundo transformándose a sí misma. Abriga pues la consciencia revolucionaria, cuya expansión y cristalización en actos suprimirá capital, clases, Estado.

Por ende, a cada gran problema social, en cada enfrentamiento cotidiano con el sistema actual hay que aprontar la solución revolucionaria, con la mayor netitud, lejos de escarceos diletantes. Naufragarán quienes no se muestren capaces de hacerlo.

Diciembre 1985

NI AUSTERIDAD NI EXPANSIÓN

(ALARMA, *tercera serie*, nº 4, primavera 1978)

Ante el problema que de una manera u otra plantean al proletariado todas las tendencias políticas y sindicales, a saber, austeridad para llegar otra vez a la expansión, el proletariado debe adoptar una actitud y prever soluciones que le permitan al mismo tiempo desembarazarse de la actual dictadura camuflada, y dar chasco a quienes cavilan imponerle, igual que hizo Franco, una industrialización conseguida a sus expensas y contra él dirigida. Es mentira que el problema económico consista en poner España a nivel de los países más industrializados. El propio Franco utilizó ese camelo para justificar su despotismo e infundir resignación «a los miserables». No, el problema que tenemos planteado es *idéntico* al de los países altamente industrializados: pasar a un modo de producción y de distribución de los productos que elimine el trabajo explotado. Todas las premisas técnicas, políticas y psicológicas requeridas para tal designio están presentes en España y mundialmente. Alcanzar el nivel del más industrializado de los países no puede ser considerado como un paso progresivo siquiera modesto; se queda en intención redondamente reaccionaria. Porque, cumplida, el resultado sería, para los trabajadores, un ritmo acelerado de productividad con salario relativo decreciente, para el capital poderío económico y político agigantados.

El único progreso real que cabe hoy ha de empezar en una distribución socialista de todos los productos del trabajo; a través de ella hallarán solución revolucionaria todos los demás problemas, pequeños y grandes. Por su parte, el desarrollo industrial, hoy condición y motor de la explotación, transmutado en su contrario, es decir, en condición y motor de consumo y cultura, no conocería otro límite que las exigencias humanas, garantizando al mismo paso la plena libertad de cada individuo.

Los industrializadores de gobierno y oposición oficial son gente de la patronal, o peor aún, de mente estatalo-patronal. Por más que muchos de éstos hayan estado en la emigración o bien en la cárcel, penan por construir una patronal más dinámica y unitaria que la legada por Franco. Buena parte de los mismos apuntan ahí a ciencia y consciencia, mas también quienes lo ignoran llegarían, coronado su propósito nacionalizador, a idéntico resultado.

Cualquier obrero sabe por propia experiencia que necesita ganar más trabajando menos, mucho menos, que hoy, y disponer de completa libertad política y de desenvolvimiento de su personalidad. Es ésa no sólo una aspiración de la clase trabajadora en general, sino la clave, hoy, de la supresión del capitalismo y del paso a una civilización comunista. Los industrializadores por el contrario, frustran de antemano ese apremio y ponen proa en dirección diametralmente opuesta. Para ellos el consumo de la clase obrera ha de estar subordinado al crecimiento industrial. Lo nuevo en eso no es el hecho en sí, intrínseco e inseparable del capitalismo, sino la estranguladora proporción que adquiere en manos dirigistas, cuyo tipo más acabado, después de los trusts mundiales occidentales y japoneses, es el capitalismo de Estado a la rusa, dependencias comprendidas. Máquinas, ciencia, cultura, información periodística y radiotelevisiva, además de la policía, enderezadas a la finalidad suprema de amarrar firmemente los trabajadores a los instrumentos de producción. Tiempo de trabajo, productividad, salario, empleo y despidos impuestos ora por el Estado, ora por negociación con los sindicatos, lo que también es dictatorial. Y la producción, salvo la indispensable para alimentar el músculo y la procreación del proletariado, consagrada a satisfacer el boato de los privilegiados, más los exorbitantes gastos de guerra, policía y burocracia del sistema. Ninguna política industrializante tiene otro objeto; la del conglomerado actual gobierno-«oposición» moncloísta, exactamente igual que ayer la de Franco. Por eso hemos dicho siempre, y reafirmamos en estos momentos, que es reaccionaria de punta a cabo.

Además de por sus métodos de látigo y por su finalidad totalitaria, es también reaccionaria por sus posibilidades estrictamente industriales. En efecto, el monto de industrialización y de modernización técnica que puede alcanzarse manteniendo la clase trabajadora -la inmensa mayoría de la población- sujeta al racionamiento representado por el salario, incluso el mejor, es despreciable comparado al que se obtendría supeditando la creación de industrias exclusivamente a cuanto requiere la plena satisfacción humana de los individuos, en lo material y en lo cultural. Sólo esa actitud es revolucionaria, porque sólo así desaparecerá la explotación y por consecuencia el capitalismo.

La austeridad y la expansión son fases cíclicas de la misma economía capitalista. La fase «expansión» no consiente a los trabajadores consumir un poco más sino a costa de más horas de trabajo y de mayor rendimiento por hora... y aumentando en grado exorbitante los beneficios del capital. La fase austeridad, que prepara siempre la anterior, consiste simplemente en compensar la baja de beneficios de los explotadores disminuyendo de mil modos la ración salarial de los explotados... y vuelta a

una progresión de los beneficios. A la fase «expansión» hay que responder, no reivindicando un aumento de salario pequeño o grande, sino exigiendo que todo aumento de la producción pase directa y colectivamente al consumo de los trabajadores. Existen, cierto, muchas industrias, además de las de guerra, superfluas sino para finalidades reaccionarias. Razón sobrada para reclamar su conversión en industrias de consumo o de máquinas útiles a un consumo acrecentado posterior. A la fase de depresión y paro, o de franca crisis de sobreproducción con paro y hambre en gran escala, se debe responder: ningún despido, ninguna disminución de paga, y número de horas de trabajo proporcionalmente dividido en escala decreciente, solicitantes jóvenes incluidos. Sin hablar ahora de otras medidas complementarias que se encontrarán en nuestro *Pro Segundo Manifiesto Comunista*, luchar por eso y realizarlo es superar definitivamente toda crisis mediante la consecuente supresión del capitalismo, establecer el poder político obrero, y abrir calle a la emancipación de la humanidad.

Por tal modo se reúnen de manera continua táctica y estrategia para la defensa inmediata de nuestra clase y para el derrumbe de la sociedad de explotación. Y la perspectiva de sociedad comunista mundial dejaría de aparecer en lontananza, para ponerse en el Orden del día.

¡ACUDAN LOS REVOLUCIONARIOS A CONCERTARSE CON NOSOTROS!

EDITORIAL

(ALARMA, nº 25, julio 1988)

La ampliación de la pretensa Comunidad Europea a doce países occidentales, con su proyecto de abolición aduanera en 1992, nos arroja en medio de una situación no nueva, pero sí más acuciante que cualquier otra anterior. Es también, como se verá luego, producto bastardo de la carencia de unidad social verdadera, revolucionaria y supranacional.

Así como antes la clase trabajadora debía esforzarse en abarcar el ámbito nacional en cada una de sus luchas, en la actualidad el ámbito inmediato va dado por el Mercado Europeo en cualquier ramal económico, en su todo, y por inseparable reflejo en lo político también. Hay que imaginar, a fin de ponernos en condiciones de llevarlo a la práctica, una huelga en las industrias metalúrgicas, del transporte, etc., unánime en los doce países del Mercado en cuestión. Piénsese más allá, en una huelga de todas las actividades, general y de esa extensión. Sería, no ya invencible en cuanto tal, cualesquiera fuesen sus exigencias, sino palanca potentísima para lanzar a la lucha el proletariado del resto de Europa, lo que repercutiría en otros continentes. Y si orientada aposta al corazón del sistema capitalista, podría originar un levantamiento generalizado de posibilidades máximas. Eso y más nos lo ofrece la espontaneidad histórica ya presente.

Se objetará que el proletariado no se encuentra en disposición de emprender cualquier lucha generalizada, no ya en las dimensiones del Mercado Europeo, sino en el propio cerco nacional. Es que la experiencia anterior amarga, ha depositado en su mente pasividad, y un escepticismo político que le dificulta discernir entre lo falso y lo verdadero. Es evidente que está aquejado de un importante retraso por relación a lo que el capitalismo pone a su alcance en escala europea y mundial. Precisamente por ello, hay que comprender que su estado de indefensión de ignorancia e indiferentismo ideológico, más la aparición del Mercado Europeo, han sido determinados entre sí por un mismo acaecer social. Se trata del rechazo de la revolución en el período anterior. Caso de haberse realizado, la revolución habría dado a Europa la unidad requerida por la técnica y por la necesidad de los hombres, lo que era ya y sigue siéndolo superlativamente, la espontaneidad del devenir histórico. Dicho quede al pasar, esa sí que será una comunidad verdadera, la de mercado lo es por y para los propietarios del capital, nadie lo ignora. Es un coto mucho mayor de explotación mediante la producción y ventas de mercancías, dentro y fuera de él. La mercancía clave de todas las otras, la mercancía de mercancías, seguirá siendo con mayor productividad, la fuerza de trabajo comprada por el capital. Ahora bien, es esa forma de trabajo y producción, que determina el consumo, y toda la organización capitalista, la que debió ser suprimida durante el período revolucionario anterior y su incumplimiento es lo que ha causado atonía y desorientación en la clase obrera. Sin embargo, importa precisar que la prolongación de ese estado de hecho ha sido posible gracias al rezago de los sectores revolucionarios, al propio desquiciamiento teórico de éstos ayer, y hoy mismo en gran parte.

El problema de cubrir la distancia entre lo hacedero y el retraso de la clase que ha de hacerlo, brota de la mismísima existencia de tal retraso. No se trata de proponer reclamaciones en consonancia con éste, ni oquedades como la «extensión de las luchas» en abstracto, sin objetivos concretos. Eso equivale a dejar las cosas tal y como están, o peor, a permitir chanchullo libre a los enemigos disfrazados del proletariado. Lo que se precisa es enarbolar las medidas y soluciones decisivas, aquellas que el proletariado deberá tomar una vez desvencijado el aparato capitalista y tomado el poder. El retraso en cumplir un cometido histórico, no lo anula ni lo achica, menos aún obliga a recomenzar a un nivel inferior. Al revés, lo realza y lo aumenta, en cuanto la evolución ha ido añadiéndole en el intervalo. Lo hace pues más perentorio.

No puede siquiera haber otra manera de ganar a las ideas revolucionarias conscientes militantes aptos, ni de estremecer al proletariado. Porque son los hombres quienes deben plasmar, mediante su acción subjetiva, las ideas, o sea, las posibilidades, en nuevas objetivaciones sociales, lo hacedero en hecho realizado.

Fuera de eso, se cae en la necedad desmoralizante de quienes achacan la pasividad del proletariado al crecimiento capitalista y esperan la reactivación de la clase de una crisis de sobreproducción con su cortejo de miseria y hambre. Es uno de sus fallos y retrasos teóricos, enmarañado con otros. Cuantos caen en él, desde los cónclaves dichos trotskistas hasta Battaglia, el C.C.I. y Programma-Le-Proletaire, incurrn en una incoherencia enorme. En efecto, de una manera u otra todos admiten la existencia de condiciones materiales para la revolución comunista, pero, en lugar de inducir el proletariado a hacer de ellas la base de su actividad y renacimiento revolucionario, miran a las nubes a ver si cae al maná de la sobreproducción. Lo peor es que, a fuerza de anunciarla y hasta saludarla, se ponen a hablar y a manotear como si ya estuviese devorando al capitalismo. Se trata, en verdad, de un Credo nulo como cualquier otro, y sólo apto para amodorrar a sus creyentes.

Diversas concepciones erradas se entreveran para engendrar ese Credo. La principal de ellas consiste en no concebir la decadencia del sistema sino como imposibilidad de crecimiento económico. Lo que sería el completamiento de ella, su postrer resultado, lo dan por cumplido desde el principio. Se vedan así encontrar las ideas que fomentarán la recuperación del proletariado y su combatividad revolucionaria. No coligen que la decadencia del capitalismo la engendra su propia tecnología, que no puede en ningún caso emplear sino para explotar más al trabajador, crear paro y conferir al capital una capacidad destructiva desparramada por todas las actividades, a más del amenazante acabóse termonuclear. A partir de tal momento, plenamente actual, cualquier crecimiento industrial es negativo, es reaccionario, es decadente. Pero es obligado aquí precisar que lo sería también, y no menos irremisiblemente incluso absorbiendo todo el paro obrero y aumentando los salarios. Lo que genera la decadencia consiste precisamente en aquello de que procedió la progresividad y el desarrollo social del capitalismo. Ello mismo implantaba en su mismísima estructura un tope de progresividad a cuyo alcance el signo positivo mudaba en negativo. Dicho con extremada precisión; la contradicción hoy paroxísmica, entre las necesidades del hombre y las condiciones sociales que padece actualmente, he ahí la decadencia. Así tenía que ser, porque el capitalismo no es una sociedad humana, sino una travesía en la explotación del hombre hacia una sociedad sin explotación, no ya progresiva, sino entera, profundamente humana.

Sin partir de esa concepción, y los primeros nosotros, los revolucionarios, la clase obrera no conseguirá levantar cabeza, o bien, caso de movilizarse, el fracaso la acecha otra vez. El enorme retraso que la entorpece, lo debe al lastre tan negativo del período anterior, no a la prosperidad capitalista de la postguerra. Lo contrario es la estricta verdad. Y la incapacidad de verlo y sacar todas las consecuencias, importantes y numerosas, ha hecho que los revolucionarios anden también con demora, se ofusquen y enreden en ideaciones, prolongando el retraso combativo del proletariado.

Visto así el problema, la manera de cubrir la distancia entre lo hacedero y la actividad de la clase que ha de hacerlo, se presenta por sí misma, en contraste absoluto con lo que el Mercado Europeo es ya, y con lo que proyecta. Mercado significa producción y ventas de mercancías, es elemental. También lo es que lo uno y lo otro presupone la existencia de una mano de obra en calidad de mercancía, una parte cada vez mayor de cuya producción se la birla el capital. Menos elemental, cuando no ignorado, es que esa parte birlada (plusvalía), antaño reducto obligado de desarrollo social dentro de la explotación, carcome hoy el desarrollo existente y corta el paso, -obstáculo y amenaza ingente- al desarrollo social posible, grandioso. Luego debemos proponernos y ofrecer a la clase como motivo inmediato de lucha cuanto es indispensable para abatir dicho obstáculo y suprimir la amenaza.

Abril 1988